KELLY BOWEN

SUS PAREDES GUARDAN SECRETOS, TESOROS Y
UNA CONMOVEDORA HISTORIA DE LUCHA Y AMISTAD DURANTE LA GUERRA



Kelly Bowen

UN DEPARTAMENTO EN PARÍS



Contenido

A los héroes anónimos que combatieron el odio y la persecución con fortaleza y valentía extraordinarias. Sus sacrificios y esfuerzos no serán olvidados.

1

Aurelia

París, Francia
10 de junio de 2017

La mujer estaba desnuda. Pintados en un remolino de rojos y naranjas encendidos, sus brazos estaban echados sobre la cabeza con las manos abiertas; su cabello era una nube de medianoche flotando detrás. Atrapada en el haz de luz que entraba por la puerta abierta del departamento, la mujer miraba desde su lienzo con ojos furiosos y acusadores, como si le ofendiera la intromisión en su espacio y privacidad. Lia quedó paralizada en la entrada, sosteniendo en una mano la pesada llave, y en la otra el paquete de documentos legales, perfectamente organizados, donde constaba que tenía todo el derecho de estar ahí.

Y que ese departamento desconocido, así como todo lo que contenía, ahora le pertenecían a ella.

«Es una propiedad increíblemente valiosa», le habían asegurado los abogados. «Seguramente usted fue la adoración de su abuela», le había dicho con envidia la administradora al leer el domicilio. Pero Lia no respondió en ningún caso porque los motivos de Abuela habían sido tan oscuros al momento de su muerte como lo habían sido en vida, y no podía asegurar que la adoración hubiera tenido algo que ver.

—Los servicios deben estar funcionando —dijo la conserje desde la cima de las escaleras, detrás de Lia. La encargada de la propiedad era una mujer sorprendentemente joven, con cabello color rosa que le llegaba a los hombros y una sonrisa franca. Se había presentado simplemente como Celeste. A Lia le cayó bien desde el primer momento—. No suelo estar en la

oficina, pero siempre ando por aquí si necesitas algo más. Solo llámeme.

—Gracias —dijo Lia en voz baja mientras se guardaba la llave en el bolsillo.

—¿Me dijo por teléfono que el departamento fue de su abuela? —preguntó Celeste apoyándose despreocupadamente sobre el barandal de la escalera.

—Sí. Me lo heredó al morir.

Al menos eso fue lo que los abogados le dijeron cuando la citaron en el despacho y desplegaron una larga serie de documentos frente a ella. Y si bien los pagos para el mantenimiento de la propiedad habían salido de una cuenta a nombre de Abuela, hasta donde Lia sabía, Estelle Allard nunca había vivido fuera de Marsella.

—Ah. —La expresión de la mujer se suavizó—. Mis condolencias por su fallecimiento.

—Gracias. No fue algo inesperado. Aunque este departamento fue… una sorpresa.

—Una sorpresa agradable, supongo —comentó Celeste—. Todos deberíamos ser así de afortunados.

—Es verdad —reconoció Lia mientras jugueteaba con el dije esmaltado que llevaba al cuello. Hasta aquella mañana, el antiquísimo collar había sido el único obsequio que Abuela le había dado, y eso sin mucha ceremonia, el día en que cumplió dieciocho años. Lia contempló a la conserje—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Seis años.

—¿Y sabe algo acerca de este departamento o de mi abuela, Estelle Allard?

Celeste negó con la cabeza.

—No, lo siento. Estoy familiarizada con la mayoría de los inquilinos del edificio, pero, la verdad, no sabía a quién pertenecía este departamento. Solo que había estado desocupado desde que empecé a trabajar aquí.

Siguiendo un impulso, Lia se puso el paquete de documentos bajo el brazo y abrió el cierre de su portafolios. Del interior sacó una pintura pequeña, del tamaño de una hoja oficio. Era una pintura vívida, si bien algo burda, de una casa de campo rodeada de grupos de árboles color esmeralda y recortada contra un cielo azul cobalto. Esa pintura y la llave del departamento eran lo único que su abuela le había heredado específicamente a ella.

—¿Y qué me dice de William Seymour? ¿Le suena el

nombre? —preguntó Lia mostrándole a Celeste la pintura.

La chica volvió a negar con la cabeza.

—No. ¿Puedo preguntar quién era?

—Ni idea. Solo sé que es quien firmó esta pintura.

—Oh. —Celeste parecía intrigada—. ¿Cree que haya sido inquilino del edificio?

—No tengo idea.

Lia suspiró y guardó la pintura en el portafolios. En realidad, no esperaba obtener una respuesta, pero no perdía nada con preguntar.

—Si quiere, puedo revisar los registros del edificio —propuso Celeste—. Tenemos archivos de muchos años. Si un William Seymour vivió aquí en algún momento, tal vez pueda encontrarlo.

A Lia le conmovió la amabilidad de la oferta.

—No, no se preocupe.

No quería hacerle perder el tiempo a la chica, al menos mientras ella misma no hubiera investigado un poco primero.

—De acuerdo. Pero si cambia de opinión, solo avíseme.

—Gracias. Lo haré.

Celeste pareció titubear.

—¿Piensa mudarse aquí? —preguntó finalmente.

Lia abrió la boca para responder, pero luego la cerró. La respuesta simple era que sí, al menos por un tiempo. Pero en el largo plazo, no tenía una respuesta.

—No es de mi incumbencia —dijo la mujer bajando la cabeza—. Discúlpeme.

—No hay de qué disculparse. —Lia sonrió—. Es solo que no he tomado una decisión.

—Espero que decida quedarse —dijo Celeste con franqueza—. Sería agradable tener a…

Lia giró la cabeza al escuchar el sonido de una cerradura abriéndose y un breve torrente de ladridos histéricos. Una anciana salió del departamento ubicado al otro extremo del rellano y caminó hacia ella arrastrando los pies. Llevaba bajo un brazo un inquieto bultito de pelaje blanco, y en la mano un bastón puntiagudo. Vestía como una modelo estadounidense de mediados de siglo XX que anunciara jabones o aspiradoras, con vestido de falda amplia estampado con flores, cintura ceñida, y un collar de pesadas perlas al cuello. El cabello blanco estaba recogido en torno a un rostro empolvado en abundancia, y el labial era de un rojo intenso. El color se había corrido hacia las profundas arrugas que se proyectaban desde

sus labios, y el efecto general resultaba macabro. Aurelia casi podía oír a su abuela chasqueando la lengua en señal de desaprobación.

«La gente nunca debe reparar en tu maquillaje, Lia, a menos que quieras que reparen en ti, pero no te vean».

En aquel momento, cuando Lia era adolescente y fanática del brillo de labios, aquella crítica enigmática la irritó. Ahora, no podía asegurar que Abuela se hubiera equivocado.

La vecina de Lia siguió avanzando sobre el piso de mármol con los ojos fijos en un punto detrás de esta: la pintura de la mujer desnuda recargada en el interior del departamento, apenas visible bajo la escasa luz. Parecía tan desconcertada como lo había estado Lia al abrir la puerta, aunque el desconcierto pronto se transformó en franca condena. Lia fingió una sonrisa y dio un paso para bloquear la vista del interior.

La mujer frunció el ceño y estiró el cuello, tratando de ver hacia adentro.

—Buenas tardes —dijo Lia cortésmente. Los arraigados modales adquiridos en el internado la obligaron a articular alguna clase de saludo.

A manera de respuesta, el perro reanudó su frenética diatriba, y los estridentes sonidos empezaron a rebotar sin piedad en el piso de mármol y en el yeso de las paredes. El rostro de la mujer se agrió aún más, y sacó un trozo de salchicha de entre los pliegues del vestido. Eso acalló los ladridos, y el par de ojos redondos dejaron de fijarse en Lia para concentrarse en la recompensa que sostenían aquellos dedos parecidos a garras.

—¿Este departamento es de su propiedad? —preguntó la mujer en el silencio resultante con voz de lija.

—Sí.

El hecho era tan reciente e inesperado que era difícil responder con convicción.

—He vivido aquí toda mi vida. Desde 1943 —dijo la mujer entornando los ojos.

La sonrisa de Lia se desvaneció.

—Oh. Eso es mucho tiempo…

—Sé todo lo que ocurre en este edificio. Y en ese tiempo, nadie había entrado o salido de ese departamento. Hasta ahora.

—Mmm. —Lia emitió un sonido ambiguo. No sabía si aquello era una pregunta, una afirmación o una acusación.

Reacomodó el sobre con documentos y lo oprimió contra su pecho.

—¿Vivirá aquí sola? —La mirada de la mujer se dirigió a la mano izquierda de Lia.

—¿Cómo dice? —Lia resistió el impulso de meter la mano en el bolsillo.

—Parece bastante mayor para no tener marido. Supongo que ya es tarde para eso. Es una lástima.

Lia parpadeó. No estaba segura de haber escuchado bien.

—¿Disculpe?

—Conozco a las de su tipo —dijo con desdén la vecina de Lia. Sus ojos se fijaron primero en la pesada mochila de esta, luego en el portafolios, y finalmente en sus hombros descubiertos y en los tirantes de su vestido rojo, sin mangas, atados al cuello.

—¿Mi tipo? —La paciencia de Lia estaba agotándose, y empezaba a sentirse irritada.

—No quiero oír su música. Nada de fiestas ni drogas ni alcohol. Nada de hombres desconocidos merodeando mi puerta y buscándola a altas horas de la noche.

—Procuraré limitar a los hombres a horas hábiles —respondió Lia sin poder contenerse.

Celeste, que había permanecido en silencio durante toda la conversación, resopló por la nariz, pero luego intentó disimular la risa con un ataque de tos.

La mujer giró la cabeza bruscamente.

—Buenas tardes, señora Hoffmann. —Celeste recuperó la compostura—. ¿Cómo se encuentra hoy?

Madame Hoffmann miró con desaprobación el cabello rosado de la mujer, y sus labios rojos se torcieron formando una mueca de desprecio.

—Degenerada —dijo entre dientes.

El teléfono de Celeste sonó, y esta miró la pantalla.

—El deber me llama —dijo, lanzándole a Lia una mirada pesarosa—. Avíseme si necesita algo. Y bienvenida al edificio. —Celeste se enderezó empujándose del barandal y desapareció al bajar las escaleras, desatando otra diatriba histérica de ladridos.

Lia aprovechó la distracción para entrar en su departamento y cerrar la puerta, envolviéndose de súbito en una oscuridad viciada, pero librándose de seguir conversando.

—Con razón está usted enojada —dijo dirigiéndose al desnudo que estaba en algún lugar frente a ella—. Yo también

lo estaría si viviera desde 1943 frente a una vecina como esa.

No hubo respuesta.

El aire estaba cargado con el olor del tiempo y el polvo, lo que sugería que el departamento había estado desocupado muchos más años que los seis de los que sabía Celeste. Lia puso sus pertenencias en el piso y dejó que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Más adentro en el departamento, en el lado que daba a la calle amplia y soleada, unas débiles líneas de luz se colaban en torno a lo que Lia suponía que eran unas pesadas cortinas. La luz era suficiente para distinguir algunas formas, pero no para ver algo con claridad.

Avanzando cuidadosamente, Lia dejó el recibidor, pasando frente al tenue contorno de la pintura, y se dirigió hacia las ventanas. El piso crujía a cada paso, como si también le ofendiera la intromisión. Al llegar a la pared de las cortinas, extendió la mano y sus dedos chocaron con un tejido grueso que parecía tela de Damasco. Todo bien hasta el momento. Nada había salido de repente, ni le había caído en la cabeza, ni había pasado corriendo sobre sus pies. Lia encontró el borde de la cortina y los anillos tintinearon por encima en el cortinero. Con un movimiento firme, corrió la cortina.

Y se arrepintió al instante.

Tan pronto como la luz cegadora del sol entró por los viejos cristales, unas densas nubes de polvo la envolvieron, sofocándola. Lia se atragantó y tosió, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Manoteó frenéticamente buscando la manija de la ventana, y se sintió aliviada cuando logró abrirla, para lo cual debió forcejear un poco. Entreabrió uno de los paneles de vidrio de plomo, ignorando el crujido de protesta de las bisagras, y acercó el rostro para tomar aire fresco.

Estuvo en esa posición cerca de un minuto, con la cabeza por fuera, aspirando bruscamente, tosiendo y tratando de no pensar en el ridículo que estaba haciendo frente a los transeúntes que circulaban unos pisos más abajo. Tal vez debió dejar abierta la puerta del departamento. Tal vez debió enviar en avanzada a la encantadora Madame Hoffmann.

Cuando se le pasó la tos, Lia tomó una vigorizante bocanada de aire y se preparó para lo que pudiera encontrar. Giró lentamente, dándole la espalda a la ventana, y descubrió que, al morir, Abuela no le había heredado un departamento.

Le había heredado un museo.

El polvo seguía arremolinándose, pero la luz brillante

iluminaba las paredes cubiertas con un tapiz estampado del color azul grisáceo de un cielo tempestuoso. Docenas de paisajes y marinas en marcos enchapados en oro colgaban de la pared opuesta a las ventanas. Algunas representaban escenas bucólicas; otras congelaban en el tiempo diversos navíos en su conquista del horizonte. Cada una era una explosión de colores saturados.

En el centro de la habitación había unos sillones estilo Luis XV, tapizados en color turquesa y cubiertos de polvo, dispuestos unos frente a otros sobre un amplio tapete persa. Un largo escritorio unía el extremo de los sillones más cercanos a Lia, y era este escritorio donde estaba recargado el alto lienzo del desnudo, de frente a la puerta para recibir a quien entrara.

En la pared posterior, aledaña a las ventanas, una elaborada repisa decoraba la chimenea vacía. Un soporte montado en lo alto de la pared, sobre la chimenea, sugería que, en algún momento, una pintura había colgado en aquel espacio, aunque lo que hubiera estado ahí ya no estaba. Y por encima de su cabeza, en el centro del recinto, colgaba un candelero de cristales parecidos a gotas, cuyo brillo el polvo opacaba solo parcialmente.

Con las piernas entumidas, Lia siguió internándose en el departamento. Se detuvo junto a una elegante mesita en el extremo de un sillón y contempló una colección de fotografías enmarcadas. Levantó cuidadosamente una y limpió el cristal. La foto mostraba a una joven recargada en un poste de luz frente a un club de jazz. Llevaba un vestido de seda bordado con cuentas, el cual se adhería a cada una de sus curvas como una segunda piel, y una estola de piel echada despreocupadamente sobre los hombros. Sostenía una boquilla en una mano y miraba hacia el lente de la cámara con indiferencia ahumada y sensual. Lia le dio la vuelta. Al dorso estaba escrito a lápiz: «Estelle Allard, Montmartre, 1938».

Lia tragó saliva.

Aunque los abogados le habían dicho repetidamente que aquel departamento era propiedad de Estelle Allard, Lia se dio cuenta de que no lo había creído verdaderamente hasta ese momento. No había creído que su abuela, que nunca había mencionado siquiera haber viajado a París, mucho menos haber vivido ahí, pudiera mantener un secreto de aquella magnitud durante tanto tiempo.

Y Lia no alcanzaba a comprender por qué habría hecho algo así.

Regresó la foto a su lugar y tomó otra. En ella, la hermosa Estelle estaba tras el volante de un Mercedes deportivo, asomándose por la ventana y riendo ante el fotógrafo. Tenía el cabello suelto sobre los hombros, y un vistoso sombrero inclinado sobre un ojo. Lia parpadeó, tratando de reconciliar aquellas imágenes seductoras con la mujer estricta y reservada que ella había conocido. Fracasó rotundamente.

Luego dirigió su atención a la última de las fotos y frunció el ceño. Un oficial alemán con gesto serio y austero la miró desde el marco. Por el uniforme resultaba claro que era una imagen de la Primera Guerra Mundial. Lia arrugó la frente y le dio la vuelta, pero no había nada escrito detrás. Colocó la foto en su lugar y miró un montón de revistas apiladas junto a ella.

Movió hacia un lado la primera. La que estaba debajo, libre de polvo, resultaba fácil de leer. *Signal* resplandeció desde la esquina superior izquierda con llamativas letras rojas. En la portada destacaba la fotografía de un soldado nazi con expresión intensa. Una franja del mismo rojo llamativo corría a lo largo del lomo de la revista. «Septiembre 1942», se leía con facilidad en la parte alta. Lia apartó bruscamente la mano.

«Esto no está pasando», declaró en medio del silencio, como si al decirlo en voz alta lo hiciera verdad. Porque, aun sin abrir la revista, ya sabía lo que encontraría. Propaganda y lustrosas fotografías pronazis, publicadas en la época en que los nazis habían invadido y ocupado esa ciudad.

Lia volvió a mirar a la joven Estelle Allard riendo en su Mercedes y al anónimo oficial alemán. Luego les dio la espalda a las fotos, a las revistas y a todas sus siniestras implicaciones. Mientras una combinación de pavor y náuseas se asentaba en sus entrañas, Lia caminó frente a la repisa de la chimenea y dio vuelta a la esquina. Ahí, el espacio se estrechaba dando forma a un comedor formal. En el centro destacaba una mesa de palo de rosa rodeada por ocho sillas a juego. En la pared de la derecha, ocupando todo el espacio, había un gabinete más alto que ella, con vajillas de cristal, plata y porcelana dispuestas en hileras sobre las repisas.

En la pared opuesta al gabinete había otra colección de pinturas, retratos llamativos e impresionantes de hombres y mujeres ataviados con prendas de épocas pasadas. La angustia de Lia siguió aumentando, tanto que se mordió un labio con tal fuerza que se lastimó. El arte había sido un *souvenir* codiciado por los nazis durante la ocupación, durante la cual, colecciones enteras habían sido robadas…

—Ya basta, Lia —dijo. Luego meneó la cabeza sin importarle lo ridícula que se veía hablando sola—. No seas absurda.

Sí, en el departamento había propaganda nazi. Pero una simple foto y un puñado de revistas no significaban que las pinturas colgadas en las paredes hubieran sido robadas u obtenidas de manera ilícita. No significaban que su abuela hubiera mantenido aquella colección en aquel departamento por un motivo distinto a que en su juventud había disfrutado del arte. Lo mejor era dejar las teorías conspirativas a Hollywood. Y a los fanáticos radicales.

Lia se forzó a apartar la vista de las pinturas. Atravesó el comedor y llegó a un pasillo. A su derecha, la puerta desembocaba a una cocina con una estufa diminuta, un refrigerador pequeño, y un profundo fregadero montado en una encimera sobre la que no había nada más que un vaso de cristal.

A su izquierda, unas puertas abiertas estilo francés dejaban ver el tenue contorno de una cama con dosel, lo que indicaba que aquella última pieza era la recámara. Tal como había ocurrido en la sala, en la pared más alejada se alcanzaban a ver unas líneas de luz solar proveniente de las altas ventanas. Lia entró en la habitación, rodeó la cama y, con mucho más cuidado que antes, corrió lentamente las pesadas cortinas.

La luz reveló un espacio decididamente femenino. El tapiz de las paredes, de tonos rosados, solo se veía amarillento y descolorido cerca del techo. La habitación constaba de una cama matrimonial, un tocador con silla, y un enorme ropero, todos tallados al estilo provincial. La cama estaba tendida cuidadosamente, y las sábanas, una vez limpias, seguramente lucirían el mismo tono rosado de las paredes.

La recámara estaba ordenada impecablemente, salvo por una prenda que había sido arrojada descuidadamente sobre la colcha y que yacía arrugada, olvidada y opacada por el polvo. Un vestido de noche, observó Lia, y se acercó para levantarlo de los finos tirantes. Era una impresionante creación de chifón amarillo limón y crepé, bordada con cristales y algo que en cualquier siglo sería obscenamente costoso. No era algo que uno dejara tirado como unos calcetines viejos.

Lia estaba desconcertada. Dejó caer el vestido sobre la cama y observó una entrada arqueada ubicada en una esquina, a un lado del ropero. Llevaba a lo que parecía ser un moderno

clóset de acceso a pie. Un vestidor, pensó Lia, aunque casi no había espacio donde caminar. De ambos lados colgaban vestidos, batas, pieles, abrigos, todos apiñados, desparramándose unos sobre otros, en tales cantidades que Lia no alcanzaba a ver las paredes del fondo. El piso estaba cubierto por docenas y más docenas de zapatos, y hasta arriba, sobre una repisa, había pilas de cajas de sombreros. Al frente había muchas cajas más pequeñas con joyería, algunas recubiertas de piel y satén.

—¡Santo cielo! —exclamó Lia entre dientes. No comprendía la razón de aquel exceso.

A continuación, Lia retrocedió y abrió cuidadosamente el ropero esperando encontrar otra demostración de despilfarro. Sin embargo, el ropero estaba casi vacío: el cavernoso interior no albergaba más de media docena de vestidos.

Estos vestidos, protegidos del polvo de los años, eran una colección de sedas y satenes, primorosamente bordados y detallados. Lia pasó los dedos a lo largo de una falda color zafiro, pero luego apartó la mano, temerosa de manchar la tela. Cerró el ropero y apoyó la frente contra las puertas dobles. Los vestidos, los zapatos, las pieles… en aquel lugar había una fortuna en prendas. Tal como había una fortuna en muebles y obras de arte.

Todo oculto por más de setenta años.

Lia había caído en una madriguera de conejo. Una madriguera abrumadora, demencial, que hacía muy fácil llegar a conclusiones aborrecibles. Lia enderezó la cabeza y respiró hondo para tranquilizarse. Las conjeturas no llevan a nada bueno. Es lo que había aprendido como profesional dedicada a la ciencia. Le concedería a su abuela el beneficio de la duda. Se negaría a pensar lo peor mientras no descubriera pruebas irrefutables.

Por lo pronto, dejaría de lado las suposiciones y elaboraría una lista de todo lo que debía hacerse, de las tareas que requerían su atención inmediata. Las listas se conforman con números y necesidades, no con especulaciones ni suposiciones. Las listas son racionales y ordenadas, y siempre le habían ayudado a concentrarse en lo que estaba bajo su control al enfrentarse al desorden y la incertidumbre. Sí, una colección de listas cuidadosamente elaboradas era justo lo que necesitaba en aquel momento.

Sintiéndose un poco mejor, Lia se dirigió hacia las puertas de la recámara, pero se detuvo abruptamente al ver su

propio reflejo. Aunque estaba un poco deslustrado y manchado, el espejo del tocador revelaba los pliegues de aflicción que cubrían el rostro de Lia. De manera casi involuntaria, se sentó en la sillita, ignorando el polvo, sin apartar la mirada de su reflejo. ¿Había sido su abuela la última en reflejarse en ese espejo? Y si Lia pudiera regresar en el tiempo, ¿qué habría visto? ¿A quién?

Sus ojos descendieron a la superficie del tocador. En el centro había un conjunto de botellas decorativas de cristal. Junto a estas estaba un par de guantes para mujer, abandonados donde los habían dejado. Junto a los guantes, apoyada contra la base del espejo, estaba una tarjetita. Una especie de postal, pensó Lia mientras extendía la mano para tomarla.

Era una fotografía en blanco y negro de un edificio largo e imponente; una hilera de columnas estilo romano se extendía a todo lo ancho de la fachada, como si se tratara de un antiguo templo. Una proeza impresionante de arquitectura, mancillada solo por la bandera nazi que se agitaba al viento y chasqueaba orgullosamente en primer plano. La angustia volvió y se manifestó en algo mucho más siniestro. Con lentitud extrema, Lia volteó la postal.

«Para la encantadora Estelle», decían los trazos de tinta descoloridos. «Con gratitud, Hermann Göring».

Lia soltó la postal como si esta la hubiera mordido y se paró bruscamente, derribando la silla. La aflicción se enfrentó a la repugnancia, dejándola asqueada. Qué tonta había sido. Solo una tonta podía haber guardado esperanzas. Solo una tonta delirante se habría negado a aceptar las evidencias dispersas por todo el departamento. Si se trataba de buscar pruebas irrefutables, Lia no podía imaginar algo más incriminatorio.

Todavía no sabía por qué su abuela había decidido heredarle ese departamento, pero la razón por la que había mantenido oculta su existencia resultaba perfectamente clara. Porque su abuela, una mujer que había exhibido la bandera francesa a manera de celebración todos los meses de mayo, una mujer que repetidamente había declarado su amor por su país, no había sido una ciudadana patriótica. Su abuela había sido una mentirosa, una traidora y una impostora.

Su abuela había sido una colaboradora nazi.

2

Sophie

Wielu, Polonia
31 de agosto de 1939

Sophie Seymour tenía ocho años cuando por primera vez escuchó que alguien se refería a ella como «anormal».

Había sido durante la fiesta de cumpleaños de Heloise Postlewaithe, una celebración a la que Sophie había acudido solo porque la señora Postlewaithe había invitado a todo el grupo de catequesis de su hija. La fiesta había sido un asunto caracterizado por elegantes vestidos con numerosos volantes, pastelillos empalagosos y tés tibios, y juegos que, a decir verdad, habían aburrido mortalmente a Sophie. Sin que nadie se diera cuenta, Sophie se alejó del estridente bullicio del juego de las sillas y de pasa el paquete, y se dirigió a la biblioteca de los Postlewaithe, ubicada en la planta alta de la casa.

La casa de campo de los Postlewaithe era impresionante, al igual que su biblioteca. Ahí, en medio del bienaventurado silencio y de la suave luz de la tarde, Sophie encontró un libro de texto de latín, sin duda un remanente de los días en Eton de un Postlewaithe anterior. A sus ocho años, Sophie hablaba con fluidez el francés, el español y el italiano, aunque nunca había visto la lengua original de la que derivaban todos ellos. Al instante se sintió cautivada y se acomodó en una esquina cálida de la habitación para leer.

Absorta en la materia recién descubierta y aislada en la segunda planta, no escuchó cuando la gente reparó en su ausencia. No percibió el alboroto que se suscitó cuando todos cayeron en la cuenta de que una niña de ocho años había desaparecido. Y luego de que una búsqueda inicial no diera resultados, no fue consciente del temor de la gente de que hubiera caído en uno de los estanques de la propiedad y se

hubiera ahogado.

Fue hasta que una frenética señora Postlewaithe la encontró en la biblioteca, una hora después, que Sophie percibió señales de que algo andaba mal. La señora Postlewaithe la levantó de un tirón y le arrebató el libro de las manos. Su alivio se había transformado en furia.

—¿Qué ocurre contigo? —preguntó con el rostro enrojecido bajo un elegante peinado que seguía intacto.

—Nada —respondió Sophie, parpadeando y tratando de comprender.

—¡Desapareciste de la fiesta!

—El ruido me lastimaba los oídos —explicó Sophie tratando de ser cortés.

—¡Arruinaste la fiesta de Heloise! —exclamó la mujer entre dientes—. ¡Lo arruinaste todo!

—No entiendo.

—¡Todos estuvimos buscándote! ¡Creímos que te habías ahogado!

Sophie meneó la cabeza.

—Yo ya sé nadar —dijo tratando de tranquilizar a la anfitriona—. Mi mamá hizo que mi hermano y yo tomáramos clases antes de dejarnos explorar solos.

Los labios de la mujer se torcieron formando una mueca de repulsión.

—Tal vez tu mamá también debió enseñarte que robar y tomar cosas que no son tuyas es de mala educación.

—No estaba robando —dijo Sophie—. Solo estaba leyendo. E iba a regresarlo a su lugar cuando terminara.

La señora Postlewaithe miró el libro de latín.

—Y también eres una mentirosa —dijo burlonamente—. No puedes leer esto.

—Claro que sí. —Hasta ese momento, ningún adulto la había llamado mentirosa. Tuvo una sensación horrible en el estómago—. Solo es latín —intentó explicar—. Y este libro empieza con tablas de gramática básica con las que pueden construirse oraciones más complejas. No es tan difícil. Puedo enseñarle.

—No tienes que enseñarme nada. Conozco cuál es mi lugar en este mundo. Tú necesitas conocer el tuyo.

La señora Postlewaithe miró fijamente a Sophie y esta le sostuvo la mirada.

—Eres una anormal —continuó la mujer con expresión tan dura y fría como los diamantes que colgaban de su cuello

—. Nunca nadie te querrá. Hay algo malo en ti.

Esa conversación había tenido lugar trece años antes, pero Sophie nunca la había olvidado.

—¿Soy anormal? —preguntó Sophie mirando al techo.

Piotr, acostado a su lado en la cama, giró hacia ella. Su cabello oscuro estaba completamente despeinado, y sus ojos, del color del mar Báltico, parecían sumamente divertidos.

—¿Es una pregunta capciosa? ¿Una prueba para maridos primerizos? —Piotr apoyó la cabeza en una mano.

—Estás riéndote de mí.

—Te lo mereces por hacer preguntas como esa. —Piotr acercó una mano y le acarició el hombro desnudo—. No estás arrepintiéndote, ¿o sí?

—Me arrepiento de no haber hecho esto antes.

—Entonces ya somos dos. —Piotr Kowalski sonrió al decir estas palabras—. De haber sabido que ibas a decir *sí*, te habría pedido que te casaras conmigo el día que me atropellaste con tu bicicleta.

—No te atropellé. Te esquivé y me estrellé contra un árbol. O algo así.

—No. Yo creo que me atropellaste a propósito. No pudiste contenerte —dijo para molestarla.

—Te atropellé porque iba tarde para llegar al trabajo. Y quiero que sepas que hice mi mejor esfuerzo para no enamorarme de ti.

—Mmm. —Piotr se inclinó hacia adelante y la besó con una intensidad que la hizo apretar los dedos de los pies—. No tenías ni la más remota posibilidad, esposa.

Sophie solo pudo asentir con la cabeza, pues él tenía razón. El amor se había vestido con el uniforme verde y café de un oficial de caballería polaco y no había maldecido ni echado chispas cuando terminó despatarrado a causa de la falta de atención y las prisas de ella. Por el contrario, el amor la había ayudado gentilmente a ponerse de pie, con sus medias rasgadas irremediablemente, su rodilla raspada y punzante, y su labio partido y sangrando. Luego, él enderezó la bicicleta con movimientos hábiles y volvió a centrar su atención en ella con expresión compungida.

Después de eso, ella hizo el ridículo ante aquella amabilidad y aquellos ojos azules y demoledoramente vívidos, balbuceando disculpas y tartamudeando algo acerca de tener que regresar a la embajada. Él humedeció un pañuelo de lino en su cantimplora y limpió la sangre de sus labios con una

ternura tal que ella sintió ganas de llorar. Entonces trepó a su bicicleta y huyó pedaleando. Fue hasta que llegó a la embajada que descubrió en su mano el pañuelo manchado y arrugado del oficial.

Se encerró en el cuarto de baño y lentamente recuperó la compostura, sintiéndose completamente mortificada. Su lado práctico sabía que probablemente no volvería a ver al oficial de los ojos azules, pero en vez de alivio sintió un intenso remordimiento.

—¿Por qué fuiste ese día a la embajada? —preguntó súbitamente.

—Porque la extraordinaria y hermosa chica rubia que se había disculpado en al menos cuatro idiomas había robado mi único pañuelo, y quería recuperarlo.

—Llevaste flores.

—Porque también había robado mi corazón. Aunque ese nunca lo recuperé, ni quiero recuperarlo. Ese será tuyo por siempre, *moja kochana*.

Sophie miró el anillo que llevaba en el dedo. Bajo los largos rayos del sol que empezaba a descender sobre los techos y chapiteles de la ciudad, el rubí y las diminutas perlas resplandecían con un brillo refulgente.

—Tú, Piotr Kowalski, eres un romántico empedernido.

—Me declaro culpable. —Entonces le lanzó una sonrisa pícara—. Es por eso que me amas.

—Te amo porque eres noble, valiente y honesto. Porque eres paciente, gentil e inteligente.

—¿Y qué tan guapo?

—El hombre más guapo del mundo —agregó Sophie sonriendo.

—No cabe duda. Pero continúa. ¿Qué otra cosa amas de mí?

—Ahora ya solo estás buscando adulación.

—Sí. Luego será tu turno. Te prometo que valdrá la pena la espera.

Sophie rio, pero volvió a ponerse seria.

—Te amo porque el día que te dije que quería ser profesora de idiomas en Oxford, tú me preguntaste por qué no había solicitado el puesto todavía. Y que dónde íbamos a vivir.

—Preguntas perfectamente razonables.

Sophie empezó a juguetear con el borde de la sábana.

—La mayoría de los hombres no pensaría lo mismo.

Piotr la tomó de la mano.

—Yo no soy la mayoría de los hombres. ¿A qué viene todo esto?

—Inseguridades de la infancia —dijo Sophie entre dientes —. Lo siento. Este es un tema vergonzoso y nada romántico para nuestra noche de bodas.

Piotr se enderezó y la cama del hotel protestó por el movimiento. Pasó un brazo bajo los hombros de ella y la levantó hacia él.

—Un hombre que quiera extinguir el fuego que arde tan intensamente en ti no puede llamarse hombre. Sean cuales fueren los sueños que quieras perseguir, los perseguiré contigo.

—Soy la mujer más afortunada del mundo —susurró ella mientras lo miraba.

—Ten cuidado —replicó él con ojos alegres—. Podrían acusarte de ser una romántica empedernida.

—Quiero que sepas que las mujeres de mi familia no son románticas, ni empedernidas ni de ningún otro tipo —dijo ella —. Eso lo dejamos para nuestros hombres.

—Estoy impaciente por conocerlos.

—Lo harás.

—¿No estarán molestos conmigo por haberme casado con su hija antes de conocerlos?

Sophie se mordió los labios. Desde que tenía memoria, el matrimonio siempre había sido un obstáculo para sus ambiciones y sueños, y el enemigo de su independencia y libertad. Su rechazo de la institución se intensificaba cada vez que alguna matriarca entrometida le decía que ya era hora de abandonar sus frívolos estudios y hacer lo que era natural: casarse bien y sentar cabeza.

Miles de veces le había asegurado a su familia que nunca se enamoraría y nunca se casaría. Y miles de veces se había sentado frente a su escritorio para contarle a su familia que todo había sido mentira. Pero las palabras nunca salieron. Sin embargo, al día siguiente regresaría a Varsovia y remediaría la situación.

—Te van a adorar —dijo ella, y era verdad.

—Desearía que mis padres estuvieran vivos y te hubieran conocido —dijo él mientras trazaba figuras sobre el brazo de ella—. Aunque se habrían horrorizado al saber que no me casé contigo frente a un centenar de personas en una iglesia llena de flores, con una banda de alientos tocando mientras salíamos. O que no te llevé de luna de miel a París o Viena para dormir en sábanas de seda.

—Todo eso suena muy complicado. —Sophie le estrechó las manos y entrelazó los dedos de él con los suyos—. Este mundo ya es bastante complicado.

—Ni siquiera logré llevar un fotógrafo profesional.

—No me interesaba particularmente casarme con un fotógrafo profesional.

—Muy graciosa.

—Te amo —dijo ella simplemente, aunque las palabras parecían inadecuadas para describir la tormenta de emociones que le oprimían el pecho.

Piotr la miró fijamente a los ojos. Su sonrisa se desvaneció y su expresión se volvió más intensa.

—Te amo también —respondió.

—Desearía que tu permiso no fuera tan corto. Desearía que no tuvieras que regresar al regimiento mañana. No quiero volver a perderte tan pronto…

—Este fue el mejor permiso de mi vida —dijo él interrumpiéndola—. Y no puedes perderme. Estás condenada a permanecer conmigo. Ahora tu apellido es el mío. Llevas el anillo de mi abuela. Soy total y completamente tuyo.

Sophie cerró los ojos y escuchó el latido constante del corazón de él bajo su oído.

—La respuesta a tu pregunta es *sí* —dijo él al cabo de un instante—. Eres anormal. Anormalmente brillante, anormalmente hermosa. —Su mano se deslizó bajo la sábana hacia las caderas de ella—. Y, sobre todo —susurró—, anormalmente cautivadora.

Sophie abrió los ojos.

—Demuéstramelo —dijo.

Y él lo hizo.

Sophie no estaba segura de qué la había despertado.

Permaneció en la cama escuchando atentamente, pero nada perturbaba el silencio aparte de la respiración constante de Piotr. Su esposo había aportado bastantes ideas acerca de cómo aprovechar al máximo el poco tiempo que tenían antes de que él tuviera que presentarse de nuevo, pero ella no se había quedado atrás. Al final, exhaustos y satisfechos, ambos se quedaron dormidos en algún momento antes de la aurora.

Ella se escabulló lentamente de la cama, abrió su maleta lo más silenciosamente posible, y buscó su ropa con el tacto.

—¿Tan pronto me dejas?

La voz adormilada de Piotr se oyó en medio de la oscuridad.

—Solo para ver el amanecer —respondió ella poniéndose un sencillo vestido—. Sigue durmiendo.

—Olvídalo. Este es el primer amanecer del primer día de nuestra vida juntos. Iré contigo.

La cama crujió y una luz se encendió.

Sophie abotonó el cuello de su vestido y se puso los zapatos. Cuando Piotr estuvo listo, al cabo de un momento, ambos salieron del viejo edificio de piedra. En lugar de tomar la calle vacía que llevaba al centro de la ciudad, rodearon el hotel y se encontraron en un terreno desierto y cubierto de hierba. Considerando la estructura larga y ruinosa que yacía abandonada en el extremo sur del terreno, Sophie supuso que el terreno había servido alguna vez para guardar carruajes.

La aurora empezó a romper en el horizonte con un brillo dorado y suave bajo los púrpuras de una noche en retirada. El aire se sentía frío: los bordes afilados del otoño que estaba al acecho. Sophie tomó a Piotr de la mano y lo jaló hacia un sendero que atravesaba el terreno e iba a dar a una cerca. El rocío humedecía las puntas de sus zapatos al rozar la hierba.

Al llegar a la cerca, ella se inclinó sobre la baranda. Sintió la madera áspera bajo sus brazos, pero no le importó: se alegró al descubrir que el cercado era el hogar de una yegua y su potrillo, que parecían fantasmas bajo la luz difuminada. Con la neblina arremolinándose entre las altas hierbas y el cielo cada vez más claro en el fondo, los caballos parecían estar posando para una de esas fotografías del campo polaco que se vendían como postales en las calles de Varsovia. La belleza de la escena la hizo suspirar, y quiso guardar para siempre en su memoria aquel momento.

—¿No es precioso? —dijo ella alegremente.

—Es un muchachillo muy guapo —respondió Piotr—. Solo mira esas piernas y esos hombros.

Sophie le hizo una mueca a su esposo.

—El paisaje, querido —dijo secamente.

Él la besó.

—Sí, también.

El potro color cobrizo empezó a dar saltos y a corcovear, y por poco se cae de lado.

Sophie rio.

—Creo que está tratando de impresionarte, probablemente para obtener un empleo en la caballería.

—Tal vez. —Piotr entró al cercado pasando entre los troncos y tendió la mano—. Ven —dijo sonriendo—. Vayamos a hacer amistades.

Sophie fue tras él y tomó su mano. Ella nunca había montado de niña (sus padres no tenían caballos en la casa familiar de Norfolk), pero lo hacía a menudo con Piotr. No pasó mucho tiempo antes de que ella compartiera el profundo amor que él sentía por las nobles criaturas.

La yegua resopló a manera de saludo y avanzó hacia ellos mientras el potro seguía dando saltos. Se detuvo junto a Piotr y resopló suavemente sobre su brazo. Él alzó la mano y la acarició entre las orejas, murmurando algo que Sophie no alcanzó a escuchar. La yegua inclinó la cabeza.

—La hechizaste. —Sophie se acercó y contempló la manera en que las manos de él se movían sobre la yegua. A ella siempre le gustaron las manos de Piotr, fuertes, ásperas, callosas, pero infinitamente gentiles. Hasta los caballos más nerviosos parecían tranquilizarse cuando él los acariciaba.

—No es verdad —dijo él en voz baja—. Simplemente me presenté. El potro vendrá cuando se sienta listo.

Sophie miró cómo el potro giraba en torno a Piotr y a la yegua y sacudía la cabeza. Al fin se acercó. Su nariz prácticamente estaba tocando la camisa de Piotr. Este no se movió; simplemente continuó acariciando el cuello de la yegua y hablándole en voz baja. El potro se acercó aún más y Piotr movió su mano de la yegua al potro. Este retrocedió, y Piotr volvió a concentrarse en la yegua.

—Es asustadizo —dijo Sophie.

—No —respondió Piotr en voz baja—. La confianza es algo que se gana. Él simplemente está recordándomelo.

El potro volvió a acercarse a Piotr. En esta ocasión no retrocedió cuando Piotr levantó la mano. Este puso la palma sobre la cruz del animal, pero pronto la retiró. El potro inclinó la cabeza y se acercó un poco más.

—Eso es —dijo Piotr en voz baja. Luego acarició la espalda del potro con movimientos suaves y lentos—. La confianza no es cuestión de uno solo. Es posible que, algún día, alguien le pida a este caballo hacer lo imposible. Abalanzarse hacia una situación cuando todos sus instintos le dicen que debe huir en dirección opuesta. Pero si se han ganado su confianza, hará lo que le pidan. La confianza lo es todo.

Piotr dejó caer la mano. Luego se acercó a Sophie, alejándose de la yegua y del potro, y la rodeó con un brazo.

Ella apoyó la cabeza sobre el hombro de él mientras un dolor débil le oprimía el corazón. Hubiera deseado permanecer por siempre en aquel momento perfecto, pero sabía que el tiempo se le escapaba entre los dedos. Se les escapaba a ambos.

—Desearía que no tuvieras que irte —susurró.

—Eres tú quien robó un auto del Ministerio del Exterior y quien debe regresarlo antes de que empiecen a buscarlo.

—No lo robé, lo tomé prestado. Lo devolveré antes de que noten su ausencia. Y lo que yo haga con mis días libres no es asunto tuyo. No intentes cambiar el tema.

Él estrechó sus hombros.

—Mi regimiento ni siquiera está movilizado.

Sophie hizo una mueca.

—Pero lo estuvo.

—Todos lo estuvieron, un solo día. Pero ahora no lo está. Parecen demasiados preparativos para algo que probablemente no ocurra. Casi nadie en el escuadrón cree que vaya a haber combates.

—Casi nadie en el escuadrón ha oído lo que yo he oído en la embajada —dijo Sophie en voz baja.

—Hitler es ambicioso y arrogante, pero no es tonto. Quiero creer que no se arriesgará a entrar en guerra con el Reino Unido y Francia por invadir Polonia.

—No lo sé, Piotr. Estoy preocupada.

Piotr volteó hacia ella.

—Lo sé. Yo también lo estoy.

Sophie suspiró y vio cómo la yegua y su potro se alejaban unos cuantos pasos.

—Lo siento. Acordamos que no hablaríamos de política ni de guerra en el poco tiempo que estuviéramos aquí.

—No te disculpes. —Piotr le acomodó detrás de la oreja un mechón suelto—. Tal vez debamos hacerlo. Tal vez debemos hablar de lo que pasaría si los alemanes decidieran hacer una estupidez.

Ella arrugó la frente.

—Creo que debes irte de Polonia —continuó Piotr.

—¿Qué? No.

—Al menos hasta que la situación se estabilice.

—¿E ir a dónde?

—A Francia, como mínimo. Desde ahí, todavía podrías volver a Inglaterra en caso de que…

—No. Mi hogar está donde tú estás.

—Quiero que estés a salvo.

—Lo estaré. Permaneceré en Varsovia, donde me necesitan. Donde puedo contribuir con mi granito de arena a los esfuerzos diplomáticos que estén haciéndose para evitar el desastre—. Ella dio un paso adelante y lo abrazó por la cintura —. No huiré, y tú no me vas a despachar. Estamos en esto juntos, pase lo que pase.

—Pero si llegara a pasar lo peor, si estallara la guerra, necesito saber que estarás bien.

—Lo estaré.

—Prométeme que harás lo correcto cuando llegue el momento, Sophie. Que cuidarás de ti misma y no harás ninguna tontería.

—Piotr…

—Prométemelo —insistió fervientemente.

Sophie se mordió los labios.

—Te lo prometo.

—Gracias. —Piotr apoyó su frente en la de ella—. La verdad, nunca creí que aceptarías marcharte.

—Bien. Me alegro de que todo esté aclarado.

Una ráfaga de viento hizo que Sophie se estremeciera.

—¿Puedo al menos llevarte adentro y calentarte? —preguntó Piotr.

—Mmm. Esa idea me gusta mucho más.

Los dos caminaron de regreso al hotel tomados del brazo. La yegua moteada estaba pastando a pocos pasos, y su potrillo bailaba juguetonamente en círculos a su alrededor.

A Sophie le gruñó el estómago.

—¿Crees que podamos encontrar algo para comer y…?

La yegua enderezó abruptamente la cabeza, levantó las orejas y miró en dirección al hotel.

Sophie y Piotr se detuvieron, pero no vieron nada en el terreno para carruajes que pudiera haber alarmado a la yegua. Un perro empezó a ladrar incesantemente en la calle, y otros se le sumaron después. Sophie frunció el ceño. La yegua resopló y retrocedió con la cabeza en alto y los orificios nasales dilatados. Luego echó a correr hacia el otro extremo del pastizal, seguida a poca distancia por su potro. Cuando el golpeteo de las pezuñas de la yegua se disipó, Sophie escuchó los motores.

Al principio no pudo ubicar de dónde venían. Su mente no identificó el agudo aullido de los aviones que descendían rápidamente hasta que un destello en el cielo, hacia el suroeste, llamó su atención. Aturdida, se quedó mirando los

puntos cada vez más grandes y estridentes que se acercaban al pueblo.

—¿Son de los nuestros? —preguntó en un susurro.

—No —respondió Piotr con voz ronca.

La primera bomba estalló en algún lugar cerca del centro del pueblo, un golpe seco y un estruendo seguidos de una serie de explosiones. El humo y el polvo se alzaban hacia el cielo mientras los aviones seguían acercándose, dejando a la vista las cruces blancas y negras pintadas en la parte inferior de sus alas. Y en medio de todo esto, el sonido escalofriante de las ráfagas de ametralladora.

—¡Están bombardeando las calles! —gritó Piotr mientras jalaba a Sophie hacia adelante—. ¡Debemos cubrirnos!

Corrieron alejándose del pastizal. Sophie sentía el corazón en la garganta. El miedo le desgarraba las entrañas. Atravesó la cerca raspándose las manos con la madera. El dobladillo de su vestido se atoró con un clavo mientras los aviones aullaban cada vez más cerca. Desesperada, lo soltó de un tirón y se impulsó apoyándose en la cerca. Estaba jadeando. Piotr estaba a su lado, urgiéndola a correr más rápido. Apenas había dado dos pasos hacia adelante cuando el hotel se desintegró abruptamente ante sus ojos. Las piedras salieron volando por los aires y la fuerza de la explosión empujó a Sophie contra la cerca y luego al piso.

El impacto le sacó el aire de los pulmones. Desesperada, intentó tomar aire, pero una nube de polvo la envolvió, llenando su nariz y su boca y haciéndola atragantarse. Se giró bocabajo, ignorando un intenso dolor en las costillas, y se arrastró hacia el pastizal, pasando sobre las astillas de la cerca. Desorientada, se puso de rodillas y luego se levantó, tapándose los oídos con las manos. Extrañamente, el mundo se había quedado en silencio, y un zumbido distante había reemplazado el chirrido de los aviones.

El polvo empezó a disiparse, aunque las llamas y el humo seguían alzándose hacia el cielo, manchas horrendas contra lo que prometía ser un cielo perfecto de septiembre. El espacio donde había estado el hotel era solo una pila de vigas y ladrillos desperdigados, con solo la pared norte sobresaliendo como una muela fracturada. Sophie avanzó tambaleándose. ¿Dónde estaba Piotr?

Tropezó con una pila de ladrillos rotos. Un zapato de mujer sobresalía de manera incongruente del montón. A un lado había un bolso a juego, con papeles que salían de él y se

agitaban con el viento. Alrededor empezaron a surgir personas cubiertas de polvo y sangre, como apariciones fantasmales. La mayoría corría ciegamente; otros deambulaban sin rumbo fijo, y unos pocos simplemente yacían en el suelo, encogidos de miedo. Ninguno de ellos era Piotr.

Una sombra pasó sobre su cabeza, y luego otra más. El piso parecía vibrar bajo sus pies. A su izquierda estallaban nubecillas de humo y polvo, y los cuerpos de quienes habían pasado corriendo a su lado se sacudían con movimientos descontrolados y luego caían al suelo. Un par de manos la sujetaron y la hicieron girar. Sophie encontró unos ojos azules y brillantes y la sensación de alivio casi la hace llorar.

Piotr estaba gritándole algo y al mismo tiempo señalaba la ruinosa estructura para carruajes, que seguía en pie. Luego la empujó hacia la construcción. Sophie tuvo que hacer un gran esfuerzo para mover las piernas. Las sentía pesadas y lentas, como si estuviera corriendo bajo el agua. El zumbido de sus oídos empezó a disiparse y el ruido de los motores tomó su lugar. A espaldas de Sophie, el grito de una mujer fue silenciado abruptamente.

Oculto tras una cortina de humo arremolinado que se alzaba desde las ruinas del hotel, otro avión se acercó sin ser visto mientras su agudo aullido inundaba el aire. Un golpe seco reverberó a través del piso, seguido del estruendo de otros cañones. Sophie siguió corriendo, pero tropezó. El miedo la hacía moverse con torpeza. Piotr logró impedir que cayera, y la urgió a correr más rápido hacia la entrada oscura cuya puerta había desaparecido hacía mucho tiempo.

Cuando estaban a punto de llegar al cobertizo para carruajes, el avión atravesó la cortina de humo y llamas que emanaba del hotel. Montones de tierra explotaron mientras el artillero hacía pedazos el terreno que tenía debajo. Piotr empujó a Sophie hacia adelante, y esta cayó con fuerza con solo medio cuerpo adentro de la cochera. El peso de Piotr cayó sobre ella al tiempo que el avión pasaba rugiendo, sacándole a Sophie el aire de los pulmones y hundiendo su barbilla en el suelo. Ella apretó los ojos y percibió el sabor metálico de la sangre en su boca. Intentó moverse, pero el peso de Piotr la mantuvo inmóvil.

—¿Piotr? —dijo ella con voz ronca.

Él no respondió.

—¿Piotr? —preguntó de nuevo mientras un terror desconocido la invadía. Sophie logró apoyarse sobre los codos,

y el peso de Piotr se desplazó lentamente sobre su espalda. Entonces emitió un sonido que no reconoció y forcejeó frenéticamente para salir de debajo de su esposo mientras el pánico le daba una fuerza que no sabía que tenía.

—¡No, no, no, no, no!

Sophie se puso de rodillas junto a él, temerosa de tocarlo y temerosa de no hacerlo.

Piotr había rodado hasta quedar bocarriba, y sus oscuras pestañas estaban inmóviles sobre sus mejillas cubiertas de polvo. La sangre manaba de su pecho, marcando su camisa antes blanca con una macabra mancha roja.

Estaba respirando, pero con debilidad. Con dedos temblorosos, Sophie tomó el dobladillo desgarrado de su vestido y limpió con el mayor cuidado posible una mancha de sangre de los labios de él.

Piotr parpadeó y abrió los ojos.

—¿Me… me atropellaste otra vez con tu bicicleta? —dijo con voz áspera.

Sophie se obligó a tragarse un sollozo.

—No exactamente.

—Lo sospeché.

—Estarás bien —dijo ella—. Si sobreviviste a mí, sobrevivirás a esto.

Piotr hubiera sonreído, pero sus ojos parpadearon y volvieron a cerrarse.

—No llores —dijo con voz apenas audible.

Ella se limpió las lágrimas que se le habían escapado y metió la mano bajo la de él. Sus dedos estaban fríos. Sumamente fríos.

—Mira en el bolsillo de mi camisa —susurró él.

Ella hizo lo que le pedía. Las manos le temblaban. En el bolsillo de la camisa encontró una fotografía, una foto en blanco y negro de ella montando a pelo un corpulento caballo. Ella sonreía triunfante hacia la cámara, con el cabello cayéndole sobre los hombros y la ropa enlodada en los codos y las rodillas. Sophie la reconoció al instante.

—Tomaste esta foto el primer día que me llevaste a montar.

—Sí.

—No sé ni cuántas veces me caí de ese pobre caballo.

—Y sin embargo… seguiste levantándote. —Los ojos azules y brillantes volvieron a abrirse y se encontraron con los de ella—. Tienes que volver a levantarte hoy.

Ella negó con la cabeza, sollozando.

—Solo si estás conmigo.

—Haz que valga la pena, Sophie. Cada día después de hoy. Haz que todo valga la pena.

—Te amo.

Ya nada contenía el correr de sus lágrimas.

Un nuevo estruendo estaba aproximándose, y Sophie se encorvó sobre Piotr como queriendo protegerlo de aquella nueva amenaza. Ella vio con el rabillo del ojo unas pezuñas pasando a toda velocidad, según la yegua corría incontrolablemente, pero no vio señales del potrillo cobrizo.

Sophie se enderezó y besó delicadamente a su esposo en los labios.

Y catorce horas después de haberse convertido en esposa, Sophie se convirtió en viuda.

3

Estelle

Cerca de Metz, Francia
17 de junio de 1940

Veintidós viudas.

Veintidós era el número de hombres que llevaban anillos de bodas y que habían muerto antes de que Estelle Allard pudiera llevarlos al hospital de campaña en su ambulancia. Y apenas era mediodía.

Ella no estaba segura de cuándo había empezado a fijarse en ese detalle, ni de por qué parecía importarle tanto. Cada uno de los hombres que transportaba desde el frente era un ser querido para alguien, estuviera casado o no. Tal vez era porque siempre se había preguntado cómo sería amar y ser amada con la plenitud que sugería el matrimonio. Que alguien simplemente aceptara tus defectos y te amara a pesar de ellos, o tal vez a causa de ellos. Amar de manera tan profunda y completa que un futuro sin esa persona sería imposible de imaginar.

La idea de un amor así era al mismo tiempo terrorífica y envidiable porque podías perderlo en un segundo, tal como las veintidós mujeres que estaban esperando a un amor que no volvería nunca.

La ambulancia de Estelle rebotó sobre las profundas zanjas del terreno. Cuando redujo la marcha, el destartalado vehículo se sacudió violentamente y al fin se detuvo. Ella vio las hileras de hombres que esperaban sobre las camillas. Hileras de hombres retorciéndose, gritando y sangrando, y otros más que simplemente yacían en un inquietante silencio. Muchos. Demasiados.

—¿Por qué demonios tardaste tanto, Allard? —gritó un médico ojeroso mientras abría la puerta de la ambulancia y

bajaba de la dura banca.

Ella se tambaleó levemente al apoyar los pies en el piso.

—También me alegra verte con vida, Jerome.

—Tardaste demasiado. —Jerome de Colbert ignoró su saludo y se arrodilló junto a una de las figuras recostadas en el piso—. Necesitas ser más rápida.

—No hay combustible —respondió débilmente. Siempre era el combustible lo que la retrasaba. Lo que retrasaba a todos los conductores. Lo poco que había en el tanque de la ambulancia provenía de una granja abandonada a kilómetro y medio hacia el sur. Sus habitantes, aterrorizados, habían abandonado todo ante la invasión de los alemanes.

—¿Rachel viene en camino? —preguntó él, poniéndose de pie.

—Tal vez.

La verdad era que Estelle no había visto a su mejor amiga desde el amanecer, y eso solo al pasar una junto a otra en la granja que hacía de hospital de campo. Estelle había hecho un gran esfuerzo para no pensar en todas las cosas horribles que podrían haberle pasado, para no pensar en Rachel herida o muerta, en su ambulancia dañada o destruida por el bombardeo continuo.

Incluso en ese momento, los cañones incesantes rugían y traqueteaban, casi sofocando los gritos y gemidos de los heridos y moribundos que esperaban transporte. El aire estaba estancado y polvoriento, y el hedor de la pólvora y el humo se mezclaba con los olores penetrantes de la sangre y la orina. Estelle apoyó una mano en la ambulancia para estabilizarse; luego corrió hacia el grupo de heridos que esperaban para ser trasladaos al hospital de campo.

Se arrodilló junto a un soldado que yacía inmóvil en su camilla, con un brazo colgando a un lado y la cabeza envuelta con trapos manchados de sangre y tierra.

—Déjalo —dijo Jerome bruscamente—. No sobrevivió. Ve si el que está junto sigue con vida. Enseguida vuelvo para ayudarte a cargar.

Estelle tomó la mano sin vida del soldado y la colocó delicadamente sobre su pecho. El color dorado de un anillo de bodas relució bajo la luz del sol que se filtraba por la neblina.

Veintitrés viudas.

Estelle tocó el anillo. Había una palabra en hebreo grabada en él…

—¡No!

Estelle se quedó inmóvil por un segundo. Luego buscó con movimientos torpes las placas de identidad y las sacó de debajo del manchado uniforme. Estaban pegajosas por la sangre coagulada pero aún podían leerse. «Alain Wyler».

Estelle soltó las placas y se alejó bruscamente del cuerpo, como si eso pudiera hacer menos real lo que ya sabía. Sintió un nudo en la garganta y resistió las ganas de simplemente derrumbarse y llorar, porque eso no habría ayudado a nadie en medio de tanto sufrimiento, de tantas muertes y pérdidas. Intentó levantarse, aunque tenía la visión nublada y el suelo parecía abrirse bajo sus pies. Al final se encontró en el suelo, apoyada sobre sus manos y rodillas, mientras las náuseas se apoderaban de ella.

—Santo cielo, Allard, ¿cuándo fue la última vez que comiste?

Jerome se puso en cuclillas junto a ella y apoyó una mano en su hombro.

—¿Ayer? —dijo Estelle. Le resultaba difícil recordarlo. Más difícil aún era saber cuándo había terminado un día y empezado otro.

Jerome gruñó.

—Toma. —Estelle vio frente a su rostro algo que parecía un trozo de salchicha seca—. Come. Ya tengo bastantes bajas; lo último que necesito es añadirte a la maldita lista.

Estelle se sentó sobre sus talones y obedeció. También aceptó la cantimplora y tomó cuidadosamente unos sorbos de agua tibia.

—¿Dormiste algo?

—Lo suficiente.

Una hora, más o menos, entre la medianoche y las dos. No había tiempo para dormir.

Las manchas que veía frente a sus ojos estaban desapareciendo y la náusea se redujo, aunque el nudo en la garganta seguía ahí, al igual que una tristeza crónica que parecía haberse asentado en lo profundo de su pecho. Colocó una mano sobre la de Alain por última vez.

—¿Lo conocías?

Jerome la miró con ojos cansados y enrojecidos que brillaban de manera poco natural entre las manchas oscuras de hollín y lodo que le cubrían el rostro.

—Sí —logró responder Estelle.

—¿Quién era?

—El hermano de Rachel. —«Mi hermano», habría querido

decir, porque era lo que había sido, en todos los aspectos menos el de sangre. Y es que, según su experiencia, la sangre no importaba mucho en lo que se refiere a la familia—. Tenía esposa, Hannah. Y una hija de tres años, Aviva.

—Carajo. —Jerome dejó caer la cabeza—. Carajo —repitió.

—Yo se lo diré a Rachel.

—Sí —susurró él—. Lo siento mucho, Allard.

Estelle le devolvió la cantimplora.

—Yo también.

Jerome se levantó y le tendió la mano para ayudarla a pararse. Tenía ojos bondadosos, pensó Estelle en medio de su aturdimiento mientras tomaba su mano. Del color del caramelo fundido, la mirada firme...

El suelo al otro lado de la ambulancia de Estelle hizo erupción de repente. Ella se lanzó al piso mientras la tierra y los escombros que habían volado al cielo como lanzados por un géiser caían sobre ella y los pacientes. Algo le picó la piel cerca de la sien, pero Estelle lo ignoró.

—¡Malditos alemanes! —gritó Jerome hacia el frente de batalla—. ¡Malditos! ¡Deténganse por un maldito minuto para que pueda hacer mi maldito trabajo!

Estelle se levantó trabajosamente. Algo caliente estaba chorreando de un lado de su rostro. Ella se limpió bruscamente con la manga.

Jerome volteó y le entregó una lata vacía.

—Necesito que conduzcas —dijo con voz ronca de tanto gritar. De sus hombros caían residuos—. Y trae más vendajes. Hemos tenido que desnudar cadáveres para usar sus malditos uniformes como vendas. No puedo seguir el ritmo.

Estelle tomó la caja y la aventó a la parte delantera de la ambulancia. Luego regresó para ayudar a subir a quienes seguían con vida.

—Apúrate —dijo Jerome entre jadeos mientras cerraba la parte posterior—. Por favor.

—Sí —respondió ella—. Y no mueras en mi ausencia.

—Tú tampoco, Allard.

Estelle subió a su ambulancia y pisó con fuerza el *clutch* para ponerla en marcha. El vehículo soltó un gruñido agonizante y empezó a avanzar, sacudiéndose sin piedad. Un soldado gritó de dolor en la parte posterior. Estelle dirigió la ambulancia hacia la desnivelada carretera y aceleró en la elevación. Luego condujo tan rápido como se atrevió. Menos de

un kilómetro más adelante se vio forzada a reducir casi por completo la velocidad. Delante de ella, la carretera estaba congestionada con personas que huían del frente de batalla, el cual estaba cada vez más cerca. La mayoría iba a pie, muchos cargando niños pequeños. Algunos tenían carretillas o carruajes tirados por perros. Los más afortunados llevaban carruajes tirados por caballos o bueyes, y bicicletas. Incluso había un tractor que escupía nubes negras por el escape. Pero todos tenían el agotamiento y el miedo grabados en el rostro.

Luego de permanecer en la carretera por interminables minutos, Estelle se desvió y bajó sacudiéndose a un pastizal, donde siguió un camino con muchos baches que en algún momento había funcionado como sendero para ganado. Atravesó un seto y se encontró muy cerca del nuevo hospital de campo que se había establecido el día anterior en una modesta casa de campo abandonada por sus anteriores ocupantes. Las cirugías se realizaban en la concina y en lo que había sido la sala. En el resto de las habitaciones había hombres acostados dondequiera que hubiera espacio, esperando. Esperando la muerte o esperando la vida.

Unos hombres uniformados se acercaron para recibir a Estelle mientras la ambulancia tosía y se sacudía frente al granero y a los corrales vacíos. Bajaron a los pacientes de la parte de atrás, pero en vez de encaminarse hacia la casa, se dirigieron al granero.

—No —protestó Estelle—. Estos tienen que ir a la casa. Necesitan un médico.

—Ya no hay espacio —musitó uno de los hombres mientras manipulaba la camilla—. La casa está llena. Y todos necesitan un médico.

Mientras miraba cómo se alejaban, Estelle se sentó en el borde de la ambulancia abierta. Luego se llevó las manos al rostro y presionó con fuerza sus ojos. Estaba cansada. Muy cansada.

Se obligó a enderezarse. No era de las que se daban por vencidas, y no lo haría ahora, sobre todo cuando hombres como Alain habían sacrificado todo por ella y por su país. Regresó a la cabina del vehículo y revisó el medidor de combustible. Lo que tenía no era suficiente para ir al frente de batalla y regresar.

Estelle se puso de pie. Tal vez durante la última hora, alguien había encontrado más combustible, o tal vez había llegado una provisión de…

—¡Estelle!

Cuando volteó al oír su nombre vio a Rachel corriendo hacia ella. Casi todo su cabello oscuro se había soltado de sus ataduras y le caía desordenadamente sobre los hombros. Su uniforme, al igual que su rostro, estaba sumamente sucio.

Sintió un alivio inmediato al ver a su amiga viva e ilesa, pero una ráfaga de dolor sofocó violentamente ese sentimiento. Estelle tragó saliva.

—Estelle —repitió Rachel cuando llegó con ella y la abrazó—. Estaba muy preocupada. Los hombres que trajeron decían que los proyectiles estaban llegando detrás del frente, y… —Se quedó callada y se hizo hacia atrás—. Estás herida.

Rachel tocó la sien de Estelle y sus dedos se mancharon de sangre.

—Estoy bien —susurró Estelle. Entonces se dio cuenta de que las lágrimas que no había derramado con Jerome ahora corrían libremente por sus mejillas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasó?

Estelle trató de hablar, pero las palabras no salían de su garganta.

Rachel dio un paso atrás.

—Alain —dijo.

Estelle asintió con la cabeza.

Su amiga levantó una mano y se sostuvo de la puerta de la ambulancia.

—¿Está…?

Ella tampoco pudo decirlo. Como si el no decir lo que ambas sabían lo hiciera menos real.

—Lo siento, Rachel —dijo Estelle—. Lo siento mucho.

Rachel se tambaleó y se sentó pesadamente en la parte trasera de la ambulancia. No se movió ni dijo nada, y Estelle no sabía qué decir o hacer.

Luego de unos momentos, Rachel se levantó y se acercó a Estelle.

—¿Cuánto combustible te queda?

—¿Qué?

Estelle sacudió la cabeza tratando de comprender.

—¿Cuánto combustible te queda? Mi ambulancia ya no sirve. El eje delantero se rompió cuando…

—Rachel —dijo Estelle interrumpiéndola—, ¿qué estás haciendo?

—Estoy haciendo lo que Alain habría querido que hiciéramos —respondió con voz trémula—. Hay hombres allá

afuera que él consideraba amigos, hombres con quienes luchó, hombres que siguen luchando. Hombres que necesitan nuestra ayuda. Él no habría querido que nos derrumbáramos ahora.

Tomó la mano de Estelle y la estrechó con fuerza.

—Rachel…

—No voy a llorar ahora —dijo Rachel oprimiendo con más fuerza la mano de Estelle—, porque si lo hago, no podré detenerme. Y eso no será de ayuda para nadie. Necesitamos conseguir combustible.

—Sí.

Rachel soltó la mano de Estelle.

—Necesitamos regresar con Jerome.

Las dos mujeres empezaron a cruzar el patio, rodeando el menor de los anexos. Estelle no había dado más de una docena de pasos cuando se detuvo, sorprendida por la quietud del lugar. No había nadie en los vehículos ni en los puestos de vigilancia. Con el rabillo del ojo vio a un joven soldado corriendo hacia el granero.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a gritos.

—Un anuncio público en la radio —respondió él sin detenerse—. Del gobierno.

Estelle y Rachel voltearon a verse y, por primera vez en mucho tiempo, sintieron esperanzas. Estelle continuó caminando, arriesgándose a creer que ese podría ser el anuncio que habían estado esperando. Que, de alguna manera, iban a llegar más tropas y más ayuda. Que los malditos alemanes retrocederían al lugar de donde habían venido y que su agresión desenfrenada sería detenida antes de que fuera demasiado tarde.

Las puertas del granero estaban abiertas, y Estelle y Rachel entraron en el cavernoso espacio. A la derecha, docenas de pacientes languidecían sobre camas de paja. El que estaba más cerca de Estelle gemía y musitaba, con un espacio vacío donde debía haber estado su pantorrilla izquierda. Los otros estaban inmóviles, y algunos la miraban con ojos angustiados y ensombrecidos por el dolor y el agotamiento.

En el extremo opuesto del granero había un radio montado sobre un barril, y su larga antena subía serpenteando por el pajar elevado hasta salir al techo. Un grupo de hombres con distintos uniformes se había reunido alrededor. Estelle aceleró el paso, impaciente por oír lo que se decía. Rachel iba inmediatamente detrás. Pero cuando llegaron cerca del grupo, alguien apagó el radio, dejando todo en un silencio absoluto e

inquietante. Lo único que se oía eran los quejidos del paciente que estaba cerca de la entrada.

Estelle titubeó. Las expresiones en los rostros iban de serias a consternadas, de iracundas a desoladas. Un soldado mayor de edad, tanta como para haber combatido a los alemanes veinte años antes, lloraba abiertamente.

Estelle tomó del brazo a un médico que estaba cerca.

—¿Qué pasó?

—Nos rendimos.

Estelle se quedó mirándolo sin comprender.

—No entiendo.

—Reynaud renunció. Pétain asumió el poder y su acto inaugural como primer ministro fue solicitar a los alemanes que permitieran la rendición de Francia.

—No es posible.

Eso significaría que todo lo que había ocurrido durante los últimos meses había sido en vano. Que todo el sufrimiento, las muertes y los sacrificios no habían servido de nada.

Que el sacrificio de Alain había sido en vano.

—Todo terminó —dijo el médico. Luego liberó su brazo y se alejó.

Rachel soltó un sonido torturado desde la garganta y se hundió en el piso en una rodilla, con una mano cubriéndole la boca.

Los otros que habían estado escuchando la radio empezaron a dispersarse. Estelle y Rachel se quedaron solas, mirando el espacio que el grupo había dejado vacío. Las motas de polvo bailaban en la luz que caía de las puertas abiertas del pajar, agitadas por el movimiento.

Los generales de uniformes resplandecientes y los políticos de trajes a la medida les habían asegurado a Estelle y a todos los demás que Francia estaba preparada para enfrentar a Alemania. Habían afirmado que Francia aplastaría cualquier hostilidad que los alemanes tuvieran la audacia de realizar. Proclamaron que la línea Maginot, con todos sus túneles, tropas y armas, era indestructible e impenetrable. Y afirmaron que no había manera en que un ejército pudiera invadir a través de Ardenas o navegar el río Mosa. Que Francia nunca caería.

Todos los habían engañado.

4

Gabriel

París, Francia
28 de junio de 2017

Gabriel Seymour estaba convirtiéndose en un mentiroso.

Cuando la mujer le envió un correo electrónico el día anterior, afirmando que había encontrado una pintura que pertenecía a la familia de él (una pintura realizada nada menos que por su abuelo) había estado a punto de borrar el mensaje. Pero antes de que pudiera arrastrar el dedo y eliminar para siempre el comunicado, apareció en su pantalla una foto en baja resolución adjunta, y Gabriel se encontró mirando una representación de Millbrook Hall, la propiedad que su familia tenía en Norfolk. La pintura de la foto estaba realizada con los colores planos que caracterizaban la obra de su abuelo, pero la composición en sí exhibía cierta cualidad optimista, como si el entusiasmo de su creador pudiera compensar todas las carencias de la obra.

En el mensaje, la mujer, Aurelia Leclaire, señalaba que estaba vaciando un departamento que había pertenecido a un pariente difunto. La señorita Leclaire le preguntaba a Gabriel si sabía cómo la pintura había llegado a París, y si el nombre Estelle Allard le resultaba familiar. También preguntaba si la pintura era valiosa. No había oído hablar del artista, decía, e ignoraba si el valor de mercado de la obra era significativo. La señorita Leclaire dejaba en claro que en ningún caso pretendía conservar la pintura; estaba decidida a devolverla a la familia de Gabriel, los dueños legítimos, sin costo alguno. Concluía el mensaje invitándolo a París para que la viera.

Gabriel sacó varias conclusiones a partir del mensaje. Primero, que la mujer tenía bastante dinero propio. Tanto que al parecer no tenía interés en incrementar su fortuna actual.

Segundo, que quienquiera que fuera esa mujer, no sabía nada de arte. Esta conclusión fue refrendada cuando Gabriel notó un segundo lienzo que alcanzaba a verse en la fotografía adjunta, oculta detrás del entusiasta paisajito.

Una mujer desnuda se asomaba con mirada intensa desde el segundo lienzo. El estilo audaz y los colores resueltos resultaban inconfundibles, aun considerando la baja calidad de la foto. Gabriel casi dejó caer su teléfono cuando lo vio, y la emoción del descubrimiento recorrió sus venas como un relámpago. A los pocos instantes estaba comprando un boleto de Eurostar de Londres a París para la primera corrida de la mañana siguiente. Años de experiencia le habían enseñado que, sin importar cuán seguro estuviera de haber identificado un artista particular o su obra, era indispensable realizar un examen cuidadoso y exhaustivo antes de realizar pronunciamientos triunfales. Ofrecer al cliente falsas esperanzas era algo que nunca terminaba bien para nadie. Así, le respondió únicamente a la señorita Leclaire que quería ir a ver de cerca el pequeño paisaje.

Había mentido. Sin remordimientos. Porque si el desnudo aquel resultaba ser lo que él sospechaba...

Gabriel volvió a revisar el domicilio en su teléfono mientras subía por la calle inclinada. Siempre le había gustado la energía del noveno *arrondissement*, con sus animados negocios comerciales y multinacionales, dispuestos con orden y belleza a lo largo de los magníficos bulevares. La renovación realizada en el siglo XIX por el barón Haussmann había transformado el laberinto oscuro y desordenado del viejo París en una comunidad cuya hermosura y luminosidad se manifestaban en cada rincón, siendo la joya de la corona la imponente Ópera Garnier, que Gabriel había visitado en más de una ocasión. El edificio donde vivía la señorita Leclaire también había sido diseñado por Haussmann, una hermosa estructura de piedra caliza luteciense cuyos tres pisos de fachada estaban adornados con ventanas uniformes y balcones perfectamente alineados.

Gabriel se acomodó el portafolios que llevaba colgado al hombro. Entró al edificio y subió las escaleras mientras un sentimiento de expectación le recorría el cuerpo. Buena parte de su trabajo consistía en actividades minuciosas y tediosas, pero momentos como aquel hacían que se sintiera como Indiana Jones buscando un gran tesoro escondido.

Cuando llegó al rellano, alzó la mano para levantar la

aldaba de bronce de la puerta de la señorita Leclaire. Sin embargo, el sonido de una puerta abriéndose a su espalda, acompañado por una breve cacofonía de ladridos agudos, hicieron que volteara. Al otro lado del rellano estaba una anciana maquillada con un labial de color alarmante y vestida con un vestido de estampado floral que no habría estado fuera de lugar medio siglo antes. En una mano llevaba un bastón y, en la otra, un perrito que no se estaba quieto.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó en francés.

Gabriel parpadeó.

—¿Disculpe?

—Nunca puedo estar tranquila. —La mujer entrecerró los ojos. El grueso delineador los hacía parecer rajadas furiosas—. ¿Qué asunto lo trae por aquí?

—Ninguno que le incumba —respondió él en tono cordial.

El perro gruñó y continuó ladrando frenéticamente. Gabriel hizo una mueca de desagrado.

—Supongo que viene a ver a la chica.

La mujer tuvo que alzar la voz para hacerse oír sobre los ladridos.

—Así es —respondió una nueva voz detrás de Gabriel. Este volteó y descubrió a una mujer con un llamativo vestido rojo sin mangas, cabello largo y castaño recogido en una coleta improvisada, y una sonrisa insinuándose en las comisuras de sus labios.

—¿Señorita Leclaire? —preguntó él abruptamente. Por alguna razón, durante su breve intercambio la había visualizado como una especie de matrona, diligente y amargada, que se encargaba de resolver asuntos relacionados con herencias.

—La misma —respondió ella—. Soy Aurelia, pero todos me llaman Lia. Tú debes de ser el señor Seymour.

—Sí. Pero por favor, llámame Gabriel. —Cuando se dio cuenta de que estaba mirándola fijamente, sus modales regresaron y apartó la mirada. Luego extendió la mano—. Es un gusto conocerte.

Lia la estrechó con mano firme y cálida. Él la soltó con cierta renuencia.

—Y ella es Madame Hoffmann, mi vecina.

Gabriel inclinó la cabeza.

—Un placer —consiguió decir.

La anciana dio unos golpecitos en el piso con su bastón.

—Conozco a los de su tipo —dijo bruscamente

dirigiéndose a Gabriel. Luego clavó la mirada en su cabello enmarañado y en los tatuajes de sus brazos—. Y no son bienvenidos aquí. Este es un edificio para ciudadanos respetables, no un cuchitril para artistas degenerados ni drogadictos.

—Guau, ese es un gran salto —señaló Gabriel. No sabía si la hostilidad de la mujer le resultaba irritante o divertida.

—Y eso no es nada —susurró Lia en inglés—. Si ves un mono volador, te sugiero que corras.

—¿Crees que logremos dejar atrás a un mono volador? —preguntó él, también en susurros.

—Yo solo tengo que dejarte atrás a ti.

Gabriel rio, y el sonido originó un nuevo frenesí de ladridos.

—Pasa, por favor —dijo Lia en voz alta y en francés. Luego se movió a un lado para dejar entrar a Gabriel.

Él lo hizo sin perder más tiempo mientras el perro le gruñía y le soltaba mordiscos.

Lia suspiró.

—Que tenga buena tarde, Madame…

—Puedo hacer que la desalojen, no crea que no. —La vecina de Lia aún no terminaba—. Conozco personas que…

—Buenas tardes, Madame Hoffmann —repitió Lia, y cerró la puerta.

—Es encantadora —comentó Gabriel.

Los ladridos apagados seguían oyéndose al otro lado de la puerta.

—Estoy segura de que es inofensiva. Tal vez está un poco sola. Abuela solía decir: «Solo cuídate del hombre que no habla y del perro que no ladra».

Lia pasó a un lado de Gabriel, dejando tras de sí un leve aroma a jazmín.

—Nunca había escuchado eso —dijo Gabriel mientras inspeccionaba el pequeño recibidor con revestimiento de madera.

—Pues resulta que es un dicho estadounidense.

—¿Tu abuela era estadounidense?

—No. —Lia frunció el ceño, pero no se explayó. Luego, su expresión volvió a la normalidad—. Te agradezco que hayas venido tan pronto. Espero no haber causado molestias.

—En lo absoluto. —Gabriel puso su portafolios en el piso —. Estaba intrigado. —Aunque no por lo que ella creía.

—La pintura está aquí.

Lia se inclinó y levantó el pequeño paisaje, que estaba recargado en una pared cerca de la puerta. Del audaz desnudo no había señales.

Lia le entregó la pintura.

—¿La reconoces?

Gabriel la examinó. De cerca, parecía más ansiosa por complacer que en la foto, pero el tema era fácilmente reconocible. En la esquina inferior derecha se leía «William Seymour» en letras con florituras.

—Esta es una pintura de Millbrook Hall, una propiedad que ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Esa es la firma de mi abuelo. Pintó docenas y docenas de paisajes en los que aparece Millbrook.

—¿Era pintor?

—Era un hacendado que tenía mucho tiempo libre y amaba el arte —concedió—. Siempre soñó con exhibir su obra.

—¿Y lo logró?

—Solo en el comedor de la casa, pese a las vehementes objeciones de su esposa. —Alzó la mirada y sonrió irónicamente—. Al menos es lo que se cuenta.

Lia sonrió también.

Gabriel volteó la pintura. No había nada escrito detrás que indicara cómo había ido a dar ahí.

Al parecer, Lia le leyó la mente.

—Pertenecía a mi abuela. Todavía no sé cómo la obtuvo.

—Mmm.

Gabriel volvió a girar la pintura.

—¿Y estás seguro de que el nombre de Estelle no te dice nada? ¿Estelle Allard?

Él negó con la cabeza.

—No, lo siento. Antes de salir para acá llamé a mi padre, pero él tampoco había oído el nombre. Le preguntará a mi abuelo a la primera oportunidad.

—¿Todavía vive? ¿El William que pintó esto?

—Sí. Y puede que noventa y ocho años le hayan pasado la factura físicamente, pero su mente está intacta. Tal vez él tenga la respuesta. —Gabriel alzó la vista hacia ella—. Supongo que Estelle Allard fue tu abuela.

—Sí. Tenía la misma edad cuando falleció. Noventa y ocho.

—¿Tenían una relación cercana?

Lia exhaló y jugueteó con el pequeño dije ovalado que llevaba al cuello, haciendo brillar las tres piedrecillas rojas

engastadas en la superficie esmaltada.

—Es lo que yo creía. Bueno, tan cercana como lo permitiría una mujer que no era muy sociable… —La voz de Lia se fue apagando, y de repente pareció incómoda—. Creí conocerla, pero ahora me parece que no la conocí en lo absoluto.

Gabriel no sabía cómo responder.

—Lo lamento. No me hagas caso. ¿Crees que a tu familia le gustaría recuperar la pintura? —preguntó—. Tal vez tiene algún valor sentimental.

—Te agradezco el detalle, pero es obvio que perteneció a tu abuela. Puedes hacer con ella lo que creas conveniente. —Gabriel le devolvió el pequeño paisaje, preguntándose de qué manera podría sacar el tema del desnudo. Porque no pensaba irse sin echarle una buena mirada—. ¿Puedo preguntar cómo me encontraste?

—Tu página de internet. —Unos ojos color avellana y de aspecto inteligente lo contemplaron—. Eres valuador de arte.

—Sí, y lo he sido por más de una década. También me especializo en restauración.

Si ella había leído su página, también lo sabría.

—De pinturas —confirmó ella—. Tu especialidad es el modernismo temprano.

—Sí, pero tengo experiencia con obras del siglo XV en adelante. También trabajo mosaicos y murales, aunque por lo general canalizo a mis clientes con un especialista para las piezas más valiosas. Sé lo suficiente para saber lo que no sé.

—Ajá. Háblame de tus clientes.

Gabriel empezó a replantearse su valoración inicial acerca de qué tanto conocía esa mujer sobre arte. Y es que aquel diálogo sonaba cada vez menos como una conversación, y cada vez más como una entrevista de trabajo.

—Compañías de seguros. Casas de subastas. Museos. —Gabriel cruzó los brazos—. ¿Te gustaría llamar a algunos de ellos para que te den referencias?

Ella juntó las manos y bajó la mirada.

—Ah… A decir verdad… Ya lo hice.

Eso lo tomó por sorpresa.

—¿A quiénes?

—A todos.

—Oh.

Eso tampoco se lo esperaba.

—Estás muy bien recomendado. Y estoy bastante segura

de que no eres un asesino serial.

—Gracias. Creo.

—Tengo algo que confesarte.

—¿Confesarme?

Lia volvió a colocar el paisaje en el suelo.

—Cuando te pedí que vinieras, no fue solo para que vieras la pintura de tu abuelo.

La ironía de la situación casi lo hizo soltar una carcajada.

—Al principio, sí busqué tu nombre —continuó Lia al tiempo que volvía a alzar la mirada—, porque, por extraño que parezca, este paisaje en particular estaba guardado en una caja de seguridad de cuya existencia me enteré hasta después de la muerte de mi abuela. Y no puedo imaginar por qué. Sin ofender a tu abuelo —añadió rápidamente.

—No te preocupes.

—En el testamento señalaba específicamente que esta pintura sería para mí.

—Comprendo. —No supo qué más podría decir.

—Investigar a tu familia me pareció un buen primer paso. Tengo muchísimas preguntas, y tal vez uno de ustedes podría ayudarme. Pero luego, cuando vi a qué te dedicabas, me pareció cosa del destino, y pensé que quizás... Hay otras preguntas. Estoy tratando de identificarlas y catalogarlas, pero... —Respiró profundo—. Ya no sé ni lo que digo. Déjame empezar de nuevo. Sé lo suficiente para saber lo que no sé —dijo robándole su frase—. Tengo varias pinturas que necesito valuar, y esperaba poder contratarte para ello.

Gabriel intentó disimular su entusiasmo. Estaba impaciente por mirar de cerca el desnudo (lo habría hecho sin cobrar) pero la idea de que le pagaran por hacerlo parecía casi demasiado buena para ser verdad.

—¿Por qué no las llevas a un valuador en París? —preguntó razonablemente, tratando de comprender exactamente qué estaba ocurriendo ahí—. No me malinterpretes —agregó—; estoy feliz de estar aquí.

—No puedo llevarlas a ningún lado. Sería complicado.

—No entiendo.

Ella volteó a verlo con una mirada curiosa.

—Creo que simplemente te lo mostraré.

—De acuerdo.

—Sígueme.

Lia lo condujo al interior del departamento. Aunque, más que un departamento, era una deslumbrante cápsula del

tiempo proveniente de otro siglo. Era una residencia sacada directamente de un libro de historia, llena de lujos y opulencia, y diseñada para impresionar. Los finísimos muebles y tapetes tenían la calidad tan en boga en las subastas de gama alta. En el extremo opuesto de la habitación, sobre la repisa de mármol de la chimenea, había antiguas esculturas hechas de jade. En ambos lados de la chimenea había altísimos libreros que se elevaban hasta el techo. La luz se reflejaba en la tipografía dorada de los lomos de cuero, y Gabriel se preguntó cuántas primeras ediciones habría en aquellas hileras de tomos perfectamente alineados.

Y en casi todas las paredes había pinturas.

—Esto es... —Gabriel se quedó sin palabras mientras asimilaba aquel espacio inundado en luz solar y los pequeños arcoíris que proyectaba el candelabro por encima de sus cabezas.

—¿Abrumador?

—Eso es quedarse corto.

—Así fue como lo encontré —dijo Lia—. Por supuesto, estaba mucho más polvoso y olía a humedad, pero las cortinas habían estado cerradas y nada se había desteñido demasiado. He estado limpiando con mucho cuidado, pero no he tocado las pinturas. Este es el primer grupo que necesito valuar.

Gabriel se acercó a la colección de paisajes y marinas en la pared opuesta a las ventanas. Su ojo experto descubrió rápidamente dos composiciones que tenían todas las marcas distintivas que habían hecho famoso a John Constable. Probablemente había una fortuna significativa colgando de esa pared.

—¿Qué quieres decir con que lo encontraste así? —preguntó cuando finalmente asimiló lo que ella le había dicho.

—Heredé este departamento —explicó Lia—. Abuela me lo dejó. Parece que ella vivió aquí a finales de los años veinte, durante los treinta, y hasta principios de los cuarenta. Encontré correspondencia fechada hasta 1943.

—¿Y nadie de tu familia vivió aquí desde entonces?

—Nadie de mi familia sabía de su existencia —lo corrigió ella. Lia apartó un cabello suelto de su rostro y se lo acomodó detrás de la oreja—. Hasta hace poco, creí que Abuela había pasado toda su vida en Marsella.

—Comprendo —repitió Gabriel sin comprender nada.

—Esta es ella. —Lia caminó hacia una mesa tallada en madera, tomó una fotografía y se la tendió a Gabriel—. Estelle

Allard.

Gabriel se apartó con renuencia de las pinturas, tomó la foto y examinó la imagen. Había visto viejos pósters de películas con estrellas como Olivia de Havilland o Ingrid Bergman, pero esta mujer, recargada en un poste de luz, no tenía nada que pedirles.

—Era despampanante —dijo francamente.

—Lo era —confirmó su nieta sin mucho entusiasmo.

Había otras fotos de Estelle Allard. Una la mostraba en el asiento del conductor de un auto deportivo; otra, montada en un elegante caballo.

—Parece que también era bastante temeraria —señaló Gabriel.

—No —musitó Lia—. Eso no. La Abuela que yo conocí cultivaba azucenas, alimentaba a los gatos silvestres en el parque que estaba al otro lado del camino, y recorría a solas, todos los días, el mismo tramo de playa. Todos sus vecinos jugaban a las bochas el último jueves de cada mes, pero ella siempre rechazaba sus invitaciones. Decía que no necesitaba compañía, y además no soportaba el ruido. No manejaba, no fumaba, no bebía. Se acostaba a las ocho de la noche en punto. Usaba blusas de cuello alto, zapatos cómodos y pantalones de poliéster.

—Esta imagen se tomó hace mucho tiempo —dijo Gabriel devolviéndole la foto—. La gente puede cambiar.

Lia emitió un sonido curioso.

—¿Quién es este?

Gabriel levantó la foto de un militar que lucía un viejo uniforme alemán.

—No tengo idea. No había nada escrito detrás. —Lia hizo una mueca—. Creo que... —Su voz se fue apagando, y empezó a retorcerse los dedos.

—¿Qué es lo que crees?

—Creo que mi abuela fue colaboradora nazi durante la guerra.

Considerando el objeto que aún tenía en las manos, aquellas palabras no sorprendieron a Gabriel.

—¿Lo dices por esto?

—En parte. También había revistas pronazis. Notas de los bares del Hotel Ritz de París. Una postal con firma autógrafa de Göring.

Gabriel regresó la foto a su lugar.

—No creo que debas sacar conclusiones apresuradas —

comentó Gabriel—. Podría haber otras explicaciones.

—Te agradezco que lo digas, y es lo que he tratado de decirme a mí misma. Pero la experiencia me ha enseñado que la explicación obvia por lo general es la correcta. —Intentó sonreír, pero sin éxito—. Las evidencias son muy convincentes. Y creo que esa es la razón por la que mantuvo oculto todo esto, el departamento y su contenido. ¿Quién en su sano juicio se atrevería a admitir que fue un colaborador?

El silencio se cernió sobre ellos.

—Y hay más. —Lia sonaba claramente incómoda—. Pinturas, quiero decir.

—¿Por qué no me las muestras?

Ella asintió y lo condujo hasta un comedor formal. Luego señaló con la mano una larga pared cubierta con lienzos enmarcados.

Gabriel pasó junto a ella para examinar la colección. Eran retratos de gran tamaño, una selección de composiciones de los siglos XIX y XX, y unas cuantas mucho más antiguas. John Singer Sargent sin duda figuraba en ella, junto con al menos dos obras que parecían ser el producto del talento artístico del Henry Fuseli. Gabriel no se atrevió siquiera a adivinar los artistas responsables del resto sin antes hacer los exámenes adecuados.

—Si estas pinturas fueran robadas, ¿podrías determinar de dónde y a quién? —preguntó Lia.

Gabriel se quedó mirándola mientras buscaba una respuesta tranquilizadora. Al final decidió a decir la verdad.

—Si fueran robadas, y esa es una suposición audaz, no podría garantizarlo. Durante esos años murieron familias enteras. Es casi imposible determinar la propiedad legítima cuando no existen familiares cercanos. Pero lo intentaría.

—De acuerdo.

La respuesta fue apenas audible.

—Si esto te hace sentir mejor, aún no he visto en estas paredes algo que figure en las listas de obras desaparecidas o robadas. No soy una autoridad en la materia, pero estoy familiarizado con los «más buscados» del mundo del arte.

Lia sonrió débilmente.

—Supongo que eso es algo.

—¿Hay más pinturas? —preguntó Gabriel. Aún no había visto el desnudo.

—Una más. Es distinta al resto.

Gabriel trató de mantener una expresión neutra.

—¿Está aquí?

Lia asintió y lo condujo hacia unas puertas de estilo francés, que abrió de par en par. Unas cortinas finas y traslúcidas dejaban entrar una luz difusa, como de ensueño, a través de dos largas ventanas. A Gabriel le pareció ver una cama ancha y un voluminoso ropero en la pared opuesta. Pero lo que lo dejó paralizado en su sitio fue el lienzo que lo había llevado ahí.

Y lo único que pasó por su mente fue que él, como Indiana Jones, había encontrado el Santo Grial.

5

Lia

París, Francia
28 de junio de 2017

Lia no tenía que ser una experta en arte para sentir la emoción que había animado cada uno de las audaces pinceladas. Cada vez que miraba esa pintura, veía algo nuevo: un matiz elusivo o un detalle sutil que previamente había escapado a su vista. Y había pasado una buena cantidad de tiempo contemplando esa pintura y preguntándose qué habría visto en aquel departamento la mujer que la observaba desde el lienzo.

De momento, Lia simplemente se recargó en la pared, observando al experto que, a su vez, estaba observando la pintura. Gabriel Seymour se había quedado helado al entrar a la recámara y ver el lienzo, y Lia no habría podido asegurar que estuviera respirando.

Él no era lo que ella había imaginado al enviar su mensaje original. Considerando la larga lista de títulos y logros académicos documentados en su página de internet, y las referencias impecables y entusiastas que ella había obtenido de lugares como Christie's y Sotheby's, había esperado a alguien mayor. Alguien que pareciera más… académico. Conservador. El hombre que en aquel momento estaba en el suelo, apoyándose sobre sus rodillas y manos frente a la evocadora pintura, más bien parecía el baterista de un grupo *indie*.

—¡Puta madre! —exclamó desde el piso, pero de inmediato recuperó la compostura—. Perdón.

—No te disculpes —dijo Lia—. Solo acepta trabajar para mí. Ayúdame a identificar estas pinturas.

—Sí —dijo en un susurro—. Sí, por supuesto. Aun a riesgo de parecer un asesino serial, necesitarías un equipo táctico

armado para sacarme de aquí. —Sus ojos recorrieron el lienzo de un extremo a otro—. Creo que esta pintura es un Munch.

—Estoy de acuerdo. Sus iniciales aparecen abajo a la izquierda. Aunque no he podido encontrar registros ni nada acerca de su procedencia. De hecho, no he encontrado nada de ninguna de las pinturas.

Gabriel alzó la cabeza de repente.

—¿A qué dijiste que te dedicabas?

—No lo dije. —Lia inclinó la cabeza—. Pero ya que preguntas, soy ingeniera química.

—¿Una ingeniera química versada en historia del arte?

—En lo absoluto. Soy mucho mejor para las matemáticas que para el modernismo. Pero internet puede ser útil de vez en cuando —respondió—. Aun así, mis habilidades para *googlear* no me convierten en experta en nada. Esa es la razón por la que me puse en contacto contigo y por la que, supongo, viniste tan rápido como lo hiciste.

Unos ojos grises se clavaron en ella.

—Pusiste a propósito esta pintura detrás del paisaje que me mandaste.

—Por supuesto.

—Eso fue absolutamente diabólico.

—Me han acusado de cosas peores. Pero funcionó, ¿no es así?

—Sí.

—Al igual que con las pinturas, necesito saber si esta fue robada.

—Entiendo. —Gabriel seguía arrodillado frente al lienzo —. Si estás de acuerdo, me gustaría trasladar toda la colección a mi estudio en Londres —dijo.

—Pero son muchas.

—Eso no será problema. He transportado colecciones mucho mayores. Ahí podré determinar la autenticidad de las obras y pedir otras opiniones en caso necesario. Me gustaría almacenarlas en un lugar seguro hasta que estén procesadas e identificadas. Como mínimo, habría que asegurarlas.

—Por supuesto.

Lia no había pensado en eso.

—Me gustaría que visitaras mi estudio una vez que las pinturas estén ahí. Entonces te explicaré lo que haré con cada pieza. Se requiere mucho papeleo, y me gustaría cubrir esa parte personalmente contigo. ¿Tendrás tiempo de ir a Londres?

—Sí —respondió Lia—. Acabo de terminar mi último

contrato. Hay un empleo que me interesa en Sevilla, pero todavía faltan algunas semanas para que empiecen las entrevistas. A causa de la muerte de mi abuela, no busqué otro trabajo antes. Al parecer fue lo mejor.

—¿Sevilla? —preguntó Gabriel alzando una ceja.

—Estoy trabajando como consultora. Eso significa que voy a donde está el trabajo y permanezco ahí mientras dura. No suelo estar mucho tiempo en París.

—Bueno, puede que esto te facilite elegir tus empleos. Si este resulta ser un Munch auténtico, y decides venderlo, valdrá una fortuna.

Gabriel pasó un dedo sobre el marco de la pintura.

—Tal vez no me corresponda a mí venderlo —dijo Lia en voz baja—. Si ese fuera el caso, deseo que se le devuelta a su dueño legítimo.

—No nos adelantemos a los acontecimientos —dijo Gabriel enderezándose—. Sin embargo, hay algo extraño —caviló mientras contemplaba el lienzo.

—¿Qué?

—Esta es la única obra pintada por un expresionista. No concuerda con el resto de la colección del departamento. —Gabriel volteó hacia Lia—. ¿No encontraste otras como esta?

Ella alzó las manos con un gesto de impotencia.

—No.

Gabriel giró lentamente.

—¿No había obras de arte en esta habitación?

—Pinturas, no. Pero había una cantidad obscena de prendas de alta costura. La mayoría las doné al Palais Galliera y al Museo de Artes Decorativas. —Lia señaló la entrada arqueada que estaba a un lado del ropero—. Ese vestidor estaba atestado.

Gabriel se apartó de la pintura y se agachó para asomarse al diminuto espacio.

—Mmm.

—¿Qué significa «mmm»?

Lia lo siguió y se detuvo en la entrada.

Gabriel estaba observando detenidamente las paredes del vestidor, ahora vacío.

—Artistas como Munch fueron etiquetados como degenerados por los nazis. Lo que no evitó que algunos nazis robaran sus obras, por supuesto, pero la mayoría fueron subastadas en otros países o destruidas. A lo largo de los años he valuado y restaurado personalmente media docena de

pinturas halladas, ocultas de los nazis, en áticos, sótanos y graneros.

Gabriel había sacado su teléfono y estaba dirigiendo la luz de linterna hacia la parte posterior.

Lia frunció el ceño. Era imposible que Gabriel sugiriera lo que ella creía que estaba sugiriendo.

—Aquí no hay áticos ni sótanos ni graneros.

—No. Pero hay un vestidor extrañamente corto.

—¿Qué?

—La pared posterior de este vestidor no es de yeso. Es madera pintada.

—¿Y?

—Ven aquí.

Sin voltear, Gabriel le indicó con señas que se acercara.

Lia lo hizo. Gabriel estaba examinando un hueco entre el piso y la pared posterior.

—Esta pared fue añadida —dijo él. Recorrió la pared con la luz, mostrando una unión que la dividía en dos paneles iguales—. No sé cuándo, pero no es original.

—¿En serio estás sugiriendo que hay un espacio oculto detrás de esta pared?

—Es probable.

Gabriel respondió como si le hubieran preguntado si creía que iba a llover más tarde.

—¿Con qué objeto? —preguntó ella con incredulidad.

—No lo sé. ¿Te gustaría descubrirlo?

—Ajá.

Gabriel tomó la mano de Lia y le puso el teléfono en la palma.

—Voy por mis herramientas —le dijo sin darle tiempo para responder. Salió inclinándose del vestidor y reapareció medio minuto después con su portafolios.

—Sostén la luz sobre mi hombro —dijo mientras se arrodillaba para estudiar el hueco que corría a lo largo del piso.

—¿Estas cosas te ocurren a menudo? —preguntó Lia—. ¿Habitaciones secretas y cosas así?

—Es la primera vez —respondió con voz amortiguada mientras introducía una barra plana debajo del panel izquierdo.

Ella se puso en cuclillas junto a él y sintió la calidez de su cuerpo en sus propios brazos descubiertos. Su presencia resultaba reconfortante.

—¿Qué pasaría si...?

Se escuchó un crujido leve, y el borde del panel se soltó abruptamente.

—Ah. Solo hay que deslizarlo.

Ambos se levantaron y Gabriel pasó los dedos bajo la unión. Volteó hacia Lia con mirada inquisitiva, y liberó el panel tan pronto como ella asintió.

Lia casi se desmaya cuando la luz de la linterna reveló un espacio oculto, una extensión del vestidor, tal como Gabriel había sugerido. Y en el interior, dispuestas sobre el piso y sobre un único estante que abarcaba todo el espacio, había docenas de pinturas de una amplia gama de tamaños. Todas habían sido despojadas de sus marcos, aparentemente para facilitar su almacenaje. Partes de los lienzos más grandes quedaron a la vista, y Lia notó que eran obras expresionistas e impresionistas, muy distintas a las que colgaban de las paredes del departamento.

Gabriel deslizó el segundo panel y lo colocó detrás de ellos, junto con el primero. Con la luz adicional, la colección parecía aún más numerosa.

—Santo cielo, Abuela. ¿Qué hiciste? —susurró Lia.

—No pienses lo peor —dijo Gabriel en voz baja al tiempo que regresaba junto a ella.

—¿Cómo podría evitarlo? —Lia sintió que los ojos le ardían—. ¿Por qué otra razón una mujer que recibió una maldita nota de agradecimiento de Hermann Göring habría escondido un montón de pinturas, si no fueran robadas?

Lia le devolvió el teléfono con un movimiento brusco y huyó a toda prisa del vestidor y de los horribles secretos que este guardaba. Se detuvo delante del ropero, tratando de controlar la desesperación y la angustia que le comprimían el pecho y le impedían respirar.

—Lia.

Ella no se había dado cuenta de que Gabriel la había seguido.

—Lo siento. Todo esto es... —Lia intentó ordenar sus pensamientos—. Es horrible. E imperdonable.

—Oye... —Gabriel tomó su mano por segunda vez y la hizo girar delicadamente—. Sea lo que fuese que pasó, sea lo que fuese que tu abuela haya hecho o dejado de hacer, no tiene nada que ver contigo. Tú no lo hiciste. Y si lo peor resultara ser cierto, no sería tu culpa. ¿Entiendes?

Lia asintió sintiéndose miserable, y miró hacia donde los

dedos de ambos se unían.

—Perdón —dijo ella.

—No hay nada que perdonar. Todo esto es demasiado. Lo sería para cualquiera.

—Me alegra que estés aquí.

Las palabras salieron de su boca antes de que ella pudiera detenerlas. Era la verdad, pero no era algo que debiera decirle a un hombre que acababa de conocer.

—A mí también. —Si la confesión de ella le había parecido inapropiada o extraña, no lo demostró—. Resolveremos todo esto.

Lia asintió otra vez y retiró la mano de la de él, tratando de recuperar la compostura.

Gabriel pareció titubear.

—¿Hay alguien más… alguien que esté ayudándote? ¿Hermanos? ¿Tus padres?

—No tengo hermanos —respondió Lia—. Y cuando les hablé a mis padres acerca del departamento, estaban más aliviados de no tener que regresar a Francia que interesados en lo que pudiera contener. Este es mi problema. —Lia lo miró a los ojos e hizo un esfuerzo para no humillarse aún más—. Estaré bien. Estoy acostumbrada a hacer las cosas yo sola.

—No estás sola. —Gabriel le sostuvo la mirada, con los ojos grises ocultando todos sus pensamientos—. Sea cual fuere el bando en que militó tu abuela, lo descubriremos juntos.

6

Estelle

París, Francia
12 de septiembre de 1940

El hotel Ritz se dividió en dos cuando los alemanes invadieron París. En realidad, ya eran dos edificios mucho antes de que las banderas rojas y negras ondearan sobre la ciudad, pero lo físico se había manifestado en lo social cuando los nazis requisaron el edificio parisiense. El Ritz pasó de ser un sumidero para los ricos y la realeza, para los artistas y los intelectuales, a ser el cuartel general de la Luftwaffe.

El lado del hotel que había sido residencia de príncipes y duques, y que daba a la majestuosa Place Vendôme, alojaba ahora a los oficiales alemanes de mayor rango, entre ellos el comandante en jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring. En el otro lado del palaciego hotel, que daba a la rue Cambon y estaba separado por un pasillo atestado de tiendas que exhibían las mercancías más costosas, lujosas e inusuales que podrían comprarse en París, vivían los civiles. O al menos los civiles aprobados cuidadosamente por el Tercer Reich.

La apropiación del hotel por parte de la Luftwaffe trajo sus inconvenientes para los residentes de toda la vida, quienes fueron relegados a habitaciones más pequeñas y menos glamurosas. Algunos clientes se fueron para no volver. Los que se quedaron tuvieron que soportar las frenéticas renovaciones que precedieron la ocupación de la Luftwaffe, en especial las realizadas a la suite imperial, que Göring había elegido para su uso personal. Por otra parte, si alguno de los residentes civiles tenía quejas, se guardaron de manifestarlas delante de Estelle o de la Luftwaffe.

Al mismo tiempo, Estelle Allard también estaba

terminado renovaciones en su departamento. La obra se había llevado a cabo con la misma urgencia, pero hasta ahí llegaban las similitudes. En el departamento de Estelle, las modificaciones las había realizado una sola persona aparte de ella, y de manera subrepticia. Se trataba de un pequeño espacio añadido en el trazado original y disimulado ingeniosamente. En la suite imperial del Ritz, con sus múltiples salones y recámaras, sus habitaciones para la servidumbre y su comedor formal, los equipos habían trabajado incansablemente para mejorar la atmósfera palaciega y satisfacer las exigencias de su nuevo ocupante.

Los hombres de los equipos de trabajo, al ser interrogados discretamente una vez que la otra estuvo terminada, habían descrito la tina extraordinariamente grande que Göring había ordenado. El personal del hotel, al ser cuestionado inocentemente después de que el Reichsmarschall se había instalado, ofrecía muchos más detalles. La tina, contaban de camino a la suite, cargando pilas de toallas y charolas de comida, era parte de una cura para la adicción a la morfina del general de la Luftwaffe. Un doctor, decían, iba y sumergía al hombre en agua, le ponía una serie de inyecciones, y lo volvía a sumergir. Pero en un hotel donde el personal estaba acostumbrado a ofrecer sus servicios de manera imperturbable e incondicional a clientes exigentes y difíciles, aquellos cambios y demandas no escandalizaron a nadie.

Esa clase de servicios, combinada con la suntuosidad del hotel, habían hecho que el Ritz fuera tan popular entre los invasores alemanes como lo había sido siempre con su clientela anterior. El hotel había estado entre los favoritos de los padres de Estelle, sobre todo cuando querían ofrecer una velada durante sus estancias en París. Les gustaba estar en el centro de la élite social, y la fortuna Allard, con la doble ventaja de ser francesa y extensa, siempre había sido bienvenida, al igual que su hija. De hecho, Estelle había celebrado su cumpleaños dieciocho en el gran comedor del Ritz, en una de las raras ocasiones en que sus padres estuvieron en París durante su cumpleaños. Los Allard habían ofrecido una fiesta para sus amigos, le invitaron a Estelle caviar, le regalaron un collar con dieciocho brillantes esmeraldas engastadas en oro, y le entregaron un Mercedes descapotable color verde oscuro para que hiciera juego. Al final de la velada brindaron con champaña, asegurándose de que el fotógrafo del *Paris-Soir* capturara el momento. Después

de todo, las apariencias eran de la mayor importancia.

Así, el retorno de Estelle Allard, heredera, miembro de la alta sociedad y patrona de las artes parisinas, a los comedores y bares del hotel Ritz aquel mes de septiembre, no sorprendió a nadie. No era nada extraordinario que no hubiera estado en París antes de la llegada de los alemanes (incluso Coco Chanel había huido al sur antes de su regreso) y a nadie podría culpársele por actuar con prudencia. Además, los recién instalados disfrutaban la presencia de la elegante joven francesa en los grandes salones del Ritz. Los oficiales de la Luftwaffe siempre sabían apreciar la belleza de las jóvenes francesas.

Estelle era el objeto de ese aprecio en ese momento. Ante la solicitud entusiasta e insistente de los oficiales reunidos en el recinto, se paró junto al piano y cantó «J'attendrai», de Rina Ketty, que siempre complacía al público. Era probablemente un guiño al glamur y lujo del hotel, o tal vez era la letra o la melodía, pero tan pronto como empezó, todas las conversaciones se detuvieron y todos los ojos se posaron en ella.

Entre ellos estaban los de un hombre sentado hacia un lado, un poco aparte de los demás oficiales. A esa distancia, bajo la luz tenue, le resultaba difícil ver las insignias en su uniforme oscuro, pero la manera en que él la veía le resultaba inquietante. Era de complexión delgada, rostro enjuto, ojos muy juntos, y cabello rubio y bien peinado. Mientras los demás hombres solían verla con expresiones que iban de la admiración a la lujuria, del embeleso a la indiferencia, este hombre estaba mirándola con lo que solo podría describirse como sospecha.

Lo que la ponía más nerviosa de lo que hubiera querido admitir.

Estelle terminó la canción entre cálidos aplausos, pero se dio cuenta de que los ojos del hombre no la habían abandonado. Ella lo ignoró y se retiró al bar, tratando de salir del centro de atención y de alejarse del hombre solitario. Probablemente sería mejor no quedarse esa noche. Probablemente sería mejor escabullirse y regresar en otra ocasión…

—Es inevitable preguntarse por qué una mujer tan hermosa está sola.

Estelle debió moverse más rápido. Vació su rostro de toda expresión y giró lentamente.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa hueca. Al cabo de unos segundos, dejó que su sonrisa se desvaneciera—. Lo siento, no hablo alemán —mintió—. No entendí lo que dijo.

—Dije que había disfrutado la canción —dijo el oficial en francés.

—Oh, gracias.

Estelle inclinó coquetamente la cabeza mientras tomaba nota del uniforme de la Gestapo, de la banda negra en el hombro, y de las runas de la SS en el cuello. Probablemente un sargento, dada la ausencia de galones.

—Soy el sargento Schwarz —dijo, confirmando sus sospechas—. Y usted es… —Unos ojos azules y fríos se clavaron en los suyos.

—Estelle Allard —respondió ella, preguntándose si aquel sería un simple intento de entablar conversación por parte de un oficial solitario. Estaba acostumbrada a los avances de los oficiales de la Luftwaffe, pero las insinuaciones de los miembros de la Gestapo le resultaban inquietantes por su intensidad y brusquedad. A los de la Gestapo no era tan fácil manipularlos ni evadirlos.

—¿Vive aquí, en el hotel? —preguntó inclinándose hacia ella.

Ella fingió una risa divertida.

—Ay, no.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

El hombre no estaba sonriendo.

—No comprendo. ¿Por qué alguien estaría aquí, si no es para pasar un buen rato? —Estelle rio—. Y admirar a tantos hombres guapos con uniforme.

El sargento no sonrió.

—¿Qué tan seguido viene al hotel?

—Cada vez que me dan ganas de ponerme un vestido bonito.

Estelle disimuló su vergüenza ante aquella respuesta deliberadamente superficial, pero obtuvo la reacción esperada.

El hombre rio con evidente menosprecio, pero eso no detuvo el interrogatorio.

—¿Y canta cada vez que viene? —preguntó.

Nerviosa, Estelle parpadeó y se llevó una mano al pecho, y se odió al sentir su pulso golpeando bajo sus dedos. Luego empezó a juguetear con el collar de esmeraldas que descansaba contra su piel.

—Bueno, no siempre. Solo cuando me lo piden.

Los ojos de Schwarz habían seguido el movimiento de su mano, y ahora la miraba con franco desdén.

—¿Quién se lo pide?

—¿Por qué está haciéndome todas estas preguntas? —dijo Estelle con cierta petulancia.

—Porque es mi deber.

—No es su deber acosar a mujeres hermosas —dijo una voz nueva interrumpiendo la conversación y salvando a Estelle de responder.

Al voltear atrás, Estelle vio a un oficial de la Luftwaffe con dos copas de champaña en las manos. Pero no estaba mirándola a ella. Tenía los ojos clavados en el sargento.

—Coronel Meyer —dijo el sargento retrocediendo un poco.

—Supongo que estaba felicitando a Mademoiselle Allard por su encantadora interpretación. —El coronel puso las copas de champaña sobre la barra de caoba pulida. Sus movimientos eran relajados, pero su voz era todo lo contrario—. Después de todo, la Luftwaffe es muy selectiva en cuanto a quiénes permitimos acceder a este establecimiento. ¿Queda claro, sargento Schwarz?

Este retrocedió otro poco. Tenía la mandíbula apretada.

—Por supuesto.

—Excelente. Puede retirarse.

El sargento le lanzó una última mirada a Estelle, dio media vuelta y se marchó.

—Cielos. Qué hombre tan desagradable —murmuró Estelle. Finalmente, su pulso empezó a calmarse.

—Le pido disculpas, Mademoiselle. Por favor, no le preste atención. La Gestapo puede ser un grupo odioso, pero el sargento Schwarz lo es más que la mayoría. —El coronel resopló por la nariz—. Bastardo codicioso. Nunca está conforme con nada.

Aquella información no tranquilizó a Estelle en lo más mínimo. Por el contrario, su angustia se intensificó.

—Si la hizo sentir incómoda, puedo hablar más tarde con él…

—Oh, no —dijo rápidamente Estelle. Lo que menos quería era atraer aún más la atención de la Gestapo—. Por favor, no se moleste. De hecho, estaba preparándome para irme.

—¿Irse? Imposible. —El coronel empujó hacia ella una de las copas de champaña—. Debe volver a cantar para nosotros más tarde. Nadie sabía que teníamos un ave canora entre

nosotros. El Reichsmarschall quedó encantado con usted la otra noche.

—Me siento halagada. —Estelle esperaba haber sonado convincente—. Pero temo que debo partir. No tardan en dar el toque de queda.

—Tonterías —dijo el persuasivo coronel mientras se sacudía la manga de su inmaculado uniforme—. Puede quedarse en el hotel y pasar la noche aquí como mi invitada. Yo me ocuparé de que llegue a su casa mañana por la mañana.

—Es muy generoso de su parte. —Definitivamente debió moverse más rápido. Retirarse más allá del bar y del alcance de aquellos hombres e internarse en la seguridad de la noche —. Sin embargo, debo rechazar su invitación.

—Es una lástima. Por supuesto, no insistiré. —El coronel le dio unas palmaditas en la mano para tranquilizarla—. Pero si cambia de opinión, solo tiene que decirlo.

Estelle miró al coronel desde debajo de sus pestañas. Tendría unos cuarenta y tantos años, rostro agradable y sonrisa franca. Un hombre de aspecto perfectamente ordinario en otro momento y lugar, pero no en el aquí y el ahora.

Ella rodeó la copa con los dedos, la alzó hasta sus labios y fingió tomar un sorbo. Con el rabillo del ojo vio al cantinero de saco blanco mezclando distraídamente una bebida. Estelle suponía que el hombre albergaba sentimientos antinazis, pero no podía estar segura. De lo que sí estaba segura era que estaba escuchando su conversación, por lo que eligió sus palabras con cuidado.

—De hecho, hay un tema del que había querido hablar con usted —dijo en voz baja.

—Ah, ¿sí?

Meyer se quitó los anteojos y limpió los lentes.

Estelle dejó su bebida sobre la reluciente barra y se desabrochó el collar que llevaba al cuello.

—Tal vez el Reichsmarschall quedó encantado con mis canciones, pero creo que quedó más encantado con estas esmeraldas —dijo al tiempo que ponía el collar sobre la barra. Bajo la luz, las gemas emitían un destello sobrenatural.

—Es cierto que le agradan este tipo de tesoros —confirmó Meyer.

—En aquel momento expresó su deseo de poseerlas — continuó Estelle tratando de ignorar el estremecimiento que le produjo el recuerdo de sus dedos, parecidos a salchichas, sobre su cuello—. Confieso que rechacé su solicitud. Fueron regalo

de mis padres.

Sus palabras eran ridículas, por supuesto, pues si Hermann Göring quería algo, simplemente lo tomaba. Era solo cuestión de tiempo para que las esmeraldas desaparecieran entre su creciente colección de gemas saqueadas por todo París. Estelle pensó que bien podría sacar alguna ventaja mientras aún pudiera.

Ella deslizó el collar hacia él.

—Sé lo duro que trabaja para hacer que las operaciones funcionen como se debe y para mantener satisfecho al Reichsmarschall. Pensé que tal vez usted podría ofrecerle estas joyas. Supongo que un gesto así sería favorable para usted.

El coronel volvió a ponerse los anteojos y la miró con curiosidad.

—¿Qué ganaría usted con eso? ¿Por qué no ofrecérselas usted misma?

Estelle encogió los hombros y su estola se deslizó de sus hombros.

—Esperaba que usted pudiera hacer algo por mí a cambio.

—¿Como qué?

—No puedo comer esmeraldas. —Estelle se inclinó hacia adelante y continuó en voz baja—. Y no quiero pasar mis días formada en espera de raciones que siempre se acaban.

—Es por eso que debería mudarse al hotel —protestó Meyer—. Como Arletty y Coco. Como Inga y Daisy. Aquí están cubiertas todas sus necesidades, como lo estarían las suyas. No le faltaría nada. Yo me encargaría personalmente de eso.

—Resulta tentador —mintió Estelle—, pero me siento mucho más cómoda en mi hogar. Supongo que esa es una debilidad de carácter.

—Ninguna debilidad. Lo único que podemos hacer es admirar a una mujer que se enorgullece de su propia casa. Probablemente la comparta en un futuro cercano con un esposo y una familia.

—No hay nada que desee más en el mundo.

Estelle simuló una expresión de añoranza. Sabía exactamente cuál era el papel que se esperaba de las mujeres en el Reich.

Meyer asintió en señal de aprobación.

—Daré la instrucción para que las cocinas le den todo lo que necesite. Una mujer como usted no debería preocuparse por tales nimiedades.

«Como si el hecho de que París esté muriéndose de hambre fuera una nimiedad», pensó Estelle desconsoladamente. No había suficientes esmeraldas en el mundo para alimentar a la ciudad, pero al menos las gemas que estaban frente a ella, sobre la barra, mantendrían con vida a quienes dependían de ella.

—Qué alivio —dijo llevándose una mano al pecho—. Gracias.

—No, soy yo quien debería agradecerle. —El coronel tomó el collar y lo examinó. Luego, volvió a dejarlo sobre la barra—. Pero tengo que hacerle una solicitud antes de cerrar nuestro trato.

—Ah, ¿sí?

Estelle trató de aparentar interés, cuando lo único que quería era escapar de las nubes de humo y del intenso aroma de tantos cuerpos y tanto perfume.

—Una canción más. —El coronel alzó la mano cuando ella intentó protestar—. Y yo la escoltaré personalmente a su casa. No tiene que preocuparse por el toque de queda.

Todas sus esperanzas de escapar discretamente se esfumaron mientras se recordaba que había mucho más en juego que sus propios sentimientos.

—De acuerdo —respondió.

Meyer juntó las manos.

—Maravilloso. No se me ocurre un final más apropiado para este día tan exitoso para la Luftwaffe y su destacado personal. Casi como un *grand finale*, por así decirlo.

—Ah, ¿sí? —Estelle se acomodó la estola sobre los hombros—. Y ¿qué es lo que estaré celebrando?

Meyer miró alrededor.

—Probablemente no debiera decir nada, pero de cualquier forma lo leerá en los periódicos en los próximos días, así que no veo en qué pudiera afectar.

El cantinero se había alejado y estaba atendiendo a un ruidoso grupo de clientes.

Estelle se acercó al coronel como si estuviera muy interesada en lo que iba a decir, que lo estaba, pero no por las razones que él suponía.

Estelle no sabía si la información que obtenía en el hotel era de utilidad para la red a la que se reportaba, o si esta había logrado hacer algo con ella. Fue el médico de campo con quien trabajó durante meses, Jerome de Colbert, quien arregló sus primeros encuentros. La prima de este, Vivienne, era la agente

de la resistencia con quien se encontraba con mayor frecuencia. La mitad de las veces, Estelle se sentía ridícula al transmitir detalles como el número y la identidad de los oficiales de la Luftwaffe que se habían mudado al hotel, los nombres de las mujeres que les entibiaban la cama, o los fragmentos de conversaciones que alcanzaba a escuchar en bares y salones. Pero la red siempre recibía esa información con solemne intensidad, y la animaba con gran seriedad a seguir observando y escuchando.

Tal como estaba haciéndolo en ese momento.

—Destruimos la fuerza aérea británica. —Meyer cerró el puño y luego lo abrió, como imitando la explosión de una bomba—. Barrimos con ella. No quedó nada.

—¿Nada? —repitió Estelle aparentando estar impresionada. Sin embargo, por dentro estaba temblando, no sabía si de ira o desesperación.

—La pulverizamos —respondió él con orgullo.

Estelle solo asintió con la cabeza.

—Ahora, el Reichsmarschall ha ordenado la aniquilación de Londres. Sin nada que nos detenga, podremos celebrar la genialidad de Göring y la rendición de Churchill en esta hermosa ciudad. Esta guerra terminará pronto, estoy seguro de ello. En días; semanas, en el peor de los casos. —Meyer levantó su copa brindando en silencio, la vació con entusiasmo y ordenó otra al cantinero—. También estoy seguro de que todos querrán oírla cantar para celebrar la ocasión.

«Primero muerta», pensó Estelle, pero como siempre, mantuvo firmemente la sonrisa en sus labios. Consiguió asentir de nuevo, pensando ya en ese momento de qué manera podría hacer llegar esa información a Vivienne antes del amanecer. Aunque, por lo que Estelle sabía, la Luftwaffe bien podría estar bombardeando Londres mientras la Real Fuerza Aérea británica yacía en ruinas y ella estaba sentada en un bar bebiendo champaña.

Estelle sabía que Vivienne o los demás miembros de su red estaban esporádicamente en contacto con Londres porque traían noticias de lo que estaba ocurriendo fuera de las fronteras de Francia. Tal vez, como mínimo, Estelle podría comprobar que los comentarios de Meyer no habían sido más que un engranaje en la máquina de la propaganda nazi. Tal vez los alemanes habían subestimado a la fuerza aérea del otro lado del canal. Tal vez la Real Fuerza Aérea británica estaba esperando el momento oportuno.

O tal vez las horribles banderas rojas y negras que cubrían todos los edificios y monumentos de París pronto ondearían sobre las edificaciones londinenses.

El cantinero puso una bebida frente al coronel y asintió en dirección a Estelle. Los lentes de los quevedos montados en el puente de su nariz reflejaban la luz que llegaba de arriba y ocultaban sus ojos y sus pensamientos. Otro recordatorio de las cosas que ella ignoraba.

Estelle acercó su propia copa deslizándola sobre la lisa superficie de madera de la barra.

—¿Quiere que...?

—Coronel. —Un agobiado oficial que parecía haber corrido una milla romana se acercó a Meyer y le habló apresuradamente en alemán—. Me dijeron que podía encontrarlo aquí.

—¿Qué quiere de mí?

—Vengo de Saint-Germain-en-Laye. Traigo un mensaje para el Reichsmarschall.

—Entonces déselo a él —dijo Meyer exasperado.

—No logro encontrarlo, señor. ¿Sabe usted dónde está?

El hombre llevaba en la mano un papel doblado.

—No. —Meyer parecía ligeramente molesto—. Si no está en el comedor o en alguno de los salones o de los bares, seguramente estará en su suite. Si ese fuera el caso, no le agradará que lo interrumpan.

Estelle mantuvo el rostro perfectamente inexpresivo. Puso su cartera junto a su bebida y abrió el broche.

El hombre se apoyaba ora en un pie, ora en otro.

—Pero es imperativo que hable con él.

—Lo que sea que quiera ese entrometido mariscal de campo, estoy seguro de que puede esperar.

—Pero el mensaje es del Führer en persona.

El coronel se quedó inmóvil.

—¿Del Führer?

—Enviado directamente desde Berlín. Y el Führer exige la respuesta inmediata del Reichsmarschall. Tengo órdenes de esperar y regresar con la respuesta para su encriptación.

—Es ridículo que estemos enviando mensajes una y otra vez a través de este maldito país, como ratas corriendo de un lado a otro —le gritó Meyer al desafortunado oficial—. La ineficiencia de este proceso no solo es una afrenta a la Luftwaffe; es peligrosa.

—La unidad móvil de Saint-Germain está bien asegurada,

coronel. Su ubicación se cambia regularmente.

—Son camiones —dijo Meyer casi gruñendo—. Vulnerables ante quienquiera que sepa manejar uno.

—Puedo asegurarle que nosotros…

El coronel dio un puñetazo sobre la barra.

—El mariscal de campo ha estado prometiéndole a la Luftwaffe su propio equipo de comunicación, el cual, hasta la fecha, no se ha materializado. ¿Puede explicar eso?

El atribulado oficial se aclaró la garganta.

—Estoy seguro de que se está haciendo todo lo posible.

—La Kriegsmarine no parece haber sufrido los mismos retrasos en la entrega de sus máquinas de encriptación.

El coronel aún sonaba furioso.

—Esas máquinas no son tan seguras ni sofisticadas como las de Saint-Germain. La que se entregará aquí.

Meyer no parecía impresionado.

—Tengo un teletipo instalado que permanece ocioso e inútil, esperando a ser conectado, y a los hombres que deberían estar operando el sistema, también ociosos e inútiles. ¿Y Von Rundstedt le dijo al menos cuándo podemos esperar la entrega de esta sofisticada unidad de encriptación?

Entonces el coronel Meyer prácticamente escupió la palabra *sofisticada*.

—No estoy seguro, señor. Días, creo. Están esperando una parte de la máquina que viene de Berlín. Según entiendo, se le transporta en partes, por seguridad.

Meyer maldijo entre dientes.

—¿Hay algún problema?

Estelle apartó la vista de su cartera y miró al coronel con los ojos muy abiertos.

—No, no —dijo él en francés—. Una cuestión sin importancia. —Meyer giró hacia el oficial y volvió a hablarle en alemán, recuperando la compostura—. Deme el mensaje. Yo se lo llevaré al Reichsmarschall.

—De acuerdo, señor. —El joven oficial parecía aliviado—. Esperaré la respuesta.

El coronel extendió la mano y el oficial colocó el papel sobre su palma.

—También puede decirle a Von Rundstedt que me está colmando la paciencia, así como la del Reichsmarschall.

—¿Señor?

—Olvídalo.

Meyer despachó al oficial con un gesto impaciente.

—¿Es algo importante? —preguntó Estelle señalando con un gesto el papel.

—Un mensaje de Berlín —respondió Meyer—. Y algo que debo atender, por desgracia. —Levantó las esmeraldas que seguían sobre la barra y las sopesó con la mano—. Pensándolo bien, ¿podría reconsiderar su oferta?

—¿Mi oferta?

—De cantar esta noche, por supuesto.

—Por supuesto.

Aquel hombre tenía habilidad para enredar las cosas.

—Venga conmigo a la suite del Reichsmarschall. Si debo molestarlo, verá la interrupción con más benevolencia si viene acompañada por una distracción tan agradable como usted. Creo que disfrutaría una audiencia privada con su ave canora favorita, sobre todo si esta le lleva un obsequio.

Estelle se quedó paralizada.

—No creo que eso le…

—Estamos intercambiando favores, ¿no es así, Mademoiselle Allard?

Meyer puso las esmeraldas en la barra frente a ella.

Estelle tomó otro sorbito de champaña, que en ese momento le supo a veneno. Dejó su copa y levantó el collar.

—Será un honor —mintió.

—Excelente. —Meyer señaló la entrada del bar—. ¿Nos vamos?

Estelle siguió al coronel desde el bar hasta los grandes salones, y de ahí al primer piso. Pese a ser de familia acaudalada, nunca había estado en el interior de la suite imperial. Había un guardia parado afuera de la puerta de la suite, el cual se hizo a un lado cuando se acercó el coronel. Estelle sintió la mirada del guardia sobre ella y volteó a verlo directamente a los ojos. El hombre apartó la vista.

Meyer tocó dos veces con fuerza, y casi de inmediato abrió la puerta otro hombre que estaba dentro. Un asistente, pensó Estelle, observando los pliegues definidos de su uniforme, las brillantes botas de cuero negro y la expresión altiva. Ella había visto esa clase de expresión durante toda su vida en los rostros de gente que se creía superior solo por formar parte del círculo íntimo de una élite.

—El coronel Meyer para ver al Reichsmarschall —dijo Meyer en voz alta, aunque Estelle no supo quién quería que lo escuchara.

—Con todo respeto, es muy tarde, ¿no lo cree, coronel? —

el asistente gruñó, para luego mirar a Estelle—. Y no solicitó a una prostituta para esta noche, por más bella que sea.

Estaba hablando en alemán.

Estelle puso una sonrisa agradable y miró alternadamente a los hombres con expresión inquisitiva y fingiendo no entender.

—Mademoiselle Allard es reconocida por su voz —señaló Meyer con agudo desdén—, y por los tesoros que le trae. Le recomiendo tenerlo presente en el futuro, Hesse.

El asistente apellidado Hesse no parecía convencido, ni intimidado.

—Mmm.

—Además, tengo un mensaje del Führer que exige una respuesta inmediata. Pero no se preocupe, siga haciendo comentarios imprudentes acerca de asuntos de los que no sabe nada.

Los rasgos de Hesse se endurecieron.

—Göring está descansando, pero le avisaré que están aquí. —Los guio entonces hacia un gran salón—. Esperen en esta habitación —dijo para luego desaparecer a través de dos puertas altas y estrechas.

En el salón, los techos eran altísimos, y había candeleros de cristal distribuidos por toda su superficie. Las ventanas, más altas que dos hombres, se extendían a todo lo ancho del recinto y estaban enmarcadas con elegantes cortinas primorosamente recogidas a cada lado. Sillas, divanes y mesas antiguos estaban dispuestos en agrupaciones íntimas, como esperando a que sus ocupantes regresaran y reanudaran sus íntimas conversaciones.

Pero Estelle notó todo esto de manera vaga. Y es que en medio de todo eso había una colección de pinturas, dibujos, esculturas y tapices, recargados en las paredes y montados sobre sillas y mesas, que habría hecho palidecer a algunos museos.

—Una selección impresionante, ¿no le parece? —dijo Meyer en voz baja—. Tiene más en la Jeu de Paume. Yo no sé mucho de arte, pero el Reichsmarschall está muy interesado en reunir las mejores obras de toda Europa. Todo lo que ve aquí será trasladado pronto.

—¿A dónde? —preguntó Estelle, tratando de parecer curiosa y no horrorizada.

—Según entiendo, la colección está destinada oficialmente al gran Führermuseum que será el escaparate

cultural del Reich. De manera no oficial, creo que el Reichsmarschall está interesado personalmente en algunas obras. Tiene debilidad por las cosas bellas. —El coronel guiñó un ojo—. Usted también es coleccionista de arte, ¿no es verdad?

—Así es.

Estelle sintió que las palabras se le atoraban en la garganta.

—Entonces sabrá apreciar todo esto mejor que yo.

Ella se giró lentamente, tratando de controlar y ocultar las emociones que amenazaban con desbordarse. Furia, odio, impotencia, horror. Aquella no era una colección, reconoció de inmediato; aquello era una profanación, el robo y saqueo de la historia y la cultura. Y estando ahí, en aquella habitación, no podía imaginar cómo todo aquello podría salvarse. Pensó en las obras ocultas detrás de sus paredes a petición de los Wyler, pues ya habían oído que los nazis estaban apoderándose de las colecciones particulares. Pero hasta ese momento, Estelle no había comprendido el alcance de la devastación y la explotación.

—Coronel Meyer.

Estelle volteó rápidamente y vio al asistente delante de ellos una vez más.

—El Reichsmarschall lo recibirá ahora. Pero solo a usted, coronel. La Mademoiselle deberá esperar aquí.

El coronel gruñó, caminó dando zancadas hacia las puertas y las abrió bruscamente. Estelle alcanzó a ver en el interior una enorme cama cuyo marco y cobertores parecían sacados del *boudoir* de María Antonieta. Sobre la cama reposaba un hombre vestido con lo que parecía una bata de seda color vino, ribeteada en piel y abrochada con un cinturón alrededor de su considerable cintura. Dos piernas cubiertas con tela color lavanda sobresalían bajo el dobladillo.

El asistente dirigió su atención a Estelle.

—El Reichsmarschall no está de humor para recibir… invitadas. —Su francés era correcto, aunque tenía un fuerte acento—. No le concederá audiencia, pero le interesa saber qué le trajo.

—Por supuesto.

Estelle le entregó las esmeraldas. El asistente las tomó sin más comentario y siguió a Meyer al interior de la recámara. Las puertas se cerraron detrás de él.

Estelle permaneció inmóvil en el centro de la habitación.

Luego se obligó a moverse. Caminó alrededor de las obras de arte, inclinando algunas pinturas en busca de algo que pudiera decirle de dónde habían venido o cuál podría ser su destino. Había pinturas flamencas, francesas, italianas y británicas, algunas, estaba segura de ello, databan de la época del Renacimiento. Obras irremplazables e invaluables. No tenía nada con qué hacer una lista, pero tal vez podría…

—¿Busca algo en particular?

Hesse había regresado y su rostro estrecho tenía una mirada fría. De su brazo colgaba una tela vaporosa color amarillo limón.

—Oh, no —dijo Estelle—. Es que nunca había visto tantas obras bellas en un solo lugar. Es como… como un gran museo. Y a mí me encantan los museos.

—Por supuesto. —Un evidente sentimiento de antipatía hizo que sus labios formaran una mueca desagradable—. Tome. Debe ponerse esto —dijo estirando el brazo con que llevaba la tela amarilla.

—¿Disculpe?

—Reichsmarschall Göring quedó muy satisfecho con su regalo. Desea mostrarle su agradecimiento. Deberá ponerse esto la próxima vez que venga a… cantar.

La inflexión de su voz dejaba en claro que aún pensaba que era una prostituta. Estelle no se molestó en corregirlo. Se acercó y tomó la prenda de su brazo. Era un vestido de crepé ligerísimo, con forro de seda y tirantes bordados con cristales. Su lado irracional quería aventárselo al alemán; su lado racional se preguntó si podría venderlo, y de ser así, por cuánto.

—También me pidió que le diera esto.

Hesse le entregó una tarjeta rectangular.

Al tomarla vio que se trataba de una postal. La parte de enfrente mostraba un edificio ancho, con muchas columnas y adornado por una bandera nazi. Estelle le dio vuelta. «Para la encantadora Estelle. Con gratitud, Hermann Göring». El estómago se le revolvió.

—Pidió que se probara el vestido ahora —dijo Hesse—. Mientras él atiende los asuntos del Reich con el coronel.

Estelle estaba combatiendo el impulso de dar media vuelta y huir, y no supo qué responder.

—Eres tan estúpida como pareces, ¿no es cierto? —musitó en alemán el asistente.

—No entendí lo que dijo.

Estelle se obligó a concentrarse y guardó la postal en su cartera.

—El Reichsmarschall me pidió asegurarme de que usted esté satisfecha con el vestido antes de que se vaya —dijo el asistente con manifiesto desdén, hablando lentamente como si Estelle fuera tonta.

—¿Es de diseñador? —dijo tan pronto encontró el comentario más egocéntrico que pudiera hacer en aquel momento.

Hesse la miró con desprecio. Incluso Estelle se veía a sí misma con desprecio, en medio de toda aquella desolación acerca de la cual no podía hacer nada. Esforzándose por complacer a un general atiborrado de morfina que estaba destruyendo todo lo que ella conocía y amaba. Y ¿para qué? ¿Para tener la oportunidad de oír algo que pudiera marcar una diferencia?

Dios, probablemente Inglaterra estaba en llamas, y ella no había oído nada hasta que fue un hecho consumado. ¿Cuál era la razón de su presencia ahí? Si lograba ver o escuchar algo, ¿tendría alguna importancia?

—Lanvin, según me dicen —dijo sonriendo desdeñosamente—. Esto seguro de que estará a la altura de su… impecable gusto.

Estelle alzó la barbilla y miró al hombre con gesto imperioso.

—Exijo que me muestre una suite donde pueda cambiarme.

El hombre meneó la cabeza con repulsión. Luego volteó hacia las puertas tras las que seguían encerrados Meyer y Göring y sonrió burlonamente.

—Claro. Tengo el lugar perfecto para usted —dijo, y le indicó con un gesto que lo siguiera.

Hesse guio a Estelle a través del salón, zigzagueando entre los montones de obras robadas, hasta el otro lado del recinto. A su izquierda, unas puertas ornamentadas y abiertas dejaban ver entre las sombras lo que parecía un lujoso comedor. Delante de ellos había otra puerta, aunque estaba disimulada como si fuera parte de la pared, como las puertas secretas en los dormitorios de Versalles.

«¿Un clóset?», se preguntó Estelle pensando en los numerosos armarios y depósitos ocultos que César Ritz había construido en su hotel. «¿O una entrada para la servidumbre? Posiblemente un portal por donde los invitados entran y salen

sin ser vistos». Hesse acercó la mano al revestimiento de madera y abrió un pasador. Una puerta gruesa y pesada se abrió silenciosamente hacia adentro. El hombre entró, estiró una mano sobre la cabeza y encendió la luz.

—Creo que esto será apropiado para usted.

Hesse estaba disfrutando todo aquello. Estelle se lo permitió. Le convenía que la gente la subestimara, o mejor aún, que la ignorara.

—¿Un clóset? Me niego.

—Nadie puede negarse al Reichsmarschall, Mademoiselle —dijo el asistente—. Avíseme si requiere algo más.

El hombre terminó lanzándole una mirada inconfundiblemente lasciva. Luego salió y cerró la puerta.

Estelle contempló el espacio iluminado únicamente por el foco descubierto que colgaba sobre su cabeza. En efecto, se trataba de un clóset para artículos de limpieza, un poco polvoso y con corrientes de aire. Era claro que Hesse la había puesto ahí para humillarla. Había un pequeño pasador en el interior de la puerta y Estelle lo cerró corriendo la barra. Al menos Hesse no podría seguir humillándola. Ella conocía a los de su tipo: los que solo pueden sentirse importantes cuando rebajan a los demás.

Era evidente que el clóset había sido parte de la renovación, considerando el olor a madera recién cortada y el aserrín que había en el suelo. En la pared de la derecha había unos angostos estantes con latas, cera para muebles, descubrió Estelle, y una pequeña pila de trapos. Colocó su cartera en el estante junto a ellos.

A su izquierda, en la esquina del fondo, había tres escobas de distintos tamaños y, en el piso, una caja de herramientas cubierta de polvo. Por encima de estos se veía salir de la pared lo que parecía una maraña de gruesos cables. Se habían instalado hacía poco, juzgó Estelle, considerando las tachuelas relucientes que los sostenían. Los cables trepaban por la pared, atravesaban el techo, y desaparecían en la esquina contraria, cerca del foco. Estelle frunció el ceño. ¿Cuál sería el propósito de tener en la suite imperial un clóset con nada más que unas latas de cera para muebles y unas escobas, aparte de humillar a supuestas prostitutas?

Estelle giró y el vestido amarillo resbaló de su brazo. Cayó a sus pies, levantando nubes de polvo que se arremolinaron a sus pies. Cuando el polvo se alzaba, era succionado por una corriente de aire hacia la parte trasera del

clóset y desaparecía bajo la pared posterior. Estelle se quitó los zapatos y con tres pasos llegó al fondo del clóset. Ahí sintió en los dedos descalzos el cosquilleo de la corriente de aire, y de inmediato supo lo que eso significaba. La pared del fondo no era una pared sino una puerta, algo que no habría podido identificar si no acabara de realizar una renovación similar en su propio departamento. Qué ironía.

Estelle pasó los dedos por los bordes de la pared. Solo le tomó unos segundos encontrar el pasador, y unos segundos más abrirlo. La parte posterior del clóset se abrió silenciosamente hacia adentro, girando sobre bisagras bien aceitadas. Al otro lado se veía una estrecha escalera de madera que se sumergía en la oscuridad.

Estelle sabía que solo contaba con unos minutos antes de que el asistente alemán empezara a preguntarse por qué tardaba tanto. Pero estaba decidida a aprovechar esos minutos. Sin detenerse a considerar lo que estaba haciendo, Estelle empezó a bajar las escaleras. Un escondite para más obras de arte robadas, supuso, mientras bajaba apoyando las manos en el yeso irregular de la pared. O tal vez un lugar para ocultar los tesoros más valiosos de París.

O tal vez un calabozo para supuestas prostitutas demasiado curiosas.

El aire estaba más frío al pie de la escalera, y Estelle calculó que estaba al nivel de los sótanos del Ritz. Ahí, la luz de arriba estaba perdiendo la batalla contra las sombras. El olor de madera recién cortada persistía, mezclado con el aroma oleoso y metálico de las máquinas. Alguien había estado trabajando ahí no hacía mucho, aunque Estelle no podía ver nada más adelante. Alzó una mano y no se sorprendió al encontrar una luz idéntica a la del clóset. Si algo caracterizaba a los alemanes era su predecible eficiencia.

Estelle sujetó entre los dedos el cordón y lo jaló, inundando el recinto con un intenso resplandor.

El espacio ahí abajo era mucho más grande que el clóset, más o menos del tamaño de la recámara de su departamento. Una sólida mesa construida con madera nueva se extendía a todo lo largo de la habitación. Sobre ella, en el extremo opuesto, estaba un aparato parecido a una voluminosa máquina de escribir. A su lado, hacia el centro de la mesa, había un espacio vacío con excepción de unos cables desconectados y enrollados cerca de la pared. A un lado de Estelle había pilas de lo que parecían ser rollos de papel crepé

acomodados en hileras, además de paquetes de papel convencional, cajas de plumas y tinteros, perfectamente ordenados. Junto a esos, unos botecitos con algo que podría ser aceite, y una caja de herramientas. Cuatro sillas de madera estaban metidas bajo la mesa, presumiblemente esperando a los operadores.

No era un escondite para obras de arte robadas, después de todo. Aquello parecía una estación de radiocomunicación. La conocida maraña de cables que había visto en el clóset bajaba por un costado de la habitación y se perdía en algún lugar debajo de la mesa. Estelle nunca había visto un teletipo, pero supuso que el aparato que parecía una máquina de escribir era justamente eso. Esperando ociosamente junto a un espacio vacío la sofisticada unidad de encriptación que Meyer estaba esperando, aunque no había nada en la mesa que sugiriera qué apariencia podría tener el aparato.

A su derecha, inmediatamente después de la puerta, estaba un archivero. Estelle avanzó y jaló la manija del cajón más alto. Estaba cerrado con llave, al igual que los dos siguientes. Ella sabía que no tenía tiempo para tratar de abrirlos.

Estelle prefirió echar otra mirada a la habitación, tratando de memorizar su contenido, y apagó la luz. Mientras subía por la escalera con los pies descalzos, escuchó que alguien golpeaba la puerta del clóset.

—¿Le complace el lugar, Mademoiselle?

La voz burlona y amortiguada del asistente se filtró hasta la escalera.

Estelle cerró la puerta oculta. El clic del pasador sonó muy fuerte.

—¿Mademoiselle?

Estelle derribó intencionalmente dos latas del estante, las cuales produjeron un estruendo ensordecedor.

—Este lugar no me complace en lo absoluto —gritó mientras se quitaba apresuradamente el vestido. Lo aventó a un lado y recogió la prenda amarilla, que seguía tirada en el piso, y se lo puso rápidamente—. Es un asco.

El alemán rio al otro lado de la puerta.

El vestido amarillo le ajustó bien. El corte era hermoso; las telas, finísimas; el color, favorable a su tez. Estelle lo odió al instante.

La puerta cerrada repiqueteó.

—¿Mademoiselle?

Estelle recogió su vestido y se puso los zapatos. Recogió su cartera, deslizó el pasador y abrió la puerta.

—Un cuarto espantoso —se quejó—. Ni siquiera tiene espejo.

Hesse sonrió burlonamente.

—Las prostitutas no necesitan espejos.

—No soy prostituta —dijo ella tratando de parecer indignada.

—Todas ustedes son prostitutas —dijo el hombre en alemán—. Una ciudad entera llena de mujeres débiles que se creen con derechos.

Estelle cruzó los brazos.

—¿Ya terminó el coronel Meyer? —preguntó.

—Estoy seguro de que no tardará.

—Entonces dígale que estaré esperando en el bar —dijo Estelle con toda la arrogancia que pudo reunir. Necesitaba irse. Necesitaba salir de aquellas habitaciones. Necesitaba asentar toda esa información que estaba arremolinándose en su cabeza en una lista lógica y clara que pudiera transmitirse a Londres.

Suponiendo que Londres todavía existiera.

—Y puede decirle al Reichsmarschall que su obsequio me ha dejado sin palabras —continuó Estelle.

La expresión del asistente era de amargura.

—Por supuesto.

—Y dígale también que espero poder pagar pronto sus favores.

Al final, no fue Meyer quien llevó a Estelle a su departamento. El coronel le hizo llegar una disculpa junto con un paquete de la cocina y un chofer que la llevaría a casa. El viaje fue casi intolerable, con el coche voluminoso y negro circulando a través del cadáver de lo que había sido una dinámica ciudad. En vez de calles atestadas con multitudes de juerguistas, los bulevares y avenidas estaban calladas y vacías, un lóbrego laberinto desprovisto de vida. Las ventanas y puertas que en otro tiempo brillaban con luces cálidas y acogedoras ahora estaban cerradas y tapiadas, contribuyendo a la impresión de que la ciudad estaba abandonada.

Tal vez, pensó Estelle mientras el auto atravesaba la sofocante oscuridad, así es como se sentía ser enterrado vivo.

No bien se detuvo el Citroën, Estelle bajó y entró en su edificio sintiendo al mismo tiempo un profundo alivio y un

cansancio abrumador. Cada momento que permanecía en la red del Reich le desangraba el alma. Llegó al pie de la escalera, puso la mano en el barandal, apenas visible en la penumbra, y subió deprisa hacia su departamento. Abrió la puerta al tacto y la cerró sin hacer ruido, como si la barrera de madera pudiera aislarla de toda la miseria del exterior. Luego de dar apenas un paso en el departamento oscuro, se detuvo. Los vellos de la nuca se erizaron. Algo no estaba bien…

Una mano le tapó la boca.

—No grites, Allard —susurró una voz ronca a su espalda —. Soy yo.

«Jerome». Estelle giró la cabeza y la presión contra sus labios se redujo. Detrás de ella estaba una presencia sólida, cálida, y en su cintura, un brazo que la sostenía con firmeza. Por un breve instante sintió el descabellado impulso de recargarse contra esa fortaleza, cerrar los ojos y hacer como si todo aquello no estuviera sucediendo. Y era descabellado porque una ilusión así no pondría fin a la pesadilla. Estelle se apartó de él y respiró hondo, tratando de apaciguar su acelerado corazón.

—*Merde*. —Estelle volteó hacia el hombre sumido en la oscuridad. No podía ver su rostro—. ¿Cómo entraste?

—Guardas una llave de repuesto encima de la puerta. Tienes suerte de que haya sido yo quien la encontró.

Sus palabras eran una acusación, y bien merecida.

—Le pondré remedio.

—Hazlo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Lo suficiente para ver el ocaso mientras te esperaba.

—¿Estás bien? ¿Pasó algo? —preguntó Estelle, todavía susurrando.

—No, estoy bien.

Ella se pasó la mano entre el cabello.

—Me diste un susto de muerte.

—Lo siento.

No sonaba arrepentido.

—¿Sabes lo que harían contigo si te encontraran afuera a esta hora? —preguntó Estelle. La imagen de Jerome muerto por arma de fuego o colgado en las calles hizo que se le revolviera el estómago.

—Sé perfectamente lo que harían —dijo con voz dura—. He visto exactamente lo que hacen. Aunque tú pareces haber encontrado una manera de eludir tales injusticias.

—¿Disculpa?

—Vi por la ventana cómo salías de ese auto hace unos minutos. No esperaba que tuvieras un chofer personal nazi.

—Estaba en el Ritz —dijo Estelle con actitud defensiva—. Y acepté el viaje porque la alternativa es peligrosa.

—Podrías haber pasado la noche ahí. Estoy seguro de que serías bien recibida.

Estelle frunció el ceño al oír la hostilidad en el tono de voz. Se alejó de él y rodeó cuidadosamente el escritorio ayudándose del tacto. Dejó caer el paquete en su superficie, dejó la cartera y la estola en el sofá, y caminó hacia las ventanas para revisar que estuvieran bien cerradas. Luego regresó.

Prendió la lamparita que estaba en una esquina del escritorio.

—¿Por qué estás aquí, Jerome? —preguntó abruptamente.

El médico no se había movido. Llevaba la cabeza descubierta y prendas sencillas. Su cabello era más largo de lo que ella recordaba y le caía sobre la frente. También se veía más delgado, con el rostro enjuto y los pómulos prominentes. La miraba con esos ojos color caramelo que esa noche parecían más críticos que bondadosos.

—Vine porque Vivienne dijo que no había hablado contigo en un buen rato. Estaba preocupada.

—No había tenido nada importante que reportar —dijo Estelle—. Pero esta noche vi…

—Este departamento no está nada mal —dijo interrumpiéndola.

—¿Disculpa?

—Hay mucha gente que lo ha perdido todo, pero tú vives sola en medio de esta opulencia, segura, ilesa.

—He vivido aquí sola toda mi vida, con la excepción de la serie de niñeras, cuidadoras y tutores que mis padres contrataban para supervisar la crianza de su hija. —Estelle se detuvo, arrepentida de sus palabras. Había sonado como la heredera mimada que juró no ser nunca. Jerome tenía razón. Era afortunada de estar rodeada de tanto lujo—. Lo siento. No me expresé como hubiera querido.

Jerome se movió finalmente y se acercó a la mesita que estaba en el extremo de uno de los sofás. Tomó el ejemplar de *Signal* que estaba encima y lo examinó cuidadosamente.

—Tu suscripción parece estar al día —dijo fríamente sin voltear a verla. Dejó caer la revista y levantó una fotografía en

blanco y negro de un oficial de la guerra anterior—. ¿Pariente tuyo?

Estelle sintió que su mandíbula se aflojaba. ¿En verdad estaba insinuando que ella…?

—No tiene importancia —dijo Jerome antes de que ella pudiera responder—. Puso descuidadamente la foto sobre la mesita y se quedó viendo cómo se tambaleaba y se caía de frente. La dejó como estaba y se acercó a la chimenea, mirando la pintura que colgaba sobre ella—. ¿Se supone que esta pintura representa la traición?

Estelle se quedó parpadeando después de la repentina pregunta. Luego caminó hasta ponerse a su lado y contempló la imagen. Mostraba a una hermosa doncella de cabello castaño suelto, brazos extendidos, el pecho descubierto sobre una túnica azul cobalto, y expresión de afligida resignación. Un soldado la sujetaba mientras que otro, detrás de su hombro, se preparaba para clavarle en el corazón la daga que tenía en la mano. En el extremo opuesto de la pintura, una mujer mayor estiraba desesperadamente los brazos hacia su hija, tratando de impedir lo inevitable.

—No exactamente. Se llama *El sacrificio de Políxena*, de Charles Le Brun —le dijo a Jerome—. La están sacrificando para apaciguar al fantasma de Aquiles. El artista, Le Brun, fue el pintor oficial de Luis XIV. Creo que esa es la verdadera razón por la que mi madre la compró e hizo que la colgaran en…

—Entiendo que todos debemos tomar nuestras propias decisiones para sobrevivir a esta guerra, pero esperaba mucho más de ti, Allard —dijo en voz baja interrumpiéndola de nuevo —. Creí que, después de todo, eras una de nosotros.

—¿Qué?

Jerome seguía sin voltear a verla.

—Al menos prométeme que no traicionarás a Vivienne.

Estelle retrocedió un paso.

—Santo cielo. Crees que soy uno de ellos.

—¿No es así?

—No. —La palabra fue un susurro ronco—. No puedo creer que pienses eso.

—¿Y qué se supone que debo creer, luego de ver todo lo que encontré en este departamento? Si quieres prevalecer, no puedes jugar en ambos bandos, Allard.

Estelle clavó la mirada en él. Una furia cada vez más grande palpitaba en sus venas a ritmo con su pulso.

—Te mostraré algo.

Dio media vuelta y caminó decididamente hacia su recámara sin esperar a Jerome.

Una vez ahí, caminó hacia las ventanas para verificar que las cortinas también estuvieran bien cerradas. Solo hasta entonces encendió la lámpara.

Jerome apareció en la entrada.

—Entra —le exigió—, y dime qué ves.

Jerome la miró con severidad, pero hizo lo que le pidió. Recorrió la habitación, se asomó al vestidor y finalmente se detuvo frente al ropero.

—Una mujer con más prendas de las que podría necesitar en su vida.

—Es verdad —afirmó, y la admisión pareció tomar por sorpresa a Jerome.

Él giró lentamente, examinando de nuevo el entorno.

—¿Qué es lo que quieres que vea aquí, Allard?

Ahora parecía impaciente.

Estelle cruzó los brazos, todavía furiosa.

—Nada.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Precisamente eso. Nada.

Jerome lanzó las manos al cielo.

—Déjame decirte qué es lo que no ves. Al fondo de ese vestidor, oculto mediante un muro falso, hay un espacio donde actualmente se encuentra toda la colección de arte de la familia de Rachel —dijo Estelle con voz entrecortada—. Una modificación sencilla, oculta tras más prendas de las que podría necesitar en mi vida.

Jerome arrugó la frente.

—El padre de Rachel, Serge Wyler, se ha dedicado a coleccionar obras impresionistas y expresionistas durante la mayor parte de su vida. Temía que los bandidos nazis robaran su colección, así que me pidió que la ocultara. Él me ayudó a construir el muro falso —añadió.

—Yo no…

—No he terminado —dijo ella bruscamente.

Jerome guardó silencio.

—Serge también me ayudó a construir esto. —Estelle caminó hacia le ropero y abrió de par en par las puertas. Metió la cabeza, abrió un pasador oculto en la esquina superior, y empujó la parte trasera del ropero—. Cuando era niña, las institutrices que vivían conmigo se quedaban en este cuarto. Simplemente hicimos una modificación y movimos este ropero

para ocultarlo.

Jerome tenía la mirada perdida. La luz de la recámara proyectaba sombras sobre la estrecha cama y la mesa que estaban adentro.

—Nunca había visto algo así —dijo en voz baja.

—Había una viuda estadounidense que vivía en la suite imperial del Ritz. Después, llegó la Luftwaffe y Göring se apropió de la suite. La mujer se llamaba Laura Mae. Tenía una extensa colección abrigos de pieles, y cuando los alemanes llegaron, temió que se apropiaran de ella también. Entonces las escondió en uno de los armarios integrados del Ritz, y ocultó la puerta tras un enorme ropero. De ahí saqué la idea.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Jerome metiendo la cabeza en el ropero—. ¿Cómo te enteraste de lo que hizo?

—Ella me lo dijo. Me pareció muy ingenioso.

—¿Y qué fue de ella?

—Les vendió a los nazis todo lo demás que poseía. Las joyas más impresionantes se las quedó Göring, y dicen que algunos artículos incluso llegaron a Hitler. Después se fue de París. No sé a dónde fue. Supongo que los abrigos de piel siguen tras los muros del Ritz.

Jerome volteó hacia ella.

—¿Para qué es esta habitación?

Tuvo la delicadeza de parecer avergonzado.

—¿Sabías que Serge es médico?

Jerome asintió lentamente.

—Creo que Rachel lo mencionó una vez.

—Perdió su consultorio y sus pacientes —dijo Estelle—. Ahora solo le permiten atender pacientes judíos, en sus casas o en la de él, siempre y cuando no haya toque de queda.

Jerome no dijo nada.

—Esta habitación es por si la necesita. Por si sus pacientes la necesitan. Porque si los nazis sospechan que un médico judío está ocultando pacientes judíos, no registrarán el departamento de la parisina de la alta sociedad que vive al otro lado del rellano. Pero las precauciones nunca son pocas. De modo que sí, mantengo al día la suscripción a *Signal;* y sí, tengo a la vista la fotografía de un soldado alemán que encontré en mi libro de texto de alemán hace diez años; y sí, me quedo merodeando en el Ritz cuando me lo piden. Pero no, no soy uno de ellos, y no, jamás traicionaré a Vivienne, y no, jamás te traicionaré a ti.

Cuando terminó de hablar, Estelle estaba jadeando.

Jerome clavó la vista en sus botas.

—Lo siento, Allard.

No dijo más.

Estelle volvió a meter la cabeza en el ropero y cerró la puerta oculta. Su ira empezó a desvanecerse, dejando en su lugar un gran cansancio.

—Yo también.

—¿Serás capaz de perdonarme?

—Sí. Tú no eres mi enemigo, Jerome.

Estelle se sentó en el borde de la cama. Ninguno de los dos habló durante un largo minuto.

—Meyer me dijo esta noche que la Luftwaffe había destruido a la Real Fuerza Aérea británica —dijo Estelle rompiendo el silencio—. Dijo que sin nada que los detenga, Londres sería aniquilada en cuestión de días.

—Meyer es un mentiroso.

—¿Cómo lo sabes?

Jerome apartó la vista.

—Todos los nazis son unos mentirosos.

—Necesito hablar con Vivienne. Cuanto antes. Quiero preguntarle qué sabe al respecto. De Londres. Y hay un equipo de radio en el sótano del Ritz. Creo que están montando una especie de máquina de encriptación para Göring. Podría ser importante.

Jerome volteó a verla.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias.

Estelle alisó con la mano la falda amarillo limón y alzó la vista. Jerome estaba mirándola atentamente con una expresión peculiar en el rostro.

—¿Tengo algo atorado entre los dientes? —le preguntó Estelle—. ¿O hay algo más de lo que quieras acusarme?

—No... —empezó a decir. Luego metió las manos en los bolsillos—. Es solo que nunca había visto... quiero decir que... te ves distinta —dijo nerviosamente.

—¿Distinta?

—No es lo que... —Jerome se detuvo—. Te ves muy hermosa, Allard.

Estelle volteó a ver el vestido de diseñador. No fue capaz de agradecer el cumplido. Si Jerome no hubiera estado ahí, en su recámara, ella se habría arrancado el vestido en ese momento.

—¿Sabías que hay una suite en el Ritz llena de pinturas,

dibujos y esculturas robados? —preguntó—. Los vi esta noche.

Jerome exhaló.

—Con todo respeto, Allard, solo son cosas. Hay problemas más graves que unas obras de arte.

—Lo sé. Pero al mirar todas esas obras en esa habitación, pensé cuántas tragedias estarían conectadas con esos objetos, cuál es el costo de la adquisición de cada una de esas piezas. Lo que vi en esa habitación fue un gran amasijo de vidas desgarradas, apiladas, esperando su traslado a un destino incierto del que no regresarán. —Estelle recargó la cabeza en uno de los postes de la cama—. ¿Cuánta historia pierde una familia o un país cuando pierde las cosas que los unen, que cuentan las historias de sus pasados?

Jerome se acercó y se sentó lentamente junto a ella. El colchón se hundió aún más bajo su peso.

—No soy un general aliado que tenga tropas, tanques y cañones a mi disposición —susurró Estelle—. Ya ni siquiera tengo una ambulancia. —Puso las manos alrededor de su torso —. Soy una mujer soltera con ropa elegante, una ascendencia ilustre que me abre cualquier puerta que desee abrir en la sociedad, y una reputación cuidadosamente diseñada que hace que el deseo de bailar y beber hasta que acabe la guerra parezca de lo más normal. Estas son las únicas armas a mi disposición.

—Son armas formidables. Después de todo, lograste engañarme. A mí, que no tengo excusa por habérmelo creído.

—¿Formidables? Porque a mí no me lo parecen. Tengo que soportar a los oficiales que llenan los cabarets y los hoteles cada noche, reír de sus bromas, mantenerme bien maquillada y evitar que me toquen. Canto cuando me lo piden y me hago la tonta cuando hablan entre sí en alemán. Y espero. Espero esos momentos en que la embriaguez y la simple arrogancia les suelta la lengua lo suficiente para comprometer la secrecía. Y todo sabiendo que las pequeñas migajas de información que logro recolectar tal vez nunca marquen una diferencia.

—Todo marca una diferencia. Todo. Uno nunca sabe qué migaja puede cambiar el curso de las cosas.

—Las migajas ya no son suficientes, Jerome. Necesito hacer más.

—¿Qué tanto más?

Estelle volteó sorprendida ante la seriedad de la pregunta.

—¿Qué quieres decir?

Jerome le sostuvo la mirada.

—¿Cuánto estarías dispuesta a arriesgar?

—Lo que sea. Dime qué más puedo hacer.

Jerome señaló el ropero con un movimiento de cabeza.

—Existen… oportunidades que requerirían que ocultaras gente de vez en cuando. Pero sería peligroso. Más peligroso que ocultar ocasionalmente a un paciente.

—Recuerdas dónde nos conocimos, ¿no es así?

Jerome alzó la mano como si fuera a tomar la de ella, pero luego la dejó caer sobre su muslo.

—Lo recuerdo. Pero esto es distinto a conducir una ambulancia a través del campo de batalla. Necesito que lo entiendas. Necesito que pienses detenidamente tu respuesta antes de que aceptes hacer algo.

Estelle eligió cuidadosamente sus siguientes palabras.

—Cuando Rachel y yo éramos niñas, Serge solía organizar en su casa algo que llamaba tertulias. Artistas, escritores e intelectuales debatían, compartían o enseñaban. Ningún tema era tabú, ninguna opinión era censurada. Nosotras teníamos probablemente once o doce años cuando empezamos a asistir, y continuamos haciéndolo hasta que nos enrolamos en el servicio. Lo importante, decía Serge, no era aprender lo que otra persona enseñaba, sino aprender a pensar por ti mismo. Y al aprender eso, decía, descubres quién eres.

—Parece ser un hombre muy inteligente.

—Lo es.

Estelle contempló los dedos de Jerome, extendidos sobre la tela de su pantalón. Eran fuertes y estaban encallecidos, pero también eran capaces de la mayor delicadeza en el trato con los pacientes. Eran las manos de un hombre que siempre parecía saber qué hacer y que nunca había vacilado.

—En esta ciudad —dijo Estelle—, estoy rodeada de gente que se hace de la vista gorda y finge no ver lo que está ocurriendo. En noches como esta, estoy rodeada por mucha más gente a la que nada parece importarle, siempre y cuando no se les moleste o, peor aún, puedan sacar alguna ventaja. Me dan asco. Me hacen sentir sucia.

—Estelle…

—Me pediste que pensara mi respuesta detenidamente —dijo interrumpiéndolo—. Pues bien, aquí está. Si no estoy luchando, si no estoy haciendo todo aquello de lo que soy capaz, entonces soy cómplice de todas las atrocidades que han ocurrido y que seguirán ocurriendo. Esto lo sé con cada fibra

de mi ser.

—Entonces, Allard, también debes saber esto. —De repente, Jerome se inclinó hacia adelante y rozó con los labios la mejilla de Estelle. Luego retrocedió—. No estás sola en tu lucha.

Estelle dejó que la calidez del contacto penetrara hasta los rincones más fríos y huecos de su ser.

—Lo intentaré —susurró.

7

Sophie

Bletchley Park, Inglaterra
16 de julio de 1942

Sophie miró el trabajo sobre su escritorio e intentó recordar que aún seguía luchando.

El documento que tenía delante estaba escrito en alemán, uno entre cientos que habían sido decodificados y que requerían traducción inmediata. Uno entre cientos que ella traduciría y pasaría a la siguiente persona. Uno entre cientos que probablemente llegarían demasiado tarde para marcar una diferencia a los hombres aliados que luchaban en los frentes y en los mares. Hombres que, a diferencia de Piotr, aún respiraban y guardaban esperanzas, y luchaban y sangraban por las cosas y las personas que amaban.

En los meses posteriores a la muerte de Piotr, a su duelo se sumó un terror que la mantuvo atontada, lo que, visto a la distancia, probablemente fue lo mejor. Fue el terror lo que la impulsó a seguir adelante, lo que evitó que simplemente cayera en un abismo de pena. Fue el miedo penetrante lo que la ayudó a evadir a la Wehrmacht que inundó Polonia con tanques y tropas, y a la Luftwaffe que hizo caer desde el cielo una lluvia de bombas.

Para cuando logró regresar a Varsovia, la ciudad estaba en llamas, con secciones enteras reducidas a escombros o a bosques esqueléticos de madera ennegrecida y ladrillos rotos. El personal de la embajada se había marchado hacía tiempo, y Sophie no dedicó tiempo a buscar rostros familiares. El lado norte del edificio donde vivía había sido destruido durante el bombardeo, aunque su departamento, que daba al sur, seguía

parcialmente intacto. Sophie pudo sacar su abrigo invernal, la cajita de madera con dinero que mantenía oculta bajo una duela junto a su cama, y una fotografía de Millbrook que había sobrevivido en su marco roto. Luego huyó de Polonia.

Le había tomado trece meses regresar a casa. Trece meses en que cada mañana se preguntaba si sobreviviría ese día, si tendría la inteligencia suficiente para superar el miedo que amenazaba con paralizarla y la pena que se rehusaba a soltarla. Cuando finalmente puso pie en suelo británico, se dirigió directamente a Londres, agotada física y emocionalmente.

Y descubrió que había llegado demasiado tarde. La Luftwaffe había eliminado a la familia que Sophie había dejado atrás.

En el momento en que se detuvo frente al cráter y los escombros que habían sido el hogar de su familia en Londres, el dolor que había llevado consigo desde Polonia estalló. La masa de dolor se hizo añicos, dejando su alma como un cascarón vacío, no muy distinto a la devastación que tenía adelante.

Pero en los días, semanas y meses que siguieron, el espacio vacío empezó a llenarse. Una ira ardiente recorría aquel vacío y se arremolinaba como si se tratara de humo. La angustia y el odio se revolcaban y aullaban en los límites. Y, sobre todo, una ardiente sensación de impotencia que latía y se retorcía le impedía dormir. La necesidad de hacer algo, lo que fuera, de combatir contra quienes le habían arrebatado todo, la roía implacablemente.

Se suponía que Bletchley Park iba a apaciguar ese sentimiento insoportable de impotencia. Que el hecho de que Sophie estuviera haciendo algo para ayudar en la guerra, en vez de permanecer de brazos cruzados, iba a aliviar aquella furia inescapable. Sin embargo, parecía estarla incrementando. Y es que sus esfuerzos estaban acompañados por el conocimiento de que los mensajes decodificados que ella traducía, a menudo llegaban demasiado tarde para salvar a los hombres que morían en los frentes y en los mares.

Sophie no sabía durante cuánto tiempo más podría seguir haciendo aquello sin volverse loca.

—¿Sophie Kowalski?

Sophie volteó hacia la puerta. En la entrada estaba un hombre alto y delgado, con una barba cuidadosamente recortada y ropa común y corriente. Llevaba un papel en la

mano. Ella se levantó.

—¿Sí?

El hombre entrecerró los ojos y evaluó sin la menor discreción la apariencia de Sophie.

—¿Usted es Sophie Kowalski?

Sophie se contuvo de responder con sarcasmo.

—Sí —repitió.

—Venga conmigo, por favor.

Más que una solicitud parecía una orden.

Sophie siguió al hombre ignorando las miradas de los demás hombres y mujeres. Frunció el ceño cuando se alejaron del ajetreo de las cabañas y se adentraron en los jardines, coloridos por la llegada del verano. Ahí no había nadie que pudiera oír su conversación.

El hombre se detuvo en un sendero de grava rodeado por arbustos que necesitaban con urgencia una poda.

—Me han dicho que es buena para los idiomas —dijo el hombre en perfecto francés sin más preámbulo.

—Soy competente —respondió también en francés. El hombre había despertado su curiosidad—. Si no lo fuera, no habría encontrado trabajo aquí.

—Habla francés con acento parisino.

—Viví ahí por dos años.

—Mmm.

El hombre se mesó la barba y continuó observándola con sus ojos cafés y ordinarios.

No era físicamente amenazante, pero había algo en él que la ponía de nervios. Como si en algún lugar detrás de esa apariencia pulcra y contenida, acechara un hombre peligroso. Sophie lo miró a su vez, rehusándose a sentirse intimidada.

—¿Dónde más ha vivido?

El hombre habló ahora en alemán, en un dialecto que podría encontrarse en las tierras altas.

—Ginebra por un año. Varsovia por tres —Sophie respondió en alemán.

—¿En Berlín no?

—No.

—Habla como nativa de la ciudad.

—Mi tutora lo era.

Y su instrucción había sido severa, implacable y aterradora.

—Oh. —El hombre se sacudió un insecto que se había parado en su manga—. Entonces no es alemana.

—¿Disculpe?

—¿Está afiliada al partido nazi?

La curiosidad de Sophie fue sofocada abruptamente por una corriente helada de inquietud que le recorrió la espalda.

—¿Qué? No.

El hombre la señaló con la mano.

—Tiene aspecto de alemana.

—¿Tengo aspecto de alemana? —repitió Sophie con la mayor serenidad posible—. ¿Y cuál, si se puede saber, es el aspecto de un alemán?

El hombre encogió los hombros despreocupadamente.

—Alto, rubio, de ojos azules…

—Acaba de describir a una cuarta parte de las personas que trabajan aquí —replicó Sophie—. Si la inteligencia aliada ha recurrido al cabello rubio y a los ojos azules para identificar alemanes, todos estaremos muertos o hablando este idioma en menos de un año.

El hombre no se inmutó.

—¿Cuánto tiempo ha estado trabajando en Bletchley Park?

—Un año y medio. Tal vez un poco más.

—¿Y qué es lo que hace en la Cabaña 3, Sophie?

—Trabajar. —No se explayó. Tampoco le agradó el uso informal de su nombre de pila. Ese hombre no era su amigo.

—¿Para quién?

Sophie sabía que debía sentirse aterrorizada ante la insinuación de la pregunta, pero el miedo cedió el paso a la ira. Ella permitió que esa furia ganara fuerza.

—Enuncie su acusación sin rodeos.

—Directo al grano. Eso me agrada.

—Entonces vaya al grano usted. —Si ese hombre quería acusarla de usar su posición en Bletchley para ayudar a los nazis, o espiar, o sabotear…

—¿Le gusta lo que hace aquí, Sophie?

Su adversario cambió abruptamente al francés.

—¿Qué?

Sophie se había preparado para una pregunta muy diferente.

—Responda en francés —añadió el hombre.

Sophie se quedó parpadeando, totalmente desconcertada.

—En más de una ocasión le ha expresado a su supervisor el deseo de hacer más para contribuir al esfuerzo bélico —continuó—. Me gustaría saber a qué se refiere.

—No sé exactamente. Solo… más.

—Ajá —dijo pensativo, como si hubiera esperado esa respuesta. Luego tamborileó en el borde del papel que llevaba en las manos—. Sus talentos lingüísticos han llamado la atención de varias personas en Londres.

—¿Qué personas?

—Personas.

Sophie inclinó la cabeza.

—Esta conversación es una clase de prueba, ¿no es cierto?

—Dijeron que era intuitiva.

—¿Quiénes?

—También que era buena para los números, organizada, puntual, cortés, pero socialmente retraída. —El hombre ignoró su pregunta—. Puede que alguien haya usado la expresión «poco amigable».

—No vine a Bletchley por las tabernas ni la cerveza. Vine para luchar de la única manera como sé hacerlo.

El hombre no pareció ofenderse por su tono de voz

—Solicitó empleo en Bletchley como Sophie Kowalski.

—Sí.

El hombre de pelo castaño arrancó una hoja del arbusto más cercano y la hizo girar entre sus dedos.

—Kowalski es un apellido polaco, ¿no es así?

—Sí.

—Estuvo casada.

—Sí.

—Ah. Así que es viuda. No estaba completamente seguro.

Sophie apretó el puño. El anillo que Piotr le había regalado se hundió con fuerza en su dedo, pero ella mantuvo el rostro impasible. El hombre la había embaucado y la había hecho admitir algo que no le había dicho a nadie en ese lugar.

—¿Por qué no hizo su solicitud como Sophie Seymour?

Sophie lo miró sorprendida.

—Ah. —El hombre soltó una risita—. No esperaba que supiera su apellido.

Ella encogió los hombros, negándose a darle la satisfacción de una respuesta.

—Alguien la reconoció aquí —continuó. Parecía estar divirtiéndose—. Como Sophie Seymour, antigua habitante de Varsovia, Polonia.

Ella relajó la mano, que aún mantenía apretada a su costado. En retrospectiva, Sophie había supuesto que probablemente solo sería cuestión de tiempo. Al principio, no

se había propuesto ocultar deliberadamente esa información, pero luego le resultó mucho más fácil evitar preguntas que inevitablemente serían inquisitivas. Y dolorosas.

—Usted trabajó en el Ministerio del Exterior —continuó el hombre—. Como una lingüista muy talentosa.

—Mi empleo anterior no tiene relevancia para lo que hago ahora en Bletchley.

—En eso no estamos de acuerdo. Usted ocultó información importante.

—Realicé todas las pruebas requeridas y llené todos los papeles solicitados para este empleo. Me contrataron como traductora, y nadie ha tenido queja de mi trabajo. Así que puede guardarse sus acusaciones. O póngalas en mi expediente y déjeme volver al trabajo.

El hombre exhaló, probablemente divirtiéndose.

—Ah, sí, su expediente. Lo leí, cosa que probablemente no ha hecho nadie más. Y luego rastreé el expediente que el Ministerio del Exterior tiene de usted, de cuando todavía era Sophie Seymour. Y había cosas interesantes que no estaban en ese expediente. El Ministerio del Exterior no tiene registros de viajes que usted haya realizado. No hay registros de matrimonio. Y no hay ningún registro después de agosto del 1939. De hecho, se consignaba que Sophie Seymour había abandonado su puesto y luego, más tarde, que se le presumía muerta.

Sophie había muerto. Pero no de la manera a la que se refería ese hombre.

—A los registros en papel nunca les ha ido bien bajo las bombas alemanas.

—Tampoco a su familia, según entiendo.

Las palabras fueron amables, pero ella sintió como si el hombre la hubiera golpeado. El aire escapó de sus pulmones y estuvo a punto de doblarse por el estómago.

—Los registros mencionan que sus padres murieron en los ataques del año pasado. Su hermano gemelo, un piloto de la fuerza aérea, fue derribado durante un bombardeo antes de eso.

—Mi hermano está desaparecido, no muerto —consiguió decir con voz ronca.

La hoja se soltó de los dedos del hombre y cayó haciendo espirales al suelo.

—Admiro su optimismo.

—Lloraré la muerte de mi hermano cuando haya un

cadáver.

—Muy pragmático de su parte.

Sophie no respondió.

—Además del domicilio en Londres de su expediente del Ministerio del Exterior, domicilio que, desafortunadamente, ya no existe, había un domicilio en Norfolk. Cuando le pedí a mi teniente que investigara, descubrió que el personal contratado por su familia para trabajar en dicho domicilio la ha dado por muerta.

Sophie bajó la mirada.

—No pretendo juzgarla —dijo el hombre—. Solo me interesan sus motivos.

—¿Motivos? —preguntó ella débilmente.

—Para permanecer aquí, anónima.

—Regresaré cuando lo haga mi hermano —dijo Sophie entre dientes—. Entonces no tendré que explicar por qué fui la única de mi familia que merecía vivir.

O hacer frente a la culpa apabullante de esa situación.

—Mmm. —El hombre la contempló durante un largo minuto—. Por si sirve de algo, lo lamento —dijo finalmente—. La pérdida de su familia.

—Todos aquí hemos perdido a alguien.

—Sí —confirmó el hombre, y hubo un tono de tristeza y cansancio genuinos en su respuesta. Entonces extendió la mano—. Mayor James Reed. Estoy aquí por órdenes del coronel Maurice Buckmaster, de Londres. Disculpe que no me haya presentado antes, así como cualquier ofensa en que haya incurrido con respecto a su lealtad.

—No se haga el tímido. La ofensa fue intencional. —Sophie levantó los ojos y estrechó brevemente la mano del mayor—. Era parte de su prueba.

—Tal vez. —Reed seguía observándola con interés—. Hábleme de Polonia.

—¿Qué quiere saber de Polonia?

—Dígame cómo logró salir.

—¿Es otra parte de su prueba?

—Tal vez —repitió el mayor.

Sophie se sintió exhausta de repente, tratando de buscar palabras que no reflejaran el terror y la aflicción que la habían acompañado a cada paso del camino.

—Por el norte. De Gdynia a Copenhague. Luego Gotemburgo. Luego Edimburgo. Luego Londres.

Reed la miró atentamente.

—Hace que parezca sencillo.

—No lo fue —respondió rotundamente—. Fueron meses de esperar una oportunidad. Fue mentir constantemente, fingiendo ser un personaje más creíble cuando fue necesario. Fue depender de la generosidad de la gente o robarles cuando era imposible hacerlo. Fue aceptar que la desesperación siempre prevalece sobre los principios morales. Fue confiar en extraños y en sus casas, graneros, camiones y botes de pesca, sabiendo que en cualquier momento alguien podría traicionarte y que no podías hacer nada al respecto.

El mayor seguía mirándola intensamente.

—Es verdad —fue todo lo que dijo.

—Hay muchísima gente que odia a los nazis y todo lo que representan. Simplemente no lo expresan en voz alta y dejan que sus actos hablen por ellos. El secreto está en encontrarlos.

—Y usted lo hizo. Logró regresar.

Sophie levantó la vista al cielo. El cielo azul estaba salpicado de nubes blancas.

—Demasiado tarde.

El mayor no hizo ningún comentario esta vez. Solo la miró con expresión intensa.

—Mmm.

Sophie se sintió súbitamente impaciente. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo del descuidado jardín.

—¿Pasé su prueba, mayor? ¿Puedo regresar a mi trabajo? Porque a menos que usted sepa algo que yo ignoro, todavía hay una guerra, y mi intención es seguir luchando.

Reed sonrió, probablemente.

—Dígame, Sophie, ¿estaría dispuesta a volver a Francia, o incluso a Polonia?

Sophie sintió que la mandíbula se le aflojaba. Aquella conversación había dado un brusco giro y ella no se dio cuenta cómo.

—¿Qué? ¿Ahora?

—No. Habrá que resolver algunos asuntos antes. Muchas fases de entrenamiento que deberá completar. Muchas más pruebas que deberá pasar.

—¿Aquí, en Bletchley?

Reed meneó la cabeza.

—No, aquí no.

—Entonces, ¿dónde?

—Surrey, por lo pronto. Hampshire después, si todo va bien.

—Eso no me dice nada —dijo Sophie, frustrada.

—Esa es la idea.

—¿Por qué yo?

El mayor Reed miró el papel que llevaba en la mano, pero no respondió la pregunta.

—Me parece, Sophie Kowalski, que está luchando en la batalla equivocada.

—Solo soy una traductora. No tengo otras habilidades especiales —dijo bruscamente.

El mayor torció los labios.

—No estoy de acuerdo.

—No puedo simplemente dejar mi puesto en Bletchley.

—Sí puede. —El mayor la miró y le entregó el papel—. Permanecerá en Bletchley por un tiempo, pero cuando las ruedas se hayan puesto en marcha, no volverá.

Sophie miró el documento. En la parte superior se leía «Oficina de Investigación Inter-Servicios». Sophie nunca había oído hablar de ella.

—¿Qué es esto?

La sonrisa del mayor James Reed fue entonces inequívoca.

—Una oportunidad de hacer más.

8

Estelle

París, Francia
15 de julio de 1942

Estelle vio a los viajeros salir de la estación, todos con una celeridad ceñuda que ella nunca vio antes del inicio de la guerra. Y es que la Gare du Nord, bajo la alegre luz del amanecer, era un lugar terrorífico. Era el sitio donde convergía la plaga gris, una mezcla de uniformes de la Wehrmacht, la SS y la Gestapo, salpicada de los puntos negros de la policía. Era un lugar donde la tragedia y la violencia gratuita se manifestaban cuando uno menos se lo esperaba.

Para evitar llamar la atención, quienes fluían alrededor de los invasores mantenían la mirada en el suelo, en caso necesario respondían preguntas con monosílabos, y llevaban sus papeles en lugares de donde podían sacarlos inmediatamente. En aquellos días, deambular dentro o alrededor de una estación de tren parisiense solo podía terminar en desgracia.

Estelle se acomodó las flores rojas que adornaban su sombrero y miró su reloj con actitud despreocupada. Luego caminó por la banqueta frente a la estación. Sus tacones repiqueteaban pausadamente mientras ella observaba a la multitud, cada vez menos numerosa. Ahí. Justo a tiempo. Un hombre conocido con traje raído salió de la estación y caminó decididamente hacia ella con un periódico doblado bajo el brazo. Detrás de él, a una distancia prudente, tendría que estar el aviador.

Estelle redujo aún más la velocidad. Jerome pasó junto a ella; sus ojos solo se encontraron por una fracción de segundo. Estelle se detuvo, abrió su bolso y sacó su polvera e hizo como

si estuviera arreglándose el cabello. Por el espejo vio cómo Jerome se desviaba hacia la hilera de taxis improvisados que corría a lo largo de la calle.

A no más de metro y medio delante de ella había aparecido otro hombre con otro traje raído y otro periódico doblado de manera idéntica bajo el brazo. El hombre se detuvo y alzó la vista. Sus ojos azules colisionaron con los de ella hasta que él apartó la mirada, casi tan rápido como lo había hecho Jerome. Estelle frunció el ceño. Debajo de su maltrecho sombrero, el hombre tenía el rostro cenizo, una expresión tensa y manchas amoratadas bajo los ojos. Estaba enfermo. O, probablemente, herido. Por desgracia, no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Él había sobrevivido al viaje en tren desde Bélgica. Tendría que sobrevivir un poco más, y solo entonces Estelle podría ayudarlo con lo que fuera que estuviera afligiéndolo.

Estelle continuó su pausada caminata alejándose de la estación y dirigiéndose al oeste, hacia las calles. Revisó por última vez su maquillaje de labios y el reflejo confirmó que el hombre de ojos azules estaba siguiéndola. Estelle guardó su polvera en el bolso y aceleró el paso. Cada minuto en que podía ser vista con un hombre que probablemente no hablaba una palabra de francés era un minuto demasiado largo.

Zigzagueó por las calles mientras la basílica del Sagrado Corazón, alzándose imponente en su colina, aparecía intermitentemente entre los edificios. Ahí, lejos de la estación del tren y del laberinto de calles flanqueadas por departamentos, tiendas y cafés, Estelle pudo relajarse un poco. Como estaba cerca de su departamento, cada esquina le resultaba familiar.

En la panadería de la esquina ya había una larga fila de personas, todas con rostros hambrientos y cansados. Una familia judía pasó junto a ella; las estrellas amarillas resaltaban sobre sus prendas. Gente en bicicletas serpenteaba por las calles, esquivando ocasionalmente algún carruaje tirado por ponis. Ya no era muy común ver vehículos circulando, a menos que fueran militares, y las banderitas rojas y negras que todos lucían eran un recordatorio constante de la maldad que había consumido a su ciudad.

Estelle continuó caminando. Le rugió el estómago cuando el aroma del pan recién horneado se coló entre los olores más pesados del estiércol de caballo y del polvo. Había comido la noche anterior, pero esa mañana los nervios le impidieron

ingerir sus raciones, cada vez más reducidas. No era la primera vez que recogía a un fugitivo aliado, pero el temor de ser descubierta nunca estaba ausente. De hecho, con el tiempo se había vuelto más ansiosa, aunque tal vez eso fuera ventajoso. Hacía que se mantuviera alerta y que actuara con cuidado, y ella seguía ahí mientras que otros habían desaparecido sin dejar huella.

Estelle llegó a la puerta de su edificio y al abrir la puerta echó una mirada atrás. Ojos Azules aún estaba siguiéndola, aunque con paso irregular. Tendría que llevarlo arriba lo antes posible. Estelle se detuvo al pie de la escalera tratando de oír pisadas, pero no percibió más que silencio. Siempre estaba al pendiente de quién iba y venía... Uno no podía confiarse, ni siquiera ahí.

Al cabo de un minuto volvió a abrirse la puerta, y el aviador entró a trompicones. Tenía el rostro tenso de dolor y respiraba de manera superficial.

—¿Puedes subir las escaleras? —preguntó Estelle en francés, pero solo obtuvo como respuesta una mirada vacía. Preguntó de nuevo en inglés.

El hombre asintió con la cabeza, sujetándose del barandal con tal fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Son tres pisos.

—Estoy bien.

—Sí, se nota.

Estelle rodeó su cintura con el brazo.

El aviador se resistió e intentó apartarse.

—Guarda la heroicidad para cuando vuelvas a volar, ¿de acuerdo? —susurró ella con sequedad—. Puedo hacer muchas cosas, pero subirte cargando si te caes no es una de ellas.

El aviador asintió y se apoyó sobre el hombro de ella. Juntos subieron la escalera y entraron en el departamento. Estelle cerró firmemente la puerta.

—Por aquí. Ya casi llegas.

Ella lo condujo a través de la sala y de sus ostentosos muebles, alrededor del extenso comedor, y al interior de su recámara. Luego abrió el ropero y abrió el pasador de la parte trasera.

—Por aquí.

La puerta oculta se abrió, dejando a la vista el espacio oculto.

—Quédate aquí y descansa hasta la siguiente etapa de tu viaje —le dijo mientras lo ayudaba a entrar en el ropero y al

diminuto cuarto.

Últimamente, muchos departamentos de los agentes de la red, departamentos velados y bloqueados con barricadas habían sido allanados, y los fugitivos a quienes alojaban, apresados sin posibilidad de escape. Desde que había empezado a traficar aviadores aliados, Estelle había hecho justo lo contrario; recibía invitados en momentos cuidadosamente seleccionados: conocidos, oficiales del gobierno de Vichy, y una vez incluso un oficial de la Wehrmacht que insistió en acompañarla hasta su casa. De esa manera, si alguien les preguntaba, todos dirían lo mismo. Que Mademoiselle Allard era una mujer agradable pero ingenua que vivía entre la opulencia de días pasados, una joven insulsa, producto de la complacencia y la adulación constantes. Que no tenía nada que ocultarle a nadie.

Y la Gestapo no podía llevarse lo que no podía encontrar.

—Es muy estrecho, lo sé, pero estarás a salvo aquí —le dijo al aviador.

Él se dejó caer en la cama, jadeando, mientras ella encendía una linterna.

—¿Enfermo o herido? —preguntó Estelle mientras recogía el sombrero de él.

El hombre señaló con un gesto el lado izquierdo de su cadera.

—Herida de metralla. No ha sanado del todo.

—¿Puedo ver?

El hombre titubeó.

—¿Eres enfermera?

—En este momento soy todo lo que puedas necesitar. En tiempos de guerra, todo agujero hace trinchera, ¿no?

El aviador cerró los ojos y asintió. Con manos diestras, Estelle le quitó el saco. Buscó en el bolsillo sus documentos, los sacó y los sostuvo frente a la luz. Había que reconocer que estaban bien hechos. Quienquiera que estuviera elaborando los papeles en la frontera belga, era muy talentoso. A Ojos Azules le habían asignado el nombre de Jean-Phillipe Brossoit, nacido en Brujas. Y en esta ocasión habían usado fotografías belgas auténticas, no las que las fuerzas aéreas aliadas les daban a sus aviadores. Los nazis ponían cada vez más atención en esos detalles.

—¿De dónde eres? —preguntó Estelle poniendo los documentos y el saco a un lado.

—Nueva Escocia, Canadá.

Estelle sacó lentamente el extremo de la camisa de la pretina del pantalón y arrugó la frente. La parte inferior de la camisa y el lado izquierdo de los pantalones estaban empapados en sangre. Luego subió la camisa hacia el torso. Al hombre lo habían vendado toscamente con un pedazo de sábana que rodeaba su cintura, y la sangre había saturado todo ese lado. Estelle aflojó la pretina de los pantalones y levantó la venda.

—Santo cielo.

—¿Tan mal está? —dijo el hombre enderezándose.

Sin dejar de fruncir el ceño, Estelle lo empujó para regresarlo a su posición. ¿En qué estaba pensando Jerome? La herida era profunda, y la sangre brotaba de una maraña de puntadas reventadas que parecían hechas por un niño. Más sangre había escurrido por su pierna y empapado los pantalones. Solo el color oscuro de estos había impedido que ella lo notara antes. Con toda probabilidad, había daños en uno o más de los vasos sanguíneos importantes que corrían de la ingle a la pierna. El hombre necesitaba un médico. Uno de verdad.

—Esto es un desastre.

—Debiste ver el avión —bromeó él con voz débil.

—No estás en condiciones de viajar. El trayecto de aquí a la frontera española es aún más duro.

Estelle se preguntó una vez más qué habría ocurrido para que Jerome pensara que no había más opción que viajar con un aviador herido. Ahora que Jerome iba y venía entre Bélgica y Francia, ella ya casi no lo veía, descontando esos atisbos brevísimos como el de ese día afuera de la estación de trenes. Era improbable que Estelle recibiera alguna clase de explicación, pero tenía que comunicar a la red que el hombre que había recibido en su departamento no podría viajar por un tiempo. Y esperar que no se le muriera ahí.

Estelle era perfectamente capaz de proveer primeros auxilios básicos, pero aquello superaba sus capacidades. Si una herida como esa no se atendía adecuadamente, podía infectarse o gangrenarse, si es que el paciente no se desangraba primero.

—¿Te dijeron algo antes de subir al tren rumbo a París? —preguntó ella.

El aviador hizo una mueca.

—No entendí gran cosa de lo que dijeron, pero al parecer era urgente que saliéramos de Bruselas. Yo no podía

permanecer ahí. —Miró a Estelle a los ojos—. ¿Puedes arreglarlo?

—No lo sé. —Estelle agarró una toalla de la mesa, la dobló formando un cuadro y la colocó sobre la herida—. Mantenla ahí. Con firmeza.

—Necesito que lo arregles. —El aviador agarró con la otra mano el borde de la cama—. Por favor.

Estelle tomó una decisión y salió por la portezuela.

—Volveré. Espera aquí.

—¿A dónde vas?

—No gastes tu saliva. Jamás contestaré esa pregunta. Nunca sabrás dónde estaré ni cuándo regresaré. No puedes decir lo que no sabes. Es más seguro así. Espera aquí.

Estelle se quitó el sombrero y lo lanzó sobre la cama. Volvió sobre sus pasos al departamento y colocó una maceta con geranios en la primera ventana. Las brillantes flores rojas podían verse fácilmente desde abajo y le comunicarían a Jerome que el aviador estaba oculto y a salvo. Luego, salió del departamento, cruzó el rellano y tocó la puerta opuesta a la suya.

Al cabo de un momento abrió la puerta su hermosa y castaña amiga, mientras una niñita igualmente hermosa y castaña se asomaba desde detrás de su falda. Estelle entró en el departamento y cerró la puerta.

—Buenos días, Rachel. —Estelle sonrió y se agachó delante de la niña—. Y buenos días a ti también, Aviva.

Aviva Wyler, de cinco años, corrió hacia Estelle y la abrazó por el cuello.

—Ellie —exclamó alegremente, usando el nombre que le había dado a Estelle cuando empezaba a hablar—. ¿Viniste por mi cumpleaños?

—¿Tu cumpleaños? —Estelle fingió sorpresa—. ¿Hoy es tu cumpleaños?

—Mañana es cumpleaños de tía Rachel y mío —dijo Aviva con seriedad—. Cumplimos el mismo día.

—¿Sabes algo? Tal vez tu tía llegó a mencionar algo al respecto.

Estelle tamborileó sobre su barbilla, pensativa.

—Hoy haremos un pastel. Tía Rachel ya tiene todos los ingredientes. Incluso dos huevos. Puedes probar un poco cuando lo terminemos.

—Es muy amable de tu parte. Me encantaría probar el pastel de cumpleaños. —Luego continuó con susurros

conspiratorios—. Puede que incluso traiga una sorpresa de cumpleaños para ti.

—¿Un perro? —Los ojos de la niña se abrieron como platos—. Tía Rachel dice que cuando sea mayor podremos tener un perro. Y mañana seré mayor.

Rachel la miró desde atrás con una sonrisa triste. A Aviva le gustaban todos los animales, pero especialmente los perros.

—No es un perro —dijo Estelle—. Con seis años serás bastante mayor, pero creo que sería mejor esperar unos años más.

—Tía Rachel dice lo mismo.

—Tu tía es muy inteligente. Sin embargo —añadió Estelle —, no sabe cuál es mi sorpresa.

—¿Zapatillas de baile? Porque cuando sea mayor seré una *ballerina*, aunque no tenga un perro. Así como las bailarinas de los cuadros —proclamó Aviva—. Extraño esas pinturas — añadió con seriedad.

—¿De los cuadros?

Estelle le lanzó una mirada inquisitiva a Rachel.

—Las pinturas de Degas que teníamos en la sala — respondió su amiga en voz baja.

—Ah. —Las pinturas que ahora languidecían tras la pared del vestidor de Estelle—. Pues tampoco son zapatillas de baile.

—Bueno, si no puedo ser *ballerina*, entonces seré doctora, como Saba —afirmó Aviva llanamente—. Aunque me gustaría oír música de baile mientras curo a las personas.

Estelle rio.

—Creo que serás una doctora excelente —dijo—. Y creo que también serás una maravillosa *ballerina* —luego agregó en voz baja—: De hecho, creo que deberías ser las dos cosas.

Los ojos de Aviva se iluminaron.

—Sí —exclamó—. Seré las dos cosas. Luego entrelazó sus manitas—. Pero no me has dicho cuál es la sorpresa.

—No.

Estelle hizo como si cerrara los labios con un cierre.

Aviva volteó hacia Rachel y luego le sonrió a Estelle.

—Entonces será una sorpresa para todos mañana.

—Sí. —Estelle le dio un beso en la frente—. Lo envolveré y se lo traeré a tu tía después de que te hayas dormido. Estará esperándote en la mañana.

Aviva sonrió.

—¿Qué tal si te vas a poner tu delantal? —le preguntó Rachel a su sobrina—. Así podremos empezar con tu pastel de

inmediato. —Rachel vio cómo su sobrina salía corriendo. Luego volteó hacia Estelle—. No sabes lo feliz que la has hecho.

—Aviva ya ha perdido mucho de su infancia. No permitiré que se pierda su cumpleaños. Traeré el regalo esta noche.

—¿Sigues pensando en darle tu violín?

—Sí —respondió Estelle con firmeza.

—Es demasiado. Todavía es una niña.

—No es demasiado. Yo tenía cinco años cuando aprendí a tocar. Además, el regalo es más para mí que para ella. Estoy impaciente por empezarle a enseñar.

—No sé si Hannah querrá…

—Sinceramente, no me interesa lo que Hannah quiera —dijo Estelle interrumpiéndola.

Rachel hizo una mueca.

—Es la madre de Aviva.

—La cual vive en tu casa y se desentendió de su hija, dejándola al cuidado de ti y de tu padre.

—Estelle…

—Está bien. Preguntémosle si tiene objeciones a que su hija aprenda a tocar violín. ¿Dónde está?

—Durmiendo.

—¿Otra vez?

Rachel apartó la mirada.

—Sí.

Estelle se frotó las sienes, reprochándose internamente.

—No me corresponde juzgarla. Lo siento.

—Yo también. Pero lo siento sobre todo por Aviva, siento que su madre se haya retraído y la rechace. Eso me enoja, pero luego me siento culpable por enojarme, y me enojo por sentirme culpable. —Se apartó el cabello de la frente—. Pero perdí un hermano cuando Hannah perdió un esposo. Y tú también.

Estelle tomó la mano de Rachel y la estrechó.

—Pero yo no te he perdido, ni a Aviva, ni a Serge. Todo lo que podemos hacer es aferrarnos a lo que tenemos.

Rachel asintió y miró a Estelle a los ojos.

—Y hablando de tener cosas, deberías quedarte más comida de la que nos das…

—Basta. Ustedes apenas tienen permitido comprar comida. No tengo la intención de verlos a ti y a tu familia morir de hambre.

—Pero ¿huevos, azúcar? Casi me da miedo preguntar cómo los conseguiste.

—Entonces no lo hagas.

Rachel frunció el ceño.

—Volviste a salir anoche.

—Sí.

—Para espiar.

—No quiero tener esta conversación de nuevo.

—¿Qué pasará si te sorprenden?

—Podrás quedarte con mi departamento. De cualquier forma, ya todas sus obras de arte están allá.

—Eso no es gracioso.

—Nada de esto es gracioso, Rachel. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—¿Qué tanto de lo que ves y escuchas de esos nazis borrachos es verdaderamente útil? —preguntó.

—Uno nunca sabe qué migaja puede cambiar el curso de las cosas.

Eran las palabras de Jerome.

Rachel frunció el ceño.

—¿Y vale la pena el riesgo? ¿Migajas? ¿Y si te matan?

—¿Y si todos morimos de hambre antes de que termine esta maldita guerra? —Estelle le soltó la mano—. Como mínimo, mi presencia ahí me da acceso a las cocinas, y acceso a mucho más que migajas.

Y esas raciones extra habían ayudado a alimentar no solo a los Wyler sino a las bocas extra que Estelle asilaba en su departamento.

Rachel arrugó la frente.

—Preferiría que dejaras de hacerlo.

—Dejaré de hacerlo. Cuando termine la guerra.

—Deberías viajar al sur, o ir con tus padres. ¿Todavía están en Portugal?

Estelle resopló por la nariz.

—Sí. De hecho, su abogado me envió otra carta. Para informarme que mis padres no volverán a Francia durante… ¿cómo lo dijo? Ah, sí, durante estos tiempos de incertidumbre.

Estelle trató de disimular su amargura, y se preguntó por qué el total desinterés de sus padres en ella seguía afectándola en momentos como estos.

—Siguen siendo tu familia —dijo Rachel reprendiéndola.

—No, no lo son. Han sido espectadores benevolentes de mi vida, felices de poder hacerlo a la distancia. Tú eres mi familia.

—Pero yo no puedo llevarte a Portugal, ni a ningún lado

donde podrías estar más segura, Estelle.

—Mi seguridad no es la que me preocupa, Rachel. Es la tuya. Lo que tu familia ha sufrido hasta ahora… Las cosas están empeorando. También los rumores. De Polonia. De deportaciones de judíos de las que nadie regresa.

—Lo que sé es lo que tú me dices. Ni siquiera sé dónde oyes todas esas cosas. Pero independientemente de si son verdaderos o no, eso es Polonia, no París.

—Por ahora. Temo que sea solo cuestión de tiempo para que…

—Estelle. —Rachel la abrazó brevemente—. Todo esto terminará —susurró—. Estaremos bien. Recuperaremos nuestras vidas. Tengo que creerlo porque la esperanza es lo que nos hace pararnos de la cama cada mañana.

Estelle asintió y se apartó de Rachel.

—Tengo que pedirte un favor —dijo tentativamente.

—Lo que sea.

—Necesito hablar con tu padre.

Los ojos de Rachel se llenaron de preocupación.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás enferma?

—Estoy bien —respondió Estelle con total honestidad. Odiaba ocultarle cosas a la mujer que amaba como a una hermana, pero tal como le había dicho al aviador, la ignorancia era más segura para todos.

Rachel la miró detenidamente.

—De acuerdo —dijo, y tomó a Estelle de la mano—. Te esperamos mañana en la tarde para el pastel.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Rachel se retiró hacia la cocina y momentos más tarde apareció Serge Wyler.

—Estelle —la saludó con calidez—. Supe que vendrás mañana a nuestra pequeña celebración. Con una sorpresa, según dijo mi nieta.

Serge Wyler era un hombre de apariencia distinguida, con cabello cano, anteojos redondos y un porte amable y relajado que Estelle siempre había amado.

—Así es. Estoy impaciente.

Sus ojos inteligentes la miraron con atención.

—Rachel dice que necesitas hablar conmigo. ¿Acerca de qué?

—Del proyecto con el que me ayudó —dijo Estelle en voz baja.

—Ah. Donde amablemente has escondido muchos de

nuestros tesoros. Y algún paciente ocasional.

—Sí. Y yo...

Estelle titubeó y sus palabras se fueron apagando. Porque una vez que dijera lo que estaba a punto de decir, no habría marcha atrás.

Serge se quitó los anteojos y limpió lentamente los lentes con un pañuelo bordado que sacó de su bolsillo.

—Estás ocultando más que eso, ¿verdad, Estelle?

Fue más una afirmación que una pregunta.

Ella asintió en silencio.

—Podría fingir que estoy sorprendido, pero no es así. —Volvió a ponerse los anteojos—. ¿Qué necesitas?

—Un doctor. Un doctor que proporcione la clase de ayuda que, si lo descubrieran, resultaría en su arresto. —Lo miró directamente a los ojos—. Puede decir que no porque tiene dos hijas y una nieta que lo necesitan y lo aman mucho. Yo comprenderé, y a partir de este momento, no volveremos a hablar del asunto. Esta conversación nunca ocurrió.

—¿Hay alguien herido?

—Sí.

—Entonces no puedo decir que no, ¿cierto? —La bondad de sus ojos hizo que Estelle sintiera unas repentinas ganas de llorar—. Voy por mi maletín.

Los gritos de los hombres en el exterior y el golpeteo de pisadas en las escaleras hicieron que Estelle se enderezara bruscamente en su cama. El corazón le golpeaba el pecho con tal fuerza que creyó que le rompería las costillas.

Se quedó paralizada en la anémica luz de la madrugada, la incredulidad en conflicto con una sensación de resignación fatalista. Así es como todo terminaría. Ella sería arrestada con un aviador herido tras sus muros, y ni sus subterfugios ni su coquetería caprichosa y afectada excentricidad la salvarían del destino que en aquel momento iba subiendo a toda prisa por las escaleras.

Dio una bocanada entrecortada de aire, se obligó a salir de la cama y se puso una bata. Reconoció la banalidad de querer mantener algo de recato considerando lo que la aguardaba. Miró el ropero, aunque no intentó abrirlo. El aviador estaba bajo órdenes estrictas de permanecer ahí sin importar lo que escuchara. Una vez que se llevaran a Estelle, suponiendo que no lo encontraran a él, había al menos una

oportunidad de que escapara cuando ella ya no estuviera. Algún agente de la red sabría que él estaba con Estelle e iría a buscarlo tan pronto corrieran las noticias de su arresto.

Unos puños golpearon la puerta. Estelle se quedó inmóvil afuera de su recámara, tratando de entender lo que estaba pasando. Porque no era su puerta la que estaban tocando. El sonido parecía provenir del nivel inferior al suyo, haciendo eco por el hueco de la escalera. Rápidamente, atravesó el departamento hasta llegar a la puerta principal y la entreabrió. El caos del piso inferior continuó, pero a la barahúnda se sumaban ahora los alaridos de las mujeres y los lamentos de los niños.

Al otro lado del rellano, la puerta de los Wyler se abrió súbitamente, y una despeinada Rachel estaba jalando de la mano a una adormilada Aviva.

—¿Rachel? ¿Qué está pasando? —preguntó Estelle con voz ronca.

—Vienen por nosotros.

—¿Por quiénes?

—Los judíos.

El rostro de Rachel estaba pálido.

—¿Por quién? ¿Serge?

—Mujeres y niños también. Necesito que escondas a Aviva. Donde escondiste nuestras pinturas.

—¿Qué?

—Escóndela. —Rachel empujó a Aviva por la puerta de Estelle—. Prométeme que cuidarás de ella.

—¿Qué?

Estelle tomó la manita de Aviva. El rostro de la niña se arrugó al mirar a su tía.

—Prométeme que no dejarás que la encuentren. Regresaré por ella cuando pueda. Pero necesito que me prometas que cuidarás de ella entre tanto.

—Sí —susurró Estelle—. Por supuesto. Lo prometo.

Rachel asintió y, sin decir más, giró y se alejó apresuradamente por el rellano. Estelle cerró la puerta de su departamento y Aviva empezó a llorar. Estelle se puso en cuclillas.

—Sé valiente —le dijo a la niña—. ¿Puedes hacer eso por mí?

Aviva la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Tengo miedo —susurró.

Algo se hizo añicos en el piso de abajo, y luego se oyó el

terrorífico retumbar de más botas subiendo las escaleras.

—Ven conmigo. —Estelle cargó a Aviva y regresó a su recámara—. Voy a presentarte a mi amigo —susurró—. Está herido. Y a veces siente miedo también. ¿Crees que puedas hacerlo sentir mejor? —preguntó—. Podrías practicar para ser doctora.

—Sí —respondió ella con voz ahogada—. ¿Tiene perro?

—No lo sé —respondió Estelle al tiempo que abría el ropero y hacía los vestidos a un lado—. Puedes preguntarle.

Aviva se colgó de su cuello mientras Estelle empujaba la parte trasera del ropero. El aviador estaba sentado en el borde de la cama, con los nudillos blancos por la fuerza con que sujetaba las sábanas. Era obvio que la conmoción lo había despertado.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz ronca—. ¿Están buscándome?

—No. Esta vez no vienen por ti. Estás a salvo por ahora. Siempre y cuando permanezcas aquí. Pero necesito asegurarme de que esta niña esté segura también.

El aviador la miró a los ojos y asintió.

—Comprendo.

Estelle bajó a Aviva dentro del cuartito y se puso en cuclillas frente a ella.

—Él es mi amigo —dijo—. Se llama Jean-Phillipe. Tiene una pierna lastimada. Tú te quedarás un rato con él hasta que yo investigue qué está pasando. ¿Crees que puedas cuidarlo si le da miedo?

—Me ayudarías mucho —le dijo Jean-Phillipe a Aviva.

Aviva miró al aviador con expresión indecisa.

—¿Tienes perro?

—Sí. —Jean-Phillipe le sonrió—. Tengo cuatro perros en casa. Y cinco hermanas. La más pequeña es más o menos de tu edad. ¿Te gustaría que te hablara de ellas?

Aviva asintió y subió a la cama junto al aviador.

Afuera del departamento, unos puños golpearon la puerta de Rachel, y se oyeron unos gritos iracundos.

—Tendrás que estar muy callada —le dijo Estelle tratando de que la voz no le temblara—. Y oigas lo que oigas, no salgas hasta que yo venga por ti.

Estelle no esperó respuesta de ninguno. Cerró por fuera la puerta oculta, volvió a correr los vestidos y cerró el ropero.

Unos fuertes gritos hicieron eco en el rellano, y Estelle pudo oír la voz de Rachel. Afuera, tres pisos abajo, otras voces,

interrumpidas por el llanto de niños, alcanzaron la ventana abierta de la sala. Estelle corrió a la ventana y vio un enjambre de agentes de la policía francesa arreando por la calle a un grupo andrajoso, principalmente de niños, mujeres y ancianos. Muchos llevaban pequeñas maletas. Un autobús estaba estacionado al final de la calle, y otros policías estaban haciéndolos abordarlo. Estelle tragó saliva para combatir las náuseas provocadas por el miedo.

Atravesó corriendo la sala y abrió bruscamente la puerta del departamento. En el rellano estaba esperando un policía. Parecía un espectro descomunal, con su uniforme negro y gorra cuadrada, y estaba golpeando impacientemente una macana contra la palma de su mano. Volteó y miró fijamente a Estelle.

—¿Qué sucede? —preguntó ella—. ¿Qué está pasando?

—Vinimos por los judíos —dijo mirando con lascivia el atuendo de Estelle—. Serán reubicados.

Ella se ciñó la bata y sus ojos se dirigieron a la puerta de Rachel. Estaba abierta de par en par.

—¿En dónde?

—¿A usted qué le importa? Métase. Esto no le concierne.

—Esos son mis vecinos.

Su familia.

—Y son judíos —dijo el hombre con desprecio—. No se meta si no quiere que la arreste. —Entonces golpeó con la macana el marco de la puerta de Rachel—. ¡Apúrense!

Rachel apareció con el labio partido e hinchado.

—¿Dónde está la niña?

Otro policía iba tras de ella, consultando lo que parecía una lista de nombres en una tabla sujetapapeles.

—Murió —dijo Rachel—. Hace dos semanas. A causa de la fiebre. No había medicinas.

—Hay una cama y cosas de niño en el departamento — dijo el segundo policía.

—Porque aún no soporto la idea de quitarlas —dijo Rachel entre dientes.

El hombre que estaba en el rellano volvió a golpear el marco de la escalera, tan fuerte que Estelle pegó un brinco.

—Cuide su tono —gritó—. O se reunirá con la niña muerta.

Serge apareció en la puerta del departamento. Tenía una extensa herida en la sien que le sangraba profusamente. La sangre chorreaba por un lado de su rostro y caía en el tapete

de la entrada. No tenía sus anteojos, aunque llevaba su maletín en una mano y con la otra iba abrazando del hombro a Hannah. Esta iba con la mirada en el piso, al parecer ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Los ojos de Serge se encontraron con la mirada frenética de Estelle, y él meneó la cabeza ligeramente, advirtiéndole que se mantuviera al margen.

El horror y la impotencia atravesaron el cuerpo de Estelle.

—No pueden hacer esto. Usted es francés, igual que ellos. No han hecho nada malo —gritó.

Estelle no vio venir el golpe. Se fue de espaldas contra la pared, con los oídos zumbándole y la mitad del rostro entumecida.

—Existen, y eso es suficiente —gritó el policía—. Y no son como nosotros. Regrese adentro.

Empujó a Estelle por la entrada de su departamento. Ella cayó y se golpeó la cabeza contra el piso de mármol.

Todo le daba vueltas, y unas manchas oscuras le nublaban la visión.

—¡Busquen aquí también! —gritó el policía.

A Estelle le pareció que la voz venía de lejos. Percibió unas botas que entraban en su departamento y pasaban junto a ella. Intentó enderezarse, pero las manchas oscuras atravesaban su campo visual y amenazaban con cegarla completamente.

Las botas regresaron.

—No hay nadie más —reportó alguien, y súbitamente se quedó sola.

Estelle no supo cuánto había permanecido ahí tirada. Pudieron ser segundos u horas. Intentó recuperar el aliento y orientarse. Logró levantarse apoyándose sobre las manos y las rodillas, y finalmente se puso de pie. Salió tambaleándose al rellano desierto. Un silencio inquietante se había cernido sobre el edificio, y solo los sonidos amortiguados de los motores llegaban a donde estaba.

Estelle bajo las escaleras dando tumbos. Un intenso mareo le hacía dar arcadas. El anciano conserje estaba sentado en un escalón cerca de la planta baja, con la cabeza entre las manos y mirando miserablemente hacia el piso.

Miró a Estelle cuando esta pasó junto a él.

—No sabía que iban a venir —dijo, y se le quebró la voz —. No sabía. No sabía.

Estelle salió por la puerta principal. Una nube de humo pestilente la envolvió al instante. Pero Rachel y su familia ya no estaban. La calle estaba vacía, excepto por unas cajas y paquetes que habían quedado olvidados.

Dos policías estaban escarbándolos como cuervos carroñeros, aventando los objetos más grandes hacia un lado y guardándose los pequeños. Cerca de los pies de Estelle había una muñeca abandonada. Arriba, se escuchó el sonido de alguien cerrando sus contraventanas, como si con eso pudiera aislarse de lo que acababa de pasar, de lo que continuaba pasando.

«Desgraciados ladrones», quiso gritarles a los hombres que estaban en la calle. «Colaboracionistas cobardes». Pero no lo hizo. En vez de eso, regresó al edificio, tratando de controlar el llanto que estaba acumulándose en lo profundo de su pecho.

No había nada que pudiera hacer ahora, se dijo mientras subía tambaleándose las escaleras, recargándose en el barandal, mientras la cabeza le punzaba. Una vez que sus emociones estuvieran bajo control, averiguaría a dónde se habían llevado a Rachel, Serge y Hannah. Investigaría de manera inteligente y práctica para no atraer la atención hacia sí misma. Porque Aviva y el aviador no podían darse el lujo de esa atención.

Estelle llegó a su rellano y se detuvo frente a la puerta abierta de Rachel. Casi sin querer, entró en el departamento vacío y caminó entre los libros y las prendas que habían quedado desperdigadas. Se detuvo en la cocinita. Un pastel perfectamente horneado estaba en el centro de la mesa. La punta de una vela estaba clavada en el centro del pastel, esperando a ser encendida.

Los platos los habían tirado y yacían rotos bajo la mesa, y a un lado estaba un estuche de violín abierto y volcado. Los restos del violín estaban junto a él, con un moño rosa todavía amarrado al diapasón. Estelle levantó el instrumento roto y guardó las piezas en el estuche. Luego cerró el broche. Lo colocó sobre la mesa y se inclinó otra vez para recoger una cajita de madera, también atada con un moño rosa.

Estelle retiró el moño y abrió la caja. Dos pequeños dijes esmaltados sobre un cojín de terciopelo. Ambos eran de forma ovalada, y tres diminutas gemas rojas formaban una hilera brillante que los atravesaba por el centro. «Para Rachel y Aviva», decía una nota en la caja. «Con amor, Estelle».

Las piernas de Estelle le fallaron de repente. Se sentó en

una de las sillas de la cocina, y el llanto que había intentado suprimir, finalmente escapó. Cruzó los brazos sobre la mesa e inclinó la cabeza, tratando de respirar entre la histeria que estaba vaciándole el estómago y llenándole el pecho. Podía haber ocultado también a Rachel. Podía haber ocultado a Serge y Hannah, pero ya era demasiado tarde. Demasiado tarde. Demasiado tarde.

Debió haberlo previsto. Los autobuses, la lista de nombres… todo había sido planeado mucho tiempo atrás. Debió haber oído algo. Todo el tiempo que pasó entre los oficiales nazis y sus subordinados, y no había oído nada. ¿De qué valían sus esfuerzos si no podían salvar a quienes consideraba su familia?

Estelle se inclinó hacia adelante, llorando como si nunca fuera a parar. Sollozos violentos le partían el cuerpo y nublaban su visión. Pero según pasaban los minutos y ella seguía llorando, algo nuevo germinó en lo profundo de su ser, algo que se propagaba por sus extremidades y sosegaba su mente.

Ella creía saber cómo se sentía el odio. Había oído a la gente decir que el odio desenfrenado nublaba la mente y el juicio, pero para Estelle, el odio, o lo que sea que estuviera cundiendo su cuerpo en ese momento, era tan puro e incontenible que agudizaba su percepción de todo lo que la rodeaba. Los colores parecían más brillantes, los sonidos más claros, los detalles más marcados. Otra cosa que también quedó clara fue la absoluta certeza de que moriría antes de permitir que los nazis, que ya le habían arrebatado tanto, dieran con las almas ocultas en su departamento.

Estelle cerró la cajita, la guardó en el bolsillo de la bata y agarró el estuche del violín. Se levantó con las piernas temblorosas y tomó de un rincón de la cocina una espaciosa canasta tejida que Rachel había llevado una vez al mercado. Caminando rápida y silenciosamente, Rachel recorrió el departamento echando objetos en la canasta. Una colección de libros con portada e ilustraciones coloridas, un perro tallado en madera, una muñeca tejida, y toda la ropa de Aviva que cupo.

Al volver a la parte delantera del departamento, Estelle buscó en los cajones abiertos y desordenados del escritorio de Serge, pero no pudo encontrar papeles de ninguno de los miembros de la familia. Alguien había revisado apresuradamente su contenido, pero era imposible saber si

había sido Serge o la policía. Lo cierto es que, si habían encontrado documentos, se los habían llevado o los habían destruido.

Estelle trató de escuchar ruidos o voces, pero el edificio parecía sumido en un silencio poco natural. Se dirigió a la salida, pero se detuvo a pocos pasos para recoger una fotografía suelta que yacía arrugada cerca de la puerta. Era una foto de Rachel y Aviva que probablemente se habían tomado justo antes de la guerra. Su amiga estaba sentada en el sofá con la niña sobre las piernas, y ambas reían frente a la cámara.

Estelle se guardó la foto en el bolsillo junto a la cajita. Salió del departamento de los Wyler y cerró la puerta silenciosamente. No era tan ingenua para creer que no regresarían, la policía, los nazis, o ambos. No eran más que cuervos carroñeros que buscaban apoderarse de los tesoros que pudieran haber quedado atrás. Que buscaban la oportunidad de destruir más vidas. Y ella no sería capaz de detenerlos.

Pero jamás accederían a las vidas y los secretos ocultos en su departamento.

9

Gabriel

París, Francia
28 de junio de 2017

La colección que Gabriel y Lia habían sacado del espacio oculto al fondo del vestidor era sobrecogedora. Y emocionante y extraordinaria. Gabriel estaba convencido de que nunca volvería a ver algo así en su vida.

No tenía manera de saber si las pinturas exhibidas en la recámara habían pertenecido a un solo individuo, pero si ese era el caso, dicha persona tenía buen ojo para la genialidad. En ese momento en particular había un Pissarro recargado contra el pie de la cama, y un Morisot languideciendo a su lado. Había una obra de Kirchner sobre la superficie del tocador, y más abajo, en la silla, lo que Gabriel sospechaba que era un Heckel.

Gabriel contempló a la mujer que estaba de pie en el centro de la recámara y que miraba alrededor con una expresión que resultaba difícil identificar. Tal vez preocupación. Tal vez temor. Entre las dos estaban impidiendo que Lia compartiera con él la emoción del descubrimiento, la cual seguía haciendo vibrar sus venas.

—Sigo sin ver nada alarmante —dijo Gabriel mientras se levantaba luego de estar en cuclillas frente al Pissarro—. Nada que yo haya visto reportado como robado.

—Gracias. Pero no hace falta que sigas tratando de hacerme sentir mejor.

Gabriel exhaló.

—Concéntrate en lo positivo, Lia. Independientemente de la procedencia de estas pinturas, tu abuela las mantuvo a salvo. Muchas otras fueron destruidas. —Entonces señaló la puntura que estaba sobre el tocador—. Cientos de las pinturas

de Kirchner fueron destruidas después de que se le etiquetara como artista degenerado. Esas pinturas desaparecieron para siempre. Esta se salvó.

Lia se recargó en el ropero. No parecía muy convencida.

—Ninguna de estas pinturas sugiere que tu abuela haya sido una colaboradora —continuó—. Aunque si encontraras en ese ropero el *Retrato de joven* de Rafael, sí empezaría a tener sospechas.

—Qué gracioso.

—¿Segura de que no está ahí el *Pintor en el camino* de Van Gogh, o el *Retrato de una cortesana* de Caravaggio?

Lia puso los ojos en blanco, pero al menos se estaba riendo.

—No había casi nada en este ropero. Solo media docena de vestidos de alta costura.

El comentario hizo que Gabriel se parara en seco.

—¿El vestidor estaba atestado y el ropero casi vacío?

—Sí.

—¿No pensaste que era algo inusual?

—He estado pensando muchas cosas últimamente —dijo Lia—. Ninguna de ellas positiva; la mayoría inusuales.

—¿Puedo echar un vistazo?

Lia encogió los hombros y se hizo a un lado.

—Te digo que no había nada aparte de los vestidos.

—Te creo.

Gabriel abrió de par en par las puertas del ropero y se metió, encorvándose desgarbadamente.

—Si te caes hacia adentro, me saludas a la Bruja Blanca. Y pregúntale sobre las pinturas.

Gabriel rio y el sonido hizo eco en el interior de madera. Pasó los dedos a lo largo de los bordes interiores, aunque realmente no esperaba encontrar nada. Pero considerando el montón de pinturas que estaban en la recámara, no estaba de más intentarlo.

—Hace tres años, en Limoges, uno de mis colegas encontró un Chagall oculto tras el fondo falso de un ropero similar a este —dijo sin voltear—. Una obra que también había desaparecido durante la guerra.

Un fuerte clic hizo que se quedara paralizado.

—¿Qué fue eso? —preguntó Lia a sus espaldas.

Gabriel salió del ropero.

—Se abre —respondió.

—¿Qué?

—El fondo del ropero se abre.

Lia siguió la dirección de su mirada. El fondo del ropero era en realidad una puerta con bisagras que se abría, revelando un espacio secreto. El muro detrás del ropero no era realmente un muro.

—No sé si pueda hacer esto de nuevo. No sé si quiero tener en mis manos más botines de mi abuela.

—Podemos esperar.

Lia rio, uno sonido desprovisto de humor.

—¿Esperar qué?

—Hasta que estés lista. Estos secretos han estado aquí durante más de setenta años. No irán a ninguna parte.

Lia se masajeó las sienes.

—Probablemente solo haya más obras de arte ahí atrás —dijo.

—Probablemente —confirmó Gabriel.

—Me estoy portando como tonta.

—Te estás portando como un ser humano.

Lia dejó caer los brazos.

—Y tú estás siendo amable.

—Humano —la corrigió dándole un empujoncito con el codo.

—Tienes razón.

—¿Sobre qué?

—Sean cuales fueren los secretos que están ahí atrás, no irán a ninguna parte. Quedarse aquí y dejarlo para después es ridículo. Mientras más pronto sepa a qué estoy enfrentándome, más rápido podré empezar a resarcir el daño.

—Entonces, cuando tú digas. Yo tampoco iré a ninguna parte.

Lia avanzó lentamente, entró en el ropero y empujó la puerta.

La luz que entraba desde la recámara reveló un cuartito con una cama individual a un lado, una mesa estrecha colocada a lo largo de la pared opuesta, y una silla pegada a la pared posterior, en medio de las dos. En un extremo de la cama había cobijas de lana perfectamente dobladas, y en el otro, almohadas. Y por encima de la cama, colgados en la pared, había tres cuadros de *ballerinas*.

—El pintor de las bailarinas —comentó Gabriel señalando las pinturas. No supo qué más decir. Las tres representaban *ballerinas* ensayando, y daban la impresión de que iban a salir bailando de la pared con sus gloriosos vestuarios. Gabriel

habría apostado toda la colección de arte que estaba en el departamento a que se trataba de auténticos Degas.

—¿Cómo dices?

—Es como Degas se refería a sí mismo. Irónicamente, lo que más le interesaba como tema de sus pinturas no eran las chicas sino sus movimientos y sus prendas.

Lia se quedó parpadeando.

—¿Qué?

—Esas pinturas —dijo—. Cualquier estudiante de primer año de pintura podría identificar desde aquí al artista. Cuando las lleve a Londres, confirmaré que fueron pintadas por Degas. Y valdrán una enorme fortuna.

—Mmm.

Lia volteó de nuevo hacia el cuartito.

—Una decoración peculiar para una habitación oculta.

—Sí —respondió Lia débilmente.

—¿Vas a entrar?

—Sí —respondió de nuevo.

Gabriel asintió con la cabeza y se movió a un lado para que Lia pudiera entrar en el ropero. Ella se inclinó y entró en el cuartito. Luego le hizo señas a Gabriel para que la siguiera.

Ambos se pararon en el centro de la habitación y miraron alrededor.

En el extremo más alejado de la mesa había una lámpara de aceite y una prominente pila de libros. Recargado contra los libros estaba un cuaderno de dibujo, y al pie de este, una colección de cabos de lápices. Junto a estos estaba un perro de madera tallado a mano. En el extremo de la mesa más cercano a ellos estaba una pileta de porcelana, un espejo y un juego para afeitar. Debajo de la mesa había un baúl antiguo, cerrado con broche.

—Abuela estaba ocultando gente —dijo Lia con voz ronca.

Gabriel no supo si había sido una pregunta, pero aun así respondió.

—Sí, eso parece.

—No era colaboradora.

Lia parecía estar a punto de llorar.

—No. Creo que el departamento estaba dispuesto de manera que todos pensaran eso.

—Dios. —Lia se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en las rodillas, como si acabara de correr un maratón. He pasado cada hora de vigilia de las últimas tres semanas sintiendo vergüenza, culpa y repugnancia porque creí lo peor

acerca de ella. —Dejó caer la cabeza—. ¿Qué dice eso de mí?

—¿Que eres humana?

—¿Por qué sigues siendo tan amable? Soy una nieta terrible. En verdad creí que mi abuela había ayudado a los nazis en su propio beneficio.

—Eso es lo que ella quería que creyeran quienes entraran aquí. Y si hubieras sido una nieta terrible, no creo que te hubiera confiado estos secretos.

Lia levantó la cabeza.

—Entonces, tal vez las pinturas no son robadas.

—Sospecho que las obras ocultas detrás del vestidor en realidad pertenecieron a tu abuela. Por otra parte, es muy posible que las haya escondido para ayudar a alguien más. —Los ojos de Gabriel se posaron en los libros apilados en la mesa—. ¿Puedo echarles un ojo a esos?

Lia asintió y se enderezó.

Gabriel tomó el libro que estaba hasta arriba y lo manipuló con cuidado. Era un ejemplar en inglés de *Muerte en la vicaría,* leído repetidamente, a juzgar por el lomo partido y las páginas dobladas. Lo puso a un lado y tomó el segundo volumen, un ejemplar de *Mystery Mile.* La tercera novela era una publicación francesa, *La Voie Royele*, pero la cuarta parecía estar en polaco.

—Me parece que estuvo ocultando soldados o aviadores aliados —dijo Gabriel, pensativo—. Eso explicaría los libros. Y el juego para afeitar.

—Pero no explica esto.

Lia había tomado el cuaderno de dibujo y estaba hojeándolo.

Gabriel se asomó por encima del hombro de Lia. Era una colección de dibujos infantiles, la mayoría de perros. Al final del grueso cuaderno, alguien había trazado líneas a lo ancho de las páginas y escrito con gran esmero el alfabeto. En las páginas siguientes había sencillas palabras en francés, escritas con el mismo cuidado y remarcadas por una mano menos firme. En la última página estaba escrito «Aviva» muchas veces.

—Tampoco explica esto.

Gabriel puso las novelas a un lado y revisó los libros que estaban apilados debajo. Había un ejemplar de *La espada en la piedra,* con una portada tan maltratada que apenas podía leerse, y una colección de libros de cuentos en francés, ilustrados con animales y objetos.

—En algún momento hubo un niño aquí —dijo Lia.

—Sí.

Gabriel tomó el último libro, *Winnie-the-Pooh*, de A. A. Milne, que, a juzgar por las condiciones en que estaba, fue tan leído como las novelas.

—¿Hay algún nombre en los libros? —preguntó Lia.

Gabriel revisó cuidadosamente cada uno, pero sin éxito.

—No. Pero tal vez el nombre escrito en el cuaderno, Aviva, fue alguien importante, o probablemente la propia niña.

—O una hermana, madre o tía.

—¿Y el baúl? Tal vez guarde algo que pueda darte respuestas.

Lia se puso en cuclillas y agarró un pequeño candado.

—Está cerrado —dijo.

Gabriel se acercó a ella.

—¿Puedo intentarlo?

—¿Abrir el candado?

—Es bastante rudimentario. No creo que sea difícil abrirlo.

—¿Es eso lo que les enseñan en la escuela de arte? ¿A allanar y forzar candados?

—Es lo que les enseñan a todos los hermanos menores que quieren leer el diario de su hermana mayor.

—Dime que no lo hiciste.

Gabriel hizo una mueca.

—Lo hice.

—Entonces hay algunas ventajas en ser hija única.

—Mi hermana casi se convierte en una cuando descubrió lo que había hecho.

Lia rio.

—Entonces, adelante, haz tu peor esfuerzo. Otra vez.

Gabriel salió agachándose del cuarto oculto, sacó de su portafolios un estuche de cuero que contenía un juego de herramientas, y volvió sin más tardanza. Lo desenrolló e, ignorando la ordenada hilera de cepillos, espátulas y pinzas, seleccionó las dos ganzúas que estaban al final.

—¿Es en serio? ¿Andas por ahí cargando ganzúas?

—Ocasionalmente resultan útiles en mi área de negocio. Estas no servirían para robar las joyas de la corona, si es lo que te preocupa. Pero de vez en cuando dan acceso a lugares largamente olvidados.

—Lo que menos me preocupa en este momento son las joyas de la corona.

Gabriel se agachó y puso manos a la obra. Era un candado

viejo y voluminoso, pero había estado a salvo del clima y no estaba oxidado. Se abrió con bastante facilidad.

Gabriel abrió el baúl y se recorrió para que Lia tuviera acceso.

Hasta arriba había algunas mudas de ropa para hombre: pantalones, camisas, calcetines e incluso ropa interior. A un lado estaba un saco raído de color café claro y deslavado, pero cuidadosamente doblado. Lia sacó cada una de las prendas y las colocó sobre la cama que estaba detrás. Debajo de la ropa había un viejo rifle, reluciente y libre de los signos comunes del paso del tiempo. Junto a este había una lata cuadrada de galletas. Lia la sacó, la puso en el piso y abrió la tapa. Adentro había una pila de lo que parecían ser documentos de identidad. Examinó cada uno y luego se los pasó a Gabriel. Había documentos belgas y franceses, maltratados y cubiertos de sellos y tinta, todos con fotografías en blanco y negro de hombres de aspecto serio.

—¿Te resulta familiar alguno de estos nombres? —preguntó Gabriel mientras examinaba unos documentos belgas donde se afirmaba que el hombre desconocido de la fotografía era Jacques Brunet de Charleroi.

—No. No conozco ninguno de esos nombres.

Entre los dos guardaron los papeles en la lata y siguieron inspeccionando el baúl. Lia dio un grito ahogado al sacar un estuche de violín.

—¿Lo reconoces? —preguntó Gabriel mientras ella lo ponía en el suelo.

—Este en particular, no. Pero Abuela tocaba el violín y... —Su voz se apagó cuando abrió el estuche.

En el interior yacían las ruinas de lo que había sido un hermoso instrumento. El cuerpo del violín estaba partido en tres partes, y el diapasón, roto en la base. Un tramo de cinta de satén rosa estaba amarrado tristemente en la parte superior.

Lia lo tocó cautelosamente.

—Abuela habría estado furiosa si hubiera sido suyo.

—Tal vez le perteneció a alguien más.

—¿Para qué guardarlo entonces?

Gabriel se encogió de hombros, incapaz de ofrecer alguna respuesta.

Lia cerró bruscamente la tapa, como si no pudiera soportar el espectáculo ni un segundo más.

—¿Qué más hay en el baúl? —preguntó.

Gabriel metió las manos y sacó un estuche de cuero para

herramientas, muy similar al suyo. Lo desenrolló con movimientos diestros, pero no encontró herramientas sino un juego de cuatro navajas de aspecto siniestro que relucían bajo la luz. Las navajas iban desde un estilete de hoja larga, hasta un cuchillo ancho y no más largo que su dedo medio. También había un alambre con anillos en los extremos, enrollado y asegurado el interior del estuche.

—Estas parecen herramientas para matar de James Bond —dijo Gabriel mientras examinaba el extremo romo del diminuto cuchillo—. Cualquiera de estas armas podía llevarse oculta en el bolsillo, el cuello de la camisa o la cartera. —Entonces señaló con un gesto el alambre con anillos—. Incluido el garrote. ¿Crees que hayan pertenecido a tu abuela?

—No me lo imagino —susurró Lia—. Solía salir de la habitación si yo estaba viendo la televisión y había cualquier tipo de violencia. Odiaba la violencia.

—Entonces, tal vez las armas pertenecieron a alguno de los hombres que escondió aquí. Mira. —Gabriel señaló la esquina inferior de la cubierta de cuero—. Hay una inicial. «S».

—¿Estás sugiriendo que mi abuela escondió a un asesino? —preguntó Lia con incredulidad—. ¿Después de lo que acabo de decirte sobre su rechazo a la violencia?

Gabriel se sentó sobre sus tobillos y contempló la serie de instrumentos.

—Es más probable que uno de los hombres que mantuvo ocultos haya sido un agente especial —sugirió, cada vez más convencido de la idea—. Hubo gente a todo lo largo y ancho de París que ayudó a la inteligencia aliada.

—Si eso fuera cierto, si ella ayudó a los aliados durante la guerra, ¿por qué nunca dijo nada? ¿Por qué nunca contó su historia?

—Tal vez estaba tratando de olvidar.

—¿Olvidar qué? —Lia meneó la cabeza—. No entiendo. No entiendo nada de esto.

Gabriel se puso de pie y caminó hacia la entrada. Luego recorrió con los dedos el borde del fondo falso del ropero, donde lo habían cortado ingeniosamente.

—Mi abuelo —dijo al cabo de unos instantes—, el que pintó el pequeño paisaje, fue piloto de la Real Fuerza Aérea británica durante la guerra. Pasó casi cinco años en un campamento para prisioneros de guerra luego de que su avión fuera derribado. Nunca me ha contado nada de esos años, de la guerra ni de todo lo que le costó. Jamás. —Gabriel volteó y se

recargó en la pared—. Tal vez haya sido lo mismo con tu abuela. Tal vez el costo de lo que sea que haya perdido era demasiado doloroso.

—Tal vez.

—¿Habría cambiado algo? —preguntó él—. Entre tú y tu abuela. ¿Habría cambiado algo si hubieras sabido sobre todo esto?

—Puede ser. —Lia lo miró a los ojos—. Admito que cuando era niña, me daba un poco de miedo. Mis padres me dejaban con ella cada verano mientras ellos viajaban, y siempre fue muy estricta. Distante. Aunque conforme fui creciendo, ella parecía menos distante y más… solitaria. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Sí —respondió él.

—Y tal vez por eso, cuando crecí, seguí visitándola cada verano, por voluntad propia. —Lia hizo un suave ruidito—. No sé quién estaba más sorprendida por eso, si ella o yo. —Suspiró—. No sé qué pasó aquí ni por qué ella nunca regresó, pero tal vez, si me hubiera contado algo, la habría entendido mejor.

—Tal vez esta es tu oportunidad. Después de todo, ella te eligió para descubrir esta parte de su vida.

Lia apartó de su rostro unos mechones sueltos de cabello.

—Creo que hubiera preferido descubrirla con ella y no sola.

—No estás sola. Yo estoy contigo. —Gabriel deseó haberse mordido la lengua. Era la segunda vez que hacía ese tipo de declaración. Se separó un poco de Lia para no hacer la situación más incómoda aún después de aquella falta de profesionalismo—. ¿Qué hay en el sobre? —preguntó después de buscar desesperadamente una distracción.

—¿Sobre?

—En el fondo del baúl.

Gabriel alcanzó a ver un sobre grueso y amarillento que estaba incrustado en una esquina del fondo del baúl, como si se hubiera deslizado entre el resto del contenido.

Lia sacó el sobre y se levantó. Luego vació el contenido en la mesa, junto a la pila de novelas.

—Más fotos, estampillas de racionamiento y un pase ferroviario. Parece que mi abuela también ocultó mujeres —dijo en un susurro.

Gabriel se acercó a la mesa y se colocó junto a Lia, manteniendo todavía un espacio respetuoso entre los dos. Hasta arriba estaba un pase ferroviario con vigencia de doce

meses de una tal Sophie Beaufort, de Marsella, Francia, fechado y sellado el 17 de enero de 1943. La fotografía en blanco y negro en el lado izquierdo del pase mostraba a una mujer de semblante serio, con los pómulos de una supermodelo y el cabello rubio y los ojos claros de una princesa nórdica de cuentos de hadas.

Lia se la pasó a Gabriel, quien la recibió tomándola cuidadosamente por los bordes. Él observó cuidadosamente la foto, y frunció el ceño cuando una sensación de familiaridad empezó a picotear los límites de su consciencia.

—Quienquiera que haya sido esta mujer, era hermosa —murmuró Lia.

Cuando Gabriel logró apartar la mirada del pase de tren, vio que Lia había desplegado media docena de fotografías, todas de la misma mujer. Solo que, en esas fotos, Sophie Beaufort estaba riendo, sonriendo, o mirando hacia la cámara con expresión seductora. Todas eran fotografías de rostro en donde su cabello estaba hábilmente peinado y el maquillaje de labios, ojos y mejillas estaba aplicado con una precisión profesional que le recordó a Gabriel los brillantes anuncios publicitarios del mundo de la moda.

Gabriel tomó la que tenía más cerca y la sostuvo bajo la luz.

—Es imposible —musitó.

—¿Qué cosa?

—La mujer de esta fotografía. La conozco.

Lia rio resoplando por la nariz.

—Creo que ya es como setenta años tarde para que la conozcas.

—Es mi tía abuela, Sophie Seymour. Estoy seguro.

—¿Era de Marsella? —preguntó con escepticismo.

—No.

—Pues esta mujer sí. Y no se llama Sophie Seymour.

—En una de las paredes de Millbrook está colgada una foto de ella, un retrato. La he visto mil veces. Y mi abuelo tiene en su mesita de noche una foto de los dos. Ellos eran muy cercanos, hasta que ella…

Gabriel se detuvo.

—¿Hasta que ella…?

—Mmm. —Gabriel se pasó la mano por el cabello, avergonzado—. No importa. Olvida lo que dije.

—Anda —dijo Lia—. No me dejes con la duda. ¿Qué fue de ella?

Gabriel hizo una mueca.

—Ella trabajaba como traductora para el Ministerio del Exterior, en Varsovia. Desapareció, murió, cuando los alemanes bombardearon la ciudad en 1939.

—¿Desapareció o murió? ¿Cuál de las dos?

Gabriel tuvo que reconocerle a Lia que no se hubiera reído.

—Los registros dicen que abandonó su puesto antes de que Varsovia fuera bombardeada. Pero se esfumó sin dejar rastro en la matanza subsecuente. Cientos de miles de civiles fueron asesinados durante la invasión inicial. Ella estuvo entre esos.

—Bueno —dijo Lia secamente. Luego torció los labios—. Tiene muy buen aspecto para estar muerta, considerando que el pase está fechado en 1943.

—¿Podríamos hacer como si no te hubiera dicho nada, y así salvar la poca dignidad que me queda?

—Dicen que todos tenemos un doble —dijo Lia—. Simplemente encontramos al suyo.

—¿Quién está siendo amable ahora? —musitó Gabriel.

—Creo que te debo un poco de amabilidad —respondió ella con una sonrisa. Luego tomó una de las lustrosas fotografías—. Quienquiera que fuera, da la impresión de haber sido valiente e intrépida. Tal como Abuela en las fotografías del departamento. Me pregunto si habrán sido amigas.

—Es difícil saberlo. Probablemente.

—Estoy tratando de imaginar cómo habría sido una noche de juerga para estas dos mujeres en el París anterior a la guerra. Algo como *Thelma y Louise* mezclado con *Moulin Rouge*. Pero sin el auto cayendo del acantilado, por supuesto, aunque probablemente habrían conservado a Brad Pitt, para divertirse. —Lia rio jovialmente y le lanzó a Gabriel una miradita—. ¿Crees que tu tía se habría sumado a la fiesta?

—Ay, no. Sophie Seymour no era esa clase de persona —respondió, sintiéndose agradecido de que Lia hubiera encontrado el lado humorístico a su estupidez—. Era una académica seria, no una mujer de mundo. No era exactamente famosa por su encanto y simpatía —dijo con tristeza—. Era una estudiante apasionada de las ciencias y las matemáticas, y una lingüista brillante. Antes de cumplir doce años ya hablaba media docena de idiomas, y a los veintitantos ya dominaba media docena más. Se había propuesto ser la primera profesora titular en Oxford. Su trabajo en el Ministerio del Interior era

un escalón para alcanzar ese sueño.

—Parece que tenía gran determinación.

—Así es. Intimidaba a la mayoría de los hombres de su edad, según dice mi abuelo. Nunca se casó. Ni siquiera tuvo novio, según cuentan las historias de mi familia.

—Y si era así de guapa, seguramente rompió muchos corazones —murmuró Lia contemplando las fotos.

—A más de uno le dijo que no entendía el valor de un noviazgo con un hombre que no entendía el valor de sus estudios.

Lia sonrió.

—Creo que esa tía tuya me habría agradado bastante. Qué triste que haya muerto antes de lograr sus sueños y ambiciones.

—Mi abuelo pensaba lo mismo. Al terminar la guerra, pasó muchos años buscando a Sophie. Se rehusaba a creer que hubiera abandonado su puesto, sabiendo lo importante que ese trabajo era para ella. Necesitaba creer que, de alguna manera, había sobrevivido. —Gabriel se recargó en el borde de la mesa —. Por supuesto, nunca encontró nada, pero mi abuela decía que aquella búsqueda lo había salvado.

—¿Qué quieres decir?

—Mi abuelo resultó herido y cayó en depresión cuando volvió a casa después de la guerra. Mi abuela era enfermera y la contrataron para que lo apoyara en su recuperación. Terminó ayudándolo en la búsqueda de su hermana. Ella decía que le había dado un propósito.

—¿Y en verdad no encontraron nada?

—Nada. Pero la esperanza es un motivador poderoso, especialmente cuando se combina con la obstinación. No puedo imaginar lo devastador que debió ser regresar a casa y descubrir que todos sus seres queridos habían muerto. No puedo imaginar nada peor que perder a tu familia sin haber tenido la oportunidad de decirles adiós. Si yo hubiera estado en los zapatos de mi abuelo, habría hecho lo mismo.

—Parece que tus familiares tienen una relación muy cercana.

Lia sonó casi nostálgica.

—Sí somos cercanos. Probablemente demasiado, según descubrió mi hermana cuando empezó a salir con chicos. En comparación con nosotros, la Inquisición española se quedaba corta.

—Pobre de tu hermana.

—Por mí estaba bien, al menos hasta que yo empecé a llevar chicas a la casa.

Lia rio.

—¿Tienes una relación cercana con tus padres? —preguntó.

—Supongo. Cuando yo era joven, ellos estaban ocupados con sus trabajos y viajaban mucho. Ahora soy yo quien viaja por trabajo. Hacemos todo lo posible por mantenernos en contacto.

Gabriel simplemente asintió con la cabeza. Le costaba trabajo imaginar cómo sería no hablar o no ver a su familia regularmente. Pero, se recordó, eso no era asunto suyo.

—¿Había algo más en el sobre? —preguntó para desviar la conversación hacia asuntos menos personales.

—Sí, dos fotos más.

Lia le dio una foto más pequeña que carecía del aspecto artificial y profesional de las otras. Esta era del tipo que uno tomaba en unas vacaciones, y mostraba a la misma mujer rubia montando a pelo un caballo, entornando los ojos bajo la luz del sol y riendo. Gabriel le dio la vuelta. En la parte de atrás alguien había escrito *Zawsze będę pamiętał*. La tinta estaba desteñida.

—¿*Zawsze będę pamiętał*? —leyó Lia por encima de su hombro—. ¿Es polaco?

—Sí —respondió Gabriel—, pero me temo que mi polaco es pésimo. —Entonces sacó su teléfono para traducir la frase—. Dice: «Siempre recordaré».

—Me pregunto quién la tomó —dijo Lia, pensativa.

—Un polaco, supongo. —Gabriel levantó la mirada—. ¿Y la otra foto?

—Es esta —dijo con voz extraña al entregársela.

Era una foto en blanco y negro de una mansión que podría ser una casa de campo en cualquier lugar entre Manchester y Múnich. El fondo no ofrecía detalles que ayudaran a inferir su ubicación, y no había nada escrito en la parte de atrás. Uno de los bordes estaba dañado y arrugado, pero la imagen era clara, e inconfundible.

—Es la casa de la pintura, ¿no es cierto? —dijo Lia en un susurro—. Millbrook. La casa de tu familia.

—Sí —dijo Gabriel como atontado.

Luego se miraron uno a otro.

—Carajo —dijo Lia.

—Sí —dijo Gabriel.

—Tu tía no murió en Varsovia en 1939.

—No, parece que no.

—Esas fotos sí son de ella.

—Sí.

—Y estuvo aquí, en este departamento, con mi abuela.

—Sí.

Gabriel estaba intentando ordenar los pensamientos y las preguntas que estaban estallando en su cerebro, pero tenía la impresión de estar en un juego descontrolado de Whack-A-Mole.

Siguieron mirándose uno al otro.

—¿Crees que tu abuelo halló evidencias de que ella no había muerto en Polonia? ¿Algo específico que lo motivara a buscarla?

—No lo sé.

—¿Crees que ella haya tenido alguna conexión con las pinturas que estaba escondidas aquí?

—No lo sé.

—¿Crees que haya trabajado con mi abuela, ocultando personas durante la guerra?

—No lo sé.

Parecía que Gabriel había perdido la capacidad de decir cualquier otra cosa.

—Mmm. —Lia volteó hacia la pared y miró a las tres bailarinas de Degas como deseando que hablaran, que revelaran sus secretos—. Bueno, sea lo que fuere que tu tía estaba haciendo aquí en París después de 1939, no creo que haya tenido que ver con el Ministerio del Exterior ni con la traducción.

—No —dijo Gabriel débilmente—. Yo tampoco lo creo. —Luego puso la foto de Millbrook encima de las otras con un cuidado exagerado—. Creo que pudo haber sido una espía.

10

Sophie

Hampshire, Inglaterra
4 de marzo de 1943

A Sophie la despertó un golpe en la cabeza.

No fue un golpe fuerte capaz de causar un daño real, pero la dejó momentáneamente aturdida. Mientras la sacaban bruscamente de la cama, Sophie parpadeó bajo la intensa luz que inundó la habitación y trató de orientarse.

—¡Muévete!

La orden la habían dado en alemán. Sophie avanzó tropezando y sintiendo el piso helado bajo los pies descalzos.

Unas manos ásperas la sujetaron de los brazos y la impulsaron hacia adelante con violencia. Sophie giró la cabeza tratando de ver quiénes estaban sujetándola, y obtuvo como recompensa un golpe en la sien.

—¡Mirada al frente! —gritó uno de sus captores.

Los hombres acarrearon a Sophie por el pasillo a donde daba la recámara y luego la bajaron por unas escaleras. La arrastraron a un cuarto oscuro y vacío, salvo por una silla y un foco descubierto que parpadeaba débilmente sobre esta. Los hombres la aventaron a la silla, jalaron sus brazos hacia atrás y la amarraron de las muñecas con una cuerda. Luego, sin decir palabra, dieron media vuelta y se marcharon.

Sophie se obligó a respirar profundo, tratando de desacelerar su pulso y su respiración. No había oído a los hombres entrar en su recámara, y se reprochó por ello. Sin embargo, ahora debía concentrarse en lo que podía controlar. En lo que podía ver, oír, oler, tocar. En lo que podía usar.

La habitación estaba helada, y su delgado camisón no la protegía mucho del frío. No veía más que negrura más allá del

lamentable remanso de luz que la rodeaba. La habitación olía a humedad y a moho, aunque también alcanzó a percibir humo de cigarrillo y el olor fétido de una persona poco aseada que estaba cerca. Más lejos, en la oscuridad, alguien tosió. Había al menos dos personas ahí abajo con ella, aunque no podía verlas ni identificarlas.

Sophie trató de acomodarse en la silla, que crujió y rechinó bajo su peso. Las patas se tambalearon. Los delgados peinazos del respaldo le oprimieron la columna. Sin saber si estaban mirándola o no, puso a prueba la atadura de sus muñecas. No era tan firme como debió haber sido. Con solo doblar los dedos sintió que el nudo empezaba a soltarse. Un trabajo descuidado.

—¿Cómo se llama?

La brusca pregunta vino desde la oscuridad.

Sophie mantuvo la mirada fija hacia adelante.

—Me llamo Sophie Beaufort.

—¿Qué está haciendo en París?

—Mi esposo tiene una compañía de cosméticos. Vende cosméticos. Yo estoy ayudándolo.

El nudo de sus muñecas se aflojó un poco más.

—¿Cosméticos? —Alguien rio—. ¿En medio de una puta guerra? Está mintiendo.

—Es la verdad. Pueden revisar mis documentos. Verán que todo está en orden.

Sophie dio un grito ahogado cuando algo le golpeó el rostro. Tardó unos instantes en comprender que alguien le había arrojado una cubetada de agua fría.

—Es una espía —continuó la voz—. Está viajando por toda Francia y espiando.

—No-no soy una espía. M-mi familia tiene una pequeña compañía en Marsella. Mi esposo tomó el lugar de mi padre cuando este murió. Fabricamos labiales y polvos. —El shock de la cubetada de agua ya se le estaba pasando, pero Sophie estaba temblando—. Queremos venderlos aquí, en París.

—¿Y quién carajos compra labiales y polvo?

—Los vendemos a las esposas de los oficiales alemanes y a algunas mujeres francesas. —Sophie sacó una mano de la atadura, que sujetó con los dedos—. Es economía simple, Monsieur. Vendemos algo que tiene mucha demanda. Y en París podemos obtener un mejor precio.

Un hombre entró en el remanso de luz. Las runas de su cuello mostraban su rango de mayor de la SS. Las duras suelas

de sus zapatos golpeaban el piso de piedra mientras arrastraba una mesita hacia donde estaba Sophie. Tenía rasgos toscos, ojos oscuros y planos, y una expresión cruel sobre el gris sin vida de su uniforme. Sophie no pudo disimular un estremecimiento de asco que le recorrió el cuerpo.

—¿Sabe qué les hacemos a los espías, Madame Beaufort? —preguntó el mayor.

Sophie apartó la mirada y se obligó a mirar al frente.

—No soy una espía. Trabajo con mi esposo.

—No le creo. ¿Qué podría hacer usted para ayudarlo?

—Tomo fotografías de nuestros clientes para nuestros anuncios y para promocionar nuestros productos. Las fotos están con mis documentos. Puede verlos usted mismo.

—Ah, ya vi las fotos. El Führer aborrece que sus mujeres usen cosméticos, y puedo ver por qué. Una muchedumbre de mujeres pintarrajeadas e inmorales queriendo ser lo que no son. Y la mitad de esas fotos son de usted.

—A veces, también modelo nuestros cosméticos.

—¿Modela cosméticos? —preguntó burlonamente. Luego agarró un cinturón para herramientas que estaba sobre la mesita y sacó un par de pinzas—. No por mucho tiempo, me temo. No creo que haya mucha demanda para una modelo sin dientes. Usted me dirá para quién trabaja, qué información está transmitiendo y dónde puedo encontrar a esas personas. Porque cuando terminemos con sus bonitos dientes, continuaremos con sus uñas.

Sophie se quitó la cuerda de la otra mano y enredó el extremo en su palma de manera que la cuerda quedó entre ambas manos, formando un garrote improvisado. Giró las manos y sujetó con los dedos los peinazos exteriores de la silla.

—No tengo nada que decir, Monsieur. Soy quien digo ser. No tengo razón para mentir.

El hombre contempló sus pinzas, haciéndolas girar de manera que destellaron débilmente bajo luz escasa.

—Sigue mintiendo.

El hombre miró a Sophie a los ojos, y en esta ocasión ella le sostuvo la mirada.

—Estoy diciendo la verdad.

Su miedo se intensificó, pero Sophie no lo combatió; más bien lo analizó del modo en que alguien podría examinar a un insecto que se hubiera arrastrado hacia la luz.

Sophie descubrió que lo que temía no era el dolor físico. No; lo que le daba miedo era la posibilidad de que la ira y el

odio desencadenados por el uniforme gris y la arrogancia del infeliz que lo portaba la distrajeran de lo que debía hacer. Lo que le daba miedo era la posibilidad de fracasar.

Sophie elevó la barbilla y suprimió implacablemente sus emociones. No podía haber distracciones. Ahí no. No en ese momento.

El oficial de la Gestapo dio un paso amenazante hacia ella y luego otro más.

—Esto no tiene que ocurrir —dijo—. Usted podría evitar mucho dolor.

Mientras con una mano sostenía las pinzas, puso la palma de la otra sobre la frente de Sophie y le empujó la cabeza hacia atrás.

Eso era todo lo que Sophie necesitaba. Se puso súbitamente de pie y giró, golpeando con la silla que sostenía a la espalda al mayor distraído. La silla se rompió en una docena de pedazos y la madera cayó ruidosamente sobre el piso de piedra. El oficial la soltó dando un gruñido de sorpresa y dolor y retrocedió tambaleándose, pero Sophie fue tras él. Mientras el mayor luchaba por recuperar el equilibrio, Sophie pasó la cuerda sobre su cabeza y hasta la garganta.

El mayor empezó a asfixiarse mientras sus botas de suela dura resbalaban sobre el piso mojado y sus dedos arañaban la soga que estaba estrangulándolo. No era un hombre alto, y Sophie tenía la ventaja de su altura y de la fuerza de palanca. Apretó el garrote y la cuerda se le hundió en los bordes de las manos.

—¡Santo cielo, deténgase antes de que lo mate!

La habitación se inundó repentinamente de luz.

Un hombre estaba parado detrás de una larga mesa colocada cerca de una de las paredes. Tres de los instructores de Sophie estaban sentados junto a él.

Sophie aflojó la cuerda y el hombre con el uniforme alemán se alejó dando trompicones, tosiendo y atragantándose.

—¿Qué demonios fue eso?

El hombre que estaba parado se inclinó hacia Sophie con el rostro enrojecido de furia.

Sophie desenredó la cuerda de sus manos y dejó que cayera al piso.

—¿Hubiera preferido que usara la silla?

—¿Disculpa?

Sophie levantó uno de los peinazos rotos y examinó el

extremo puntiagudo e irregular.

—No me amarraron correctamente y me dieron tres armas —dijo frunciendo el ceño—. La soga, la silla y todos esos tesoros que están en la mesa junto a las pinzas. Elegí la cuerda. Me pareció que sería más eficaz y limpia.

Sophie vio que dos de sus instructores intercambiaban miradas.

—¡Esa no era la intención del ejercicio! —escupió el hombre del rostro enrojecido—. ¡El ejercicio era simplemente para medir tu resistencia durante un interrogatorio!

Luego volteó hacia los instructores que estaban sentados a su lado y los miró de modo acusador.

—Te lo advertimos —dijo el instructor de en medio encogiendo los hombros.

El interrogador con el disfraz de la Gestapo se había enderezado y estaba frotándose el cuello y los hombros. Su respiración era ronca y jadeante.

—¿Cuál es tu problema, maldita anormal? —dijo con voz rasposa.

Sophie miró fijamente al interrogador. Por un instante volvió a tener ocho años, sintiendo el estómago revuelto en una biblioteca.

«Eres una anormal».

Tal vez la señora Postlewaithe había tenido razón desde el principio.

—Sí —fue todo lo que dijo Sophie.

El interrogador volvió a toser y a atragantarse.

—Puedes retirarte, Celine —dijo el instructor dirigiéndose a ella con su alias—. Regresa arriba y cámbiate. Con este ejercicio termina tu entrenamiento. En breve elaboraremos nuestro reporte y evaluación final. —Entonces cerró un fólder que tenía delante—. Serán agregados a tu expediente y se tomarán en consideración.

11

Estelle

París, Francia
16 de julio de 1943

Estelle retiró el moño rosa de la cajita de madera.

Lo había mantenido oculto en el fondo del cajón de su escritorio desde el año anterior, incapaz incuso de mirarla sin sentir que le arrancaban del pecho el corazón. Valiéndose de unos dedos no muy firmes, quitó la tapa de la caja. Dos dijes que seguían sobre una cama de terciopelo brillaron bajo la luz tenue.

No había podido localizar a Serge y Rachel. Luego de que los mantuvieron presos en el Velódromo, los habían mandado fuera de la ciudad. Ninguno de los oficiales alemanes a los que ella interrogó discretamente en los días que siguieron a su arresto y deportación de París supieron decirle exactamente a dónde los habían llevado. Después de todo, no habían sido ellos quienes perpetraron la redada. (La operación la había realizado la policía francesa). Lo cierto era que, y en esto habían coincidido todos con petulante satisfacción, los judíos no regresarían nunca.

Una sombra cayó en frente de Estelle, y ella alzó la mirada.

Aviva estaba de pie frente a ella en el círculo de luz, tallándose los ojos.

—Pensé que estabas durmiendo.

Estelle se levantó, volvió a ponerle el moño a la cajita y la guardó en el bolsillo de la bata.

La niña negó con la cabeza. Sus ojos se veían demasiado grandes en su rostro pálido y demacrado.

—¿Quieres que te arrope en la cama? —preguntó.

Aviva volvió a menear la cabeza.

Estelle le tendió la mano y la niña la tomó sin titubear. Trató de no pensar en lo frágiles que se sentían los huesos de la niña, ni en cómo el silencio y la tristeza habían reemplazado las risas y la vitalidad con el paso de los meses, ni en cuánto tiempo había pasado desde la última vez que Aviva había preguntado por su familia, o hablado de lo que fuera.

—Te tengo una sorpresa —dijo mientras llevaba a Aviva a través de la sala, junto a las sábanas arrugadas y los libros infantiles que estaban en el sofá, donde la niña había estado durmiendo. Las noches y las madrugadas eran los únicos momentos en que Aviva salía al departamento. A Estelle le aterrorizaba la idea de que la descubrieran por dejarla deambular por el departamento durante el día.

Los nuevos inquilinos del edificio de Estelle, que se habían apropiado de los codiciados departamentos desocupados luego de la redada contra los judíos del año anterior, incluido el de los Wyler, eran predominantemente alemanes o familias de empresarios industriales franceses, que se enriquecían gracias a su asociación con los nazis. Ahora, Estelle estaba rodeada de simpatizantes y colaboracionistas, los cuales no tendrían reparos en denunciarla si conocieran los secretos que guardaba en su departamento. Solo su reputación social y visibilidad continua al entremezclarse con ellos la mantenía a salvo. Y mantenía a salvo a Aviva.

Estelle ya no escondía aviadores aliados (la niña que ocultaba tras su pared lo volvía demasiado peligroso), pero seguía frecuentando los bares y restaurantes del Ritz, aunque no tanto como antes. Seguía escuchando a los hombres de gris que se atiborraban de comida mientras París continuaba pasando hambre, y seguía reportando lo que escuchaba. Aún no sabía si algo de lo que había comunicado había marcado alguna diferencia, aunque fuera una vez. Pero procuraba no pensar en eso.

Estelle llevó a la niña a la recámara y abrió el ropero. La puerta oculta ya estaba abierta.

—Mira —dijo Estelle mientras entraba al cuarto—. Mira, lo puse para ti.

Aviva se soltó de la mano de Estelle y trepó a la cama, mirando las tres pinturas que Estelle había colgado en la pared del cuarto oculto. Eran las pinturas de Degas que en otro tiempo habían engalanado el departamento de los Wyler. Le había tomado una hora sacarlas de detrás de la pared de su

vestidor, pero al ver la expresión extasiada de Aviva, supo que había valido la pena.

—¿Qué te parece? —preguntó Estelle.

La niña alzó la mano y tocó la esquina de la pintura más cercana. En el lienzo, un grupo de niñas con vestuarios vaporosos de tonos pastel recorrían sobre las puntas de sus pies un escenario, todas bajo la mirada vigilante de su maestra. Aviva sonrió por primera vez en meses. Estelle apartó la vista con los ojos llenos de lágrimas. Aviva merecía estar rodeada de familiares, amigos y risas, no de silencio, miedo y oscuridad. Estelle no sabía cuánto tiempo más sobreviviría la niña en esas condiciones.

La cama crujió y Estelle volteó de nuevo. Aviva estaba hecha un ovillo sobre la cama y simplemente contemplaba las tres pinturas.

—Tengo algo más —dijo súbitamente, casi sin pensar—. Se sentó en la cama junto a la niña y sacó la caja de su bolsillo —. Ábrelo —dijo entregándoselo a Aviva.

La niña la tomó y la volteó cuidadosamente con sus manitas. Jaló el listón rosa, que cayó a un lado, y abrió la caja. Aviva tocó suavemente uno de los dijes esmaltados con una expresión extraña en su rostro demacrado.

—Conseguí estos para ti y tu tía el día de su cumpleaños —dijo Estelle tomando la caja de las manos de Aviva—. Pero no tuve oportunidad de dártelos antes de que tu tía Rachel tuviera que irse. —Estelle trató de controlar la emoción que casi le impedía hablar—. Quiero dártelo ahora. —Estelle sacó del terciopelo uno de los dijes con su cadena—. ¿Te gustaría?

Aviva la miró a los ojos y asintió.

Estelle se inclinó y le abrochó la cadena alrededor del cuello.

—Y puedes guardar este para tu tía para cuando regrese.

Estelle cerró la caja y se la ofreció a Aviva.

La niña negó con la cabeza y se levantó para ponerse de rodillas. Abrió la caja, sacó la segunda cadena y se la tendió a Estelle.

—¿Quieres que yo me la ponga?

Aviva asintió. Estelle tomó la cadena de la mano de la niña y se la abrochó alrededor del cuello, sabiendo que Aviva le había dado el pendiente porque ya sabía que Rachel no regresaría nunca. Estelle trato de contener las lágrimas, pero no pudo.

La muerte de la esperanza era verdaderamente algo

horrible.

Aviva gateó hasta su regazo y abrazó a Estelle por la cintura. Esta acarició el cabello de la niña hasta que su respiración se volvió regular y su cuerpo empezó a oprimirla con el peso del sueño. Estelle se escabulló de debajo de la niña dormida y la arropó con la cobija.

Estelle regresó a la sala, recogió los libros y los guardó en su lugar, en el cuarto oculto. Cerró el ropero y volvió a revisar el departamento, pero no había señales de que una niña hubiera estado ahí alguna vez. Fue a la cocina y verificó que los trastes de la cena estuvieran guardados. Aunque era sumamente improbable recibir visitas a esa hora, Estelle no podía darse el lujo de que le preguntaran por qué había dos juegos de platos y cubiertos en el fregadero cuando supuestamente vivía sola.

Una conocida secuencia de golpes en la puerta hizo que se quedara helada y que estuviera a punto de soltar un vaso que tenía en la mano. Luego de dejar el vaso, corrió al frente del departamento y abrió la cerradura lo más rápido que pudo.

La inquietud y el alivio recorrieron su cuerpo en igual medida cuando el hombre que había tocado entró apresuradamente. Estelle echó una mirada hacia el otro lado del rellano y las escaleras, pero todo seguía quieto y en silencio. En su mente surgió una docena de preguntas, pero no planteó ninguna. Solo cerró la puerta lo más silenciosamente posible. Hacía meses que no veía a Jerome, meses en que ni siquiera había sabido de él, aunque por todas partes corrían rumores de hombres y mujeres que eran arrestados y trasladados a prisiones, o que sufrían un destino peor, por ayudar al enemigo.

Estelle levantó una mano para silenciar a Jerome cuando parecía que este iba a hablar, y le indicó con señas que la siguiera al fondo del departamento. Luego retrocedió sobre sus pasos y puso un disco en el gramófono de la sala. Fue hasta que la música empezó a sonar suavemente que se animó a hablar. Las precauciones nunca eran pocas.

—¿Qué haces aquí?

Aun en susurros, la pregunta sonó más recriminatoria de lo que ella hubiera querido.

Jerome se quitó la gorra. Estaba despeinado y le urgía un corte de cabello.

—Andaba por la ciudad y pensé: le voy a caer a Estelle para tomar una copa y tal vez jugar a las cartas. Hace rato que

no nos vemos.

—No es gracioso.

Jerome bajó la mirada.

—Tienes razón. Lo siento.

Estelle lo observó detenidamente. Parecía exhausto. Manchas oscuras bajo los ojos, barba de una semana que le oscurecía las mejillas y hombros encorvados que delataban su fatiga.

—No —dijo Estelle—. Soy yo la que lo siente. ¿Qué necesitas?

Él la miró a los ojos.

—Un lugar seguro donde quedarme esta noche.

—¿Y viniste aquí?

—Tienes un sofá muy cómodo. Dos, de hecho.

—¿Estás hablando en serio?

—No sabía a dónde más ir. La semana pasada perdimos tres de nuestras casas, y arrestaron al hermano de Diedre. Este fue el lugar más seguro en que pude pensar… —Hizo una pausa —. Estuviste llorando.

—Claro que no. —La negación era absurda porque nunca le había sentado bien el llanto. La sola amenaza de lágrimas le ponía los ojos hinchados, la nariz roja y el rostro manchado.

—¿Es por Aviva? ¿Dónde está?

La preocupación le ensombreció el rostro.

—A salvo. Durmiendo.

Jerome se pasó la mano por el cabello.

—¿Entonces qué pasa?

—Es solo… ya pasó un año desde que… se llevaron a Rachel. Hoy habría sido su cumpleaños. —Se dio cuenta de que estaba hablando de Rachel en tiempo pasado—. Y todos los días me pregunto qué podría haber hecho diferente, qué podría haber hecho en esos preciosos dos minutos que pudiera haber salvado a Rachel y a su familia. Aviva aún tendría una familia. Y yo también.

—Lo que ocurrió no fue tu culpa. No podías haber sabido qué iba a pasar.

—Debí saberlo.

—Escucha, Allard, tú…

—No hice lo suficiente. No actué lo suficientemente rápido.

Estelle no quería oír las excusas que él formularía para ella. Ni siquiera quería oír las suyas propias.

—Hiciste todo lo que pudiste.

—¿Sabías que regresaron al día siguiente? —dijo en voz baja—. Sacaron del departamento de los Wyler todos los objetos de valor: muebles, tapetes, los libros de Serge, las joyas de Rachel, las vajillas y los cubiertos de plata que habían pertenecido a su madre. Creo que, en el fondo, ese día supe que no iban a regresar.

—Tienes que perdonarte, Allard.

—No sé si pueda.

Jerome dio un paso hacia ella.

—¿Cómo puedo ayudar?

Fue la ternura con que lo dijo lo que hizo que se quebrara. Miró hacia otro lado sin molestarse siquiera en limpiarse la nueva serie de lágrimas que sintió corriendo por sus mejillas.

Jerome las limpió suavemente con el puño de la camisa, y por alguna razón, ese acto hizo que las lágrimas salieran con más intensidad. En esta ocasión, él simplemente la rodeó con los brazos y la acercó a su pecho.

—Tengo miedo —dijo ella cuando pudo hablar, su voz ligeramente amortiguada por la camisa de Jerome.

—¿De qué?

—No es «de» sino «por». Temo por Aviva. —Sorbió toscamente por la nariz—. Temo que esa niñita no sobreviva a la guerra. Temo no ser capaz de cumplir la promesa de mantenerla a salvo que le hice a Rachel. Temo que esta maldita guerra no termine nunca.

—Desearía poder ayudar. Desearía ayudarte a sacarla de Francia —dijo—. Pero no podemos llevar niños. Ella no sobreviviría el viaje a España. Las montañas o los ríos la…

—Lo sé —dijo Estelle asintiendo con tristeza—. Sé que no puedes. Por eso no te he pedido que lo hagas. Ni siquiera tengo documentos para ella.

Jerome hizo una mueca.

—Cielos. Lo siento. Ni siquiera puedo ayudarte con eso. No sé quiénes son los falsificadores en Bélgica, pero podría tratar de investigar y…

—No. Esa clase de preguntas son las que llaman la atención y podrían ponerte al descubierto. Eres demasiado importante para los hombres cuyas vidas dependen de ti.

—¿Qué hay de Vivienne? Puede que ella conozca a un falsificador local que…

—Que podría traicionar tanto a Vivienne como a Aviva. —Hacía mucho que Estelle había considerado y desechado la

idea de fiarse de la diminuta mujer—. Confío en tu prima, pero en nadie más. No estoy dispuesta a correr ese riesgo.

—Entiendo —dijo él—. Por lo pronto, Aviva está a salvo aquí, contigo. Aunque sea difícil para ella, todavía te tiene a ti. El solo hecho de estar aquí cuando te necesita es suficiente.

—No sé si eso sea cierto todavía.

—Lo es.

—¿Cómo lo sabes?

Jerome se mantuvo en silencio por un instante. Tino Rossi llenaba el silencio desde el gramófono de la otra habitación.

—Porque lo es para mí.

Estelle se hizo hacia atrás y lo miró a los ojos.

—Vine aquí esta noche porque tú eres mi puerto seguro, Allard. Cuando todo se está yendo al carajo, sé que puedo contar contigo. Al igual que Aviva. Tú siempre harás lo que sea mejor para ella, de eso estoy seguro. Rachel también lo sabía. Por eso la dejó contigo.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy.

Estelle exhaló trémulamente.

—Gracias —dijo. Luego puso una mano en el hombro de Jerome, pero la quitó rápidamente cuando este hizo una mueca.

—Estás herido —dijo.

—Estoy bien.

—No, no lo estás.

—Soy un médico, Allard. Si digo que estoy bien, estoy bien.

—Quítate el saco.

—Qué atrevida.

Estelle lo fulminó con la mirada. Luego le quitó el saco separándolo lentamente de la piel. El hombro de la camisa tenía una oscura mancha roja.

—Sígueme.

—Qué mandona —protestó él, pero la siguió de todos modos.

Estelle entró en la cocina y sacó una de las dos sillas que estaban bajo la pequeña mesa colocada contra la pared.

—Siéntate —le ordenó al hombre que la había seguido.

—Sí, Mademoiselle.

—Ahora la camisa.

Estelle sacó un trapo limpio y jabón y preparó un

recipiente con agua.

Cuando se dio la vuelta, Jerome ya se había quitado la camisa. El corte en el hombro era claramente visible.

Estelle se inclinó y la examinó con atención.

—¿Cuchillo?

La herida no era profunda pero sí larga.

—Valla de metal.

—No creo que necesite puntadas, pero deberás mantenerla limpia y cubierta cuando te vayas.

—¿Te perdiste la parte en que dije que yo era médico? Sé lo que debo hacer.

—Entonces deberías empezar a seguir tu propio consejo. —Estelle humedeció el trapo y limpió delicadamente la sangre seca de la piel—. Sería una pena tener que amputarte la cabeza porque la gangrena subió por tu cuello.

—Muy graciosa, Allard.

—Quince centímetros a la derecha y pudiste perder la cabeza.

—Difícilmente. Además, soy como un gato.

—¿Qué?

—Tengo nueve vidas. Es lo que solía decirme mi madre. No fui un niño especialmente precavido, y probablemente le robé algunos años.

—Bueno, un gato no hizo esto. —Estelle puso el trapo en el recipiente y vio cómo el agua se tornaba rosa—. ¿Cómo pasó esto?

—No importa.

—No hagas eso, por favor.

—¿Qué?

—Relegarme.

Jerome arrugó la frente.

—Te sentirás más segura si no lo sabes.

—No es así. —Estelle se sentó en la otra silla junto a Jerome—. Solo me hace sentir… sola.

—¿Sola? Prácticamente no has estado aquí sola, Allard. Tu departamento ha sido el maldito Ritz de nuestra línea de escape.

—Supongo que tienes razón.

—Puedo anticipar un «pero».

Elle suspiró.

—Pero ¿sabías que, de todos los hombres que se han quedado en este departamento, no he sabido el nombre verdadero de ninguno? Nunca me he sentado con ellos a comer

o tomar una copa de vino para hablar de nada personal porque es más seguro para todos si nadie sabe nada de ti.

»Llego a esos malditos hoteles y restaurantes sola, fingiendo ser alguien que no soy, fingiendo amistad, ocultando el odio, desconfiando de todos. Porque, ya sabes, es más seguro. Luego, transmito la información que recolecto a personas cuyos nombres reales nunca sabré, personas que, a su vez, nunca me preguntarán el mío».

Jerome permaneció en silencio. Sus largos dedos se extendían sobre las rodillas de los pantalones remendados.

—Aviva depende de mi astucia y seguridad, así que todas estas quejas son estúpidas, lo sé. Pero hay momentos en que la parte egoísta de mi ser quisiera sentirse… vista. Por alguien que me conozca. Aunque fuera por una vez, me gustaría que alguien me llamara por mi nombre real y me preguntara cómo estuvo mi día. —Rio débilmente—. Perdóname. Ignora mis divagaciones. No sé por qué estoy así esta noche.

—Estelle.

Ella se quedó helada. Era la primera vez que Jerome se refería a ella sin llamarla «Allard», «chofer» o «Mademoiselle».

Jerome se levantó lentamente de la silla.

—La Gestapo estuvo por toda la Gare du Nord esta mañana, revisando documentos, metiendo personas en camiones y llevándolas a quién sabe dónde. Yo llevaba conmigo a un aviador que no hablaba francés. Retrocedimos hacia el patio de maniobras de los trenes, pero nos vieron y escapamos metiéndonos por debajo de una valla. —Se tocó el cuello—. Era un espacio muy estrecho.

—Oh. ¿Está a salvo? ¿El aviador?

—Sí. Ya no está en París porque esta ciudad ya no es segura. No es que lo fuera antes —agregó—, pero cada vez actúan con más crueldad.

—No hace falta que me lo digas.

—No, supongo que no. —Jerome se paró frente a ella y le acomodó un mechón suelto detrás de la oreja—. Pero cuéntame cómo estuvo tu día. Seguramente mejor que el mío.

—No salvé a nadie.

—No estoy de acuerdo. Tú salvas un alma todos los días. Y la prueba de eso está durmiendo detrás de tu ropero.

Estelle sonrió con tristeza.

—¿Qué hicieron las dos hoy?

—Estuvimos trabajando en su lectura y su escritura. Le leí la mitad de *La espada en la piedra*.

—¿Es un libro?

—Sí, y una leyenda artúrica. —Estelle frunció los labios —. ¿No la has leído?

—Creo que mis sofisticados maestros se saltaron esa. —Sonrió—. Háblame de ella. Suena como una historia de guerra.

—No realmente. Es la historia del hijo de un rey a quien esconden para mantenerlo a salvo de los nobles envidiosos que podrían matarlo para reclamar el trono. Se llama Wart. Él se cree huérfano y aspira a convertirse en escudero de su amigo Kay. Un día, Wart conoce en el bosque a Merlín, un poderoso mago. El mago se convierte en su tutor, y a lo largo de la historia convierte a Wart en una serie de criaturas para que adquiera sabiduría.

—Si el mago era tan poderoso, ¿por qué no simplemente convirtió a sus enemigos en babosas? —preguntó Jerome interrumpiéndola—. Hubiera sido más práctico.

Estelle suspiró.

—¿Quieres oír el resto de la historia o no?

—Sí.

—Los niños se convierten en jóvenes, pero el día en que Kay iba a ser nombrado caballero, olvida su espada en una posada. Envía a Wart a recuperarla, pero la posada está cerrada, y Wart tiene que improvisar. En el patio de una iglesia ve una espada clavada en un yunque. Decide llevar esa espada, así que la saca del yunque y se la lleva a su amigo. Solo que no era una espada común. Resulta que era una espada mágica, y la única persona que podía sacarla era el próximo rey. Merlín le dice a Wart que su nombre verdadero es Arturo, hijo del difunto rey. Arturo, por supuesto, resulta ser un rey sabio y justo gracias a todo lo que aprendió, y todos vivieron felices por siempre.

—Entonces, tú eres como Merlín.

—¿Qué?

—Mantienes a tus seres queridos ocultos y a salvo de las personas malas que querrían hacerles daño simplemente por ser lo que son. Para que un día puedan salir, alzar sus espadas y seguir siendo buenos y sabios. Para que un día, todos puedan vivir felices por siempre.

Estelle se quedó mirándolo por largo rato.

—No sé si me parezco en algo a Merlín, porque yo usaría mi poder para convertir a todos los nazis en babosas y las pisotearía a todas.

Jerome se recargó en la mesa.

—Yo te ayudaría con eso.

—Lo sé.

—Y sin importar lo que creas, te veo. Siempre te he visto. —Jerome la tomó de la mano—. No estás sola, Estelle.

Estelle se levantó, se soltó de la mano de Jerome y colocó sus palmas sobre los suaves relieves de su pecho descubierto. Luego se inclinó y oprimió los labios contra la calidez de su piel, sobre el lugar donde latía su corazón.

—Tú tampoco.

—Estelle.

Fue una pregunta y una súplica, ambas a la vez.

—Sígueme —dijo ella, y lo llevó hacia uno de los cómodos sofás que Jerome había ido a buscar.

Y por un rato, ninguno de los dos estuvo solo.

12

Sophie

Londres, Inglaterra
30 de julio de 1943

El departamento londinense de Orchard Court, ubicado a pocos pasos de Baker Street, no había cambiado desde que Sophie estuvo ahí por vez primera, meses atrás. La señorita Atkins, de la Oficina de Investigación Inter-Servicios y de un rango que seguía siendo un misterio para Sophie, seguía sentándose al otro lado del escritorio. Sus ojos azul grisáceo conservaban su cualidad serena y evaluadora, su cabello seguía perfectamente peinado, su ropa de civil, bien ajustada y pulcra. Cerca de su codo, el mismo cenicero seguía desbordándose de colillas de cigarrillos, y sus manos estaban entrelazadas sobre otro expediente que aún no abría.

—Bienvenida de nuevo a Londres, Celine. Causaste una fuerte impresión a tus instructores —dijo la señorita Atkins.

—¿Madame?

—Inteligente, ingeniosa, letal con distintas clases de cuchillos en el combate cuerpo a cuerpo, buena puntería —recitó la señorita Atkins pese a que en ningún momento miró el expediente que tenía frente a ella. El archivo tenía escrito «Celine S. Kowalski» en la parte superior y un sello de «ULTRASECRETO» en el frente—. Me dicen que el entusiasmo con que tomó su entrenamiento sorprendió a muchos hombres que, estoy segura, siguen creyendo que las mujeres no deberían estar sirviendo tras las líneas enemigas.

—Fue agradable sentir que estaba haciendo algo real —respondió Sophie. Algo más que traducir mensajes de muerte y destrucción. Su entrenamiento le había dado una salida a su frustración y su culpa, y había sido más gratificante de lo que

podía expresar con palabras—. Ha sido difícil esperar por una oportunidad, pero he tratado de ser paciente.

Sophie trato de no parecer demasiado esperanzada.

—Es verdad —dijo la señorita Atkins—. Sus instructores mencionaron que usted poseía una paciencia poco común. También dijeron que era fría, intensa e intrépida.

—Características que usted desaprueba.

—Por el contrario. Si usted no fuera mujer, seguramente ya le habrían colgado una medalla en el pecho. Sin embargo, es la valoración de intrépida la que me pone a pensar. —Dio unos golpecitos con el dedo en el archivo—. Porque el miedo es lo que mantiene a mis agentes alertas y vivos.

Sophie miró hacia la ventana. Las cortinas opacas estaban abiertas para dejar pasar el sol matutino. Alguien había dejado un vaso de cristal cortado en el alféizar y había diminutos arcoíris esparcidos sobre el piso brillante.

—No soy intrépida —dijo Sophie lentamente—. Siento miedo como cualquiera. Pero dejarse llevar por una emoción como esa no sirve más que para nublar el juicio y hacer que personas normalmente inteligentes tomen malas decisiones. —Levantó la barbilla y volvió a mirar a la mujer que estaba sentada al otro lado del escritorio—. Me propuse demostrar que puedo ser mucho más útil en cualquier otro lugar que no sea detrás de un escritorio en Bletchley Park. Espero haberlo logrado.

—Ah, sí. A propósito de Bletchley. —La señorita Atkins tomó sus cigarrillos y se tomó su tiempo seleccionando uno. Finalmente volvió a mirar a Sophie—. ¿Cuánto sabe exactamente acerca de los mensajes codificados que tradujo ahí?

Sophie se alisó la falda sobre las piernas. La señorita Atkins no hacía preguntas sin un propósito. Consideró su respuesta cuidadosamente.

—No nos daban mucha información. Nadie decía gran cosa de lo que hacía en Bletchley. Mi trabajo consistía únicamente en traducir. No sé mucho.

—Pero sabe algo.

—Sé que los alemanes cambian constantemente el código. Sé que lo que usábamos al principio ya no puede decodificar los mensajes más recientes, o al menos con la velocidad suficiente. Sé que desde el año pasado los U-boot, las tropas y los tanques alemanes han vuelto a ser invisibles. Hasta ahora.

—Hasta ahora —coincidió la señorita Atkins—. Y tiene

razón. Cada vez que creemos que hemos descubierto las reglas del juego, vuelven a cambiarlas. —Hizo rodar el cigarrillo entre los dedos—. Hay un nuevo artefacto que los alemanes han estado usando. Las mentes que trabajan en Bletchley la llaman Tunny. No es muy distinta a la máquina encriptadora que los nazis han usado desde el comienzo de la guerra, la que logramos descifrar. —La señorita Atkins sacó una foto del fólder que estaba bajo sus manos. Era la imagen de algo que parecía una máquina de escribir, con un tablero de enchufes en la parte frontal. La superficie superior era plana, con teclas elevadas en la parte delantera, y un segundo teclado detrás, alineado con la superficie. El aparato estaba guardado en una caja de madera con bisagras—. Esta es la máquina alemana Enigma, que Bletchley logró descifrar hace un tiempo. Creen que el nuevo artefacto es muy similar, aunque piensan que tiene más de tres o cuatro rotores. Suponen que la nueva máquina es significativamente más grande que esta, y que está conectada a un teletipo. Y digo suponen porque, a diferencia de la Enigma, de esta no contamos con piezas, máquinas completas ni libros de códigos o instructivos para el operador. —La foto desapareció en el interior del fólder y aparecieron dos más—. Estos son los libros de códigos de la Enigma.

La primera era una foto de lo que parecía ser un libro de texto. El águila y la esvástica estaban estampadas en el centro. Arriba, con letras decorativas, decía: «Clave para máquinas especiales». La segunda foto era de las tablas del interior, cada una con docenas de líneas de letras y números. Sophie volteó las fotos. Cada una tenía escrito con tinta negra en la esquina inferior lo que parecía ser un número de archivo y las palabras «Operación Overlord». Sin hacer comentarios, Sophie devolvió las fotos a la señorita Atkins, y estas también desaparecieron en el interior del fólder.

—Se me ha informado que Bletchley está buscando una nueva solución para la máquina Tunny basándose únicamente en una proeza de ingeniería inversa —dijo la señorita Atkins—. Que están desarrollando una máquina nueva que puede resolver esos cifrados en cuestión de horas y no semanas. Pero como toda novedad, está tomando su tiempo. Y nosotros no podemos darnos el lujo del tiempo. No podemos esperar semanas ni meses, en especial cuando nuestros suministros y hombres están hundiéndose al fondo del mar más rápido de lo que podemos despacharlos. —Colocó las palmas de las manos encima del fólder—. En especial cuando se están haciendo

planes para la recuperación de Europa.

Sophie se recargó en la silla dura.

—¿Qué clase de planes?

La señorita Atkins la miró largamente.

Sophie sintió cómo se le encendían las mejillas. Una pregunta tonta, poco profesional.

La señorita Atkins tomó el encendedor que estaba sobre el escritorio, junto al cenicero.

—Solo puedo decirle que han sido enfáticos conmigo en cuanto a que la recuperación de Europa depende de nuestra capacidad para saber qué están pensando los alemanes. Qué están planeando. Qué piensan que haremos y desde dónde creen que lanzaremos nuestros ataques. Necesitamos saber dónde posicionarán sus tropas, tanques, aviones y barcos antes de iniciar nuestras operaciones. —Una flama saltó, y la señorita Atkins encendió su cigarrillo—. Necesitamos tener la capacidad de escuchar, y la necesitamos lo antes posible.

Sophie se quedó callada, esperando que la mujer continuara.

—Hitler y su Alto Mando han adoptado esta máquina en particular para enviar comunicados a sus cuarteles generales a lo ancho y largo de la Europa ocupada, entre ellos Francia. Nuestras estaciones de escucha han detectado un tráfico renovado.

—Me enviarán a Francia.

Al decir aquellas palabras en voz alta, Sophie tuvo una sensación peculiar. Comprendió que todo lo que había vivido hasta ese momento la habían llevado a ese punto. Que ese era el lugar donde debía estar.

—Sí. —La señorita Atkins puso cuidadosamente el encendedor sobre el escritorio—. A París. Idealmente, irá y regresará dentro de las próximas cuatro semanas.

—¿Y hay una de esas máquinas encriptadoras ahí, en París?

—El Hotel Ritz es el cuartel general de la Luftwaffe, y Reichsmarschall Hermann Göring, uno de los colaboradores más cercanos de Hitler, reside en la suite imperial del hotel. Información de inteligencia que, desafortunadamente, ha llegado a nosotros hasta ahora, sugiere la posibilidad de que haya una de esas máquinas en el hotel. Y unas migajas de probabilidad, suficientes para dejar un rastro de pan en este momento crítico de la guerra, son más que suficientes para que nos pongamos en acción.

—Eso suena muy inusual, tener una máquina como esa en un hotel.

—Le aseguro que no lo es. Ha habido otros intentos de recuperar máquinas codificadoras en otros cuarteles generales establecidos en hoteles. —La mirada de la señorita Atkins pareció perderse por un instante, pero pronto volvió en sí—. Si algo le pasara a Hitler, seguramente Göring asumiría el lugar del Führer dado su rango dentro del Reich. No es descabellado pensar que tenga a su disposición un equipo de comunicación dentro del cuartel general de la Luftwaffe.

—La máquina tendría que estar protegida. Y habría operadores.

La mente de Sophie ya estaba trabajando a mil por hora.

—La información de inteligencia sugiere que sería un equipo de tres o cuatro operadores, no más. La Tunny no requiere transcripción a código morse, por lo que el envío y la recepción de mensajes son mucho menos laboriosos.

—¿Y la ubicación exacta de la máquina?

—El reporte afirma que se encuentra en un espacio renovado muy cerca de la suite de Göring, lo que sugiere que la fuente fue un empleado del hotel. Aunque, para ser honesta, no sé qué tan creíble sea. Usted deberá determinar dónde puede estar, ya que, independientemente de la información que yo le transmita, y de mis opiniones, es posible que la máquina haya cambiado de lugar desde entonces. Se le proporcionarán planos del hotel donde se señala el área en cuestión, y un expediente con toda la información que tenemos de los actuales residentes, incluido Göring. —La señorita Atkins deslizó el archivo de Sophie a un lado, dejando a la vista uno más—. Viajará a París con su esposo, para ofrecer discretamente cosméticos finos a las mujeres adineradas, francesas y alemanas, que frecuentan el Ritz o residen ahí.

—La señora y el señor Beaufort.

De repente, el entrenamiento de Sophie cobró sentido.

—Sí. La identidad falsa que le fue asignada, y con la que ya trabajó durante su entrenamiento, será la que usará en Francia. Dentro de unos momentos conocerá al agente que se hará pasar por su esposo, que ha estado trabajando con la misma historia falsa. Su alias es Tempo, y al igual que usted, fue seleccionado entre los reclutas por su dominio del francés y el alemán, la competencia que demostró durante el entrenamiento de campo, pero sobre todo por su familiaridad con el Hotel Ritz. Su madre era francesa y trabajaba como

camarera del Ritz. Él creció en el hotel y sus alrededores, y lo conoce al detalle.

Sophie consideró el comentario.

—¿No hay peligro de que sea reconocido?

—Una pregunta válida. Nos sentimos confiados por el tiempo que ha pasado. La última vez que estuvo ahí fue en su adolescencia, aunque no hemos querido correr riesgos. Usted lo comprobará en breve. El agente se encuentra en estos momentos con el coronel Buckmaster recibiendo su propia instrucción, y cuando hayan terminado, vendrán aquí para que ambos reciban la información necesaria para su misión conjunta. —La señorita Atkins se inclinó hacia adelante. El humo del cigarrillo hacía volutas alrededor de su rostro—. Sin embargo, hay otros temas que debemos discutir.

—¿Cuáles?

—La comunicación con su familia y el asunto de su paga. —La señorita Atkins levantó una mano antes de que Sophie pudiera hablar—. Estoy al tanto de las circunstancias en torno a su familia. Normalmente, cuando una de mis agentes está en el campo, envío cartas breves y periódicas a sus padres o esposo, asegurándoles que a su hija le está yendo bien con su supuesto de servicio en la FANY. Ya sabe, para levantar los ánimos en casa.

Sophie bajó la mirada y entrelazó las manos sobre sus piernas.

—Por supuesto.

—¿Hay alguien más a quien quisiera que le enviara correspondencia? ¿Parientes lejanos, una amiga, tal vez?

Sophie pensó en los empleados de Millbrook, pero ellos la daban por muerta, además de que no había vuelto a Norfolk en casi una década. Había un primo segundo (¿o era tercero?) en algún lugar de Hampshire, y una amiga de la infancia de quien Sophie no supo más luego de que partió hacia Polonia. Pero Sophie no sabía ni siquiera si estaban con vida, mucho menos dónde podrían estar entonces.

—No. No hay nadie que se preocupe por mí.

—Eso no es verdad. Yo me preocuparé por usted.

Sophie alzo la vista y se encontró con la mirada de la señorita Atkins. Pasó saliva con cierta dificultad y asintió. Pensó que la mujer que estaba sentada al otro lado del escritorio probablemente les decía lo mismo a todas sus agentes, pero, por alguna razón, sus palabras hicieron que Sophie se sintiera menos sola.

La señorita Atkins aplastó súbitamente en el cenicero el cigarrillo que casi no había fumado.

—¿Y su paga? ¿A dónde quiere que se envíe mientras usted está en el campo?

—Puede enviarla a Millbrook Manor. Es en Norfolk.

Sophie sabía que Imogen, el ama de llaves, guardaría toda la correspondencia dirigida a Sophie, aun si la habían dado por muerta. Cuando todo aquello terminara, Sophie podría regresar a Millbrook y recolectar todo lo que le habían enviado. Tal vez, incluso, podría quedarse ahí.

O tal vez no.

—De acuerdo. Pero necesitaré la dirección. —Deslizó un papel y un lápiz hacia Sophie y la miró mientras escribía la dirección de Millbrook—. También enviaré los efectos personales que tenga consigo.

Sophie volteó a ver el anillo de bodas que llevaba en el dedo.

—Tendrá que dejar eso —dijo la señorita Atkins en voz baja—. Pareciera ser una reliquia de familia, algo con un gran significado. Y dado que aún lo conserva después de su escape de Polonia, creo que tengo razón. Se le proporcionará algo menos llamativo y más genérico. Algo que pueda empeñar o dar como soborno en caso necesario.

Sophie se quitó el anillo de Piotr haciéndolo girar. El pequeño rubí brilló con un fuego oscuro bajo la luz. Sophie lo mantuvo en la mano, resistiéndose de repente a entregarlo.

—Lo enviaré también a Millbrook.

Sophie asintió y le entregó el anillo. Luego apartó la mirada cuando unas manos hábiles lo guardaron en un sobre grande. Sabía que todo lo que la señorita Atkins decía era pertinente. Y sabía que no podría llevar con ella esa parte de Piotr.

Sin embargo, no tuvo la fuerza necesaria para sacar las fotos de su bolsillo.

La señorita Atkins puso el sobre sobre el escritorio e hizo una pausa, como considerando lo que iba a decir a continuación.

—¿Puedo preguntar cómo murió?

—¿Disculpe?

—Su esposo. Su expediente dice solamente que era un oficial de caballería polaco, muerto en combate.

Sophie apartó la mirada, aunque seguía sintiendo el peso de los agudos ojos azul grisáceo de la mujer.

—¿Qué importancia tiene?

—Importa porque me gusta conocer las motivaciones de las mujeres que envío tras las líneas enemigas. Algunas arriesgan todo para luchar por su país, otras luchan por sus principios, otras luchan por sus seres queridos. Y siempre hay unas pocas que luchan simplemente porque es lo que mejor hacen. —Hizo una pausa—. No hay razones buenas o malas para luchar, Celine. Mi trabajo no es juzgar sino entender, y asegurarme de que esas razones no se conviertan en un lastre. Y sus motivos siguen siendo un misterio.

Sophie miró hacia la ventana. Un gorrión se había posado en el alféizar exterior.

—¿Cree que lucho por venganza?

—¿Es así?

—Tal vez.

—¿Cómo murió, Celine?

—Ametralladoras alemanas.

—¿Cómo lo sabe?

Un sentimiento viejo y conocido de pérdida e impotencia hizo que sus músculos se tensaran.

—Estuve ahí. —El gorrión se sobresaltó y echó a volar—. Y estoy viva gracias a que él no lo está.

La señorita Atkins permaneció en silencio.

—Y después de que murió, antes de que yo pudiera volver a casa, unas bombas alemanas mataron a mis padres, y aviones alemanes derribaron a mi hermano. —Sophie volvió a mirar a la mujer que permanecía inmóvil frente a ella—. Sacrificios que no permitiré que queden sin respuesta. Que no serán olvidados.

La señorita Atkins sacó otro cigarrillo, pero no hizo nada por encenderlo.

—Me dicen que casi mata al interrogador vestido como oficial de la Gestapo durante el entrenamiento.

—Pensé que era parte del ejercicio. Y créame, no estuvo ni cerca de morir.

La jefa de espías se recargó en el respaldo de la silla e hizo girar el cigarrillo entre los dedos.

—Le creo.

—Entonces, ¿mis respuestas no cambian nada?, ¿mis motivos?

—Creo que son los que la hacen peligrosa. Y creo que son los que la harán exitosa. Pero recuerde esto: desde el momento en que ponga un pie en Francia, no estará luchando contra los

nazis. Su trabajo consiste en buscar información de inteligencia que nos ayude a todos a combatir a los alemanes, y en traer esa información aquí. ¿Comprende la diferencia?

Sophie parpadeó.

—Necesitará hacer amistad con el enemigo, ganarse su confianza, conocer sus secretos. Solo entonces los sacrificios de los que habla no habrán sido en vano. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien. —La señorita Atkins dejó en el escritorio el cigarrillo que no había encendido—. ¿Tiene testamento? —preguntó abruptamente, y el cambio de tema desconcertó momentáneamente a Sophie.

—No —dijo negando con la cabeza—. No tengo nada de valor aparte de ese anillo y de los pagos que pudiera recibir.

—Muy bien.

—Pero tengo esto.

Sophie sacó de su bolso una pequeña carta sellada y la puso en el escritorio.

—¿Qué es?

—Una carta para mi hermano —dijo—. En caso de que yo no vuelva y él sí.

La señorita Atkins solo asintió, y Sophie se sintió agradecida por ello. No dijo que Sophie estaría bien porque no podía saberlo. Tampoco intentó moderar sus esperanzas de que su hermano regresara o de que siguiera con vida. La mujer no dijo nada. Simplemente tomó la carta y la agregó al sobre donde estaba el anillo.

Un fuerte golpe en la puerta hizo que Sophie girara en su asiento. La señorita Atkins guardó en un cajón el sobre y el expediente con el nombre de Sophie.

—Adelante —dijo en voz alta.

El coronel Buckmaster entró con paso decidido a la oficina, seguido por un hombre a quien Sophie nunca había visto. El recién llegado estaba encorvado y cojeaba de manera notable. Tendría unos cincuenta años. Su cabello trigueño mostraba algunas canas en las sienes y estaba peinado hacia atrás con mucha brillantina. Tenía tez clara y ojos azules parcialmente ocultos detrás de unos anteojos de montura dorada.

El coronel se detuvo y señaló al hombre a su cargo.

—Sophie Beaufort, permítame presentarle a Gerard Beaufort.

Sophie sabía que no se usarían nombres reales, pero el

hecho de que la presentaran con un nombre diferente la hizo caer en cuenta de la enormidad y la seriedad de lo que estaba a punto de hacer. La señorita Atkins se había referido a él como Tempo. A partir de ese momento, Sophie pensaría en él solo como Gerard, su esposo. Hasta que la muerte los separara.

Sophie se paró lentamente.

—¡Vaya, pero si eres toda una amazona! —dijo Gerard entre dientes mientras contemplaba a Sophie de arriba abajo.

Detrás de él, Buckmaster hizo una mueca.

Sophie simplemente tendió la mano.

—Sophie Beaufort —dijo—. Encantada de conocerte.

Gerard gruñó. Luego se irguió y se acercó para estrechar su mano. Sus hombros se enderezaron y la cojera desapareció. Sophie corrigió rápidamente el cálculo que había hecho de su edad. Más cerca de cuarenta, supuso. Si bien el hombre carecía de tacto, no se le podía criticar su capacidad para presentarse como algo que no era.

—¿Ponemos manos a la obra? —preguntó la señorita Atkins con voz sonora.

—Buena idea —dijo Gerard. Esperó a que Sophie volviera a su silla y luego ocupó la que estaba junto a ella. Buckmaster se ubicó detrás de la señorita Atkins. Luego se recargó en la pared y cruzó los brazos.

—Como ambos ya están familiarizados con sus historias falsas, no perderemos tiempo con eso —dijo la señorita Atkins —. Serán introducidos en Francia al sudeste de Ruan, en una granja cerca de Gasny, tan pronto como las condiciones lo permitan. Serán recibidos por un comité de recepción de agentes de la resistencia, quienes estarán esperándolos. De ahí viajarán a París, donde establecerán contacto con una mujer que hará las presentaciones sociales requeridas en el hotel.

—¿Ella también es parte de la resistencia? —preguntó Sophie con curiosidad.

Buckmaster se aclaró la garganta.

—Sí, hasta cierto punto —respondió.

Sophie no le pidió a Buckmaster mayor explicación.

—Su objetivo es ponerse en posición de confirmar la existencia de la máquina de encriptación en el Hotel Ritz —dijo Buckmaster—. Una vez confirmada, deberán estudiar la máquina, fotografiarla o, en su defecto, dibujarla. Pero sobre todo deberán copiar las tablas o libros de código asociados con ella donde se detallen los ajustes de la máquina. Según me dicen, si conociéramos los ajustes del mensaje cifrado,

tendríamos esperanzas de decodificarlo con la velocidad suficiente para marcar una diferencia.

—Preferiría robar los libros —dijo Gerard—. Sería más rápido. Copiarlos es más tardado y peligroso.

—No queremos que los alemanes sepan lo que nosotros sabemos —dijo Sophie en voz baja—. Si lo supieran, volverían a cambiar las reglas.

—¿Disculpa? —Gerard la miró frunciendo el ceño—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que Madame Beaufort tiene razón —dijo Buckmaster—. Pase lo que pase, sus actividades no deben ser descubiertas. Ustedes no deben ser descubiertos. En caso necesario, deberán destruir las evidencias que hayan recolectado. No podemos darnos el lujo de tener que empezar de nuevo si los alemanes se enteraran de que hemos descifrado sus códigos.

Gerard cruzó los brazos.

—Recibirán todo lo necesario al momento del salto. Armas discretas, como cuchillos y otras similares, las que ustedes prefieran, aunque no llevarán armas de fuego mientras viajan —continuó la señorita Atkins—. Los nazis desconfían de quienes viajan armados, y no queremos darles motivos para indagar con más detenimiento. La lesión y la edad falsas de Tempo evitarán que sea un blanco obvio para las redadas que proveen de trabajadores a las fábricas alemanas. Hay documentos y un domicilio acondicionado en Marsella en caso de que los papeles de Enchanté Cosmetics sean escudriñados. Sus documentos de identificación franceses están en regla, y tendrán pases ferroviarios y estampillas de racionamiento. Creemos que con esto podrán superar cualquier inspección, aunque, como comprenderán, no podemos ofrecerles garantías. No puedo dejar de destacar que lo que harán es extremadamente peligroso.

Gerard descruzó los brazos y miró a Sophie, todavía con el ceño fruncido.

Ella lo miró a él, preguntándose si el hombre estaba tan a disgusto como parecía, o si su expresión era simplemente de concentración mientras consideraba los detalles de la misión. Era difícil distinguirlo.

—¿Cuándo nos iremos? —preguntó Gerard.

Buckmaster carraspeó.

—Con suerte, en dos semanas. Un autobús los trasladará hoy a Tempsford. El mayor James Reed estará esperándolos

ahí. Necesitamos luna llena y clima favorable. Guardemos esperanzas de que los obtengamos, y de que las condiciones en tierra no cambien. La Gestapo y la policía recorren a menudo las zonas rurales. También deben saber que se le puede ordenar al piloto que aborte el salto si el comité de recepción considera que hay algún riesgo.

La señorita Atkins abrió el cajón inferior y sacó dos fólderes delgados. Luego les entregó uno a cada uno.

—Es lo que sabemos sobre los residentes actuales del Ritz. Estudien la información, apréndala de memoria y luego destrúyanla. Ropa, dinero y los cosméticos que necesitarán para su historia falsa se les entregarán poco antes de su partida. Sugiero que aprovechen este tiempo para familiarizarse entre ustedes y practicar sus historias. Repasen los detalles de sus pasados. Cómo se conocieron, dónde se casaron, colores favoritos, las cosas que un marido y una esposa sabrían. Que todo sea sencillo pero consistente. —Entonces volteó hacia Buckmaster—. ¿Alguna otra cosa?

El coronel negó con la cabeza.

—No por el momento. El mayor Reed les dará los últimos detalles antes de su salida.

Sophie no se sorprendió. No les darían nombres, domicilios, contraseñas ni información de los contactos hasta que su partida fuera inminente.

—Excelente. Buena suerte a los dos —dijo la señorita Atkins poniendo fin a la reunión.

Sophie y Gerard se levantaron, salieron de la oficina y caminaron por el pasillo.

Sophie inclinó el fólder que llevaba en la mano.

—Si te parece, estaba pensando que tal vez podríamos fotografiar las páginas del libro de có…

—Espero que comprendas cuál es tu papel en esta misión —dijo Gerard interrumpiéndola.

—¿Mi papel?

—Como dijo el coronel Buckmaster, serán circunstancias muy peligrosas. Comprendo la necesidad de que me asignaran una mujer: para evitar las sospechas que normalmente despertaría un hombre viajando solo por Francia. Sin embargo, una vez que lleguemos a París, creo que lo mejor es que te mantengas lejos del peligro.

Sophie se paró en seco en medio del pasillo.

—¿Disculpa?

Gerard también se detuvo y se giró hacia ella.

—En París, estableceré contacto y haré todo lo necesario para el éxito de esta misión. No podré estar preocupándome por ti y tratando de encontrar esa maldita máquina y sus libros de códigos al mismo tiempo.

—Comprendo —respondió Sophie sin alzar la voz—. ¿Le planteaste estas inquietudes al coronel Buckmaster?

—Lo hice. —Gerard se quitó los anteojos y arrugó la frente—. Me aseguró que eres una agente entrenada y capaz, y no parecía compartir mis inquietudes. —Meneó la cabeza—. Y si bien no niego que te ves muy… capaz, Madame Beaufort, la guerra es asunto de hombres. Es lo que nos han enseñado miles de años de historia, diga lo que diga el coronel Buckmaster. Como mujer, no puede entender lo que es enfrentar al enemigo en el frente de combate. El simple hecho de que estés aquí es anormal.

Sophie le clavó la vista y quedó momentáneamente muda. Esa maldita palabra otra vez.

—Tal vez creíste que esto sería más emocionante que la vida doméstica y mundana que llevabas antes, pero debo hacerte comprender lo peligrosa que es esta misión. He recibido instrucción exhaustiva en idiomas, armas y operaciones encubiertas, y estoy plenamente preparado para el rigor de esta misión. Por lo mismo, sé que podré usar mi encanto, mis habilidades y mi inteligencia para ponerme en una posición que garantizará el éxito.

—Qué reconfortante —comentó sarcásticamente Sophie pese a que se había propuesto no alterarse.

—Ni que lo digas —confirmó Gerard, aparentemente ajeno al sarcasmo—. Ahora bien, hay una pequeña posibilidad de que en algún momento necesite que actúes como distracción. Ataviada con un bonito vestido y labial rojo, seguramente atraerás la atención de algún oficial alemán, desviándola de mis actividades. Pero dudo que sea necesario.

Sophie respiró hondo y se obligó a considerar al hombre llamado Gerard Beaufort de la misma manera en que había considerado el miedo que había sentido estando amarrada a una silla en un sótano de Hampshire. Se recordó que él no era su enemigo, por más arrogante que fuera. La realidad era que él era su compañero. Ya se habían dedicado meses de entrenamiento y de preparativos a su historia falsa y su misión, y resultaba inútil quejarse o protestar. Eso solamente socavaría todo lo que ya había logrado como agente femenina.

Las opiniones de Gerard eran solo eso, opiniones, y él no

era diferente a las matriarcas horrorizadas por sus extensos estudios, a los empleados envidiosos de su puesto en la embajada, o los oficiales que la creían indigna de estar en Bletchley, o a los instructores de espionaje que habían esperado que fracasara.

Las opiniones de otros nunca la habían detenido. Simplemente se concentraría en lo importante. Mostrarse ofendida ante sentimientos desagradables no servía para nada.

Sophie apretó el fólder que llevaba en la mano.

—En el curso de tu… instrucción exhaustiva, ¿entrenaste junto con agentes femeninas?

—Una —dijo burlonamente—. Y como la mayoría de las mujeres, era demasiado emocional y propensa a la histeria. No duró ni una semana.

—Mmm, qué pena. ¿Y cuántos hombres tuvieron que abandonar ese mismo entrenamiento?

—Ese no es el punto —escupió Gerard—. Sé lo que tratas de hacer, pero sabes que lo que digo es verdad.

—Por supuesto.

—¿Por supuesto? —Gerard entrecerró los ojos—. ¿Qué? ¿No vas a protestar?

—Monsieur, algo de lo que aprenderás acerca de mí es que elijo cuidadosamente mis batallas. La opinión que un solo hombre tenga de mí no es una batalla que valga la pena librar. Una discusión en este pasillo sobre mis capacidades sería un desperdicio de tiempo y energía, y no me interesa desperdiciar ninguno de los dos. Podrás evaluar mis capacidades más adelante. Sugiero que en algún lugar de Francia. Mi recomendación sería antes de que entremos a París.

Gerard se quedó mirándola, desconcertado.

—Creo que ambos podemos coincidir en que tenemos enemigos mucho mayores que nosotros mismos, ¿no? —Sophie le lanzó una simpática sonrisa que de sonrisa no tenía nada—. Ahora bien, ¿te parece si decidimos dónde nos conocimos?

13

Aurelia

Londres, Inglaterra
6 de julio de 2017

Lia contempló su entorno con interés.

Desde que Gabriel había reunido y asegurado las pinturas del departamento de su abuela, y las había escoltado hasta su estudio en Londres, ella había estado ansiosa de conocer el lugar donde trabajaría en ellas.

Ella nunca había estado en un estudio de valuación de arte, y no sabía exactamente qué esperar, pero lo que sea que hubiera imaginado, no se parecía en nada a aquel lugar. El estudio de Gabriel Seymour no se parecía en nada al sitio *kitsch* y abarrotado que ella había imaginado vagamente. El espacio se ubicaba en una bodega adaptada en Shoreditch, y las unidades tenían un aspecto elegante y actual, pero respetaban el origen de la construcción: cristales y acero modernos sobre el trasfondo de madera y ladrillos antiguos.

—Pareces afligida —dijo Gabriel alzando la mirada desde el lado opuesto de un antiguo escritorio de ébano. Estaba revisando una pila de papeles, cada uno con una foto de ocho por diez pulgadas anexada al frente, y los comparaba con la pantalla de la laptop que tenía delante.

—Afligida no —dijo Lia mientras observaba el recinto donde se encontraba.

A la derecha del escritorio había una larga mesa de caoba del siglo pasado, rodeada por ocho sillas tapizadas en seda. Arriba de ella había dos pantallas grandes montadas en la pared, y en medio de estas, un caballete grande. Sobre el piso de madera había un tapete persa de tonos grises que complementaba el gris claro de las paredes. En el muro que

estaba a la izquierda del escritorio colgaba una colección de cuatro pequeñas pinturas impresionistas, iluminadas por una lámpara montada sobre ellas. El efecto general era de una elegancia refinada, combinada con comodidades modernas.

—Solo… sorprendida —dijo finalmente—. No sabía qué aspecto tendría tu oficina o estudio.

—¿Estabas esperando el taller de Geppetto? —preguntó sonriendo.

—Tal vez —dijo ella sonriendo también.

Gabriel se levantó de su silla.

—Lamento decepcionarte.

—Para nada.

—¿Todo bien con tu registro en el hotel?

—Sí.

El hotelito donde se había hospedado, muy cerca del estudio de Gabriel, no iba a ganar premios de hospitalidad ni mucho menos, pero era perfectamente adecuado para sus necesidades.

—Me alegra que pudieras venir a Londres tan pronto.

Gabriel se apartó del rostro el oscuro cabello. Vestía pantalones de mezclilla deslavados y un sencillo suéter negro de manga larga que, de alguna manera, lo hacían ver profesional e informal al mismo tiempo. E involuntariamente guapo.

—No hay problema. Estaba ansiosa por venir. El departamento se sentía extrañamente vacío sin las pinturas.

«Y sin ti», añadió en su pensamiento. Ya sea que lo admitiera o no, lo había extrañado. Su presencia estable mientras descubrían las inexplicables capas de la vida de Abuela, incluida la extraordinaria evidencia que vinculaba sus dos familias, le había proporcionado una paz que no sabía que necesitaba.

—Las pinturas de tu abuela ya están catalogadas y almacenadas adecuadamente aquí en el estudio. Podemos revisar los papeles de cada una, y mientras lo hacemos puedo explicarte qué estaré buscando. Empezaré con las restauraciones necesarias lo antes posible.

Lia asintió.

—Pero antes de que hagamos cualquier cosa con las pinturas, quiero que veas esto. —Gabriel rodeó el escritorio y le tendió un pequeño marco con una foto en blanco y negro—. ¿La reconoces?

Una supermodelo rubia con blusa de manga larga y falda

plisada miró a Lia desde el marco.

—Tu tía abuela.

—Sí. Esta foto estaba en la casa de mis padres en Londres. La tomé prestada para mostrártela.

Lia caminó hacia la mesa y dejó la fotografía enmarcada en la superficie. Luego puso su mochila a un lado, la abrió y sacó un pesado archivo. Las fotos y los papeles de identificación que habían encontrado en el departamento de la abuela de Lia tenían ahora sendas fundas protectoras y estaban cuidadosamente organizados en el interior. Lia los desplegó junto a la foto enmarcada. No cabía duda de que era la misma la mujer.

—¿Has hablado con tu abuelo acerca de estas?

—Todavía no. —Gabriel sacó una silla para Lia, y cuando esta se sentó, sacó otra para él—. Me pareció que lo mejor era tratar el tema en persona y no por teléfono. Pero sí hablé con mi padre, y él insiste en que Sophie Seymour murió en Varsovia en 1939.

—Mmm.

—Pensaba ir a Millbrook este fin de semana para hablar con mi abuelo acerca de lo que lo motivó a buscar a su hermana después de la guerra, y de lo que pudiera haber descubierto. Y de lo que pudiera saber acerca de tu departamento y de su contenido.

—Entonces llévale estas —dijo Lia señalando con un gesto las fotos del archivo—. Tu abuelo debe verlas. —Hizo una pausa—. ¿Me contarás lo que descubras?, ¿lo que te diga tu abuelo?

Gabriel titubeó.

—¿No quieres mostrarle las fotos?

—Sí. —Gabriel jugueteó con el borde del fólder—. A riesgo de sonar como un asesino serial, estaba preguntándome si querrías acompañarme.

—¿A la casa de tu familia?

—Entiendo que tal vez debas regresar pronto a París, pero pensé…

—No —dijo Lia interrumpiéndolo—. Es decir, no, no necesito regresar a París de inmediato. Y sí, me gustaría mucho ir contigo.

Gabriel sonrió. La sonrisa llegó a sus ojos, enmarcándolos con ciertas arrugas.

—Bien. Me alegra.

El estómago de Lia dio un ridículo vuelco.

—Me gustaría mucho ir contigo —dijo ignorando la sensación—, porque pareciera que algunas de las respuestas que estoy buscando con respecto a mi abuela podrían encontrarse en el mismo lugar.

No porque Gabriel Seymour fuera guapo, encantador y gentil.

—Eso espero. —Él le sostuvo la mirada durante demasiado tiempo. Finalmente miró hacia otro lado y se aclaró la garganta—. Sería aún mejor si encontráramos también algunas respuestas sobre tus pinturas.

—¿Has logrado identificar alguna? —preguntó ella—. ¿O a quién pudieron pertenecer?

—Sí, a la primera parte de tu pregunta. Identificar a los artistas y sus obras es la parte fácil de esta ecuación. Identificar a los probables dueños será mucho más difícil. Debes estar preparada para la posibilidad de que no lo logremos.

Lia asintió con la cabeza.

—Me puse en contacto con un amigo, Patrick Langford. Nos graduamos al mismo tiempo de la escuela de arte y ahora trabaja en Sotheby's. Su trabajo consiste en verificar la procedencia de cada pintura y objeto de arte que cruza las puertas de Sotheby's, y en asegurarse de que lo que la casa de subastas recibe en consignación no sea robado. A lo largo de los años, se ha especializado en obras de arte robadas por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Dedica gran parte de su tiempo libre a investigar y buscar tesoros perdidos de esos años.

—¿Y aceptó ayudarnos?

—Uf, sí. Casi se desmaya cuando le mostré las fotos y le dije dónde se habían encontrado las pinturas. —Gabriel sonrió —. Patrick tiene contactos con museos y casas de subastas de todo el mundo, y trabaja de cerca con organizaciones como Monuments Men Foundation. Tiene acceso a muchas bases de datos aquí en Europa y en el extranjero. También tiene acceso a los detallados registros que los propios nazis llevaban y que, irónicamente, han resultado sumamente valiosos.

Lia asintió.

—¿Le dijiste que no estoy lista para vender esas pinturas, aun si pudiera? Al menos no todavía.

—No te preocupes. Se lo dejé bien claro. —Gabriel tamborileó en la orilla de la mesa—. Tanto él como yo hicimos una búsqueda del nombre Aviva, pero no encontramos ninguna

pista. Lo que no es extraño, considerando que probablemente era una niña.

—Supongo que habría sido demasiado fácil.

—Sí. —Gabriel hizo una pausa—. ¿Has pensado más acerca de qué te gustaría hacer con las pinturas, al menos en el corto plazo?

—Me gustaría exhibirlas.

—¿En París?

—Para empezar. Merecen estar expuestas, no escondidas en un cuarto oscuro. ¿Qué opinas?

—Creo que es una buena idea. Y como la intención es devolverlas a sus dueños legítimos, hacer que más ojos las vean incrementará las posibilidades de que alguien reconozca una pintura que alguna vez perteneció a su familia. Patrick puede ayudarnos también con eso.

—¿Cómo le haré para montar una exhibición?

—Déjalo en mis manos. Tengo en mente algunas galerías y museos de París que podrían ser adecuados tanto por su tamaño como por su seguridad. Tus pinturas no son precisamente la Colección de Gurlitt, pero sospecho que atraerán un público numeroso.

El teléfono de Gabriel sonó, y él se levantó para tomarlo del escritorio. Luego miró la pantalla.

—Disculpa, debo tomar esta llamada —dijo—. Pero puedes recorrer el lugar con toda confianza. Mi estudio está por ahí.

Gabriel señaló una amplia entrada e hizo un gesto de pesar mientras contestaba la llamada.

Lia hizo un ademán para indicarle que no eran necesarias sus disculpas. Entonces se levantó y caminó hacia el estudio. Las paredes de ladrillo y los antiguos pisos de madera continuaban en ese espacio, pero ahí era donde terminaban las similitudes. Su estudio, iluminado con luces brillantes, parecía una mezcla bien organizada de laboratorio y museo. Una mesa enorme dominaba el centro del recinto. El lienzo de Munch yacía en uno de sus extremos. Por encima de la mesa, una serie de instrumentos bajaban serpenteando desde las vigas descubiertas y quedaban suspendidas sobre la superficie de la mesa: un microscopio con un brazo con el cual podía manipularse, una serie de lo que parecían ser mangueras de aspiradora, dos lámparas con pantalla y una lupa de gran tamaño. Alrededor de la mesa había una flotilla de carritos con ruedas, cada uno con ordenadas hileras de pinceles, frascos,

herramientas y una numerosa colección de contenedores y botes. A la izquierda de Lia había unos gabinetes largos y blancos que presumiblemente contenían más de lo mismo y que corrían a todo lo largo del recinto. En la esquina de la derecha había una serie de escritorios y mesas, cada una con un instrumento de laboratorio, entre ellos un espectrofotómetro, una máquina de rayos X portátil y dos microscopios más. Los cables estaban enroscados ordenadamente por debajo, y en la parte de arriba había pantallas y teclados.

Lia siguió internándose en el estudio, atraída por las pinturas que colgaban de la pared opuesta. Era una colección ecléctica de pinturas antiguas y recientes. Los temas y estilos eran igualmente variados: retratos ejecutados con impecable realismo yuxtapuestos a paisajes impresionistas y naturalezas muertas abstractas. Cada una de ellas irradiaba color y vida, y eran a todas luces beneficiarias del talento de Gabriel como restaurador.

En la esquina había una estrecha puerta entrecerrada, detrás de la cual se alcanzaban a ver otras pinturas. Intrigada, Lia entró. Una vez dentro, empezó a girar lentamente. La luz fresca y brillante de las enormes ventanas que daban al noroeste iluminaban una algarabía de color. Y es que en esa habitación había docenas de pinturas, algunas colgadas en las paredes, otras puestas en el piso y recargadas en la pared. El olor inconfundible del óleo y del aguarrás se mezclaban en el aire y delataban creación, no simple restauración. En el centro del espacio había dos caballetes, cada uno con un lienzo. Lia se acercó al primero, incapaz de apartar la mirada.

Era la pintura de una *ballerina*, la bailarina atrapada en el momento que se elevaba hacia el cielo, su falda color marfil ondeando alrededor de sus piernas, sus brazos estirados formando gráciles líneas. Contra un fondo de sombras oscuras, el brillo resultaba deslumbrante, como si la bailarina estuviera saltando fuera del escenario y hacia el espectador. No obstante, fue su expresión, atrapada en pinceladas de color y luz, lo que hizo que Lia contuviera el aliento. La *ballerina* veía más allá del espectador mientras bailaba, y la alegría que el artista había capturado en sus rasgos era cautivadora. Como si aquella mujer viviera y respirara su arte y cada movimiento fuera una celebración de ese amor.

—¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de Gabriel vino de atrás de ella.

—La puerta estaba abierta. Me dijiste que podía recorrer el lugar.

—Me refería a mi estudio, no a... esto.

—Tú pintaste todas estas, ¿no es cierto? —preguntó ella.

—Sí —respondió él secamente.

—Eres un artista —dijo ella. Sus ojos seguían puestos en la bailarina de ballet.

—No. Soy valuador de arte y restaurador —replicó—. Que pinta por diversión.

Ella frunció el ceño.

—Estas no fueron pintadas por un hombre que simplemente pinta por diversión.

—Agradezco tus amables comentarios, pero no eres una experta en la materia, señorita ingeniera.

Daba la impresión que Gabriel estaba a la defensiva.

—No, supongo que no. —Lia dio un paso hacia el caballete—. Esta mujer que pintaste... la conoces bien. Es una amiga. ¿O una amante?

—Amiga —respondió él, claramente sorprendido.

—Ah.

—Era mi vecina cuando yo estudiaba en la escuela de arte. Ella y su esposo son bailarines del Royal Ballet. Ahí fue donde se conocieron. —Hizo una pausa—. ¿Cómo supiste que era una amiga?

—Esta es una pintura de su personalidad, no solo de su imagen.

Gabriel se colocó junto a ella, pero no dijo nada.

—¿Cómo se llama? La pintura.

—Mmm.

—Dime que tiene un nombre.

—Lo tiene. —Gabriel se detuvo—. Se llama *Primer amor*.

—Ah. —Lia sonrió—. Sí, puedo verlo. ¿Tu amiga ha visto esta pintura?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque, como ya dije, estas pinturas son un simple pasatiempo.

—No estoy de acuerdo.

Lia se apartó de él y se acercó al segundo lienzo, montado en el caballete de atrás.

Esa era la pintura de una pareja bailando lo que era, sin lugar a dudas, un tango. El fondo estaba hecho con púrpuras y azules oscuros, y la ilusión de una única luz iluminaba a las

dos figuras. Una de las manos de la mujer descansaba en el hombro de su compañero, la otra estaba entrelazada con la de él. Daba la espalda al espectador, y su vestido dorado y cabello rubio contrastaban con el traje oscuro de él y con su mano, posada en la parte baja de su espalda. Los rostros de los bailarines estaban ocultos, y sus cabezas se inclinaban íntimamente una hacia otra. Sus siluetas estaban ligeramente difuminadas en los bordes, como si fuera imposible contener sus movimientos.

Lia sintió un nudo en la garganta. No pudo apartar la mirada. La imagen suscitó en ella un intenso anhelo que la tomó por sorpresa.

—¿Lia? ¿Estás bien?

Ella sacudió la cabeza, tratando de despejarse de la emoción que le constreñía la garganta.

—Eres un tonto —logró decir.

—¿Disculpa?

—Esta pintura. Es… —Lia batalló para encontrar la palabra correcta. «Hermosa» resultaba inadecuada. «Deslumbrante» no era suficiente siquiera.

—Un pasatiempo —recitó Gabriel.

Lia lo ignoró.

—Cuando veo esto, quiero ser esa mujer. Quiero escuchar la música, sentir el calor de otro cuerpo junto al mío. Quiero vivir en ese momento cuando no existe nadie más que el hombre que me abraza como si yo fuera la única mujer en la tierra. Me gustaría bailar exactamente así.

Gabriel no respondió. Lia volteó y lo descubrió mirándola fijamente, buscando sus ojos y con una expresión peculiar en el rostro.

—¿Cómo se llama esta? —preguntó.

Gabriel bajó la cabeza, claramente incómodo.

—¿Cómo se llama? —insistió Lia.

—*Après*

—¿Quiénes son? La pareja de la pintura.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Estaba en Gijón en viaje de trabajo —dijo Gabriel—. Iba caminando de regreso a mi hotel y ya era tarde. Los bares, teatros y restaurantes ya habían cerrado. Ellos estaban bajo una farola, en una pasarela peatonal en la orilla del mar. No había música ni público. Solo estaban bailando después de que todos se habían ido. —Hizo una pausa—. Bailando únicamente

para ellos. Supongo que me causaron una fuerte impresión.

Lia pasó saliva. La emoción seguía apretándole la garganta.

—¿Qué haces con tus pinturas? —preguntó bruscamente —. ¿Las vendes?

—No. —Gabriel metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de mezclilla—. Cuando se me acaba el espacio aquí, las llevo a Millbrook. Si los muros de la mansión fueron suficientes para las obras de mis ancestros, son suficientes para mí.

—Pero ¿nunca has exhibido tu obra?

Gabriel volvió a mirar el lienzo.

—Lo he considerado. Mi abuelo y mi padre no dejan de acosarme al respecto.

—¿Pero?

—Pero solo sería una distracción de mi trabajo real. No hay necesidad. Exhibirlas sería frívolo y una pérdida de tiempo y dinero.

—¿Frívolo? —Lia cruzó los brazos—. Bueno, entonces supongo que tampoco hace falta que yo exhiba las pinturas que encontré en el departamento de mi abuela.

—Comprendo lo que tratas de hacer, pero no funcionará. El arte que salió de ese departamento y lo que yo hago… no es lo mismo.

—¿No es ese el meollo del asunto, que cada obra es diferente, que cada una infunde y evoca distintas emociones, dependiendo de quién está contemplándolas?

—Ahora solo estás siendo fastidiosa.

—No, solo soy honesta. No te haces ningún favor al llamar «pasatiempo» a lo que has hecho aquí.

—Por el contrario, me hago un gran favor al reconocer mis limitaciones. Que es mucho más de lo que puede decirse de las generaciones que me antecedieron.

—¿Y eso qué significa?

—Mi bisabuelo, mi abuelo e incluso mi padre gastaron cantidades extraordinarias de tiempo y dinero persiguiendo el sueño imposible de adquirir fama y fortuna con sus pinturas. Y todos esos esfuerzos fueron recompensados con decepción y rechazo. Si nuestra familia no hubiera tenido la suerte de poseer vastas extensiones de tierras productivas y una mansión que pudo transformarse en un negocio, y si nuestra familia no hubiera tenido la fortuna de tener mujeres prácticas e inteligentes que se ocuparan del negocio y se aseguraran de

que sus hombres no las llevaran a la ruina en su persecución de un sueño imposible, las cosas podrían ser muy diferentes ahora.

—No creo que tus ancestros hayan tenido el talento que tú tienes —murmuró Lia, pensando en el entusiasta paisajito que, en última instancia, la había llevado ahí.

—No estás escuchándome. El talento es solo una parte de la ecuación y, por si fuera poco, es una criatura voluble y caprichosa, sujeta a caprichos y a la suerte. No se puede confiar en ella. De modo que sí, aunque heredé el amor por el arte, no heredé la idea equivocada de que es suficiente. Uní ese amor con el sentido común y con la consciencia de que las habilidades que pueda poseer pueden usarse para un mejor propósito.

—Eso suena muy… práctico.

Pero esas palabras no tenían cabida entre la emoción y el esplendor de los lienzos que la rodeaban.

—Lo tomaré como un cumplido. Los hombres de mi familia siempre han sido considerados unos románticos empedernidos, consentidos por sus familias. No tengo interés en que me consientan.

—¿Y crees que estoy expresando mi admiración para consentirte?

—Escucha, aprecio el voto de confianza, y mi ego te lo agradece. Pero he encontrado mi rinconcito en mi área de especialización, el cual me da inmensas satisfacciones y felicidad.

Lia volteó hacia los dos bailarines y recorrió con el dedo el borde inferior del caballete.

—Véndeme esta pintura.

—¿Cómo dices?

—Quiero comprar esta pintura.

—No vendo mis pinturas.

—De acuerdo. Entonces hagamos un intercambio.

—Yo no… ¿qué?

—Elije una pintura de las que estaban en la pared de la sala en el departamento de París. Uno de los paisajes que estoy prácticamente segura de que pertenecían a mi abuela. El que más te guste.

—No seas ridícula —dijo Gabriel riéndose—. Cada una de esas pinturas vale una cantidad significativa.

—Y no significan nada para mí. Las veo y no siento nada.

—No permitiré que hagas eso.

—Entonces véndeme esta pintura. —Lia se giró y lo miró directamente a los ojos—. Toda esa practicidad y sentido común de los que acabas de alardear… No se me ocurre una mejor manera de demostrarlos. Una venta te evitará la molestia de transportarla a Norfolk para arrumbarla. Seguramente a esa mansión ya se le están acabando los cuartos luego de tres generaciones, ¿no?

Gabriel empezó a rayar el piso con la punta del zapato, claramente incómodo.

—Yo…

—Por favor —dijo Lia.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Si insistes, te la venderé. No quiero discutir.

—Bien. —Lia se sintió absurdamente satisfecha—. Y compraré también la bailarina de ballet.

—Desvergonzada.

—No. Cautivada. Conmovida. —Lia se puso las manos en la cintura—. Podemos acordar el precio de camino a Norfolk.

14

Sophie

Bedfordshire, Inglaterra
1.º de agosto de 1943

Tempsford Hall se extendía elegantemente, rodeado de frondosa vegetación. Sophie imaginó inmediatamente solemnes damas y caballeros de la época victoriana, con fastuosos vestidos y elegantes sombreros, hablando de nada más importante que el faisán servido a la hora del almuerzo. En su imaginación había niños despreocupados corriendo y jugando en el pasto, con pelotas rebotando delante de ellos y perritos ladrándoles y pisándoles los talones.

Una tontería, por supuesto, pero Sophie quiso imaginar por un instante a Tempsford Hall en una época más feliz y tranquila. Antes de que se convirtiera en base de operaciones para los agentes que estaban a punto de despegar del aeródromo cercano. Antes de que las personas que recorrían sus instalaciones vistieran uniformes, caminaran apresuradamente con gesto ceñudo y miraran con desconfianza a los recién llegados. Antes de que sus huéspedes y residentes fueran depositados continuamente en territorio enemigo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Sophie al hombre que caminaba a su lado mientras entraban en la casa. Gerard no había dicho nada en el viaje desde Londres.

De hecho, en el tiempo que habían estado juntos desde que recibieron sus órdenes, Gerard Beaufort rara vez había hablado con Sophie, y solo cuando fue absolutamente indispensable.

—Hambriento —respondió él de mala gana.

—No me refería a eso. Me preguntaba si habías pensado más en la mejor manera en que podríamos…

—¡Santo cielo, mujer! Ya expresé claramente mis expectativas con respecto a nuestra… colaboración. Lo que menos necesito es que estés fastidiándome constantemente durante las dos semanas que faltan para nuestra partida. —Se caló el sombrero y luego maldijo cuando este bajó demasiado —. De hecho, no necesito nada de ti —dijo entre dientes mientras volvía a subirse el sombrero.

—Entiendo que te sientas ansioso, pero…

—No estoy ansioso —dijo mirándola con desdén—. Tampoco siento miedo, aprensión, preocupación ni ninguna otra emoción que estés sintiendo y proyectando en mí. Soy un soldado, y los soldados no tememos a nada.

Sophie suspiró.

—Eso no es lo que quise…

—Buenas tardes.

El saludo vino de una mujer de edad mediana con aspecto agobiado. Tenía una cinta métrica colgada al cuello, anteojos montados sobre su cabello cano, y un lápiz clavado en un chongo en la parte posterior de la cabeza.

—Buenas tardes —respondió Sophie.

—*Merde* —exclamó la mujer mientras contemplaba a Sophie. Deslizó los dedos a lo largo de su cinta métrica, como si se sintiera impaciente por empezar a tomar medidas—. Las mejores casas de alta costura de París se habrían peleado por vestirla.

Sophie se mordió los labios.

—Es muy amable de su parte.

—No es amabilidad. La amabilidad no puede construir una marca; solo las apariencias pueden hacerlo. El mantenimiento cuidadoso de un espejismo es capaz de convencer a las personas de que pueden ser algo que no son si poseen las cosas adecuadas. Todas las mejores casas de París lo saben.

—Usted trabajó en esas casas —dijo Sophie. Cuando vivía en París, solía caminar frente a las casas de costura que bordeaban la Place Vendôme. Y había visto a las mujeres que compraban ahí.

—En otra vida. Es lo que me hace buena en este trabajo ahora, ¿no? Vistiendo personas que son algo que no son. —La mujer encogió los hombros con un gesto muy a la francesa—. Me llamo Marie. El mayor Reed dice que necesitan ropa, ¿no? ¿Calcetines, sacos, maletas, zapatos?

—Sí, de todo, hasta las pantaletas.

—*Bon*. Síganme, *s'il vous plaît*. Marie los condujo a lo que probablemente había sido un estudio o la biblioteca antes de la guerra.

El espacio parecía una desordenada tienda departamental, con sacos, trajes y vestidos colgados de perchas con ruedas y colocados sobre sillas y mesas. Unas cajas, de lo que Sophie supuso que serían zapatos y accesorios, estaban apiladas contra una pared, y cerca de esta, dos mujeres trabajaban laboriosamente inclinándose sobre unas máquinas de coser.

—¿Es absolutamente necesario que esté aquí? —preguntó Gerard mientras miraba alrededor—. Estoy seguro de que mi… colega podría elegir algo para mí. Después de todo, se supone que es mi esposa, y ese es trabajo para una mujer.

Sophie se mantuvo impasible.

Los labios de Marie se estrecharon.

—Todos los agentes deben elegir sus efectos personalmente. Sin excepciones.

Gerard suspiró ruidosamente.

—Preferiría simplemente recoger mis papeles e ir a tomar una cerveza mientras esperamos.

«¿Y quién no?», quiso decir Sophie, pero se contuvo.

—La ropa se recoge primero aquí —recitó Marie, claramente molesta—. Papeles, dinero y armas, en el aeródromo. Allá también serán registrados. Ninguna parte de Inglaterra puede viajar a Francia, ¿de acuerdo? Eso es lo que provoca que los agentes no regresen.

—De acuerdo.

Gerard suspiró con fuerza otra vez, como subrayando su desagrado ante la inconveniencia.

Marie volvió a concentrarse en Sophie.

—Dígame qué necesita, qué espejismo quiere crear.

Arrancó el lápiz de detrás de su cabeza y agarró una libreta diminuta de una mesa atestada.

—Ropa que pudo haber sido costosa en su momento pero que se vea gastada. Algo que podría pertenecer a un empresario rico y a su esposa. Pero poco memorable.

—Ajá. —Marie hizo una anotación y contempló con ojo crítico a Sophie y Gerard—. Sí, sí. Sin problema.

—Y yo necesitaré un vestido que no parezca fuera de lugar en un escenario más glamuroso. Guantes. Accesorios.

A Marie se le iluminó el rostro. Luego se frotó las manos.

—Algo más memorable, ¿no?

—Sí. Y si tiene algo con una marca de lavandería o etiqueta que pudiera encontrarse en Marsella, sería muy conveniente.

—Tenemos etiquetas y artículos provenientes de muchas ciudades de Francia —dijo Marie casi con orgullo—. Algunas fueron… regalos, otras las copiamos nosotros mismos. No hay problema tampoco. —Se puso los anteojos sobre la nariz y observó a Sophie con más detenimiento—. *Mais,* su altura, Madame, sí puede ser problemática. Necesitaré ver qué tengo.

Gerard rio entre dientes.

Los ojos de Marie se clavaron en él.

—Usted, en cambio, es un hombre pequeño, ¿verdad? Encontrarle ropa no será difícil. Podemos dobladillarla aquí mismo.

Gerard se sonrojó, y Sophie encontró en el puño de su suéter un hilo suelto que súbitamente le pareció fascinante.

—Vengan —dijo Marie haciéndoles señas para que se internaran más en el estudio—. Haré ropa para Madame y Monsieur que sea a la vez memorable y poco memorable. Me aseguraré de que estén listos para su viaje a Francia.

Sophie estaba sobre el frío piso de metal del bombardero Hudson, sintiendo hasta los huesos las vibraciones de los motores. En la parte delantera del avión, el piloto y el navegante estaban inmersos en sus labores. A Sophie le sorprendía cómo aquellos hombres podían ubicarse en medio de la oscuridad, guiándose solo con las matemáticas, la luna y una que otra alma haciéndoles señas desde la negrura. También le sorprendían los artilleros apostados al frente y en la cola, quienes examinaban tierra y aire con intensidad inquebrantable. Les habían advertido del peligro del fuego antiaéreo, con explosiones capaces de desestabilizar la nave aun estando demasiado lejos para causar un daño real, pero hasta ese momento, afortunadamente, el vuelo había sido tranquilo.

A su alrededor había una docena de contenedores cilíndricos tan altos como ella, cada uno con su propio paracaídas. Su equipaje y una maleta llena de polveras plateadas, tubos de labiales brillantes y una selección de botellitas de rímel y sombra de ojos iban en uno. Los contenidos de los demás eran un misterio para ella, aunque no era difícil imaginar que se trataba de armas y suministros para

las fuerzas de la resistencia que iban a recibirlos.

Enfrente de Sophie, Gerard también descansaba en el piso del avión. El estruendo incesante de los motores del bombardero impedía toda clase de conversación informal, aunque su compañero no parecía más interesado que antes en hablar con ella. De hecho, no había dicho palabra desde que los dos se enfundaron en sus overoles y cascos y se ajustaron los paracaídas.

Sophie trató de no preocuparse por su testarudez. Tenía que creer que, una vez que estuvieran en tierra, se daría cuanta de que en verdad estaban en eso juntos. No necesitaba agradarle, pero sí que confiara en ella.

Sophie volteó y vio a un miembro de la tripulación que estaba recorriendo el avión y revisando hábilmente los arneses de los paracaídas acoplados a cada cilindro, mientras la luz de su linterna parecía flotar de arriba abajo. El tripulante se detuvo cerca de ella y se puso en cuclillas.

—¿Primer salto? —gritó para hacerse oír sobre los motores.

El destello de la linternita iluminó a un soldado que no podía haber tenido más de dieciocho años, con unos ojos azules y brillantes que le recordaron instantáneamente a Piotr.

—Sí —respondió Sophie—. Pero no es tu primera vez en esto, supongo.

—Es mi viaje treinta y ocho a Francia. Al menos sobre Francia. Ustedes nos mantienen muy ocupados. —Dio unos golpecitos orgullosamente en el fuselaje—. Aunque nunca he ido a París. Siempre quise ir. Mi mamá fue una vez y le pareció la ciudad más hermosa que había visto. Dijo que ir a la basílica del Sagrado Corazón era como estar parado en la cima del mundo.

—Tenía razón —dijo Sophie.

—Aunque no tan hermosa ahora, me imagino, con todas esas malditas banderas nazis colgadas por todas partes.

—Estamos trabajando en ello —dijo Sophie sonriendo. Era imposible no sentir simpatía por él.

—El piloto calcula que estamos a cinco minutos. —Señaló con un gesto los cilindros—. Solo recuerde: una vez que el piloto verifique la señal de tierra y dé el visto bueno, soltaremos el cargamento primero para que no les caiga encima —dijo sonriendo—. Podría resultar incómodo.

Su expresión, sumada al color de sus ojos, le recordó tanto a su Piotr que Sophie dio un grito ahogado y se llevó la

mano a la boca.

La sonrisa del soldado se desvaneció.

—No, va a estar bien. El salto no será difícil.

—No es eso. Es solo que… me recuerdas a alguien. Mi marido —dijo Sophie nerviosamente.

El soldado volteó hacia donde Gerard aguardaba en silencio y sin moverse.

—Él no es mi marido. Solo mi… compañero.

—Ah. Eso tiene más sentido. —Otra sonrisa cruzó su joven rostro—. Un hombre con suerte, su esposo. Tal vez un día yo tenga la suerte de encontrar una esposa dispuesta a saltar de un avión conmigo.

«Ay, Piotr, cómo te habría agradado este chico», pensó Sophie mientras una esquirla de pena se le clavaba profundamente en el pecho. Aun después de tantos años, esos fragmentos persistentes seguían sorprendiéndola en momentos inesperados, provocándole un dolor tan intenso como siempre.

—Buena suerte —dijo el soldado—. Saquen a los malditos alemanes de Francia.

Entonces se levantó y continuó con la inspección del cargamento.

Sophie gateó cuidadosamente alrededor de la abertura por la que saltarían en unos instantes.

—Cinco minutos —le gritó a Gerard.

Él volteó y desvió la mirada inmediatamente. Aun con poca luz, Sophie pudo ver su expresión ceñuda.

—Soltarán el cargamento primero y nosotros iremos después —continuó.

Gerard no respondió.

—¿Me escuchaste? —preguntó ella—. Tenemos que esperar…

—Escuché la primera vez —respondió él bruscamente—. Sé lo que estoy haciendo. No necesito que estés dándome lata como una maldita verdulera.

Sophie levantó las manos haciendo el gesto de apaciguar y regresó al otro extremo, delante de la abertura para saltar. El joven soldado y uno de sus compañeros iban ahora de regreso, acoplando con movimientos expertos los arneses de los cilindros a la cuerda de apertura automática de paracaídas. Ella permaneció donde estaba para no estorbar mientras el sonido de los motores cambió y el avión perdió altura. El piloto hizo descender al enorme bombardero y voló bajo, presumiblemente buscando algo en tierra. La señal del comité

de recepción, supuso Sophie, aunque era un misterio para ella cómo el piloto de un bombardero de ese tamaño podría ver las luces de unas cuantas linternas en tierra.

Los motores retumbaron y chirriaron, y el avión se elevó bruscamente.

—¡Estamos listos! —gritó el tripulante—. En espera de altitud.

El avión volvió a nivelarse al cabo de unos instantes, y Sophie vio cómo los dos hombres movían y soltaban hábilmente cada cilindro a través de la abertura parecida a una chimenea. Cerró los ojos y desaceleró su respiración, visualizando lo que debía hacer en los próximos minutos una vez que el avión hubiera descendido y realizado su pase final. «Pararse», recitó mentalmente las órdenes del entrenamiento. «Acoplar a la cuerda de apertura automática. Esperar. Acercarse a la abertura. Saltar…».

—¡Oiga!

Un grito alarmado en la parte de atrás hizo que abriera bruscamente los ojos.

—¿Qué demonios? —gritó el segundo soldado con voz ahogada por el clamor del aire y el rugido de los motores.

Los dos soldados habían terminado de soltar los cilindros y estaban regresando a sus posiciones cerca de la punta del avión, pero ahora miraban horrorizados hacia atrás.

Sophie volteó siguiendo la dirección de sus miradas. Gerard se había levantado y había acoplado su arnés a la cuerda de apertura automática. Estaba parado en el borde de la abertura de salto.

—¡Espera! —gritó Sophie gateando hacia él.

Gerard ni siquiera volteó.

—No podrás con esto —dijo él—. Será mejor que vaya solo.

Estiró los brazos a sus costados y agarró con fuerza su overol.

—Hay que esperar a que…

Gerard saltó.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó el joven soldado. Había llegado a la abertura de salto y estaba mirando hacia abajo, incrédulo.

El piloto y el navegante les gritaban preguntas a los dos tripulantes, pero Sophie no logró entender lo que decían.

—Tenía que esperar al segundo pase —dijo el soldado volteando hacia Sophie con los ojos muy abiertos—. Va a caer

en los malditos árboles.

—¿Qué?

—Hay un bosque en el lado este del campo de papas. Por eso hacemos dos pases, el primero para el cargamento y el segundo para los paracaidistas. ¡Mierda!

El avión empezó a descender otra vez.

—Lo buscaré —gritó Sophie.

—Necesitará retroceder al este. Seguramente cayó sobre las copas de los árboles. Imposible que haya llegado al suelo. Si tiene suerte, estará colgado ahí. —El soldado no tenía que decir cuáles eran las consecuencias—. Será blanco fácil si lo descubren. —El avión se enderezó—. ¡Prepárese! —gritó y se dirigió al frente del avión para hablar con el piloto.

La preocupación por Gerard y el daño que su estupidez pudiera infligir en la misión anularon cualquier temor que Sophie pudiera tener con respecto al salto. La luz roja se prendió sobre su cabeza. Se acercó al borde de la oscura abertura mientras el aire aullaba y chillaba bajo sus pies. La luz cambió a verde y Sophie saltó.

La caída libre a través del espacio le produjo una sensación peculiar, terrorífica y excitante a la vez. El entrenamiento en suelo conocido era una cosa, pero lanzarse hacia lo desconocido era algo totalmente distinto. También era una sensación extrañamente pacífica, reflexionó Sophie, luego de que las vibraciones que le habían hecho castañetear los dientes y el estruendo de los motores se redujeran a un chirrido distante.

El aire soplaba con fuerza a su alrededor mientras los cordeles de los pliegues de su paracaídas se rompían rápida y ordenadamente. Por fin, luego de que el último cordel se reventara, el paracaídas se abrió. Sophie sintió un jalón hacia arriba, y su caída se desaceleró de un momento a otro. Arriba, la luna brillaba intensamente. La luz pálida se reflejaba en un río que serpenteaba a su derecha y proyectaba sombras irregulares en tierra. A su izquierda, más allá de una franja negrísima de lo que supuso que eran árboles, entrevió lo que parecía ser un techo: una superficie lisa como un lienzo pálido entre la oscuridad.

Sophie se concentró en la tierra, tratando de anticipar el aterrizaje. Conforme se acercaba, levantó la mano lo más que pudo, agarró el arnés y lo jaló hacia abajo. Sus pies tocaron el suelo y ella se dejó caer de costado, aterrizando con fuerza sobre sus caderas. Su paracaídas se hinchó y la jaló unos

cuantos metros, para después desinflarse como un globo.

Sophie permaneció unos instantes en el suelo mientras recuperaba el aliento. El terreno estaba húmedo de rocío. El ligero aroma de las plantas en descomposición se mezclaba con el olor de la tierra fértil. Sophie se levantó hasta quedar de rodillas y se quitó el arnés. Luego se quitó el casco y miró alrededor. Estaba en los límites de un extenso campo. Un oscuro muro de arbustos o árboles bordeaban sus cuatro lados y se tragaban toda la luz de luna. No vio señales de los cilindros que habían soltado antes de que ella saltara. No sabía dónde ni cuándo se materializaría el comité de recepción que debía recibirla, pero por lo pronto debía hacer algo con el paracaídas y salir del claro. Recogió entre sus brazos la tela sin vida y la arrastró hacia la línea de árboles más cercana, lejos del campo expuesto.

Bajo la sombra de los árboles había un silencio inquietante, interrumpido solo por las frondosas ramas que, en lo alto, murmuraban al paso del viento. Sophie forzó la vista, pero nada se movía. Silbó, dos notas descendentes que la identificarían ante el comité de recepción, pero no obtuvo más respuesta que el silencio. Según pasaban los minutos, se preguntó si la habrían dejado caer en el lugar equivocado o si, por alguna razón, se había desviado fuera de curso.

Pero quedándose ahí, agazapada entre la humedad y la oscuridad, no ganaría nada. No podía continuar ahí cuando el sol saliera dentro de unas cuantas horas. Metió el paracaídas y el casco bajo un arbusto. Luego se quitó las vendas de soporte de los tobillos y las agregó al montón oculto. Finalmente, se dirigió en silencio hacia la construcción que creyó haber visto durante el descenso.

Un búho ululó a la distancia y su inquietante llamado hizo eco entre los árboles. Sophie se concentró en mantener una respiración relajada y constante, y en pisar de manera deliberada y cuidadosa. Una gruesa capa de hojas pútridas y húmedas amortiguó sus pasos hasta que llegó a los límites de lo que parecía ser una graja abandonada. ¿Sería esa la granja correcta? ¿Estaría al menos cerca de Gasny?

A unos pasos estaba una casita baja con las ventanas tapiadas y la puerta bien cerrada. No había humo delator saliendo de la chimenea ni ropa tendida en la cuerda que había afuera. Detrás de la casa se veía la silueta mayor de un establo. Sophie se puso en cuclillas y titubeó, dudosa de acercarse.

Un destello bajo la puerta de la casita la dejó helada. La

luz desapareció casi tan rápido como había aparecido, pero Sophie supo que no la había imaginado. No se encontraba sola. Una vez más, titubeó.

Era posible que se tratara de una trampa. Era posible que al interior de esa construcción hubiera miembros de la Gestapo o de la *gendarmerie*, esperando como arañas hambrientas para devorar a la presa que se acercara demasiado. Esperando para atrapar al incauto en su red de tortura y depravación.

Sophie frunció el ceño. Considerando el número de cilindros que se habían soltado antes de su salto, el tiempo que había tardado ella en descender y el tiempo que había estado expuesta en aquel campo, ocultarse en una casa abandonada le pareció un método poco efectivo para cazar. Era más probable que quienes estaban escondidos ahí fueran las personas que iban a recibirla.

Sophie se apartó de la protección de los árboles y cruzó apresuradamente el claro de la granja. Subió por los escalones de la casa, y la madera vieja crujió bajo su peso. Lentamente, levantó la barra de la cerradura y empujó la puerta. No hubo disparos ni gritos; nadie apareció para enfrentarla. Sophie se internó en la casita, dejando la puerta abierta para facilitar un escape rápido, e intentó ver en el oscuro espacio.

Y es que no estaba sola. Pudo detectar el olor de cuerpos desaseados entre la humedad de una construcción cerrada durante demasiado tiempo. Alguien tosió en la oscuridad. Fue un sonido leve, frágil. Sophie buscó su linterna en el bolsillo del overol. La encendió y por poco se desmaya. Al menos una veintena de pares de ojos la miraban desde rostros demacrados, pálidos, temerosos, y ninguno mayor de diez años.

—¿Vino para llevarnos al funeral?

La pregunta la hizo una niñita de voz delgada y aguda que se había adelantado arrastrando los pies.

—¿El funeral? —repitió Sophie. ¿A dónde diablos había ido a parar?—. ¿Están aquí solos? —preguntó, tratando de comprender lo que estaba pasando y quiénes eran esos niños —. ¿Dónde están sus padres?

La niña retrocedió apresuradamente a la seguridad del grupo con una expresión que parecía ser de miedo. Uno de los niños más pequeños empezó a llorar.

—¿Necesitan ayuda? —probó a decir—. ¿Hay algo que pueda…?

—¿Quién eres?

La voz vino de la puerta abierta. La silueta de una figura envuelta en un abrigo abultado se recortaba contra la luz pálida de la luna. Llevaba un arma. Sophie podía ver el brillo apagado del cañón.

—Usted primero. —Sophie apagó la linterna y se colocó delante de los niños. Luego reacomodó la linterna en su mano. No era una gran arma, pero era mejor que nada. Ya en otras ocasiones se las había arreglado con menos.

—¡Contra la pared! —El cañón del arma se movió brevemente hacia un lado de la habitación—. ¡Ahora!

—No pienso moverme…

La niña que había hecho la pregunta se separó súbitamente del grupo de niños y abrazó al hombre por la cintura, profiriendo un torrente de palabras prácticamente incompresibles.

El cañón del arma siguió apuntando firmemente hacia Sophie.

—¿Cuántos de ustedes hay ahí? —preguntó.

—¿Qué?

—Dije que cuántos…

—Georges, baja esa maldita arma.

Una voz nueva lo había interrumpido.

Otra linterna se prendió y se dirigió hacia Sophie, que hizo una mueca y levantó una mano para protegerse del destello que la desorientaba.

—*Merde* —dijo entre dientes el recién llegado. Luego apagó la linterna y silbó las dos notas descendentes que Sophie había intentado en los árboles—. Se suponía que debía esperarnos afuera.

Sophie repitió el silbido.

—Los esperé —dijo.

—¿Conoces a esta mujer? —preguntó enfurecido el hombre llamado Georges, aunque bajó el arma.

—No. Sí. —El recién llegado agitó la mano—. Es de los nuestros.

—Mmm —gruñó Georges—. No debería estar aquí.

—Sí, sí —respondió con cansancio el hombre—. Lo remediaré de inmediato. —Se movió hacia un lado y su silueta se fundió con la fluida negrura del interior de la casa—. Después de usted, Madame.

Sophie miró una vez más a la niña, que seguía abrazada del hombre del arma. Su rostro era un óvalo pálido en la luz escasa.

—Mis disculpas —dijo Sophie, y salió de la casita.

La puerta se cerró detrás de ella. Su escolta iba pisándole los talones, como si temiera que ella regresara.

—¿Quiénes son esos niños y por qué están ahí? —preguntó Sophie.

—No es asunto suyo. ¿Por qué estaba en la casa?

—Estaba buscándolos, obviamente. —Sophie se detuvo, rehusándose a seguir hasta obtener respuestas—. Si están pensando en hacerles daño a esos niños…

—¿Daño? —El hombre parecía indignado—. Puedo asegurarle, Madame, que no estamos haciéndoles daño.

—Están muy delgados. Uno de ellos parecía enfermo.

—Es lo que ocurre cuando pasas mucho tiempo en áticos y guetos.

—Me preguntaron si estaba ahí para llevarlos al funeral —insistió Sophie—. Quiero saber qué van a hacer con ellos.

El hombre maldijo por lo bajo, pero le respondió.

—Los vamos a sacar de Francia.

—¿Cómo?

—No en un vagón para exterminarlos —dijo entre dientes.

—¿A cuántos niños?

—Todos los que podamos.

—¿Y el funeral que mencionaron?

—Es una de las maneras en que Georges los cruza en la frontera suiza: disfrazándolos de dolientes.

—Y luego, ¿qué pasa con ellos? —preguntó Sophie.

—*Merde*.

—¿Qué pasa con ellos? —insistió.

—Los colocan con familias que pueden cuidar de ellos. ¿Satisfecha?

—Sí.

—Qué bueno, porque no pienso decir nada más sobre el asunto, por mi seguridad, por la de usted y por la de ellos. ¿Entendido?

—Sí.

—Sígame. —El hombre se adelantó a ella—. Nuestro asunto está en el establo.

Sophie hizo lo que le pidió.

—Me llamo Henri —dijo mientras rodeaban la casita—. ¿Usted es Celine?

Al oír su alias la invadió un sentimiento súbito de alivio que casi le provoca un mareo. Alivio por haber sobrevivido al

salto, por estar donde debía estar, por no estar sola.

—Creí que serían dos —dijo Henri.

—Éramos. Somos. Saltó antes de tiempo.

—¿Vio dónde?

—Hacia el este.

Sophie repitió lo que el tripulante del bombardero le había dicho.

Henri maldijo en voz baja.

—¿Y su paracaídas?

—En los árboles, bajo un arbusto a la orilla del campo.

—Enviaré alguien para que lo recoja. Sígame.

Sophie siguió a Henri a través del terreno de la granja de potreros vacíos. En el centro estaba la carcasa de un antiguo tractor, y pese a la poca luz, era posible ver sus entrañas saqueadas desparramándose sobre el piso. Conforme se acercaban al establo, Sophie pudo ver una tenue línea de luz debajo de la amplia puerta.

Su guía levantó la barra del cerrojo, abrió la puerta y le hizo señas a Sophie para que entrara. La puerta se cerró silenciosamente a sus espaldas girando sobre bisagras bien aceitadas. Sophie parpadeó ante la débil luz de un farol y miró alrededor. Dentro del establo no había ganado. Las ventanas estaban tapiadas y el piso, cubierto de paja polvorienta. Una sólida escalera llevaba al pajar, donde dos hombres subían con ayuda de un cabrestante uno de los cilindros que habían estado en el avión con Sophie en el cielo oscuro.

—¿Recogieron todos?

Henri se adelantó a Sophie para hablar con los dos trabajadores.

Bajo la luz, Sophie pudo ver que Henri tendría no más de treinta años. Su cabello castaño y rizado escapaba de los bordes de una gorra de tela calada firmemente hasta la frente. Tenía ojos oscuros e inteligentes y un rostro amplio, y usaba las prendas toscas de un obrero o un granjero, con un saco remendado en los codos y el cuello. Se movía con la facilidad y la eficiencia de un atleta. Sus preguntas eran directas, pero no groseras.

—Este es el último —dijo el más alto de los dos mientras miraba a Sophie—. Los explosivos están al fondo, lejos de las armas y las municiones.

—Bien.

—Las cosas de ella están aquí abajo.

El hombre señaló hacia un lado del establo donde no

llegaba la luz.

No se presentó, y Sophie tampoco se prestó para cortesías.

Henri volteó hacia Sophie.

—Puede quitarse el overol aquí. Nosotros nos desharemos de todo lo que no necesite.

Sophie asintió con la cabeza y extrajo un paquete de documentos del bolsillo interior del overol, su identificación y libretas de racionamiento, todo perfectamente envuelto en hule. Luego puso los papeles a un lado, se quitó el overol e hizo un pequeño bulto con él.

Los hombres que estaban en el pajar terminaron sus labores y bajaron por la escalera. Conversaron brevemente y en voz baja con Henri y luego se fueron. Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Sophie hurgó bajo su suéter y sacó los fajos de billetes falsificados que llevaba amarrados a la cintura. Luego los dividió según las instrucciones que le habían dado antes de que abordara el bombardero.

—Georges es un buen hombre.

El comentario vino de detrás de Sophie. Al girarse descubrió que una niña con dos coletas y ropa de muchacho estaba mirándola. Estaba recargada en un poste. Llevaba una mochila de lona atada con correas que le cruzaban el pecho y tenía un cigarrillo apagado entre los labios.

No, comprendió Sophie. No era una niña. Descontando el cigarrillo, los ojos cafés e inalterables que la contemplaban eran sumamente viejos, y un frío cinismo ocupaba el lugar de la inocencia juvenil. Sophie no tenía idea de dónde había salido.

—No sé de qué ni de quién hablas —respondió Sophie.

—Mmm. —La chica se quedó mirándola—. Bien. Me alegra que nos entendamos.

Sophie puso los fajos de billetes sobre una mesa basta.

—No hay nada malo con que personas como tú estén en lugares donde no deben estar, siempre y cuando no dejen que los sorprendan —dijo la chica—. Si quieres vivir para ver el final de esta guerra, te sugiero que evites que te descubran.

—Entendido.

—Bien, ya se conocieron. —Henri apareció detrás de la mujer mientras se dirigía al extremo opuesto del establo, donde estaba el farol—. Céline, Vivienne. Vivienne, Céline.

La diminuta mujer inclinó la cabeza, y Sophie correspondió al saludo.

—Puede darle a Vivienne el dinero que envió Londres —dijo Henri con su brío característico—. Ella lo hará llegar a donde tiene que ir. También lleva información y mensajes a donde tienen que ir. Entra y sale de la ciudad dos veces a la semana para apoyarnos.

Henri continuó su camino hacia el otro extremo del establo.

Sophie le entregó los tres fajos de billetes falsos a la mensajera, los cuales desaparecieron dentro de su mochila.

—Debo encontrarme con una mujer en París.

—Lo sé —respondió Vivienne—. «La Chanteuse».

—Sí. ¿Ella es parte de tu red?

—De cierto modo —dijo Vivienne.

—¿Confías en ella?

Vivienne la miró con severidad.

—Le confiaría mi vida. He trabajado con ella desde que empezó esta pesadilla.

—Mmm.

—Te diré cómo encontrarla. Y también te daré instrucciones para encontrarme en caso de que lo requieras. Reparto verduras periódicamente en hoteles, restaurantes y cafés —explicó.

—Entiendo.

—¿Requerirás comunicación radial con Londres durante tu estancia?

—No. Al menos no de inmediato.

—¿Sabes cuánto tiempo estarás en París?

—Nos sacarán por avión. Mismo lugar, la próxima luna llena.

—Creí que llegarían dos. ¿Dónde está tu compañero?

—No estoy segura.

Las cejas de Vivienne saltaron hacia su frente.

—¿No estás segura? ¿Cómo que no estás…? ¿A dónde vas con todo eso?

Henri había regresado con el farol, un cuchillo y una cuerda enrollada que llevaba colgada al hombro. Entonces intercambió miradas con Sophie y dijo:

—Saldremos a buscar un espía.

15

Estelle

París, Francia
20 de agosto de 1943

Estelle estaba bajo los árboles del lado oeste de la amplia escalera de piedra, buscando a un espía.

A su espalda, la basílica del Sagrado Corazón se recortaba contra un telón azul y despejado, ajena a los mortales que sufrían y sobrevivían debajo de ella. Los chapiteles blancos e inmaculados que se elevaban al cielo estaban enjoyados con un brillo deslumbrante, una yuxtaposición peculiar con la masa humana exhausta, demacrada y gris sobre la que presidían. En la cima de la esquina más cercana a Estelle, sobre la entrada de tres arcos, Juana de Arco, congelada en bronce, sujetaba con una mano las riendas de su caballo y con la otra empuñaba impotentemente su espada. Absorta en sus pensamientos, Estelle se preguntó qué habría pensado Juana de aquello en que se había convertido su país. Su vida sacrificada para expulsar de Francia a los ingleses, solo para que los alemanes tomaran su lugar quinientos años después.

La basílica estaba abarrotada ese día. Y si bien muchos devotos parisinos hacían el laborioso ascenso por los largos tramos de escaleras hasta la cima de su ciudad para rezar, las oraciones no parecían haber hecho mucho bien a la ciudad o sus residentes durante los últimos años. Una prueba de ello era la presencia constante de la Geheime Staatspolizei recorriendo los terrenos de la catedral como un miasma omnipresente.

Ese día parecía haber más oficiales que de costumbre, lo que no le gustó a Estelle. Una semana antes, Vivienne le había dicho que estuviera pendiente para establecer contacto con dos agentes aliados después de la última luna llena. Esta había

llegado y se había terminado, y los agentes no se habían presentado. Probablemente había pasado algo y su llegada se había abortado, o habían enfrentado dificultades. Sin duda, Londres lo intentaría de nuevo durante el próximo ciclo, y Estelle esperaría ahí otra vez, en la cima de Montmartre, con unas llamativas flores rojas insertadas en el ala de su sombrero.

Ya hacía bastante tiempo que había dejado de encontrarse con mensajeros y agentes cerca de las estaciones de tren. Los horarios de los trenes cada vez eran más irregulares e impredecibles, y las estaciones se habían convertido en blancos obvios para la Gestapo. No podía arriesgarse a que repararan en su presencia o la recordaran. Sería mucho más fácil, en caso necesario, justificar visitas regulares a la basílica que a una estación ferroviaria.

Dos oficiales de la Gestapo vestidos con sacos grises pasaron junto a ella, aparentemente buscando algo o a alguien. Estelle se acomodó el sombrero y se alegró de que fuera de ala ancha. Había llegado la hora de marcharse.

—Disculpe, ¿puede decirme a qué hora se da la misa por las tardes?

Estelle se quedó helada. Luego volteó lentamente. La pregunta se la había hecho una mujer vestida de manera sencilla, con un vestido verde oscuro que podría haber sido costoso en su momento, pero ya mostraba señas de uso en el dobladillo y los puños. De igual manera, sus zapatos eran de buena calidad, pero estaban desgastados de los tacones, y su bolso tenía una correa raída. Era sorprendentemente alta, de cabello rubio y recogido sobre la cabeza muy al estilo alemán. Tenía un cutis impecable y ojos de color azul claro. Parecía, pensó Estelle, un maldito póster de las mujeres fuertes y saludables de la Bund Deutscher Mädel.

—A las tres en punto, pero solo los viernes —respondió Estelle lentamente.

Era la respuesta correcta para la pregunta correcta, pero se la había planteado una sola agente, no dos.

Estelle miró alrededor pero no había nadie cerca en el pasto aledaño a la basílica.

—Tú eres Celine.

—Sí. Y tú eres La Chanteuse.

Estelle miró fijamente a la mujer rubia y se preguntó de dónde sería. Hablaba como una parisina nativa.

—¿Vienes sola?

—Sí.

—¿Dónde está tu compañero?

—Muerto.

Estelle se acomodó nerviosamente la correa de su bolso. Había muchas razones por las que un agente podría morir. Que lo hubieran descubierto y capturado era la que más le preocupaba. Si la agente sobreviviente no había sido cuidadosa, podría estar siendo vigilada en ese mismo instante…

—Murió por el salto —dijo Celine como si le hubiera leído la mente—. Mejor dicho, por el aterrizaje.

Estelle no pudo determinar si la mujer estaba en shock o si el desastre le era tan indiferente como parecía.

—¿El aterrizaje?

—Saltó antes de tiempo y cayó sobre los árboles. Tardamos horas en bajarlo.

Celine dio su explicación ateniéndose a los hechos, con solo una pizca de duelo.

No, no estaba en shock, decidió Estelle. Simplemente era metódica. Una auténtica princesa de hielo. Estelle no sabía si eso la tranquilizaba o no. De manera involuntaria llevó la mano al dije que llevaba al cuello, el diminuto relicario esmaltado que descansaba contra el calor de su piel.

—Es un collar muy hermoso —dijo Celine.

Estelle se sobresaltó. Soltó el dije y se ciñó el cuello del abrigo. La mujer estaba mirándola con esos ojos impávidos y helados, y a ella no le gustaba. Era como si pudiera ver directamente los pensamientos de Estelle.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó con más aspereza de la que tenía planeada.

Celine no pareció ofenderse.

—Tu ayuda.

—Las instrucciones que recibí fueron que debía hacer presentaciones sociales en el Hotel Ritz. Supongo que el plan continúa.

—Sí y no.

Estelle frunció el ceño.

—No me gustan las adivinanzas. Habla sin rodeos.

—Mi pareja, que era la otra mitad de mi historia falsa, está muerta. Necesito una nueva.

—¿Una nueva pareja o una nueva historia?

—Ambas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

La mujer alta y rubia hurgó en su bolso. Luego sacó un pequeño cilindro de latón con un logotipo de trazos elípticos en tinta roja.

—Toma.

Estelle tomó el objeto de la mano del agente.

—¿Labial?

—Sí. Y esto.

Celine volvió a escarbar en su bolso y sacó una hermosa polvera plateada con el mismo logotipo grabado en la tapa. Se lo pasó a Estelle.

—¿Qué es todo esto?

—Una muestra de la pequeña fortuna en cosméticos del mercado negro que tengo en este momento en la habitación de mi hotel. Lo que se suponía que iba a ayudar a mi esposo a vender.

—¿Vender a quién?

—A las esposas de los oficiales alemanes y diplomáticos que ocupan las suites del Ritz, a las amantes de los colaboradores y empresarios industriales que disfrutan su nueva posición en la alta sociedad en los comedores del Ritz, y a las actrices jóvenes y viejas que salen reptando de las sábanas del Ritz a intervalos regulares.

Estelle la miró fijamente.

—Estás bien informada.

Celine encogió los hombros.

—¿Y esa sigue siendo tu intención? ¿Venderles a las... mujeres del Ritz?

—Tal vez. Sigo necesitando el acceso al hotel.

Estelle abrió le polvera y examinó el polvo compacto.

—Con una recomendación mía —dijo cerrando la polvera —, esto se venderá rápidamente. Las mujeres de las que hablas estarán encantadas. Aunque debo advertirte, la competencia por tus mejores productos suscitará inevitablemente feroces antagonismos.

—Mmm.

—Las casas de alta costura que siguen abiertas probablemente te comprarían el lote completo sin pensarlo dos veces —agregó Estelle—, por si necesitas deshacerte de esto o estabas considerando una estrategia diferente.

Celine pareció considerar la respuesta.

—¿Cómo nos habrías presentado si hubiera llegado con mi esposo?

Estelle le devolvió la polvera y el labial.

—Algo muy simple. Tal vez como una pareja que conocí mientras estaba de compras. Trabamos conversación, mencionaste el motivo de tu visita a París, y yo sugerí que podrías vender tus mercancías entre la refinada clientela del Ritz a un mejor precio que vendiendo el lote a una casa de alta costura.

—Ingenioso.

—Ingenioso no. Seguro. Tú no sabes nada de mí y yo no sé nada de ti excepto lo que hemos presentado públicamente. Mantengamos la distancia al máximo y las mentiras al mínimo.

La agente miró a Estelle con expresión impenetrable. Estelle hizo un esfuerzo para no fruncir el ceño. Normalmente era muy buena para leer a la gente, pero no podía leer a esa mujer.

—Necesito alguien que conozca el Ritz —dijo Celine luego de un prolongado silencio—. A sus residentes, pero sobre todo su estructura.

—¿Y crees que yo tengo esos conocimientos?

—Pasas bastante tiempo en el Ritz. Con tu riqueza, belleza y estilo, te reciben como uno de ellos.

Estelle se sintió inquieta de repente.

—¿Quién te dijo todo eso?

—Nadie me dijo nada. —Celine encogió los hombros y guardó los cosméticos en su bolso—. La mayor parte fueron conjeturas, basadas en tu apariencia, forma de hablar y conocimiento de la posible reacción de los residentes del Ritz a mi presencia, así como de las necesidades de las casas de alta costura.

—¿Conjeturas? —repitió Estelle.

—¿Tuve razón?

—Santo cielo.

Esa princesa de hielo era inquietante. Estelle caminó de regreso al frente de la basílica.

Celine la alcanzó y empezó a caminar junto a ella.

—Necesito convertirme también en uno de ellos. Mezclarme con ellos. Solo el tiempo suficiente para conseguir lo que vine a buscar. Y necesito que me ayudes a hacerlo.

Estelle se detuvo.

—No me necesitas. Lo único que necesitas es una cama vacía de la Luftwaffe que puedas calentar —dijo con sequedad —. Simplemente necesitas convertirte en una colaboradora horizontal. Esa es la respuesta obvia, ¿no?

Algo atravesó el rostro de Celine, una emoción tan fugaz

que Estelle fue incapaz de nombrarla.

—Lo he considerado, pero preferiría no hacerlo.

Estelle se arrepintió casi de inmediato de haber hablado con tal impulsividad, pero había algo en esa agente en particular que la ponía de nervios. Una fría intensidad en la que Estelle no sabía si podía confiar.

Casi habían llegado a la cima de los extensos escalones de piedra, todavía bajo las sombras de las ramas bajas. Mucha gente caminaba fatigosamente de arriba abajo desde la estrecha calle que serpenteaba alrededor de la basílica, y mucha más en las escaleras más bajas que iban a dar a la ciudad. Estelle observó a la multitud, pero no vio nada fuera de lugar. Aun así, no podía sacudirse la sensación de intranquilidad que la atormentaba.

Estelle habló en voz baja.

—Escucha, puedo presentarte con esas esposas y amantes y con todos los oficiales, artistas o empresarios que quieras. Pero no puedo involucrarme en lo que sea que te hayan mandado hacer aquí —dijo negando con la cabeza—. Tengo mis propias obligaciones y deberes. Tengo gente que depende de mí y no puedo correr riesgos adicionales.

Celine no dijo nada.

—Lo siento. En verdad lo siento —dijo Estelle—. Hay un café donde puedes encontrarme a cierta hora entre semana. Vivienne te dará los detalles si aún necesitas las presentaciones. Pero más allá de eso, no puedo ayudarte…

Estelle se detuvo abruptamente cuando su mirada se cruzó con la de un hombre que salía del centro de los tres enormes arcos.

Jerome vestía su acostumbrado saco raído, con un periódico metido bajo el brazo, y no se distinguía en nada del resto de los hombres que deambulaban por la entrada de la basílica. Excepto por el hecho de que no estaba deambulando. Estaba caminando decididamente hacia ella, sin ver a la derecha ni a la izquierda, con expresión sombría y tensa. Después de la noche que habían pasado juntos, había desaparecido completamente otra vez, como Estelle ya se lo esperaba. Lo que ella no esperaba era encontrárselo ahí, en ese momento, en la basílica y en plena luz del día, a menos que él estuviera…

Los ojos de Estelle saltaron al espacio detrás de Jerome, y como ya se lo esperaba, otro hombre iba siguiendo sus pasos. Era un joven de cabello color arena, mandíbula cuadrada,

hombros anchos y ojos hundidos y ensombrecidos por el miedo. Una de sus manos estaba en el bolsillo, jugueteando con monedas o lo que fuera que tuviera en él, y con la otra sostenía un cigarrillo entre los dos primeros dedos. Miraba constantemente hacia atrás, y su comportamiento en general era el de un caballo nervioso a punto de desbocarse. Le dio una calada desesperada a su cigarrillo.

—*Merde* —susurró Estelle. Al aviador no lo habían instruido adecuadamente acerca de los hábitos y costumbres, o bien lo había olvidado todo.

—Fuma como estadounidense —comentó Celine despreocupadamente. Luego de ponerse al lado de Estelle había seguido la dirección de su mirada—. Un estadounidense nervioso.

Y eso iba a provocar que lo detectaran, arrestaran o mataran. Peor aún, podría provocar que detectaran, arrestaran o mataran a Jerome. Aunque la muerte les llegaría después de que ambos hubieran sido trasladados a la avenida Foch y encerrados en celdas selladas donde nadie, aparte de la Gestapo, podría oír sus gritos. Donde nadie, aparte de la Gestapo, escucharía los secretos arrancados de sus labios. Como, por ejemplo, las identidades de quienes ayudaban a la red. Entonces y en el pasado.

Los dos agentes de la Gestapo que habían pasado junto a Estelle unos momentos antes estaban ahora más adelante en la explanada, pasando la basílica, todavía de espaldas a ella. Pero otros dos hombres uniformados habían emergido de las sombras de los arcos, avanzando lentamente y estirando el cuello mientras se abrían paso entre un grupo de mujeres. Su atención cayó sobre Jerome, y uno de ellos gritó y lo señaló.

Jerome estaba muy cerca de Estelle. Ella pudo ver el miedo que le salpicaba la frente con sudor. Él levantó la vista y la sorpresa se propagó por su rostro al reconocerla. Con un movimiento fluido dejó caer el periódico y se inclinó para recogerlo.

—Estaban esperando —dijo antes de volver a colocar el periódico bajo su brazo—. Están buscándome. Llévalo a Troyes. Ya conoces la casa. Por favor.

Su desesperación era evidente. A continuación, bajó por los amplios escalones de piedra sin vacilar un momento.

—¿Un amigo? —preguntó Celine. Ninguna de las dos vio cómo se marchaba.

—Algo así.

Estelle estaba tratando de pensar rápido pero su mente estaba confusa y su habilidad para considerar y calcular estaba congelada por el miedo. Lo que era mucho más terrorífico. Necesitaba sacar al aviador de ahí. Pero ¿cómo podía hacerlo sin implicarse o ponerse en riesgo ella misma?

Había una parte diminuta de ella que simplemente quería huir. Dar media vuelta y alejarse sin mirar atrás. Pero esa seguridad solo sería temporal.

—¿Ustedes dos reciben a estos… individuos a menudo? —preguntó Celine discretamente.

—Algo así.

Estelle se preocuparía después por las consecuencias de las conclusiones obvias a las que había llegado la agente.

Los dos hombres de la Gestapo que estaban en la explanada corrieron hacia la escalera para perseguir a Jerome mientras la gente iba quitándose a su paso. Estelle retrocedió hacia la sombra del árbol, apartándose de la escalera, como si pudiera hacerse invisible. Jerome estaba por llegar a la estrecha calle al pie de las escaleras. Avanzando un poco más podría desaparecer rápidamente en la maraña de calles de Montmartre que se extendía hacia el oeste.

Otro par de soldados de la Gestapo apareció al pie de la escalera. Jerome se detuvo tambaleándose y miró frenéticamente hacia atrás y hacia adelante a los hombres que lo tenían atrapado y estaban acercándose. Giró sin saber qué hacer y esa indecisión le costó todo. Los hombres que lo perseguían desde arriba lo alcanzaron primero y lo empujaron hacia adelante. Jerome cayó de costado unos escalones más abajo. Los hombres de abajo se acercaron y el más pequeño de los dos le dio una brutal patada en la cabeza.

Jerome quedó inconsciente. De inmediato lo levantaron y arrastraron por el tramo restante de escaleras. Un auto negro se detuvo y uno de los cuatro hombres abrió la puerta trasera. A Jerome lo metieron en la parte de atrás y dos de sus captores subieron al auto con él. El vehículo se alejó rápida y silenciosamente. Las personas que se habían detenido o resguardado del incidente continuaron sus caminos con los ojos clavados en la banqueta, como si nada hubiera pasado.

Estelle se agarró de la balaustrada tratando de no sucumbir a los sentimientos de terror e impotencia que le oprimían el pecho. Escuchó un gemido agudo y sofocado, y tardó unos momentos en darse cuenta de que provenía de ella. Bajó la cabeza y trató de concentrarse en su respiración. En lo

que no había pasado. Jerome no había sido asesinado. No estaba muerto. Todavía no.

Y el aviador al que había estado guiando no había sido arrestado.

Estelle levantó la cabeza súbitamente. El aviador estadounidense. ¿Dónde estaba? Estelle volteó y recorrió con la vista la explanada. El estadounidense estaba parado como una liebre acorralada en la cima de la escalera, frente a la basílica, mirando nerviosamente en todas direcciones. Hasta un niño se habría dado cuenta de que no era un parisino común de visita en la basílica. Los dos oficiales restantes habían empezado a subir las escaleras y se dirigían directamente hacia él. Estelle no sabía qué podía hacer para evitar lo que sea que estaba a punto de ocurrir. Sabía que Celine no debía estar ahí. Estelle volteó para decírselo, pero la agente había desaparecido. No pudo encontrar a Celine por ningún lado. Menos mal.

Estelle se empujó en la balaustrada con brazos trémulos y se alejó de la seguridad de la sombra. No sabía qué iba a hacer, pero tenía que hacer algo. No había dado más de tres pasos cuando se detuvo abruptamente, horrorizada e incrédula a la vez. Celine estaba acercándose al aviador como si este fuera un pariente perdido hacía mucho tiempo. O un amante. Era difícil saber cuál.

Celine llegó con el aviador y le puso la mano sobre el brazo. Luego le arrancó el cigarrillo de la boca y lo lanzó hacia un lado.

—¿Hablas francés? —le preguntó.

El hombre la miró sin entenderla.

Estelle maldijo para sí. Por supuesto que no lo hablaba.

—No digas nada, pase lo que pase —susurró Celine en inglés—. Y por lo que más quieras, pon una puta cara de tonto.

El estadounidense se le quedó viendo, boquiabierto. Estelle sospechó que esa había sido la intención de Celine al utilizar ese lenguaje. Celine apartó discretamente al aviador de la cima de la escalera. Los oficiales de la Gestapo ya casi estaban ahí, y los golpes secos de sus botas en los escalones marcaban un ritmo funesto. Estelle se apartó unos pasos, lo suficientemente lejos para que no repararan en ella, pero lo bastante cerca para oír la conversación.

—¿Dónde andabas? —La exclamación súbita de Celine fue lo suficientemente fuerte para sobresaltar a Estelle y para que las personas que estaban más cerca voltearan a ver—. Estuve buscándote por todas partes. Ya te he dicho que no debes

alejarte de mí.

La agente estaba revisando con las manos al aviador, del modo en que una madre revisa a su pequeño después de que este sufriera una caída en el patio de juegos.

No, no lo estaba revisando. Estaba buscando discretamente en sus bolsillos. Dándoles la espalda a los oficiales que estaban acercándose, y con los dedos ágiles de un carterista consumado, Celine sacó los documentos del hombre del bolsillo de su saco, les echó un vistazo y los guardó en su propio bolso. Con la misma destreza se ajustó los puños del vestido y escamoteó un cuchillo largo y delgado. La fina hoja relució brevemente antes de desaparecer de nuevo bajo una de las mangas del vestido.

Estelle pasó saliva con dificultad. Una vocecita en el fondo de su mente se preguntó si la mujer que Londres había enviado era, más que una agente, una asesina, y si sería capaz de derramar sangre en el pavimento ahí, frente a ella, antes de haber tenido la oportunidad de acercarse a su blanco verdadero.

—¡Ustedes dos! —tronó una voz—. ¡Deténganse!

El corazón de Estelle empezó a golpearle el pecho, y el miedo, a invadirla como una tormenta eléctrica. Se alejó un poco más.

El oficial que había hablado era fornido y alto, y su cabello plateado se asomaba bajo la visera de su gorra. Vestía uniforme negro con galón en el hombro, las SS puntiagudas en un lado del cuello y los diamantes en el otro. Su compañero era joven, mucho más joven, y tenía rostro delgado, nariz afilada y ojos igualmente afilados. Estelle lo reconoció al instante. Era el oficial de la Gestapo que en una ocasión la había visto cantar en el Ritz y la había interrogado con la intensa suspicacia de un depredador. Trató de recordar su nombre.

Sargento Schwarz.

Su uniforme carecía de galón y de diamantes, aunque la banda negra de los hombros lo identificaba como sargento. Resultaba claro que la ambición a la que había aludido el coronel Meyer aquella noche no había dado frutos. Su rostro demacrado y expresión resentida fueron, más que ninguna otra cosa, lo que aterrorizó a Estelle. No dijo nada; solo observó a Celine y al estadounidense con la misma intensidad con que la había examinado a ella en el salón del Ritz.

Celine volteó y miró a los oficiales de la Gestapo, y en su

rostro afloró una deslumbrante sonrisa llena de gratitud.

—Ay, ¡gracias por encontrarlo! —exclamó—. Estaba muy preocupada.

La expresión de los oficiales igualó momentáneamente la del estadounidense: vacía y desconcertada.

—Cada rato se separa de mí —continuó Celine hablando ahora en un alemán, con una fluidez que hacía palidecer a la de Estelle—. No puedo dejarlo solo ni un segundo. Ayer se fue siguiendo a un niño con un gatito. Ahora fue alguien más.

El oficial de más edad (tal vez un mayor, pensó Estelle) se acercó a Celine.

—Suena como una alemana —dijo.

Los oficiales recibieron otra sonrisa reluciente.

—Mitad alemana —dijo Celine con orgullo—. Mi madre era de Berlín.

—¿Cómo se llama? —preguntó el oficial.

—Sophie Beaufort —respondió con seriedad Celine, con la cantidad justa de cortesía.

—¿Y este hombre? ¿Quién es?

—Es un amigo de la familia. Nuestras madres crecieron juntas en Berlín. Nos conocemos desde niños. De hecho, creo que nuestros padres tenían esperanzas de que nos casáramos un día —continuó improvisando Celine.

—Él debe responder por sí mismo.

—No puede —explicó Celine.

El aviador, cumpliendo su papel, contemplaba con mirada vacía los resplandecientes chapiteles de la catedral y parecía ajeno a la conversación.

—¿Cuál es su problema? —preguntó por fin Schwarz mientras jugueteaba con la funda de la pistola.

—Estaba en Blois cuando fue bombardeada por la Luftwaffe —explicó Celine—. Los doctores dijeron que su cerebro y sus nervios quedaron dañados.

—Deberíamos terminar con su sufrimiento entonces —sugirió fríamente el sargento.

Celine dio un grito ahogado.

—¿Qué?

El hombre encogió los hombros.

—Es lo que se hace con los perros. Sacrificarlos es un acto de misericordia.

Estelle sintió cómo el miedo le trepaba a la garganta. Había visto en las calles cómo mataban a hombres, mujeres y niños bajo pretextos incluso menos justificables.

—¡No pueden hacerlo! —dijo Celine con los ojos muy abiertos y súbitamente llenos de lágrimas—. Él me cuida. Ahuyenta a quienes quisieran aprovecharse de una mujer sola. Tal vez no sea el hombre que solía ser, pero sigue siendo un buen hombre.

El estadounidense estaba viendo un par de palomas peleándose entre las ramas, y mostraba una sonrisa vacía.

—Nadie va a sacrificar a nadie.

El mayor miró con malos ojos a su subordinado y volvió a dirigirse a Celine.

—¿Qué está haciendo aquí en París?

—Bueno, oficialmente estoy en París para vender productos de belleza. Cosméticos —dijo Celine—. Pero…

—¿Cosméticos? —preguntó Schwarz, interrumpiéndola. Su pregunta estaba henchida de sospecha.

—Sí. —Celine metió la mano en su bolso y sacó el labial y la polvera que le había mostrado a Estelle. Luego se los tendió al oficial de más edad, quien los tomó cautelosamente—. Es una empresa familiar —continuó—. Por supuesto, puede conservar esas muestras —le dijo Celine con entusiasmo renovado—. Tal vez tenga una esposa o una muchacha especial a quien le agradarían.

El mayor se mostró satisfecho con la propuesta.

—Sí, así es —dijo, y el maquillaje desapareció dentro de su bolsillo.

—Creo que se alegrará mucho. El color de labios es muy popular entre…

—No está usando cosméticos —dijo el sargento en tono acusatorio.

—Por supuesto que no —dijo Celine frunciendo levemente el ceño—. Hoy no estoy trabajando. Estuve rezando.

—¿Rezando?

La pregunta destilaba desdén.

—Sí. Antes de que mi madre muriera, me pidió que trajera a Colin al Sagrado Corazón. Ella no era católica, por supuesto, pero dijo que aquí era lo más cerca del cielo que uno podía estar en París. Me dijo que rogara por un milagro para Colin —continuó Celine. La barbilla le tembló levemente—. Suena tonto, lo sé, pero no pude negarme.

El sargento observaba a Celine con expresión fría y calculadora.

—Estás mintiendo.

Al mirar al Celine, uno creería que el oficial la había

abofeteado.

—No estoy mintiendo. Lo juro sobre la tumba de mi madre.

—Ah, sí, su madre. Su madre alemana. De Múnich, según dijo.

—No, Berlín. Creció cerca del zoológico. Le encantaba el acuario.

—No creo que…

—Muéstreme sus papeles.

El hombre de más edad interrumpió la discusión y le lanzó a su subordinado una mirada de fastidio.

Celine hurgó de nuevo en su bolso y sacó sus documentos.

—¿Y los de él? ¿Dónde están?

Celine sacó también los papeles del estadounidense.

—Aquí están a salvo. Solo Dios sabe dónde podría dejarlos él.

Todos los músculos de Estelle se tensaron. Si los documentos del estadounidense estaban mal falsificados o les faltaba algún elemento crucial, ella no podría hacer nada. Celine sería arrestada sin importar lo bien que hablara alemán ni lo ingenioso de sus historias improvisadas.

El mayor examinó los papeles de ambos y se los devolvió dando un gruñido.

—Tenga cuidado. Hay hombres peligrosos en esta ciudad. Espías, saboteadores y comunistas.

—Lo tendré —prometió Celine—. Esta ciudad necesita más hombres buenos como ustedes.

Los oficiales alemanes volvieron a recibir otra de sus fulgurantes sonrisas.

El mayor sacó el pecho, echó atrás los hombros y parpadeó bajo el poder de la sonrisa de Celine.

—Tiene razón. Buenas tardes —dijo, y se alejó.

Schwarz no lo siguió de inmediato. Miró detenidamente a Celine y después al estadounidense, y finalmente se fue.

Estelle se recargó en la balaustrada haciendo como que buscaba algo en su bolso. Tenía la boca seca y por su columna corrían unas gotas de sudor heladas. Cuando volvió a levantar la vista, Celine había enganchado su brazo con el del aviador y lo estaba llevando lentamente de regreso a la escalera.

Estelle cerró su bolso y caminó resueltamente hacia ellos.

—Esperen en la parte baja del jardín —dijo Estelle en voz baja cuando pasó junto a ellos—. Yo los buscaré. —Luego caminó en dirección opuesta, hacia la entrada de la basílica.

Estelle se detuvo frente a las enormes puertas broncíneas del santuario, fingiendo asombro por la representación de la Última Cena donde unos hombres tallados en madera ignoraban aún que había un lobo entre ellos. Ella tendría que ponerse en contacto con Vivienne. Tendría que informar de lo ocurrido a alguno de los miembros de la red de Jerome.

Trató de no mortificarse con la imagen de los oficiales metiendo a Jerome en aquel auto, ni con la certeza de que sería torturado y posiblemente asesinado. Intentó no pensar en nada de eso, en especial en ese instante, porque si lo hacía, podría retraerse en sí misma envuelta en una niebla de pánico, y eso no beneficiaría a nadie, ni a Jerome ni a Celine ni al aviador, que, por alguna razón, había salido ileso.

Si Estelle hubiera sido del tipo de personas que rezan, habría rezado por la vida de Jerome. Habría rezado por hallar la manera de salir de aquella precaria situación. Sin embargo, no era de esa clase de personas, por lo que se resignó a recargarse en la fría piedra mientras su pulso se desaceleraba y el terror abandonaba lentamente sus extremidades.

Cerró los ojos y se obligó a pensar.

Veinte minutos más tarde, Estelle encontró a Celine y al aviador aliado al pie de la colina. Celine seguía con el brazo enganchado al del estadounidense, y si Estelle no hubiera sabido la verdad, habría pensado que se trataba de una atractiva pareja que había salido de paseo. Por otra parte, al mirarlos de cerca llamaba la atención la palidez en el rostro de Celine. Probablemente la agente no era tan fría y distante como Estelle había creído.

—Síganme —dijo al pasar junto a ellos mientras sus zapatos taconeaban por la rue Ronsard.

No tuvo que darle a Celine más instrucciones. La agente empezó a seguirla a una distancia prudente.

Estelle había tomado la difícil decisión de llevarlos a su departamento. Había considerado utilizar el hotel donde Celine estaba alojándose, pero desechó la idea. Había que esconder al estadounidense, quienquiera que fuera, en un lugar más seguro que un edificio desconocido y lleno de gente. Estelle no sabía de dónde venía, a dónde se dirigía ni quién debía llevarlo a su siguiente destino, pero podría resolver esos detalles una vez sorteado el riesgo inmediato. Lo urgente era sacarlo de las calles y ocultarlo de las miradas.

No estaba tan segura de qué hacer con Celine.

Luego de cuarenta minutos de seguir una ruta

enrevesada, llegaron al edificio. Estelle había aprovechado las ventanas de las tiendas y las esquinas de las calles para buscar señales de que estuvieran siguiéndolos, pero no vio nada ni a nadie fuera de lo ordinario.

Estelle entró en su edificio y subió las escaleras hasta una altura en que nadie podría verla desde la calle. Tres minutos después, Celine y el aviador entraron también, ella con el brazo enganchado al del estadounidense. Celine alzó la vista y asintió una vez.

Estelle continuó subiendo hacia el departamento, abrió el cerrojo y entró. Dejó la puerta entrecerrada y revisó rápidamente las habitaciones para asegurarse de que no hubiera nada afuera que delatara la presencia de Aviva.

Ella era meticulosa y hasta paranoica con respecto a eso, pero la vida de Aviva bien podría depender de ello.

Regresó a la puerta de entrada justo cuando la pareja estaba llegando, y cerró silenciosamente la puerta una vez que estuvieron dentro. Sin que nadie le dijera nada, Celine avanzó con el aviador hacia el interior del departamento y le advirtió en voz baja que se mantuviera apartado de las ventanas.

Estelle se quitó el saco y lo dejó sobre el respaldo del sofá.

—¿Quién eres? —preguntó el estadounidense mientras miraba alrededor.

—Eso no importa —respondió Estelle.

Celine no dijo nada.

—Se supone que van a subirme a un tren esta tarde —dijo él.

—Eso tendrá que esperar —dijo Estelle con firmeza—. ¿Entiende lo que acaba de ocurrir?

El aviador empezó a rascar con la punta del zapato la orilla del tapete. Luego encogió los hombros.

—Déjeme explicárselo entonces —dijo Estelle tratando de no alzar la voz—. El hombre que debía ser su guía en esta ciudad fue arrestado por la Gestapo, y en este momento está muerto o deseando morir.

Estelle se detuvo al sentir un nudo en la garganta. Cerró los ojos con fuerza y trató de no pensar en lo que seguramente estaba sufriendo Jerome en ese mismo instante.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? —preguntó el aviador.

Estelle abrió los ojos.

—No decir nada, no ver nada y no oír nada, hasta que yo

encuentre la manera de llevarlo con las personas que lo trasladarán a donde tenga que ir.

—¿Cuánto tiempo tomará eso?

Celine clavó los ojos en el aviador, pero no dijo nada.

—El tiempo que tenga que tomar —respondió Estelle tratando de no perder la paciencia. El hombre seguramente estaba ansioso. Estelle intentó no culparlo.

—Necesito que me regrese mis documentos.

El hombre se había dirigido a Celine. La agente se encogió de hombros, los sacó de su bolsillo y se los entregó sin decir palabra.

—Y quisiera saber qué es lo que ustedes…

Unos golpes fuertes y unos gritos amortiguados interrumpieron lo que fuera que iba a decir. Estelle se quedó helada, sintiendo como si el corazón se le hubiera subido a la garganta. Una avalancha de recuerdos la tomó por sorpresa, reminiscencias de otra ocasión en que oyó golpes similares. Sin embargo, al igual que la última vez, los golpes no los habían dado en su puerta. Parecía que los sonidos provenían de los pisos inferiores. Unos gritos ásperos y guturales que ordenaban abrir las puertas hicieron eco en el hueco de la escalera.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el estadounidense en voz baja—. ¿Son ellos? ¿Los nazis? ¿Están buscándome?

—Los siguieron al edificio —dijo Estelle con dificultad, invadida una vez más por el pánico.

—No —susurró Celine—. Estuve vigilando. Fui cuidadosa.

—No lo suficiente. No fuimos lo suficientemente cuidadosos.

No se habían ocultado bien del resentido sargento, cuyos ojos seguían ardiendo con malicia y ambición.

—¿Y qué hay del hombre que arrestaron? ¿Conoce este departamento?

«Sí», pensó Estelle, pero negó con la cabeza. No estaba dispuesta a aceptar lo que la agente estaba insinuando.

El sonido inconfundible de unas pesadas botas chocando contra los escalones de mármol se sumó al alboroto. Alguien golpeó la puerta opuesta a la suya. Luego se oyó un grito, otra vez exigiendo que abrieran.

—No importa. Tu puerta es la siguiente. —Celine estaba pálida, pero habló con voz firme—. Debes esconderte. A ti no te vieron nunca. Quienesquiera que estén tras esa puerta se marcharán si voy con ellos. Diré que volví a perderlo de vista —agregó señalando al estadounidense.

—No —dijo Estelle meneando la cabeza. Una furia antigua y conocida se reavivó como una llama, reduciendo su miedo a un carbón quebradizo y renegrido.

—Entonces diles que allané tu casa. Que te tomé como rehén, que me metí a la fuerza. —El amenazante cuchillo volvió a aparecer como por arte de magia en la mano de la agente—. Puedo hacerlo creíble.

La propuesta habría sido tentadora de no ser por Aviva. En todo caso, no serviría de nada. Si los de la Gestapo creían que habían encontrado un espía en el departamento, lo desmantelarían buscando otros. E inevitablemente encontrarían a Aviva. Encontrarían al aviador. Era mucho mejor hacer lo que Estelle siempre había hecho: invitar al enemigo.

—No. Síganme y apúrense.

Estelle los condujo a la recámara haciendo el menor ruido posible. Con movimientos rápidos abrió el ropero, corrió hacia un lado la media docena de vestidos colgados adentro y abrió la puerta oculta.

Aviva estaba sentada a la mesa, con sus lápices y papeles delante. Estelle puso un dedo frente a sus labios y le sonrió a la niña para que no se alterara.

—Hola, cariño —susurró—. Necesito tu ayuda.

Aviva solo parpadeó.

—Estoy con dos amigos y necesito que me ayudes a esconderlos. ¿Puedes ayudarme?

Aviva asintió con los ojos muy abiertos.

—Y necesito que tú estés más calladita que un ratón. —La petición era ridícula, considerando que Aviva no había dicho palabra durante prácticamente un año—. ¿Puedes enseñarles cómo?

Aviva asintió de nuevo.

Un puño golpeó la puerta de su departamento, provocando que Estelle diera un salto. Volteó y se quitó el emperifollado sombrero, que lanzó al interior del cuarto oculto.

—Entren —les ordenó al agente y al aviador.

Ambos entraron sin decir palabra. Estelle aseguró la puerta oculta, acomodó los vestidos y cerró el ropero.

A los gritos del hombre que estaba en el rellano se habían sumado la voz chillona de una mujer y el llanto de un bebé. Cuando Estelle iba corriendo a un lado de la reluciente mesa del comedor, el puño volvió a golpear su puerta.

Ella respiró profundo, se alisó el cabello y puso un gesto de confusión. Finalmente, abrió la puerta.

Sargento Schwarz estaba frente a la entrada, con una mano sobre la pistola que llevaba a la cintura y la otra suspendida al frente. A su lado se encontraba Frau Hoffmann con su hijita en brazos. La mujer era la esposa alemana de un empresario francés a quien la guerra y sus oportunidades de negocio habían beneficiado enormemente, y se había mudado al departamento vacío menos de una semana después de que Rachel había sido arrastrada de ahí. Estelle no había cruzado más de diez palabras con la mordaz mujer, la cual parecía odiar todo lo francés, incluida Estelle.

La puerta del antiguo departamento de los Wyler estaba abierta, y Estelle pudo echar un vistazo al lugar. El librero que tanto habían atesorado ya no estaba lleno de libros sino de chucherías. La bonita mecedora que Alain había fabricado para Hannah luego del nacimiento de Aviva, había sido reemplazada por un abultado armario con más baratijas.

El tapete que adornaba la entrada, y que la sangre de Serge había manchado, también estaba ausente.

—Buenas tardes, Frau Hoffmann —dijo Estelle parpadeando rápidamente—. ¿Ocurre algo? ¿Hay algún problema? ¿Nos están atacando? Siempre estoy pendiente del sonido de los aviones, pero me preocupa que...

—Es ella —dijo en alemán la mujer. Luego le dio un manotazo a su hija cuando esta intentó jalar el collar de perlas que llevaba al cuello—. Arréstela. Estoy segura de que es ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó Estelle, fingiendo otra vez desconcierto—. ¿Quién es usted?

—Sargento Schwarz. —El hombre clavó sus ojos azules y fríos en Estelle—. Tardó mucho en abrir la puerta, Mademoiselle.

—Me asustó. ¿Qué está pasando?

El sargento se metió en el departamento de Estelle.

—Una mujer y un hombre fueron vistos entrando en este edificio. Traidores. —Siguió avanzando—. Sospechamos que están ocultos en algún lado. Estamos revisando todos los departamentos.

—¿Cree que todavía estén aquí? —Estelle se puso las manos en la cintura—. ¿Son peligrosos?

—El enemigo siempre es peligroso. —Schwarz hizo una pausa—. ¿Vive sola, Mademoiselle?

—Sí.

—Siempre oigo ruidos que salen de este departamento cuando ella no está. —Frau Hoffmann estaba justo afuera de la entrada, prácticamente gritando para hacerse oír—. Alguien vive aquí con ella.

Los vellos de la nuca se le erizaron al imaginar a la mujer escuchando detrás de su puerta. Escuchando a Aviva.

—Puedo asegurarle que nadie vive conmigo. Tal vez lo que escucha son los ruidos de la calle, o tal vez del departamento de abajo.

—Y escucho que a veces llega tarde. —Frau Hoffmann no dio su brazo a torcer—. Cuando estoy despierta por la bebé. Después del toque de queda. A veces está con alguien. Escucho voces.

Schwarz se acercó a la ventana, hizo a un lado la cortina con el cañón de su pistola y se asomó a la calle.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

—¿Que a veces llego tarde? Claro que es cierto —dijo Estelle—. Pero tengo un pase, y a menudo un escolta que me trae a casa.

—¿Qué?

Estelle consideró cuidadosamente sus palabras.

—Suelo cantar en el Ritz. Ocasionalmente en algún cabaret, si hay un evento especial. Puedo mostrarle mis documentos.

El sargento se detuvo en seco.

—La recuerdo.

—Ah, ¿sí?

Estelle parpadeó.

—La he visto cantar y coquetear con los oficiales de la Luftwaffe en el Ritz.

—Solo intento entretenerlos un poco, distraer a quienes extrañan sus hogares y a sus familias.

Schwarz sonrió desdeñosamente.

—No lo dudo.

—Si necesita prueba de mis pases, puede preguntarle al coronel Meyer. Es quien se encarga de tramitarlos.

—¿El coronel Meyer?

—Sí —respondió animadamente Estelle—. Apenas la semana pasada me invitó a cenar.

Un gesto de vacilación atravesó fugazmente su rostro. Era obvio que estaba tratando de determinar exactamente cuál era la relación entre Estelle y el coronel. Si algo caracterizaba a los alemanes era su respeto casi fanático a la cadena de mando, y

su temor a importunar a sus superiores era algo que podía aprovecharse, siempre que se hiciera con cuidado.

Estelle no supo a qué conclusión había llegado el sargento, pero la arrogancia de este había regresado. El hombre soltó la cortina y caminó alrededor de los dos sofás. Se detuvo y tomó un ejemplar de *Carrefour* que Estelle había dejado afuera. Luego lo lanzó hacia la mesa. La revista se deslizó sobre la superficie y cayó al suelo.

—Necesito revisar el resto del departamento.

Estelle abrió los ojos como platos.

—¿Por qué? ¿Cree que de alguna manera se hayan metido en mi departamento?

—¿Sabía que antes de venir aquí —dijo Schwarz mientras se acercaba a la mesita y levantaba la foto de Estelle en el Mercedes que sus padres le habían regalado — fui oficial de la policía? Mi padre quería que fuera médico, pero lo que me fascinaba no era el funcionamiento del cuerpo sino el de la mente. El de la mente criminal. La idea de que un individuo fuera capaz de mentir de manera tan perfecta y convincente que, respaldado por la representación adecuada, pudiera salirse con la suya en cualquier situación.

Estelle se frotó las manos y fingió ser ajena a la patente amenaza incorporada en las palabras del sargento.

—No comprendo.

Un gesto de fastidio se formó en el rostro del sargento.

—Hoy interrogamos a una mujer cerca del Sagrado Corazón. Nos mintió. Mi superior piensa que no, pero yo estoy seguro de ello. Así que la seguí a ella y al supuesto mentecato que la acompañaba. Los dos entraron en este edificio. Y ahora mis hombres están revisando todos los departamentos, como lo harán con el suyo.

—Ah, bueno. Siendo así, gracias —dijo ella en voz baja.

Schwarz frunció el ceño y dijo algo entre dientes. Dejó la foto en la mesita y atravesó el comedor de camino a la cocina. Al comprobar que estaba vacía, dio media vuelta sobre sus talones y marchó por el pasillo hacia la recámara. Estelle lo siguió, se recargó en el marco de la puerta y entrelazó las manos al frente. Tal como había hecho en la sala, el sargento se acercó a la ventana y se asomó afuera. Al no encontrar nada interesante, dirigió su atención al vestidor y entró en él avanzando de costado. Metió una mano entre la ropa mientras con la otra seguía sosteniendo la pistola. Luego se agachó y miró bajo la cama, moviendo el arma de un extremo a otro del

espacio. Cuando se enderezó, su rostro reflejaba frustración. Echó una mirada alrededor de la habitación y sus ojos se posaron sobre el pesado ropero.

Levantó el arma y abrió bruscamente la puerta.

Las uñas de Estelle se le clavaron en las palmas, pero se obligó a relajar las manos.

—Mire nada más —murmuró el sargento.

Estelle sintió que el estómago se le iba al piso. Con las piernas entumidas, dio unos pasos adelante.

Schwarz estaba pasando sus largos dedos entre la seda de un vestido color azul zafiro bordado con perlas diminutas.

—Digno de una princesa, ¿no le parece? —preguntó el sargento sacando la prenda del ropero.

—Es lo que uso para cantar —dijo Estelle, y su voz trémula no fue del todo fingida. Necesitaba alejar al sargento del ropero, antes de que lo vaciara por completo. Una tos, un estornudo, un lápiz cayendo al suelo, un crujido del catre… Había mil cosas que podrían delatarlos.

—Mmm. —Schwarz aventó el vestido a la cama y sacó otro, la prenda de crepé amarillo limón—. A mi esposa le habría gustado tener cosas como estas —dijo—. A mí me habría gustado comprárselas. Pero, por más horas que trabajara, nunca me alcanzó para hacerlo. Sin embargo, aquí en París, una prostituta de cabaret viste como una reina, vive como una reina. —Acarició el vestido con la boca de la pistola—. Probablemente le lleve un regalo. Hay muchas cosas finas en este departamento. Muchas cosas de dónde escoger.

El vestido amarillo fue a dar a la cama junto al azul. El sargento acercó la mano a otra de las prendas, una de color crema y bordada con hilo dorado.

—Entonces, elija —dijo Estelle con voz sonora mientras las manos de Schwarz se cerraban sobre la seda fresca—. Todos esos vestidos son regalos de Reichsmarschall Göring. Estoy segura de que no le molestará.

El sargento apartó rápidamente la mano, como si se hubiera quemado. Luego miró fijamente a Estelle.

Ella sonrió coquetamente.

—Es admirador de las prendas finas. Me dijo que parezco un ángel con ese vestido. Tal vez su esposa también parezca un ángel con él. Se lo diré al Reichsmarschall.

El sargento cerró el ropero con movimientos espasmódicos. La mención del coronel Meyer solo lo había hecho titubear, pero la de Göring obtuvo el efecto deseado.

El oficial guardó su pistola en la funda. Luego volvió sobre sus pasos, seguido de cerca por Estelle.

Frau Hoffmann seguía husmeando en la entrada. Su hija estaba llorando y ella la hacía rebotar una y otra vez en sus brazos para calmarla. Pareció decepcionada al ver que Schwarz regresaba con las manos vacías.

—¿Encontró dónde los esconde? —preguntó con altanería—. ¿A los traidores? Porque sé que lo hace.

—Aquí no hay nada. —El sargento miró atentamente a Estelle como tratando de comprender quién era. Miembro de la alta sociedad, cantante, prostituta, amante, simpatizante de los alemanes, o todo lo anterior. O tal vez algo completamente distinto—. Pero no detendré mi búsqueda. Los traidores siempre son traidores. Las personas no cambian.

16

Gabriel

Norfolk, Inglaterra
8 de julio de 2017

Millbrook House no había cambiado en doscientos años.

Bueno, no exactamente, reflexionó Gabriel. La casa tenía electricidad y tubería moderna, además de varias podadoras de carrito y tractores pequeños que se guardaban en las construcciones periféricas que antes ocupaban los caballos. Pero cada vez que iba ahí le gustaba imaginar a la gente que había construido aquella casa.

Seguramente hubo un pequeño ejército de obreros que habían levantado la hermosa mansión, y no se había reparado en gastos en lo que se refiere al diseño. La casa tenía tres plantas con hileras de ventanas amplias y rectangulares distribuidas de manera uniforme en la piedra ocre oscuro y, como remate, un techo liso de losa. En el centro de la fachada destacaba un espacio amplio que sobresalía de las alas y cuyo tejado, de trazo triangular y con pequeñas almenas, le daba a la construcción un toque medieval.

Pero lo que maravillaba a los visitantes era su emplazamiento: erigida en la cima de una suave pendiente, y rodeada de jardines primorosamente podados y arreglados (los cuales habían figurado en la portada de la revista *Gardeners' World* de la BBC), Millbrook tenía una vista imponente del mar. Extendiéndose hasta donde el agua y el horizonte se unían con una mezcla de cerúleo y azul celeste en días luminosos, y plomo y plata en días nublados, la vista no cansaba nunca.

—Oh —exclamó Lia cuando se desviaron de la carretera principal e iniciaron el suave ascenso por el camino bordeado de árboles—. ¡Qué lugar tan hermoso!

—Lo es —confirmó Gabriel. Luego volteó a verla al asiento del copiloto. Tenía la nariz pegada al cristal con el entusiasmo de un niño, y eso lo hizo sonreír.

Habían disfrutado el viaje desde Londres en relajada compañía, a veces en un cómodo silencio, a veces conversando despreocupadamente. Aquella mañana, ella lo había esperado afuera de su hotel para que la recogiera. Gabriel la identificó sin problemas entre la multitud mucho antes de estacionarse frente al antiguo edificio. Ella llevaba otro de esos bonitos vestidos sin manga que parecían gustarle tanto. En esta ocasión, uno en tono verde esmeralda oscuro, atravesado por un diseño en espiral color verde pasto. La prenda hacía que en sus ojos predominaran los verdes sobre los cafés. Arriba de su familiar sonrisa, sus mejillas estaban encendidas de color. Lia había arrojado en el asiento del auto una maleta bastante viajada y había subido al asiento del pasajero. Gabriel tuvo entonces una sensación alarmante de mariposas revoloteando debajo de sus costillas.

Durante el recorrido, Lia le habló acerca de su trabajo y de los muchos lugares a donde este la había llevado. Asimismo, le hizo a Gabriel decenas de preguntas sobre restauración, sobre sus estudios y sobre sus viajes. Siempre preguntas fáciles de responder, y Gabriel se preguntó si lo estaría haciendo a propósito. Ella no volvió a sacar el tema de sus pinturas, ni preguntó nada más acerca de los dos lienzos que le había pedido que le vendiera.

Los nudillos de Gabriel se tensaron sobre el volante mientras subían por el camino de acceso a Millbrook. La idea de que ella admirara su obra lo suficiente para comprarla le resultaba extrañamente emocionante. Él no tenía ningún plan para esas dos piezas, así que no le dolía separarse de ellas. Pero cuando dijo que no pretendía caer en la misma trampa en que habían caído su abuelo y su padre, lo había dicho en serio. Pese a ello, Lia había logrado enrevesar sus palabras y presentarle un argumento que parecía irrefutable.

—¿Tendrán evento este fin de semana? —preguntó Lia, enderezándose en su asiento y sacándolo de su ensimismamiento.

—Una boda —respondió. Luego miró de reojo a los trabajadores que estaban armando una pérgola con cubierta traslúcida y colocando hileras de sillas plegables blancas en el centro de los jardines—. Y una filmación durante la semana.

Lia se frotó las rodillas descubiertas.

—Seguro que ya tienen todo el verano contratado.

—Es lo que dice Elaine. —El auto pasó junto al camión de un florista y luego se dirigió hacia un estrecho camino. Un letrero anunciaba que el paso era exclusivo para empleados—. Elaine es nuestra coordinadora de eventos —explicó Gabriel—. Vive en la propiedad, en una cabaña renovada, y es muy buena en su trabajo. Mi madre la contrató hace casi quince años, cuando expandió el negocio que consistía únicamente en una casa de huéspedes. Ahora tenemos la capacidad de recibir eventos mucho más grandes, como bodas, y le hemos abierto las puertas a la industria cinematográfica. —Siguió el caminito que llevaba a la parte posterior de la casa y se detuvo en un pequeño estacionamiento donde otros cuatro autos relucían bajo la luz del sol—. Elaine tiene sistemas, organigramas y procesos, y nadie más aparte de sus asistentes se atreve a modificarlos. De hecho, no podría asegurar que en los jardines no hay cuerpos enterrados de asistentes que los modificaron demasiado para su gusto.

Lia rio.

—¿Qué piensa tu abuelo de todo esto?

—Mi abuelo no se involucra en lo más mínimo con el negocio, por supuesto, y está exclusivamente en el conjunto de habitaciones que está en la esquina oeste de la mansión. Pero yo creo que le agrada que vengan personas, y que aprecien y aprovechen la casa. Mi abuela fue la primera que recibió en la casa huéspedes de fin de semana. Tanto ella como mi madre compartían la idea de que una casa de este tamaño tenía que trabajar para la familia para ser sostenible. —Gabriel hizo una pausa y jaló el freno de mano con mucha más fuerza de la necesaria—. Aparte de que sus respectivos maridos estaban siguiendo una carrera profesional insostenible y enteramente fútil.

—Ah. —Lia no hizo ningún comentario acerca de esas últimas palabras. Simplemente bajó del auto y contempló la mansión haciéndose sombra con la mano—. Tienen mucho espacio que calentar durante el verano.

Gabriel también bajó del auto.

—Hablas igual que mi madre. Cuando mira esta casa ve una hoja de cálculo llena de números y sumas.

—Lo tomaré como un cumplido. —Lia bajó la mano y sus labios formaron una sonrisa irónica—. A mí también me gustan los números y las sumas.

Gabriel se recargó en la puerta del auto y contempló a Lia

mientras esta giraba lentamente y asimilaba su entorno. De repente, sintió ganas de pintarla así, con el verde de su vestido como una joya flotando contra los verdes oscuros y olivas de la vegetación posterior de la casa. La curva de sus labios rosa pálido. La aureola ámbar y dorada de la luz del sol iluminando los cabellos que se habían soltado de su cola de caballo.

Sus dedos se curvaron, como si estuvieran sosteniendo un pincel.

—¿Crees que podría ir a contemplar los jardines y la vista antes de entrar, aunque sea rápido? ¿Antes de que terminen los preparativos?

Gabriel se enderezó y se aclaró la garganta. Luego estiró los dedos sobre el techo del auto.

—Por supuesto. Ven, sígueme.

Gabriel resistió el impulso de estirar la mano para tomar la de ella y prefirió esperar a que Lia rodeara el auto. Juntos retrocedieron por el camino, y la grava iba crujiendo a su paso.

—¿Eres un lord o algo así? —preguntó familiarmente mientras giraban hacia el costado de la mansión—. Quería preguntártelo desde hace rato.

Gabriel volteó hacia ella.

—¿Un lord?

—Esta casa sería digna de un lord. Y pareciera que ha pertenecido a tu familia durante muchísimo tiempo. Me pareció una posibilidad razonable.

—Pues no, no soy lord ni nada por el estilo —dijo Gabriel —. Tampoco ninguno de mis familiares. Aunque originalmente, la casa iba a ser para uno.

—¿En serio? ¿Para quién?

—Según cuenta mi abuelo, para un vizconde bastante egocéntrico que, siguiendo un capricho, decidió construirse una mansión en 1814. Por desgracia, y también por capricho, su señoría decidió que se vería muy majestuoso en uniforme militar. Pese a las protestas horrorizadas de su familia, compró una comisión, marchó hacia Bélgica en 1815 y, desafortunadamente, no sobrevivió a los franceses. La casa nunca se completó, cayó en el abandono, y finalmente la familia del vizconde la vendió a la primera persona con suficiente dinero y ambición para hacerse cargo de una pila inacabada de ladrillo y piedra. Desde entonces ha estado en mi familia.

—O sea que la casa tiene mayor jerarquía que tú.

—Completamente. —Gabriel la condujo a través de un

laberinto de setos bajos y junto a la pérgola, que ya estaba erguida. Dos mujeres jóvenes estaban trenzando rosas blancas en los pilares—. ¿Estás interesada en la nobleza británica?

Lia encogió los hombros.

—Someramente. Tal vez sea un remanente de mis días en el internado, cuando ese tipo de cosas parecía importante.

Gabriel comprendió de repente.

—Ah, eso lo explica.

—¿Explica qué?

—Tu inglés es notablemente británico.

—La doctora Sullivan se sentiría muy satisfecha de oírte decir eso. Era la directora.

—¿Pero naciste en Francia?

—Sí, en Marsella.

—Y, sin embargo, asististe a un internado británico.

La entonación fue más de comentario que de pregunta, con lo cual la dejaba en libertad de responder si así lo quería.

—Como mis padres estaban ausentes muy a menudo, el internado parecía ser la mejor opción. Me dijeron que era importante que dominara varios idiomas, que en el futuro apreciaría las oportunidades que eso me brindaría en la vida. No se equivocaron.

Habían llegado al límite del jardín, delimitado por una barrera de hortensias color verde oscuro salpicadas con una algarabía de flores blancas como la nieve. Lia la atravesó por una de las estrechas aberturas que había a cada tanto, y Gabriel la siguió. Ahí, justo al otro lado del jardín, la vista al mar estaba completamente libre de obstáculos. La brisa repuntó, perfumando el aire cálido con un buqué de dulces fragancias florales, tonos intensos de tierra recién removida, y un ligero aroma salado proveniente del mar. A sus espaldas, una abeja zumbaba mientras trabajaba, y arriba, un ave marina chillaba mientras daba vueltas al cielo.

—Cuando era joven, pasé unas vacaciones de Pascua más al norte, en Scarborough, con la familia de mi compañera de cuarto —dijo Lia. Entonces cerró los ojos, levantó el rostro hacia el cielo e inhaló profundamente—. El aroma era exactamente igual a este.

—¿No pasabas esas vacaciones con tu familia? —preguntó Gabriel, pero se arrepintió de inmediato. Lo único que hizo fue repetir en tono crítico lo mismo que ella acababa de decirle. La dinámica de la familia de ella no era de su incumbencia.

—Mis padres siempre están en Portugal de marzo a mayo.

—Lia abrió los ojos. Si la pregunta la había ofendido, no lo demostró—. Aunque luego se van a su chalé en Suiza para el verano, antes de que haga demasiado calor. Era entonces cuando yo regresaba a Marsella y me quedaba con Abuela, porque ella nunca viajaba.

—¿Nunca?

Gabriel intentó reconciliar otra vez las fotos de la Estelle Allard dinámica e intrépida que había visto en el departamento de París con la imagen sedentaria que Lia estaba pintando de su abuela.

—Durante el tiempo que la conocí, no. Aunque mi madre me dijo que cuando ella era niña, Abuela iba a Suiza constantemente. Por lo menos tres o cuatro veces al año. Conforme fue envejeciendo, redujo los viajes a solo uno o dos, hasta que finalmente dejó de ir.

—¿Por qué?

—No lo sé. No sé por qué iba ni por qué dejó de hacerlo. Pero cuando iba, no llevaba a mi madre con ella.

—Y tus padres no te llevaban a sus viajes tampoco… —Gabriel cerró la boca súbitamente. Había sonado como un idiota sentencioso. Una vez más. Solo porque su familia estaba junta siempre, no significaba que las de los demás tuvieran que ser así.

Lia encogió los hombros. De nuevo, no pareció ofenderse por su falta de tacto.

—No.

—Eso suena… solitario.

—A veces, tal vez. Supongo que uno se acostumbra a estar solo. Y a menudo me iba a quedar con amigos. Además, es difícil quejarse o ser malagradecida cuando sé que me dieron la mejor educación que el dinero puede comprar. Me ha permitido llegar lejos, metafórica y literalmente, porque he viajado alrededor del mundo.

Gabriel arrancó una hoja del arbusto de hortensias, pensando que la mujer que estaba con él siempre encontraba el lado bueno de las cosas. Era un rasgo sumamente admirable. Y sumamente atractivo.

Gabriel sostuvo la hoja entre sus dedos.

—Tu abuela seguramente disfrutó tu compañía esos veranos.

—Sí. Y conforme yo iba creciendo, mejor lo entendía. —Se frotó los brazos descubiertos—. Hubo una época de mi vida, sobre todo cuando era una adolescente egocéntrica, en que me

molestaban esos veranos. Cuando tenía que rechazar invitaciones para ir a vacacionar a Mónaco, a navegar a España o a visitar Italia. Creo que en ese momento los veía como una prisión, como una jaula de la que no podía escapar.

—¿Y ahora?

—Ahora los veo de otra manera. Cuando llegaba a Marsella no había abrazos, besos ni exclamaciones. Pero Abuela siempre estaba en la estación del tren para recibirme, esperando en la plataforma antes incluso de que llegara el tren. En casa, las sábanas de mi cuarto siempre estaban recién lavadas; siempre había un florero con azucenas junto a la cama; y la vieja bicicleta que ella guardaba en el cobertizo siempre tenía aceite fresco en la cadena y el lugar estaba perfectamente limpio. Y siempre había una pila de libros nuevos, una colección de títulos verdaderamente diversos de no ficción, con una notita manuscrita donde Abuela anotaba lo que podría interesarme de cada uno.

Los recuerdos la hicieron sonreír.

—¿Eres una lectora ávida?

—Me convertí en lectora. Ella siempre me decía que el propósito de los libros no era que yo aprendiera lo que las demás personas pensaban, sino que aprendiera a pensar por mí misma. No sé si ella lo supo o no, pero a lo largo del tiempo creó un espacio para mí. Sé que esto sonará cursi, pero saber que contaba con ese lugar me hacía más fácil partir. Me daba la confianza y la libertad para aventurarme lejos.

—¿Y qué hay de tu abuelo? Nunca lo has mencionado.

—No lo conocí. Murió mucho antes de que yo naciera, cuando mi madre todavía era joven. Estuvo un tiempo como prisionero durante la guerra. A partir de eso, tuvo problemas de salud.

—¿Y tu abuela no se volvió a casar?

—No. —Lia puso las manos en la cintura—. «Solo una vez encuentras el amor de tu vida», me decía en las raras ocasiones en que le preguntaba. «Y si eres tan tonta para no reconocer esa clase de amor y atesorarlo por lo que se convertirá, entonces nunca lo mereciste».

—Eso suena trágicamente romántico.

Lia inclinó la cabeza.

—Dramático, en todo caso —dijo. Luego señaló con un gesto el mar—. Esto es imponente. Si tuviera que casarme, lo haría aquí.

—¿Si tuvieras que? No creí que también fuera una

romántica, Mademoiselle Leclaire.

Ella volteó hacia él y levantó una ceja.

—¿Es sarcasmo eso que detecto?

—Haces que la institución del matrimonio suene como una cárcel.

—¿Has estado?

—¿En la cárcel o casado?

Ella rio.

—Las dos.

—No y no.

—¿Has estado tentado a hacerlo?

La hoja se rompió entre sus dedos.

—Disculpa. Esa fue una pregunta personal. No es de mi incumbencia.

—No, está bien —respondió Gabriel—. La verdad es que mi trabajo siempre ha sido una prioridad.

—Eso sí lo entiendo perfectamente —dijo ella—, y lo apoyo. Aunque sospecho que tú recibes muchos menos consejos bienintencionados acerca de la marcha de tu reloj biológico de los que recibo yo.

—Santo cielo. —Gabriel aventó la hoja rota—. Lo lamento. Hay personas que pueden ser muy estúpidas.

Ella encogió los hombros con un movimiento muy a la francesa.

—Las ignoro. Discutir con ellas sería una pérdida de tiempo y energía, y no vale la pena.

—¿Y tú? ¿Has estado tentada?

Gabriel no tenía idea de por qué estaba preguntándolo, aparte de que ella había preguntado primero.

—No. Nunca he permanecido en un lugar el tiempo suficiente para una relación seria.

—¿Lo harías?

—¿Qué cosa?

—Permanecer en un lugar. ¿Lo harías si encontraras al amor de tu vida? ¿Si reconocieras en qué podría convertirse, como decía tu abuela? —Gabriel estaba entrando en territorio peligroso, en lugares en que no le correspondía ir con Lia, una cliente. No obstante, por alguna razón quería saber qué respondería Lia, la mujer.

Sus manos cayeron de las caderas.

—No lo sé. Quizás.

Gabriel la miró a los ojos y sintió de repente la boca seca. Entonces dio un paso atrás.

—Ven —dijo esperando que su voz sonara más natural de lo que la sentía—. Vayamos adentro para que te presente a mi abuelo. —Retrocedió otro paso, por si las dudas—. Seguramente te hará muchas preguntas sobre tu trabajo y los lugares a donde has viajado, pero te garantizo que no te interrogará acerca de tu reloj biológico.

Lia rio, y se formaron unas arrugas que enmarcaban sus ojos.

—Te sigo.

Volvieron sobre sus pasos hasta el automóvil de Gabriel y entraron en Millbrook por una puerta trasera de aspecto bastante ordinario. Cuando se internaron en el fresco interior, después de estar en el resplandor de la mañana, Gabriel esperó a que sus ojos se ajustaran a la iluminación. Se encontraban en los cuartos familiares, como solía llamarlos el equipo de mantenimiento y seguridad: el conjunto de media docena de habitaciones modernas donde vivía su abuelo y donde se alojaban los familiares que llegaban de visita. El resto de la casa, el comedor, el salón de baile, la biblioteca, los cuartos de huéspedes, la sala de música, el salón matinal, habían sido minuciosamente restaurados a su antigua gloria de la época de la Regencia, haciéndola popular entre cineastas y entre quienes buscaban para sus nupcias un escenario de cuento de hadas. Una parte de las cocinas originales había sido restaurada, mientras que la otra había sido renovada para ofrecer instalaciones de última generación a los proveedores de *catering*.

La cocina donde se encontraban Gabriel y Lia era pequeña y sencilla, con muebles de arce, encimeras de mármol y electrodomésticos de acero inoxidable. Gabriel caminó hacia una puerta estrecha que estaba en el extremo opuesto, y se topó con una mujer que iba entrando con aire señorial.

—¡Gabriel! —exclamó alegremente cuando lo vio—. ¡Qué gusto que estés aquí! Hace mucho que no venías.

—Lo sé —admitió Gabriel mientras abrazaba a la mujer e inhalaba el conocido aroma a vainilla que siempre había asociado con ella.

—Y trajiste una invitada.

La mujer se apartó de Gabriel y volteó hacia Lia con una sonrisa radiante.

—Abigail, te presento a Aurelia Leclaire. Es una cliente —dijo—, y está… ayudándome con una investigación.

—Llámeme Lia, por favor.

Lia dio un paso adelante y extendió la mano.

—Y ella es Abigail Denworth —dijo Gabriel—. La persona responsable de que Millbrook se mantenga de pie y de que los Seymour mantengan la cordura desde 1972.

—Soy el ama de llaves —dijo Abigail riendo. Luego ignoró la mano extendida de Lia y la abrazó.

—Es parte de la familia —la corrigió Gabriel.

Abigail soltó a Lia y se dio unas palmaditas en la cabeza, arreglándose el cabello castaño entramado con abundantes canas.

—Si estás buscando a tu abuelo, está en el salón de lectura —le dijo. Luego guiñó uno de sus ojos azules—. Ya está especulando qué libro nuevo le trajiste esta vez.

Gabriel sonrió. Era una antigua tradición.

—De hecho, le traje algo un poco distinto. Unas fotos antiguas.

—Oh. ¿Qué clase de fotos?

—Fotos de su hermana, de antes de la guerra.

«Y durante la guerra», pensó, pero no lo dijo.

—Ah, le agradarán, creo. —Abigail entrelazó las manos—. Willam tenía un vínculo especial con su hermana. Mi mamá decía que eran como dos chícharos en una vaina. Hablaba a menudo de Sophie.

—La mamá de Abigail fue el ama de llaves de Millbrook hasta que Abigail asumió todas sus responsabilidades —le explicó Gabriel a Lia.

—¿Puedo ver las fotos? —preguntó Abigail—. Me encanta ver pedacitos de historia de esta casa.

—Por supuesto.

Lia sacó de su mochila el conocido fólder y le tendió a Abigail una de las fotos en su cubierta protectora.

Abigail sacó unos lentes de lectura del bolsillo de su suéter y los acomodó sobre la punta de su nariz.

—Ah, sí, ella es Sophie —murmuró—. Aunque aquí parece una estrella de cine. Nunca había visto fotos como esta de ella. Las que tu abuelo tiene aquí en Millbrook son, en su mayoría, fotos de su infancia, y las que le tomaron antes de que se fuera a Polonia. ¿De dónde la sacaron?

Lia volteó a ver a Gabriel y él asintió con la cabeza.

—Supongo que el nombre Estelle Allard no le dice nada, ¿verdad? —preguntó Lia.

—No lo creo —dijo Abigail—. ¿Quién es?

—Era mi abuela —dijo Lia—. Y encontré esa fotografía en

su departamento después de que falleció. En París.

El ama de llaves arrugó la frente.

—Santo cielo. ¡Qué pequeño es el mundo! Seguramente fueron amigas, ¿no? —Tamborileó la orilla de la fotografía—. Creo que Sophie estudió en París.

—Sí —confirmó Gabriel—. De 1933 a 1934.

Abigail volteó la foto y entrecerró los ojos para leer la fecha escrita con tinta desteñida en una esquina.

—A ver. Esta foto dice 1942. Eso no puede ser. Sophie murió antes, en el bombardeo de Varsovia.

Gabriel hizo una mueca.

—Ya no estoy tan seguro de que haya muerto en Varsovia.

—¿Crees que aún vive?

El ama de llaves levantó la cabeza tan rápido que los anteojos resbalaron de su nariz.

—No, no lo creo, aunque de momento no puedo demostrar ni una cosa ni la otra.

—Cielos. Qué cosa tan... extraordinaria. —Abigail se quitó los lentes y le devolvió la foto a Lia—. ¿Y viniste a preguntarle a tu abuelo al respecto?

—Sí. Y todo este asunto está enredado con unas pinturas que estamos tratando de devolver a sus legítimos dueños. Mi padre no sabe nada sobre las pinturas ni sobre las fotos. Pensé que el abuelo podría saber algo.

El ama de llaves negó con la cabeza.

—Él no habla de esos años. Ni de la guerra ni de nada de lo que pasó mientras duró.

—Lo sé. Pero tengo esperanzas de que ahora lo haga.

—Ten cuidado. No sé qué estás pensando ni qué significan estas fotos, pero el corazón de William está viejo y cansado, y no sé si resistiría que se le rompiera una vez más por algo relacionado con su hermana —le advirtió Abigail—. Mi mamá me dijo que la pérdida de sus padres fue difícil para él, pero que la de su hermana fue lo que por poco concreta lo que los campos de prisioneros no pudieron hacer.

Gabriel se acomodó el portafolios que llevaba al hombro.

—Hubiera preferido hablar con tu mamá —dijo.

—Sí. Lo que yo sé de la guerra y de todo el sufrimiento y las tragedias que provocó es un testimonio indirecto. Mamá vivió aquí durante todo ese tiempo. Cuidó de varios niños que fueron enviados desde Londres para que estuvieran a salvo. Coleccionaba recortes de periódicos, cartas, volantes y fotos

para ayudarme a entender la incertidumbre y el caos que se vivió en ese tiempo. La guerra convirtió a mi mamá en una acumuladora, pero su esfuerzo sin duda me ayudó a no ser malagradecida con lo que tuve cuando era niña.

—¿Dónde? —preguntó Lia.

—¿Disculpa? —dijo Abigail volteando hacia Lia.

—¿Dónde guardaba su mamá todas las cosas que le mostraba? ¿Aún las conserva?

El ama de llaves parpadeó.

—No lo sé. No había pensando en eso en años. Supongo que lo que mi mamá conservó tendría que estar en el ático. Nosotros solemos subir a buscar artículos para la casa, pero nunca he buscado nada que mi mamá pudiera haber guardado. Nunca tuve la necesidad.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó Gabriel.

Abigail se encogió de hombros.

—Por mí no hay problema. Finalmente, ustedes son los dueños de la casa. Aunque eso sí, manténganse lejos de los planificadores de bodas y de los invitados, o tendrán a Elaine escupiendo fuego a sus espaldas.

Gabriel rio.

—Gracias por la advertencia.

—No sé qué podría haber guardado mi madre que pudiera decirte algo que no sepas ya acerca de tu familia —dijo Abigail.

—Creo que vale la pena echar un vistazo —dijo Gabriel encogiendo los hombros—. Iremos a saludar al abuelo y luego subiremos a echar un vistazo por la tarde, mientras él toma la siesta.

—¿Me avisarán si encuentran algo? —preguntó.

—Por supuesto.

—Bueno, pues buena suerte —dijo Abigail—. Y recuérdale a tu abuelo que el almuerzo se servirá a la una.

Gabriel condujo a Lia a la modesta habitación que conocían como salón de lectura. Las ventanas, anchas y altas, daban al suroeste, por lo que la habitación casi siempre estaba iluminada, incluso en días en que los bancos de nubes tapaban la luz del sol. En medio de las ventanas había un librero igualmente alto y lleno de libros, pero no eran tomos empastados en cuero como los que engalanaban el estudio de la sección restaurada de la casa, sino novelas de pasta desgastada y hojas dobladas que habían sido leídas con deleite

una y otra vez.

Había dos cómodos sofás colocados en diagonal, con una serie de mantas a cuadros que cubrían los cojines gris oscuro, y mesitas cubiertas de fotografías enmarcadas al lado de cada uno. Unos variopintos sillones orejeros estaban colocados cerca de las ventanas. Recargados en los respaldos había varios cojines de punto de cruz con figuras de perros y de lo que Gabriel pensó que podría ser una gallina. Frente a uno de los muros estaba una televisión pequeña, aunque Gabriel no recordaba haber visto mucha televisión en esa habitación, ni siquiera de niño. Era una habitación destinada a recibir visitas, leer o ponderar ante el tablero de ajedrez de madera, que tenía un sitio de honor en una mesa colocada entre los dos sofás.

William Seymour estaba sentado con los ojos cerrados en una silla de ruedas cerca de la ventana más alejada. Pese a su avanzada edad, Gabriel aún podía ver en su abuelo atisbos del joven que había sido. Aún tenía hombros anchos y dedos largos y elegantes. El color de su tez daba la impresión de que recién había estado afuera, y ni las profundas arrugas de su rostro disimulaban su nariz aguileña ni su mandíbula cuadrada.

Unos audífonos con cancelación de ruido descansaban sobre su cabello blanco.

—¿Está durmiendo? —preguntó en voz baja Lia, a espaldas de Gabriel.

—No —respondió él meneando la cabeza.

William soltó de repente una risa áspera.

—Está escuchando un libro.

Gabriel dio un paso al interior de la habitación y tocó la puerta lo más fuerte que pudo.

Los ojos de su abuelo se abrieron súbitamente detrás de unos anteojos redondos.

—Gabriel —dijo mientras manipulaba torpemente el reproductor portátil que tenía sobre las piernas. Luego se quitó los audífonos—. Abigail me dijo que habías venido. Me da gusto que estés aquí.

Hablaba con voz rasposa, desgastada por la edad.

—A mí también. —Gabriel atravesó la habitación y se inclinó para abrazarlo—. Lamento no haber podido venir más últimamente.

—Bah —dijo William haciendo un ademán para mostrarle que no eran necesarias sus disculpas—. Estás ocupado y me alegro por ello. Cuando alcances mi edad tendrás mucho tiempo para sentarte al sol y escuchar historias.

—¿Qué estás escuchando? —preguntó Gabriel.

—Cornwell. Me gustan las aventuras. —Sus ojos azules se movieron hacia Lia. Una sonrisa pícara apareció en su rostro, y una de sus cejas blancas y tupidas se alzó—. Abigail mencionó que habías traído una invitada. ¿Por qué no nos presentas?

—Por supuesto. —Gabriel volteó hacia Lia—. Ella es la señorita Aurelia Leclaire, y nos visita desde París.

—Es un placer conocerlo, señor Seymour —dijo Lia acercándose. Entonces estrechó su mano y lo besó en ambas mejillas.

—El placer es mío —dijo él con voz ronca—. Perdone que no me levante. —Levantó su pierna izquierda, que tenía el pantalón doblado y sujetado con alfileres a media pantorrilla —. Esta vieja pierna estaba doliéndome y no me puse mi pie robótico. —Entonces señaló los sillones orejeros más cercanos —. Pero por favor, tome asiento.

—Gracias —dijo Lia sonriendo. Entonces se sentó en el sillón y colocó el fólder sobre sus piernas.

—¿Gusta beber algo? —le preguntó cortésmente—. Podría pedirle a Abigail que le sirva un té.

—No, gracias —dijo Lia—. Prefiero reservarme para el almuerzo.

—A la una en punto —dijo William—. Apuesto a que te pidió que me lo recordaras, ¿no es así?

—Sí.

—Estoy bastante seguro de que en Millbrook se ha servido el almuerzo a la una en punto desde 1859 —dijo refunfuñando —. Gabriel tiene permiso para sacarme a pastar el día que yo lo olvide.

Gabriel hizo una mueca, jaló hacia la ventana el taburete de uno de los sillones y se sentó bajo el rayo del sol.

—¿Se dedica a la pintura, señorita Leclaire? —preguntó William.

—No, soy ingeniera. Química —agregó cuando él alzó las cejas.

—¿En verdad? Un campo de estudio fascinante.

William parecía encantado con esta revelación.

Y, a juzgar por su expresión, el abuelo de Gabriel ya estaba imaginando el retrato de Lia en el salón, junto al de las otras mujeres brillantes con quienes los varones Seymour habían tenido la fortuna de casarse.

—Amo mi trabajo —dijo Lia.

—Como debe ser. —William miró alternadamente a los

dos—. Cuéntenme cómo se conocieron.

—Lia es una cliente, abuelo. Estoy haciendo trabajos de valuación y restauración para ella.

—Ah. —William volvió a concentrarse en Lia—. Entonces hábleme de las obras en que mi nieto está trabajando.

—Es una colección bastante numerosa de impresionistas —dijo ella—. Degas, Pissarro, entre otros. Y algunos paisajes. Unos cuantos Turners.

—Impresionante. ¿Desde hace cuánto se dedica a coleccionar?

—No lo hago. La colección era de mi abuela —respondió —. Aparentemente.

—¿Aparentemente?

—La encontré oculta en un departamento de París. Hasta hace poco, no sabía de la existencia ni del departamento ni de la colección.

—Mmm. —William dejó los audífonos en la mesita que estaba junto a su sillón—. Interesante. Me gustaría ver la colección. En especial los Turners. Yo también pinto, ¿sabe?

—Sí —dijo Lia—. Lo sé.

Gabriel escudriñó el rostro de su abuelo buscando una reacción al descubrimiento de un lote de arte escondido en un departamento de París donde probablemente había estado su hermana. Pero no vio nada más allá de del interés esperado.

—Gabriel también es pintor —dijo William con tal entusiasmo que parecía que estaba anunciando el ascenso de su nieto al trono de Inglaterra—. Estoy seguro de que no le ha mostrado su obra, pero debería verla. Este chico tiene talento, y creo que debería…

—La he visto.

—Ah, ¿sí? —William entornó los ojos y miró a Gabriel—. Normalmente esconde ese hecho detrás de todas esas pantallas, sustancias químicas y máquinas.

—La vi por accidente —admitió Lia—. En cualquier caso, estoy totalmente de acuerdo. Tiene un talento extraordinario.

—¿Estás escuchando, Gabriel?

Gabriel estaba asomado a la ventana, fingiendo interés en algo que estaba al otro lado del cristal y a todas luces incómodo por el rumbo que había tomado la conversación.

—Cuando era más joven, no hablaba más que de convertirse en artista —continuó William—, y de que exhibiría su obra en todo el mundo.

—¿En serio? —Lia parecía meditabunda—. ¿Y qué pasó?

—Maduré —refunfuñó Gabriel—. Y aprendí a ganarme la vida. Creo que ya habíamos tratado este tema.

—Podría vender sus pinturas —insistió William—. Debería hacerlo.

—Yo le compré dos —comentó Lia. Aún parecía pensativa.

—¿En verdad? —dijo William con incredulidad.

—En verdad —confirmó Lia.

—Bueno, ya era hora —dijo el abuelo de Gabriel con deleite—. Creí que me reuniría con el Creador antes de que eso sucediera—. Entonces dio un manotazo en el brazo del sillón—. Creí que mantendría oculto su talento por siempre.

—No estoy ocultando nada. —La protesta tuvo un tono más defensivo de lo que él habría querido—. No estoy ocultando nada —repitió Gabriel.

—Entonces prométeme que exhibirás tu obra, aunque sea una vez. Así podré morir en paz.

Gabriel se levantó y se alejó de la ventana.

—Prométemelo, Gabriel —insistió su abuelo.

—De acuerdo, lo prometo.

—Bien.

—La señorita Leclaire planea exhibir su colección —dijo Gabriel cambiando resueltamente el tema—. En París. Creemos que parte de las obras pudieron haberse escondido antes de la guerra.

William resopló y le dirigió a Gabriel una mirada con que le decía que no había engañado a nadie.

—Bueno, supongo que puedes mandarme fotografías.

—De hecho, traemos algunas fotos que me gustaría mostrarte ahora —dijo Gabriel—. Esperábamos que pudieras decirnos algo sobre ellas.

—Ah, ¿sí?

Su abuelo se inclinó hacia adelante.

Gabriel se acercó a Lia y tomó el fólder. Se puso en cuclillas junto al sillón de William y lo abrió.

—Encontramos estas en el departamento de la abuela de Lia, junto con las pinturas —le dijo—. Creemos que la persona de las fotografías es Sophie, tu hermana.

En esta ocasión, la reacción de William fue evidente. Su rostro rubicundo palideció, y su cuerpo se quedó muy quieto.

Gabriel colocó la primera foto sobre sus piernas, una de las brillantes, de estilo hollywoodense.

William la miró, pero no hizo el intento de levantarla.

—¿Es ella? —preguntó Gabriel—. ¿Tía Sophie?

William levantó finalmente la foto. Sus dedos trazaron el borde del rostro de la mujer.

—Parece ella —dijo con voz apenas audible—. Pero no sé por qué estarían en el departamento de tu abuela. ¿Eran amigas?

—No estoy segura —dijo Lia—. ¿Alguna vez le mencionó a una mujer llamada Estelle Allard?

William negó con la cabeza.

—No.

—¿Mencionó algo acerca de unas pinturas escondidas en París?

—No —respondió con voz débil.

—Hay más fotos.

Gabriel desplegó el resto de la colección hollywoodense.

—Se ve diferente —dijo William. Luego levantó y dejó sucesivamente todas las imágenes—. Diferente de como la recuerdo.

Gabriel asintió.

—¿Qué dices de esta?

Gabriel puso sobre la manta la fotografía pequeña y maltratada de Sophie montando el caballo de largas piernas.

William meneó la cabeza.

—No, no es ella. Se parece, pero no es.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Gabriel.

—Sophie no montaba. Nunca montó cuando éramos niños. Los vecinos, los Stanton, tenían caballos y me dejaban montar a su vieja yegua siempre que se los pedía, pero Sophie nunca me acompañó. Decía que no confiaba en los caballos.

—¿Crees que haya podido aprender a montar después? Tal vez mientras trabajaba en Polonia.

William levantó la foto.

—No. Me lo habría dicho. Me enviaba cartas —dijo—. Incluso cuando me enlisté en el ejército y me trasladaban de un lado a otro, sus cartas me llegaban, aunque se tardaran mucho. Y eso es algo que ella me habría contado, sobre todo porque siempre la molesté por eso. No es ella.

Gabriel sacó la última foto del fólder.

—Yo creo que sí es, porque esa foto estaba junto a esta.

Entonces colocó sobre las piernas de su abuelo la fotografía de Millbrook.

William contuvo la respiración. Gabriel puso la mano sobre el brazo de su abuelo, más para asegurarse de que

volviera a respirar que por ninguna otra razón.

—Entonces ¿es ella? —dijo William con voz trémula. Sus ojos se humedecieron.

—Sí.

—¿Por qué no me dijo que había aprendido a montar? —susurró. Luego volteó la fotografía—. Aquí hay algo escrito. ¿Qué dice?

—Está en polaco —respondió Gabriel—. Y dice: «Siempre recordaré».

Su abuelo miró la colección de fotos desplegadas sobre sus piernas. Su apariencia reflejó súbitamente cada uno de sus noventa y ocho años.

—Nunca había visto ninguna de estas fotos. No sé quién las tomó ni dónde se tomaron.

—No era mi intención alterarte —dijo Gabriel.

—Perdona a este viejo por sus emociones. Estas fotos me hacen pensar en un tiempo que no conviví con ella. Partes de su vida que no compartí. Es egoísta de mi parte, lo sé, pero después de todos estos años, sigo extrañándola. Ella era mi mejor amiga.

William se quitó los lentes y se limpió los ojos.

—Mmm. —Aquello estaba resultando más difícil de lo que Gabriel había anticipado. Acercó la mano al resto de los documentos del fólder, pero Lia lo detuvo poniendo la mano sobre la de él. No la había oído acercarse.

—Gabriel me dijo que cuando usted regresó de la guerra, estuvo buscando a Sophie —dijo Lia—. Que creyó que tal vez no había muerto en Polonia mientras trabajaba para el Ministerio del Exterior. ¿Podría decirnos por qué creyó eso?

En ese momento fue William quien se asomó a la ventana y evadió sus miradas.

—¿Abuelo?

—Fue una tontería. Y no puedo… Es decir, yo no… —Volteó de nuevo y las arrugas de su rostro parecieron más marcadas que antes—. En esa época yo estaba demente, sufría alucinaciones, imaginaba cosas que no estaban ahí. Morfina, autocompasión. Culpa de haber sobrevivido mientras que mi familia no. No me enorgullezco de lo que era cuando regresé. Y prefiero no hablar de eso.

—Entiendo. Pero ¿podría decirme qué fue lo que imaginó? —insistió Lia con delicadeza.

—¿Qué?

—¿Qué fue lo que imaginó que lo motivó a buscar a su

hermana incluso después de que la creyó muerta?

William dejó la foto de Sophie, la de Millbrook, y miró fijamente a Lia.

—Por favor —dijo ella.

—Imaginé un ángel.

Gabriel y Lia permanecieron en silencio.

—Como dije —continuó William—, estaba demente.

Entonces volvió a ponerse los anteojos.

—Hábleme de ese ángel —dijo Lia.

—¿Quién está demente ahora?

—Bueno, ahora somos dos dementes —replicó Lia con naturalidad—. Haremos buena pareja.

William permaneció en silencio durante mucho tiempo, y justo cuando Gabriel pensó que ya no respondería, empezó a hablar.

—El ángel que imaginé se parecía mucho a usted, señorita Leclaire. —Soltó una risita, pero pareció forzada—. Todavía tengo la imagen en mi mente. Estaba parada frente a mí, debajo de un árbol. Llevaba una túnica blanca y una luz intensa brillaba detrás de ella. Me dijo que mi hermana nunca había creído que yo hubiera muerto. Que Sophie nunca había perdido la fe en mí. Que sabía que yo regresaría a casa. —Sus dedos nudosos se curvaron y se clavaron en la manta que tenía sobre las piernas—. Lo cual, por supuesto, es imposible, porque Sophie murió mucho antes de que a mí me capturaran.

—¿Dónde buscó, cuando trató de encontrar a su hermana? —preguntó Lia.

—En la Oficina de Guerra y en otras dependencias del gobierno. Todo era... —pareció buscar la palabra adecuada—, desorden, confusión. Tantas personas desaparecidas. Tanta destrucción.

—¿Encontró algo?

—Solo su expediente del Ministerio del Exterior, aunque no me permitieron quedármelo, solo verlo. No decía mucho. Información personal que yo ya sabía, una vieja carta de recomendación para su trabajo, y una carta de amonestación por haber abandonado su puesto antes del bombardeo. La cual era ridícula. —William sonó enojado—. Ese trabajo significaba todo para ella.

—¿Qué hay de las personas que trabajaban con ella? —preguntó Gabriel—. Seguramente si...

—Busqué, pero no pude localizar a nadie que hubiera trabajado con ella en Polonia, ni siquiera que la conociera. En

la tapa de su expediente había un sello en tinta roja que decía «Desaparecido y dado por muerto». —William alisó la manta sobre sus piernas—. Emborronado, como puesto al aventón. Una conclusión apresurada porque cualquier otra explicación habría causado demasiadas molestias. —William suspiró. Fue un soplido trémulo, sibilante—. Todavía odio esa expresión. «Dado por muerto». Porque me permitió alimentar esperanzas de que no estuviera muerta, solo desaparecida. Pero con el tiempo, «desaparecido» llega a ser peor que «muerto».

Lia cerró el fólder que seguía en las manos de Gabriel.

—Lo lamento.

—Finalmente, al cabo de los años, tuve que aceptar la verdad. Si ella hubiera seguido con vida, se las habría arreglado para volver. —William volvió a quitarse los anteojos. Luego se secó los ojos con la manga del suéter—. No debería ser tan sensiblero después de tantas décadas. Para ser completamente honesto, mi ángel imaginario me sacó de mi abatimiento. Me dio un propósito, aunque resultó fútil.

Una campanita sonó en algún lugar de la casa.

—Salvado por la campana —bromeó William con voz débil.

Lia miró a Gabriel con gesto inquisitivo.

—La campana del almuerzo —dijo él—. Estoy seguro de que también ha estado aquí desde 1859.

Lia sonrió. Luego se puso en cuclillas junto a él.

—Gracias, señor Seymour —dijo—. Por compartir sus recuerdos con nosotros.

Luego recogió las fotos que seguían sobre sus piernas.

William solo asintió, y cuando volvía a ponerse los anteojos, Abigail entró afanosamente en la habitación.

—Hora del almuerzo —anunció mientras sus ojos ansiosos miraban alternadamente a los tres, tratando de discernir de qué habían hablado.

—Me parece excelente —dijo Gabriel.

—Mmm. —Abigail se colocó detrás de la silla de ruedas y llevó hábilmente a William hacia la puerta. Luego miró hacia atrás—. Ustedes dos, apúrense.

Gabriel esperó hasta que Abigail y su abuelo se marcharan. Luego se dirigió a Lia.

—¿Por qué no quisiste que le mostrara el resto?

—Porque no tenía caso. Es obvio que no sabía nada de las fotos ni de cómo habían terminado en el departamento de Abuela. Además, dijo que le tomó años aceptar su muerte.

¿Qué ganamos con alterarlo con más preguntas para las que aún no tenemos respuesta?

Lia tenía razón, y era más amable, compasiva e intuitiva que él. Gabriel habría hecho cualquier tontería con tal de obtener respuestas.

—El ángel al que se refirió. El que dijo que se parecía a ti.

Gabriel dejó los enunciados flotando en el aire.

—¿Estás pensando que Estelle Allard estuvo aquí, en Millbrook, en algún momento después de la guerra?

—No es más increíble que todo lo que hemos hallado hasta ahora.

—No dije que no estuviera de acuerdo. —Lia estaba jugueteando con una costura de su falda color esmeralda—. Probablemente ya haya más archivos puestos a disposición del público de los que había cuando tu abuelo investigó. ¿No sería mejor si pudiéramos darle respuestas, si es que existen?

—Bueno —dijo Gabriel devolviéndole el fólder a Lia—, ya es tarde para volver a la ciudad antes de que cierren las oficinas de gobierno. Podemos enfrentarnos a los archivos de Londres mañana. Pero después del almuerzo, empezaremos en los áticos de Millbrook.

17

Lia

Norfolk, Inglaterra
8 de julio de 2017

Lia siguió a Gabriel a través de la casa de Millbrook.

Estaban en el salón, un recinto dominado por la luz, pisos relucientes de mármol y paredes tapizadas con intricados diseños en tonos ámbar. Complejas ornamentaciones de yeso adornaban el altísimo techo, y un candelabro derramaba brillantes hilos de cristal desde su centro. Unas altas macetas de porcelana repletas de flores blancas y amarillas enmarcaban la imponente escalera. El lugar era lo primero que veían los visitantes al entrar en la casa, y sin lugar a dudas resultaba impresionante.

Y al igual que cuando abrió por primera vez el departamento de su abuela, Lia tuvo la sensación de estar regresando en el tiempo.

—Es preciosa —dijo ella, y estuvo a punto de chocar con Gabriel cuando este se detuvo frente a una estrecha puerta.

—Se le da un buen mantenimiento —confirmó él. Luego señaló las escaleras que subían al primer piso—. Te mostraré el resto de la casa mañana, cuando se hayan ido los invitados a la boda, pero por lo pronto usaremos la escalera de servicio. Es la manera más segura de eludir a las coordinadoras de eventos escupefuego.

Gabriel sonrió mientras sacaba una llave de su bolsillo y abría la puerta.

Los dos subieron por dos estrechos tramos de escaleras. Sus pies iban golpeteando los escalones de madera. Gabriel se agachó para entrar por una segunda puerta, y Lia se encontró en el extremo de un extenso pasillo con piso de cemento,

paredes desnudas y puertas simples de madera, distribuidas a intervalos regulares en ambos lados.

—Son las antiguas habitaciones para la servidumbre —explicó Gabriel mientras caminaban por el pasillo. Luego señaló las primorosas etiquetas que había en cada puerta—. Ahora se utilizan como bodega —continuó—. Adornos de navidad, adornos de boda, luces, manteles y centros de mesa, ese tipo de cosas. —Sacó de nuevo la llave para abrir la puerta que estaba al final del pasillo—. El acceso al ático. —Extendió la mano—. Después de usted.

Lia entró por la puerta y subió las escaleras. Ahí, el aire estaba estancado y se percibía el olor del polvo y de los años. La única iluminación de la escalera era una luz difusa que provenía de arriba. Lia supuso que era la luz solar colándose por alguna ventanita. Al llegar a la cima se detuvo. Gabriel llegó detrás y alzó la mano para jalar una cuerda que colgaba sobre la cabeza de ella.

El espacio se inundó de luz emitida por una serie de focos descubiertos montados sobre ellos, y Lia tuvo un primer atisbo del ático de la mansión. Se parecía un poco a los de las películas, pensó. En el centro del espacio largo y ancho había una colección de muebles de los dos siglos anteriores. Sillas y cabeceras, mesitas y escritorios, e incluso un viejo reloj de pie. En uno de los lados había grandes baúles de distintas edades apilados unos sobre otros, mezclados con cajas de cartón y cubetas de plástico. Del otro lado había unos soportes de madera atornillados al piso, con cientos de lienzos y marcos grandes acomodados verticalmente entre ellos.

Lia se acercó a los soportes. Recargado contra el más cercano estaba un pequeño lienzo, otra entusiasta representación de Millbrook. Lia habría apostado todo el saldo de su cuenta bancaria a que, si levantaba el lienzo, vería la firma de William Seymour en la esquina inferior.

—Dime que aquí no es a donde van a parar todas tus pinturas —dijo Lia impulsivamente.

Gabriel pasó a su lado y se internó en el recinto.

—Muchas de estas cosas se suben aquí cuando vienen los equipos de filmación, ya sea porque no son de la época en que está ambientada su película, o porque traen su propia utilería —dijo Gabriel ignorando por completo el comentario de Lia.

Lia exhaló. Tal como había pasado en el salón de lectura unas horas antes, casi pudo sentir cómo Gabriel se enconchaba luego de la simple mención de su obra. Un lienzo largo y

estrecho sobresalía sobre los demás. Desde donde estaba, Lia distinguió el torso de otra bailarina de ballet, retratada con pinceladas arremolinadas en tonos marfil y violeta. Los dedos le picaban por las ganas de rescatarlo de su destierro y sacarlo a la luz. Finalmente, se forzó a apartar la vista.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó ella mientras se internaba en el ático.

Gabriel rodeó una colección de muebles y movió una vetusta mecedora. Luego se acuclilló frente a un viejo baúl.

—Probablemente una caja o un baúl como este. —Sacudió con la mano el polvo de la tapa—. La mamá de Abigail, Imogen, murió en 1990. Vivió en Millbrook durante toda su vida, así que lo que no se desechó o donó después de su muerte, tendría que estar por aquí. —Revisó el broche—. Aunque, para ser sincero, dudo que algo que pudiera haber guardado resuelva el misterio de cómo esas fotos de Sophie fueron a dar a París, o de qué relación pudieran tener con las pinturas escondidas.

Lia se arrodilló y metió el dedo bajo la tapa de una caja de madera, pero se detuvo.

—Siento como si estuviera espiando en la intimidad de tu familia.

—Es gracioso. Yo me sentía igual mientras rebuscábamos el departamento de tu abuela.

—Buen punto —admitió Lia.

—Lo que sí puedo asegurarte es que no encontraremos otro Munch ni otro trío de Degas —dijo Gabriel—. A decir verdad, creo que todo esto no es más que un montón de basura que debió donarse o desecharse hace mucho tiempo. Así que no te aflijas ni te contengas —añadió mientras abría el broche del baúl y levantaba la tapa—. Solo avísame si encuentras algo de los años de la guerra o de los inmediatamente anteriores.

Lia asintió y abrió la tapa de la primera caja.

Estuvieron trabajando por más de una hora. Lia encontró cajas con ropa, sábanas, juguetes, libros, equipos de deporte, electrodomésticos descompuestos y varios estuches de instrumentos musicales.

—¿Quién tocaba el violín? —le preguntó a Gabriel mientras agarraba un estuche para violín que estaba sobre un maltrecho baúl de madera.

—Yo no, eso es seguro. —Su voz hizo eco entre las vigas —. Ni siquiera puedo tocar *Los changuitos* en el piano. —Luego estornudó—. ¿Y tú? Me refiero al violín. ¿Sabes tocar?

—Sí —respondió—, aunque no lo he hecho en mucho tiempo.

—¿Tocas bien?

—Supongo. Mi abuela insistió en que aprendiera. Ella tocaba bastante bien, aunque rara vez lo hacía cuando yo estaba. —Lia jugueteó con el broche del estuche—. ¿Puedo verlo?

—Por supuesto. —Gabriel se paró, se sacudió las manos y miró su reloj—. No creo que encontremos ninguna respuesta en medio de este caos. Creo que aprovecharíamos mejor el tiempo en los Archivos Nacionales.

Lia asintió distraídamente mientras abría el broche del estuche y levantaba cuidadosamente la tapa. El violín estaba guardado bajo una tela protectora. Era de color marrón rojizo y reluciente, y el grano de la madera hacía un bello contraste con el negro de la barbada, el cordal y el diapasón. Lia sacó el instrumento y deslizó los dedos sobre las cuerdas.

—¡Qué hermoso violín! —dijo mientras lo ponía bajo la luz de los focos.

—No creo que sea un Stradivarius que valga millones —dijo Gabriel mientras se acuclillaba junto a ella.

—Me pareció oír que no sabías mucho de violines.

—Así es. Hasta ahí llegan mis conocimientos.

—Bueno —dijo Lia mientras se asomaba por las aberturas acústicas—, definitivamente no es un Stradivarius.

—Lástima —dijo él mientras sacudía la superficie del baúl donde había estado el violín.

—Sin embargo, es un Collin-Mèzin —dijo ella en voz baja. Luego deslizó amorosamente el dedo por la voluta—. Mi maestra tenía uno, aunque no permitía que sus alumnos lo tocaran.

—Entonces tócalo.

—¿Qué?

—Tócalo. El violín.

—¿Ahorita?

—¿Por qué no?

—¿Porque el arco seguramente necesita cerdas nuevas? ¿Porque sonará horrible?

—No lo notaré. Por fortuna, no tengo oído musical. Y me gustaría mucho oírte tocándolo. —Se sentó en la tapa del baúl y la miró expectante—. Anda.

—No puedo.

—Más bien no quieres.

—No, eso no es lo que…

—Te reto.

—¿Acaso tienes doce años?

Gabriel le sonrió. Lia contuvo el aliento. Ningún hombre merecía verse tan guapo en medio de tanto polvo y tantos retos.

—De acuerdo, pero no te prometo que el resultado sea menos que horrible.

Gabriel siguió sonriendo y se recargó apoyándose en las manos.

Lia miró con más atención el violín. Era un instrumento hermoso. Y Abuela habría aprobado la manera en que lo guardaron. Alguien lo había considerado un tesoro.

Lia probó las cuerdas e hizo minuciosos ajustes. Luego examinó el arco y tensó las cerdas mientras Gabriel la miraba detenidamente. Lia untó resina en las cerdas e hizo una mueca.

—Esto está muy viejo.

—¿Tiene alguna importancia?

—Sí. No sé si va a sonar…

—Creo que simplemente estás tratando de ganar tiempo.

—Claro que no.

—Entonces toca.

Lia meneó la cabeza y se llevó el violín al hombro. Cerró los ojos y recordó que la última vez que había tocado había sido en Marsella. Ella estaba sentada afuera. El aroma de las azucenas flotaba en el aire de verano. Abuela estaba sentada frente a ella en el pequeño porche, entre la luz menguante, y la miraba con una sonrisa triste.

Lia pasó el arco sobre las cuerdas y tocó la pieza que había interpretado en aquella ocasión. O, mejor dicho, el fragmento de la pieza que era el favorito de su abuela. Estaba fuera de práctica, pero las notas la transportaron a una noche de verano en Marsella, en compañía de una mujer que había mantenido sus secretos muy cerca de su corazón.

Lia terminó el fragmento al cabo de unos minutos y bajó lentamente el arco.

Gabriel no se había movido.

—Quisiera pintarte tocando.

Lia sintió cómo se le encendían las mejillas.

—No hace falta.

—Sí, claro que sí. —Hizo una pausa y la miró intensamente—. ¿Qué fue lo que tocaste?

—Beethoven. Sonata número nueve para violín. Bueno,

solo un par de minutos. Un poco dramática, lo sé, pero era la favorita de Abuela.

—Me pareció que habías dicho que tocabas bien.

Lia hizo una mueca y bajó el instrumento.

—Lo sé. Ha pasado mucho tiempo. Y en verdad creo que las cerdas del arco deben…

—Santo cielo, Lia, estoy tratando de hacerte un cumplido. —Gabriel se levantó y se sacudió los pantalones—. Eso fue increíble.

—Oh. Gracias. —Lia aún sentía el rostro más caliente de lo normal—. De chica, pasaba muchas horas sola. Tocar el violín era algo que podía hacer cuando…

Gabriel acortó la distancia entre ambos.

—Llévatelo.

—¿Qué?

—El violín. Llévatelo. Es tuyo.

—No, no podría lle…

—Por favor. Ese instrumento merece que lo toquen. Merece que lo escuchen. No merece estar aquí arrumbado. Merece un público.

Lia se quedó parpadeando. Gabriel estaba tan cerca que ella alcanzaba a ver las vetas azul índigo de sus iris y a percibir el leve aroma del jabón, que seguía aferrándose a su piel. Los ojos de Lia recorrieron el rostro de Gabriel, y finalmente se posaron en la curva de sus labios.

—Me gustaría besarte —susurró él—. ¿Puedo?

Lía asintió sin decir palabra, segura de que él estaría oyendo el golpeteo de su propio corazón contra sus costillas.

Gabriel levantó lentamente una mano y le hizo a un lado un mechón que había caído en su frente mientras tocaba. Sus dedos se deslizaron luego por un costado de su rostro y hasta posarse en su nuca. La electricidad bailaba y crepitaba bajo sus dedos. La otra mano subió deslizándose hacia su hombro descubierto, y la calidez de su palma fue prendiéndole fuego a su piel.

Finalmente, él se inclinó y la besó.

Fue un beso suave; sus labios exploraron los de ella sin prisa, minuciosamente, concediéndole el espacio y el tiempo necesarios para apartarse si así lo deseaba. Pero ella no lo deseó. Antes bien, se inclinó hacia él e hizo el beso más profundo. La mano de Gabriel se deslizó hacia la espalda baja de Lia y la jaló hacia él.

Lia perdió la noción del tiempo, la noción de dónde

estaba y la noción de todo, excepto la del hombre que estaba con ella. Después de unos minutos, o tal vez horas, él terminó el beso y apoyó la frente contra la de ella.

—Eres extraordinaria —dijo.

Lia intentó recuperar el aliento. Levantó el rostro y lo miró a los ojos.

—Eso fue…

Su voz se fue apagando, como si encontrar las palabras adecuadas fuera una tarea titánica y estuviera más allá de su alcance en ese momento.

—Sí —confirmó él. Luego dejó que su mano se deslizara del cuello de Lia y dio un paso atrás.

Lia hizo lo mismo, temiendo que el impulso de besarlo nuevamente la dominara si permanecía donde estaba. Entonces se ocupó guardando cuidadosamente el violín en su estuche.

—Que te haya besado no significa que aceptaré tu violín.

Intentó sonar relajada, como si su pulso no siguiera martillando sin control.

—¿Ni aunque insista?

Gabriel metió los pulgares en los bolsillos del pantalón, y una sonrisa jugueteó sobre esos labios suyos, tan besables.

—Lo pensaré.

Lia iba a pensar en muchas cosas después de eso. Pero en violines no, eso era seguro.

—Bien. —Gabriel miró hacia abajo y se quedó quieto de repente—. Ah… esto podría ser interesante.

—¿Qué?

Se puso en cuclillas y sacudió la tapa del baúl de madera sobre el que había estado el violín.

—Mira.

Lia cerró delicadamente la tapa del estuche del violín. Lo puso a un lado y se acercó a Gabriel, manteniendo una distancia prudente. Él señaló una etiqueta amarillenta, con esquinas quebradizas y levantadas, que alguien había pegado en la esquina superior izquierda de la tapa. El texto, escrito con tinta ahora desteñida, era casi ilegible: «Archivo 1936-1946. Millbrook».

Gabriel empezó a manipular los broches de ambos lados.

—¿Qué piensas —preguntó—, algo útil, o una caja llena de recibos de carbón y nabos?

Lia se mordió los labios y recibió de buena gana la distracción. Su corazón parecía estar regresando a su ritmo normal.

—Siento que estoy viviendo un *déjà vu* —dijo.

—Ya somos dos.

Gabriel levantó la tapa.

A primera vista, parecía que simplemente hubieran vaciado un archivero dentro del baúl. Había gruesos fólderes apilados hasta el borde, con pedacitos de papel asomándose de algunos como hojas arrastradas por un vendaval. Había paquetes de cartas y, hasta el fondo, lo que parecían ser libros de contabilidad empastados. Gabriel sacó el primero de los fólderes y se lo pasó a Lia. Luego tomó otro para él.

Lia abrió el suyo y encontró una colección de recortes de periódico. *The Times, The Daily Mirror* y *The Sunday Express,* todos fechados, aparentemente, de 1944 a 1945. Cada uno cubría alguna parte de la invasión aliada a Francia, su avance subsecuente por Europa y, en el fondo de la pila, las noticias de la victoria.

—Esto debe de ser lo que Abigail mencionó. Las noticias que recortó y conservó.

—Eso creo. —Gabriel estaba inclinado sobre su propio fólder—. Aquí hay registros de niños que fueron evacuados de Londres y residieron en Millbrook. Parece que alguien guardó los distintivos que seguramente llevaban prendidos a la ropa, tarjetas de racionamiento e incluso un póster emitido por el Ministerio de Salud, en el cual se instaba a los padres a llevar a sus hijos a un lugar seguro. —Luego de revisar el contenido del fólder, lo dejó a un lado—. Fascinante. Probablemente debería empacarlos y entregarlos para que los archiven adecuadamente en Londres. Sé que durante años, mucha gente ha tratado de rastrear familiares que quedaron desperdigados a causa de la guerra.

Gabriel volvió a meter la mano en el baúl y sacó un paquete de cartas atado con una cuerda. Luego revisó uno a uno los sobres.

—Definitivamente son las cosas de Imogen —dijo—. Todas estas cartas están dirigidas a ella.

—¿Alguna de tu abuelo o de Sophie? —preguntó Lia.

—No. Parece que todas son de su propia familia. —Gabriel dejó el paquete en el suelo, junto al fólder—. Veamos qué más guardó.

Él y Lia vaciaron el baúl, examinando cuidadosamente su contenido. Más periódicos, revistas, pósteres propagandísticos, paquetes de recibos, gruesos libros de contabilidad, e incluso algunos libros de texto de gramática y matemáticas para niños.

Pero no encontraron nada que hiciera referencia a Sophie y ni siquiera a William.

Gabriel suspiró al sacar la última pieza del contenido, otro paquete de cartas.

—¿Más misivas para Imogen?

—No —dijo Gabriel lentamente—. Están dirigidas a otras personas. —Retiró la atadura del paquete—. Soldados, supongo. O tal vez algunos de los niños que residieron aquí. Ninguno de estos nombres se me hace conocido, aunque alguien hizo anotaciones en los sobres. Mira.

Gabriel le pasó uno a Lia.

La carta sellada estaba dirigida a un soldado James MacDuggal, y abajo del nombre estaba la dirección de Millbrook. En un extremo del sobre, alguien había escrito con caligrafía indiscutiblemente femenina: «Realistado Real Fuerza Aérea. Septiembre 1943. Devolver al remitente». Lia volteó el sobre. El remitente era una tal Cecily MacDuggal de Glasgow.

—¿Su esposa? —pensó Lia en voz alta—. ¿Su madre?

—Puede ser. Hay tres más para el soldado MacDuggal. Una para el cabo Frederick Smith, una para el teniente E. Shields, y dos para Nora Cooper.

Se las pasó a Lia.

Alguien había escrito: «Devolver al remitente. No vive en el domicilio» junto al nombre de Nora.

—Nada para Estelle Allard, ¿verdad? Nada que pudiera probar que estuvo aquí. O que hubiera residido aquí y le hubiera hecho pensar a tu abuelo que había imaginado un ángel.

—Me temo que no.

Lia no esperaba una respuesta diferente.

—Me pregunto por qué nunca llevaron estas cartas al correo.

—Tal vez las dejaron por ahí y las olvidaron, atascadas en una pila de cosas por hacer que nunca se hicieron. —Gabriel seguía revisando el resto del paquete mientras hablaba—. ¿Cómo saberlo?

—Aquí hay una para Sophie —dijo Gabriel—. No es la Sophie que nos interesa, pero aun así es una Sophie.

Levantó una carta dando un suspiro de decepción.

Era más grande que un sobre común de correo aéreo y las estampillas estaban mataselladas con tinta emborronada. En el frente estaba escrito a máquina: «Sophie Kowalski» y la dirección de Millbrook. Abajo, en caligrafía ya familiar, decía:

«Devolver al remitente. No vive en el domicilio».

Lia estiró la mano y Gabriel le entregó el sobre. Era más grueso que las cartas y tenía un aspecto más institucional. La esquina superior izquierda estaba arrugada: algo pequeño pero abultado impedía aplanarlo. Lia lo volteó. En la parte trasera estaba impreso «Oficina de Investigación Inter-Servicios» y una dirección de Londres. El sello estaba quebradizo y roto en algunas partes. Lia volvió a leer la primera línea y luego volvió a girarlo para examinar el matasellos. El emborronado dificultaba la lectura del mes y el día, pero el año se veía con claridad: 1943.

—Tal vez sí sea la Sophie que nos interesa —dijo Lia lentamente.

—¿Qué?

Gabriel se había levantado y estaba recogiendo los fólderes apilados alrededor de ambos.

—La carta es de la Oficina de Investigación Inter-Servicios. También conocida como la Dirección de Operaciones Especiales.

—Agentes especiales.

—Agentes especiales, espías, saboteadores. Muchos de los cuales operaban en Francia.

Gabriel se arrodilló junto a Lia.

—¿Crees que esta Sophie Kowalski fue en realidad mi tía?

—Es posible, supongo. —Lia tomó delicadamente el fólder—. La fecha del matasellos coincide con las fotos que encontramos. El nombre de pila coincide, aunque el apellido no. Tal vez Kowalski era otro alias. Como Beaufort.

—No lo sé.

Gabriel no parecía muy convencido.

—Tu abuelo estuvo buscando a Sophie Seymour. No a Sophie Beaufort ni a Sophie Kowalski. Tal vez por eso no encontró nada. Tal vez sus respuestas están aquí.

—Tal vez.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo ella tendiéndole el sobre—. Ábrelo.

—¿Y si no es la Sophie correcta?

—Entonces trataremos de hacérsela llegar, con la información que encontremos, a la familia que Sophie Kowalski pudiera tener todavía. En cualquier caso, tenemos que saber qué hay en el sobre.

—De acuerdo, pero no voy a abrirlo así nada más. Lo llevaré a mi estudio para poder manipularlo adecuadamente.

Sea quien sea su dueño, es un pedazo de historia y hay que tratarlo como tal. Esto, así como los demás documentos, debe archivarse adecuadamente, sin importar a quién pertenezcan.

Lia hizo un sonido como de asfixia y dejó caer la cabeza hacia el pecho.

—Mi científica interior reconoce la racionalidad del argumento y lo aprueba. Mi lectora de Agatha Christie interior quiere aullar, aventar algo con agónica impaciencia y luego abrir este sobre con los dientes.

Gabriel soltó una risita y tomó el sobre de sus manos. Luego se agachó a recoger el resto de las cartas.

—Si esta carta resulta estar relacionada de alguna manera con Sophie Seymour, tendremos un nuevo punto de partida en el Archivos Nacionales. Patrick, el amigo del que te hablé, también está muy familiarizado con los archivos. Tiene una habilidad asombrosa para saber dónde buscar información que otros fácilmente pasarían de largo. Sospecho que esa es parte de la razón por la que lo contrataron.

—Todo esto es sumamente anticlimático.

—Lo lamento. En realidad, no.

—Podrías compensarme.

—¿Cómo?

—Antes de que nos vayamos, muéstrame más pinturas tuyas. Las que tengas escondidas aquí en el ático.

Gabriel hizo una breve pausa y luego continuó con su tarea.

—No.

—¿No? —Lia frunció el ceño—. ¿Estás hablando en serio?

Gabriel no respondió.

—Estás hablando en serio —dijo ella—. ¿Por qué no quieres enseñármelas?

—Porque son privadas. Y mi vida personal no te concierne.

—Tal vez debiste pensar eso antes de besarme.

—Entonces tal vez no debí hacerlo. Tal vez fue un error.

Lia titubeó.

—No se sintió como un error.

—Además, ¿por qué te interesa tanto? —preguntó luego de enderezarse.

—Porque tu abuelo tiene razón. Eres extraordinariamente talentoso. No deberías ocultarlo.

—No estoy ocultándolo.

—¿Es verdad lo que dijo? ¿Qué antes querías exhibir tu

obra?

—Esos eran los sueños estúpidos de un niño. Ese niño creció y vio cómo su padre y su abuelo fracasaban una y otra vez en la persecución de ese sueño.

—Entonces, cuando le prometiste esta tarde que exhibirías tu obra, ¿estabas mintiéndole?

—Tú no lo entiendes.

—Tienes razón. No lo entiendo. ¿Es el fracaso lo que te da miedo?

—No me da miedo nada. Santo cielo. Solo porque me convenciste de venderte dos pinturas no significa que puedes opinar sobre mi vida o mi carrera.

Gabriel parecía enojado.

—Pero yo…

—Y déjame recordarte que, aunque estamos aquí buscando información que podría estar relacionada con nuestros ancestros, no eres nada más que una cliente.

—Claro. Una cliente. —Lia sintió que el estómago se le iba al suelo—. Una cliente que se extralimitó. No volverá a ocurrir.

Gabriel miró hacia el techo y cerró los ojos.

—¿Por qué me pediste que viniera? —preguntó Lia.

Él abrió los ojos, pero no volteó.

—Quería que vieras mi estudio. Todos mis clientes tienen derecho a ver dónde trabajaré con sus obras.

—No. Quise decir, ¿por qué me pediste que viniera a Millbrook?

Gabriel meneó la cabeza, pensando en él mismo o pensando en ella, Lia no pudo saberlo.

—Como mi cliente, pensé que también tenías derecho a las respuestas que pudiéramos encontrar aquí. Las pinturas siguen siendo el epicentro de todo esto, así como las historias que pudieran estar relacionadas con tu abuela.

—Ah, ya entiendo. Como un servicio extra.

—No. Sí. No es eso lo que… Haces que todo lo que digo suene mal.

Gabriel no tenía idea de cuánto.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? ¿Examinar las cartas que encontramos hoy aquí y hacerme llegar cualquier información que pudiera estar relacionada con mi abuela y su colección oculta?

—Ah… sí. Aunque como no hemos encontrado ningún rastro de tu abuela aquí, dudo que lo hallemos después.

Probablemente pueda averiguar algo de lo que pasó con mi tía, pero no parece tener ninguna conexión con las pinturas.

—Ya veo. —Lia asintió—. Bueno, pues supongo que es hora de irnos. Si nos vamos ya, tal vez alcance todavía un vuelo a París. Podría estar en Sevilla en dos días. Tendría más tiempo de preparación para las entrevistas.

—Entonces, ¿eso es todo? ¿Simplemente te irás?

—¿Hay alguna razón para que me quede?

Gabriel se pasó la mano por el cabello con movimientos erráticos.

—¿Qué hay de la colección?

—Tú eres el profesional en lo que se refiere a restauraciones y a determinar la procedencia. ¿No es esa la razón por la que te contraté? ¿Por qué decidiste aceptarme como cliente?

—Lia…

—¿Me mantendrás informada a lo largo del proceso, o si surgiera algo?

—Por supuesto.

—Por si sirve de algo, me disculpo por cualquier intrusión en que pudiera haber incurrido.

—Eso no es lo que yo… —Gabriel se detuvo—. Todavía quiero que te lleves esto. —Se agachó para levantar el estuche del violín y se lo tendió—. Lo que dije era en serio.

Lia negó con la cabeza.

—No creo que sea una buena idea, Gabriel.

—¿Por qué?

—Porque les pertenece a ti y a tu familia. No a mí. Y al igual que el resto de los secretos que residen aquí, está donde debe estar.

—Lia…

—Parece que es lo mejor.

Lia dio media vuelta y se dirigió a las escaleras.

No volteó para ver a Gabriel ni a sus pinturas.

18

Sophie

París, Francia
20 de agosto de 1943

Sophie examinó la pintura colgada en la pared.

Interpretada en una paleta de azules invernales, grises helados y blancos brillantes, cada pincelada traía un movimiento casi violento al ojo. Un barco combatía un mar turbulento y Sophie podía sentir la mordida del viento que rasgaba a través de las velas del barco y probar la sal áspera de la brisa gélida que golpeaba por encima de la proa.

Cuando ella y William tenían doce años, sus padres los llevaron a navegar a la costa escocesa. Si cerraba los ojos todavía podía sentir a Will recargado en su costado y riendo desenfrenadamente. Bajo sus pies, la cubierta del barco se inclinaba hacia adelante y hacia atrás entre las olas espumosas, y sobre sus cabezas, las velas tronaban como disparos de rifle. Las nubes atravesaban rápidamente el cielo azul cobalto, y el viento había deshecho la trenza de Sophie y había mandado la gorra de Will a una tumba submarina en algún lugar del Mar de Irlanda.

Después de eso, Will no pintó más que paisajes marinos durante meses.

—¿Este es un Turner? —preguntó con naturalidad Sophie sin apartar los ojos de la pintura.

—No hubiera pensado que eras una artista. —La mujer a la que Sophie conocía únicamente como La Chanteuse estaba sentada en uno de los ornamentados sofás bajo la luz tenue, mientras la niñita silenciosa de cabello y ojos oscuros estaba acurrucada a su lado, con su cabecita sobre las piernas de ella, profundamente dormida.

—No lo soy.
—Coleccionista, entonces.
—Tampoco. Mi hermano es el artista. Yo he sido simplemente una aprendiz involuntaria de las virtudes de cada uno de los genios artísticos que estudia. —Hizo una pausa y recorrió con la mirada la colección de pinturas que rodeaba aquella marina—. Tienes una fortuna en esta pared.
—Sí.
La respuesta fue sucinta e indiferente.
—La composición que Turner plasmó aquí es admirable.
—Lo es.
Otra respuesta desinteresada.
—El estadounidense viene de una pequeña ciudad pesquera en la costa noreste de su país —dijo Sophie sin dejar de contemplar las olas tempestuosas—. Su padre era pescador, al igual que su abuelo. Según cuenta, a ninguno de los dos le sentó bien que prefiriera el cielo al mar.
La Chanteuse no respondió.
—Se llama Frederick Rickman, aunque solo su madre lo llama Frederick —continuó—. Sus cuatro hermanas lo llaman Freddie, o Fred el Volador, cuando están de ánimo festivo.
A su espalda, La Chanteuse hizo un sonido extraño.
—¿Qué? —preguntó Sophie.
—Ya hasta se me hace raro conocer el nombre real de una persona.
—Mmm. —Sophie enderezó la marina, moviendo ligeramente hacia arriba la esquina izquierda del marco—. Apenas terminó el bachillerato, corrió a la oficina de reclutamiento y se alistó en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Dijo que le preocupaba que los combates se acabaran. Estaba volando en un B-17 como artillero de cola cuando los derribaron en el sudoeste de Bruselas. Era su primera misión de combate y fue el único que sobrevivió de la tripulación. Le gusta el beisbol, leer novelas y extraña a su familia. Cumplirá diecinueve años dentro de dos semanas.
—Y habla demasiado —musitó La Chanteuse.
—Solo cuídate del hombre que no habla y del perro que no ladra.
—¿Cómo dices?
—Es algo que dijo el estadounidense. Creo que estaba hablando de la niña, que no dijo ni una sola palabra en todo el tiempo que estuvimos en ese cuarto, por más que intentamos animarla con historias y chistes. Y que aún no ha pronunciado

palabra.

La Chanteuse se rio burlonamente.

—Ni siquiera sé su nombre, sea real o no.

El fuerte tictac del reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea inundaba el silencio. Cuando Sophie pensó que la mujer ya no iba a decir nada, habló.

—Aviva. Se llama Aviva.

«Primavera», en hebreo. Un hermoso nombre para una hermosa niña. Una niña que había permanecido callada como la muerte durante la invasión del departamento.

Cuando pasó el peligro inmediato, la niña continuó dibujando y no puso reparos a que Sophie tomara uno de sus lápices. Dibujaron juntas durante horas, Aviva esbozando perros y Sophie haciendo su mejor esfuerzo para representar a una yegua y su potrillo galopando en un pastizal. Aviva tampoco puso reparos a la falta de talento de Sophie. Simplemente inclinaba la cabeza, arrugaba sus delicados rasgos y añadía color a los bocetos de Sophie.

Al cabo de unas horas, Aviva dejó los lápices y papeles, trepó al catre y se hizo un ovillo. Ahí se quedó inmóvil contemplado en la pared las tres pequeñas pinturas de *ballerinas*. El aviador contó en voz baja historias sobre su infancia, y Sophie y Aviva lo escucharon. Finalmente, el hombre sucumbió a la ansiedad y el cansancio de su viaje y se quedó dormido en el piso, a un lado del catre. No despertó cuando la puerta oculta se abrió y Sophie y Aviva salieron a un departamento con las cortinas cuidadosamente cerradas para protegerlo de la oscuridad del exterior.

La Chanteuse les sirvió una cena sencilla pero bastante decente: pan, sopa, queso duro. No dijo casi nada. Solo explicó que el aviador debía permanecer oculto en el cuarto del ropero hasta que ella pudiera concertar un nuevo plan, y que Sophie no regresaría a su hotel esa noche. Que nadie saldría del departamento esa noche. Ya habían dado el toque de queda y la ciudad había quedado a oscuras una vez más.

Sin decir palabra, Sophie ayudó a recoger los pocos trastes y contempló el departamento, pensando que era un estudio en contradicciones, al igual que la mujer que vivía en él. La prominente literatura pronazi distribuida por todo el departamento. La habitación oculta donde estaba escondida una niña, presumiblemente judía. La comida en la alacena y el montón de libretas de racionamiento y cupones sin usar. La colección de arte clásico que colgaba de las paredes tapizadas

del departamento y las tres pinturas impresionistas de Degas en el cuarto oculto. Una mujer que había aceptado un regalo de Göring y que había aprovechado esa circunstancia para proteger a un aviador aliado.

—Los vestidos del ropero, ¿sí son regalos de Göring? —preguntó Sophie en medio del nuevo silencio.

—Escuchaste la conversación.

No fue una pregunta, solo una desganada confirmación.

—Mientras el ropero estuvo abierto, cada palabra. ¿Te dijo que parecías un ángel?

Considerando el lustroso cabello color miel, los ojos avellanados y el elegante porte de La Chanteuse, no era difícil creerlo.

—Sí. Esa fue la verdad. —La respuesta fue sucinta—. Los uso para cantar.

—Son hermosos.

—Me dan escalofríos. Pero supongo que eso hacen los mejores disfraces.

—Cantas a menudo en hoteles.

—Solo en el Ritz. Pero menos que antes de… de Aviva. Lo suficiente para seguir siendo parte de la rutina, para ser bien recibida, para ser incluida en las conversaciones o, mejor aún, para ser desestimada como mero adorno.

—Me lo preguntaba.

—¿Qué cosa?

—Por qué el nombre de La Chanteuse.

—No podemos permanecer aquí mucho tiempo.

Fue una declaración abrupta.

—¿Cómo dices?

—El… hombre que arrestaron. Me conoce, sabe de este departamento, sabe de Aviva. Quiero creer que jamás nos traicionaría, pero… —Frunció el rostro, pero logró controlarse. Luego de un gran esfuerzo, recuperó la compostura—. No sé cuánto pueda aguantar bajo tortura —susurró—. Puede que me queden días o semanas, o…

La voz se le quebró, y se detuvo.

—Quizá solamente lo mantengan encerrado. O quizá ya esté…

Sophie se detuvo. No quería decir la palabra.

—Muerto —dijo la mujer desoladamente.

—Quizá ya esté muerto —confirmó Sophie, tratando de suavizar unas palabras que de suaves no tenían nada—. Quizá estén a salvo.

La Chanteuse la miró fijamente. La desesperación ensombrecía sus rasgos.

—O quizá no. Quizá no estemos a salvo.

—Yo solo…

—Suficiente —la mujer la interrumpió, poniendo un final abrupto a las especulaciones sobre el destino del hombre de la basílica—. ¿Qué es lo que quieres?

La pregunta, áspera y cínica, tomó a Sophie por sorpresa.

—¿Disculpa?

—Lo que hiciste esta tarde en la basílica fue por una razón, y por más que me esfuerzo, no logro identificarla. Pero nadie hace nada sin un motivo. ¿Pensaste que al hacerlo yo quedaría en deuda contigo?

—¿Qué? No —respondió Sophie arrugando la frente.

—No te creo.

—Si pensamos en deudas, cualquier ayuda que yo haya podido ofrecer esta tarde fue recompensada después. Si yo hubiera llevado al estadounidense a mi hotel, seguramente nos habrían hallado y arrestado, y yo estaría teniendo una conversación muy distinta a esta. Si se trata de llevar el marcador, ninguna le debe nada a la otra. En la mañana me iré y no volverás a verme. Ni siquiera sé tu nombre, lo que me facilitará olvidar que alguna vez estuve aquí.

La Chanteuse pareció considerar la respuesta de Sophie, pero no le satisfizo.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

Sophie se abstuvo de fingir confusión.

—Porque podía.

Fue una respuesta honesta, aunque incompleta.

—No sé qué te mandaron hacer aquí, pero el hecho de que Londres envíe dos agentes sugiere que es importante o urgente, o las dos cosas. Lo que hiciste fue estúpido e imprudente, y puso tu misión, sea cual sea, en grave riesgo.

Sophie no pudo negarlo.

—¿No les enseñan en la escuela para espías lo que la Gestapo le hace a gente como tú, o como yo? Ya no se contentan con matarlos. Ahora les gusta ver qué información pueden sacarles antes de asesinarlos. Tortura por agua, potro, extracción de uñas de manos y pies, aunque esta la hacen normalmente después de haber introducido agujas o cuñas de madera para separarlas de la piel. Los queman, los electrocutan, les liman los dientes y les rajan las plantas de los pies. Puede que no los dejen dormir durante días, que los

mantengan a oscuras durante semanas, y todo mientras los apalean constantemente.

La voz se le quebró y su rostro volvió a reflejar desesperación.

—Entiendo —respondió Sophie.

—Entonces, ¿en qué estabas pensando?

—Estaba pensando —dijo Sophie lentamente—, en que conozco a otro aviador, un piloto. Estaba pensando en que ya pasaron tres años desde que fue derribado y desapareció. En que tal vez, solo tal vez, pueda escapar de dondequiera que esté y gente como tú lo ayude a volver a casa. Estaba pensando en que, si el hombre que está en ese cuarto no fuera estadounidense sino inglés, y si le gustaran los autos y la pintura y el tocino renegrido en las orillas, y si se viera acorralado frente a una basílica francesa, alguien pudiera hacer por él lo mismo que yo hice. —Hizo una pausa—. Estaba pensando en que un día, ese hombre u otros hombres como él, serán los beneficiarios de tu inocencia y anonimato.

La Chanteuse desvió la mirada.

—Lamento tu pérdida, pero no tengo idea de qué estás hablando.

—Claro que lo sabes. Tú ayudas a sacar aviadores aliados de Francia —dijo Sophie—. Formas parte de una red de tráfico de personas.

—Una suposición aventurada.

—Lo fue en aquel momento. Ahora ya no.

—¿Basada en otras de tus conjeturas?

—Basada en el hecho de que el hombre a quien seguían te confió implícitamente la vida del estadounidense. Él sabía que entendías lo que debía hacerse. En ese momento conjeturé que no era tu primera vez.

—¿Y ahora? —preguntó con mordacidad.

—No necesito conjeturar. En el cuarto oculto hay un baúl que contiene libros en inglés y polaco. Ropa para hombre, documentos de identidad y dinero. Y horarios de trenes, aunque tienen más de un año de antigüedad y seguramente están obsoletos.

La Chanteuse palideció. Moviéndose con torpeza, salió de debajo de la niña dormida. Con solo media docena de pasos atravesó la habitación y se plantó frente a Sophie.

—¿Abriste el baúl? —susurró furiosamente.

—¿No lo habrías hecho tú en mi situación?

—¿Tu situación?

—Escondida detrás de la pared de un ropero, sin más armas que mi cuchillo para defendernos a los tres en caso de que el oficial de la Gestapo hubiera tenido éxito en sus pesquisas. —Hizo una mueca—. El rifle habría sido más útil si estuviera acompañado de municiones.

—No tengo municiones aquí.

—Ya me di cuenta. Y el rifle necesita limpieza.

—El baúl estaba cerrado por una razón.

Sophie encogió los hombros.

—Estaba cerrado. Pero luego ya no. Otra de las cosas que nos enseñan en la escuela para espías.

—*Merde*.

La Chanteuse se frotó las sienes con los dedos. De fondo, la voz de Édith Piaf seguía cantando suavemente en el gramófono.

—Sé que no pediste nada de esto —dijo Sophie.

La mujer suspiró.

—Tú tampoco.

—Y, no obstante, aquí estamos.

—Aquí estamos —confirmó la mujer. Dejó caer las manos y miró a Sophie a los ojos—. Estelle —dijo luego de una larga pausa.

—¿Cómo?

—Estelle. Así me llamo.

—Estelle —repitió Sophie—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por lo que has hecho. Por los hombres que has ayudado a volver a casa. Eres muy valiente.

—Guárdate tus agradecimientos. No soy valiente.

—Sí. Eres…

—No, no lo soy —replicó bruscamente. La niña se movió en el sofá y la mujer bajó la voz—. No he participado en esa red en más de un año. Porque no soy valiente. Tengo miedo. Miedo de que descubran a Aviva. Miedo de que, aun si no la descubren, no sobreviva a la guerra. Miedo de que la promesa que hice de mantenerla a salvo no signifique nada porque todos los días veo cómo se marchita un poco más. —Se recargó en la pared y contempló a la niña dormida—. Tengo miedo de llevarla afuera. Miedo de dejarla en el departamento afuera del cuarto oculto. En estos días hay ojos y oídos por todas partes. La mitad de mis vecinos me odian porque ven los autos negros que me traen a casa de vez en cuando y piensan que soy uno de «ellos». La otra mitad, los que vendieron sus almas a los

cobardes de Vichy y a los cerdos nazis, solo están buscando pretextos para denunciar a sus vecinos. Para demostrar que no soy lo que finjo ser. Me da miedo fallarle a ella. Me da miedo cometer un error que le cueste la vida. —Las palabras salieron en torrente, como cuando se rompe una presa, y la apariencia desafiante que la mujer había portado como una máscara fue sustituida por una angustia desolada—. Mi mundo se ha reducido a este departamento y al espacio entre el edificio y los hoteles, pero el de ella se ha reducido a ese cuarto. Y ahora ya ni siquiera está a salvo.

Sophie no supo qué decir.

—Quiere ser doctora cuando crezca —dijo Estelle—. O si no, *ballerina*. Yo le dije que podía ser ambas. —Hizo un ruido áspero—. Ahora no sé siquiera si tendrá la oportunidad de crecer.

—Estás haciendo tu mejor esfuerzo —dijo Sophie delicadamente.

—Mi mejor esfuerzo —repitió Estelle con voz burlona—. Mi mejor esfuerzo no ha sido suficiente. Mi mejor esfuerzo ha fracasado en cada ocasión.

—Eso no es…

—¿Sabías que las pinturas que están en ese cuarto pertenecieron a su familia? Las *ballerinas*. Las puse ahí pensando que la harían sentir menos sola, que una parte de su familia seguía ahí, con ella.

Estelle estaba enredándose en el dedo índice un hilo suelto del dobladillo del vestido. La punta de su dedo estaba blanca.

—¿Qué fue de ellos? ¿De su familia?

—Otro de mis mejores esfuerzos. —El hilo se reventó—. Su padre murió en el frente antes de que yo pudiera llevarlo al hospital de campo en mi ambulancia. Los demás fueron arrestados y enviados al este, en una operación de exterminio que debí haber anticipado.

—¿Que debiste haber anticipado? —repitió Sophie alzando las cejas—. ¿Acaso tienes una bola de cristal?

—No me trates como si fuera una niña.

—No lo hago. La maldad es imprevisible, cruel, despiadada. Yo no anticipé las bombas ni las ametralladoras que mataron a mi esposo. Y supongo que mis padres no se fueron a acostar una noche sabiendo que era la última vez que lo hacían.

Estelle siguió con la punta del pie el diseño de la

alfombra.

—Lo lamento —dijo al cabo de unos instantes.

Sophie no dijo nada. También lo lamentaba.

—No debí decir nada. Tú tienes tus propias tragedias y desafíos, y ni Aviva ni yo somos uno de ellos.

Estelle soltó un suspiro trémulo.

—Vete de Francia.

—¿Crees que no lo he considerado? —dijo Estelle molesta —. ¿Crees que no quisiera hacerlo? Pero ¿hasta dónde crees que llegaría con una niña que no se parece en nada a mí y que no tiene documentos? —Levantó una mano—. Deja que yo responda: no lo suficientemente lejos para hacerme pensar que podría lograrlo. Aunque ahora parece que no tengo más opción. Por la seguridad de Aviva.

—Yo podría sacarla de Francia.

Las palabras habían sonado antes de que Sophie pudiera considerarlas. Antes de que se detuviera a pensar si en realidad podría hacerlo.

Estelle la miró fijamente.

—¿Qué?

—Hay… personas… que trafican niños a través de la frontera con Suiza. Y hay familias que los reciben en sus hogares.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé.

—Eso no me tranquiliza mucho.

—Tendrías que confiar en mí.

—No te conozco lo suficiente para confiar en ti.

—Supongo que no.

—¿Por qué lo harías?

Sophie frunció el ceño.

—¿Cómo que por qué?

—¿Qué quieres de mí a cambio?

La expresión desafiante había regresado.

—Santo cielo. ¿Otra vez con lo mismo? —Sophie se volteó hacia la pared de los paisajes. Su mirada se posó en la imagen de un campo de amapolas bajo un cielo azul. Las flores rojas parecían gotas de sangre esparcidas sobre el terreno, una escena hermosa y extrañamente macabra al mismo tiempo—. Por segunda vez, no quiero nada a cambio.

—En esta guerra, todos quieren algo. Pero me está resultando difícil descubrir qué es lo que en verdad quieres.

Sophie trató de contener las emociones que surgieron

inesperadamente en su interior y le inundaban el pecho, dificultándole la respiración.

—Te diré qué es lo que quería esta tarde. Por un instante, hermoso y horripilante a la vez, pensé que simplemente iba a desenfundar mi cuchillo y a clavarlo en el cuello del mayor. Quería matarlo. Más tarde, casi quería que el maldito sargento abriera la puerta del ropero, solo para que me diera una excusa. —Aspiró de manera trémula. Sus puños se cerraron con fuerza—. Los odio. A los nazis. Tanto que a veces temo no poder controlarme.

Se obligó a relajar las manos. Dejó de mirar las amapolas sangrientas y volteó hacia Estelle.

La mujer simplemente estaba mirándola, y si se sentía perturbada por lo que Sophie había dicho, no lo demostró.

—Parezco lunática —musitó Sophie—. Tal vez en verdad haya algo mal en mí.

—¿Qué?

—En varias ocasiones me han dicho que hay algo anormal en mí.

—¿Y es verdad?

—Dímelo tú.

Estelle la miró largamente. Sophie sintió vergüenza, pero se abstuvo de demostrarlo.

—Si hay algo que los nazis han logrado —dijo Estelle— es hacernos capaces de odiar más allá de la lógica.

—Sí —confirmó débilmente Sophie.

—Eso no es anormal. —Estelle seguía escudriñándola—. Creo que me resulta tranquilizador.

Sophie se alisó la manga.

—Mañana por la mañana me iré de este departamento y no volverás a verme si así lo deseas. Y si bien pedí tu ayuda, debes saber que, con ayuda o sin ella, cumpliré lo que vine a hacer aquí.

La mujer que tenía adelante estaba jugueteando con el pequeño dije que llevaba al cuello.

—¿Viniste aquí como asesina, Sophie Beaufort? —Estelle usó el nombre que Sophie le había dado a los de la Gestapo—. ¿A matar?

—No. Vine a utilizarlos. —Eligió con cuidado las palabras, sabiendo que no podía revelar mucho. Todavía—. Vine a asegurarme de que la arrogancia de los nazis se convierta en su ruina.

Las preguntas que esperaba no se manifestaron. Estelle

simplemente frunció los labios. A veces parecía que iba a decir algo, pero luego se arrepentía. El silencio se prolongó.

Finalmente, Estelle soltó el dije y bajó la mano. Caminó hacia el sofá y se puso en cuclillas para retirar delicadamente un mechón que había caído sobre el rostro pálido de la niña.

—Ayúdame a sacar a Aviva de París, de Francia, y seré tu nueva compañera. Te ayudaré con todo lo que necesites para llevar a cabo tu misión.

—No. —Sophie negó con la cabeza—. No pienso negociar con la vida de una niña. Tú puedes ayudarme si quieres. Esto no tiene nada que ver. Esa no fue la razón por la que…

—Cuando Aviva se haya ido —continuó Estelle como si Sophie no hubiera dicho nada—, te llevará al Ritz y te ayudaré a hacer lo que sea que hayas venido a hacer. Pero solo podré hacerlo cuando sepa que Aviva está lejos y a salvo.

Sophie volvió a menear la cabeza.

—No puedo prometer eso. Que estará a salvo. Ni siquiera puedo prometer que puedo concertar eso.

—¿Pero si pudieras?

—En ese caso, todo lo que podría prometer es que ella tendrá una oportunidad. Una oportunidad de sobrevivir. De vivir su vida otra vez.

Estelle la miró fijamente.

—Comprendo que es una promesa muy frágil, que probablemente no te baste.

—Me basta.

19

Estelle

París, Francia
24 de agosto de 1943

Estelle se encontraba en el interior de una cafetería con vidrios rotos que daba a la rue Saint-Vincent. Dio un sorbo a la taza del asqueroso menjurje que hacían pasar por café y se preguntó si había sido una ingenua al pensar que la princesa de hielo podría prometerle algo. La cafetería la había propuesto Estelle. La eligió porque siempre había mucha gente y porque la ausencia de algo remotamente parecido al café (anunciado desvergonzadamente por los dueños) hacía que todo lo remotamente parecido a un alemán prefiriera mantener su distancia. Era un buen lugar donde intercambiar información con rapidez y aparente naturalidad, sin previo aviso y a una hora determinada.

No obstante, ya habían pasado tres días. Sophie Beaufort no había reaparecido y Estelle estaba cada vez más nerviosa. Fiel a su palabra, la espía británica había desaparecido en las calles de París a la mañana siguiente de su caótica llegada y de sus asombrosas promesas. Era posible que la agente simplemente no hubiera podido concretar lo que había ofrecido. También era posible que su ausencia tuviera implicaciones mucho más siniestras.

Al menos el estadounidense ya se había ido. Había salido el mismo día que Sophie, siguiendo a Estelle a una distancia prudente. Llevaba ropa diferente, la garganta vendada para poder argüir una lesión como motivo de su mutismo, y comprobantes médicos falsos que confirmaban el diagnóstico. Estelle lo había acompañado en el corto trayecto a Troyes (una auténtica prueba para los nervios), pero a los alemanes que les

pidieron sus papeles les llamaron más la atención los ejemplares de *Signal* que cada uno fingía leer, que los propios documentos. Estelle había dejado al joven artillero en una casa a donde había ido una sola vez, y si la anciana que abrió la puerta se sorprendió de verla a ella y no a Jerome, no lo demostró.

Estelle rodeó con sus dedos helados el poco calor que todavía emanaba de su taza y terminó su bebida. Examinó su entorno buscando algo fuera de lugar, pero no encontró nada. Eso no la hizo sentirse mejor. Revisó discretamente su reloj. No podía quedarse mucho tiempo más. Tendría que intentarlo nuevamente al día siguiente. Mientras tanto, debía concebir un plan alternativo para sacar a Aviva del departamento y de la ciudad.

Estelle dejó la taza sobre la mesa y hurgó en sus bolsillos, disponiéndose a pagar.

Algo cayó sobre la mesa de junto. Estelle se sobresaltó. Al voltear vio que una mujer había puesto un libro sobre la mesa y se había sentado junto a ella. Miró el ejemplar y se asustó al comprobar que el título estaba en alemán. *Un fatalista en la guerra,* tradujo mentalmente. Muy pertinente.

La recién llegada se quitó la mascada y la colocó ordenadamente sobre el libro. Dos trenzas de niña cayeron sobre sus hombros. Estelle permaneció inmóvil mientras Vivienne ordenaba una taza del mismo horrible brebaje.

Estelle entrelazó las manos debajo de la mesa, con tal fuerza que los nudillos se pusieron blancos. Todavía no le había contado a Vivienne lo de Jerome. No había podido encontrarla, aunque lo había intentado. Pero ahora que había aparecido inexplicablemente y estaba ahí, junto a ella, las palabras no le salían.

Cuando llegó su bebida, Vivienne sopló suavemente sobre la superficie humeante.

Estelle respiró profundo y se obligó a hablar.

—Hay algo que debes saber…

—Ya lo sé —dijo Vivienne interrumpiéndola.

—¿Qué?

—Sé lo que pasó en el Sagrado Corazón.

—Oh. —Seguramente había otros vigilando ese día. Otros que habían visto lo ocurrido. Sus esperanzas se reavivaron. Tal vez Sophie había estado desaparecida esos últimos días porque habían encontrado…

—No lo hemos encontrado. Todavía.

La diminuta mujer sofocó sus esperanzas.

—Oh —repitió Estelle mirándose las manos.

—¿Qué noticias hay del joven Frederick?

—¿Qué?

La mención del nombre del estadounidense casi hizo que Estelle pegara un brinco.

—¿Está a salvo?

—Sí.

Estelle hizo un gran esfuerzo para no voltear hacia Vivienne. Nadie sabía el nombre de pila del aviador, aparte de Estelle.

Y de Sophie.

Su siguiente pregunta estuvo cargada de sospechas.

—¿Qué estás haciendo aquí, en realidad?

—Celine creyó que no confiarías en ella. No con algo tan importante. —Vivienne hizo una pausa—. No con la vida de una niña.

Estelle se quedó helada.

—¿Tuvo razón?

«Sí», solo que Estelle no respondió porque comprendió súbitamente que la princesa de hielo probablemente la conocía mejor de lo que ella se conocía a sí misma.

—¿Confías en mí para que te ayude con esto?

—Sí.

—Habría preferido que me contaras antes acerca de la niña —murmuró Vivienne.

—No pude —dijo Estelle—. Intentaba ser cuidadosa.

—Entiendo. —Vivienne dejó su taza y pasó un dedo larguirucho alrededor del borde—. Pero ahora lo sé y todo está preparado.

Los dedos de Estelle se tensaron con tal fuerza alrededor de la taza que creyó que rompería el asa. Luego relajó las manos. La posibilidad de que Aviva escapara de la amenaza constante de que la descubrieran, la deportaran y la mataran, le había parecido muy distante. Ahora era una entidad real, una espada de doble filo, capaz de terminar en salvación o en tragedia.

—Mmm —fue todo lo que Estelle logró decir.

—¿Serás capaz de llevarlo a cabo?

Había cierta dureza en la voz, como si Vivienne le hubiera estado leyendo la mente.

¿Sería capaz? ¿Y si todo aquello fuera un error? ¿Y si...? Estelle se detuvo. No debía pensar en esas cosas. En algún

momento de aquella guerra infernal tendría que confiar en los demás. Y en ese momento, los demás eran Sophie y Vivienne.

—Sí —susurró.

—Estará en buenas manos. —La voz de Vivienne se había suavizado—. Lo prometo.

—Sí —repitió Estelle porque no sabía qué más decir.

—Cementerio de Montmartre. Jacques Offenbach.

Estelle pasó saliva.

—Comprendo.

Estelle conocía la tumba de Offenbach. Sabía exactamente dónde estaba.

—Tres en punto. —Vivienne hizo una pausa—. El hombre no esperará.

—Comprendo —repitió Estelle. Tres en punto. Ese mismo día debía despedirse de Aviva.

—Asegúrate de que esté preparada para separarse de ti.

Aunque la voz había sido suave, Estelle hizo una mueca al oír las palabras.

Vivienne terminó su bebida y pagó. Se levantó, recogió su mascada y se la amarró firmemente en la cabeza.

Entonces, sin decir otra palabra, se marchó.

El libro se quedó sobre la mesa. Estelle se movió ligeramente y miró alrededor. Nadie estaba prestándole atención: todos se veían inmersos en sus pensamientos, sufrimientos o conversaciones. Afuera del establecimiento, en la calle, los peatones pasaban apresuradamente y con la cabeza gacha frente a los cristales rotos.

Con movimientos lentos, Estelle dejó su taza a un lado, agarró el libro y lo escondió debajo de la mesa, sobre sus piernas. Ordenó otra taza y la bebió lenta pero decididamente, esperando un lapso prudente para partir luego de la salida de Vivienne. Finalmente se levantó, le pagó a la mesera, metió la silla bajo la mesa y salió del café dando pasos cuidadosos y mesurados. Nadie la detuvo. Afuera, en la banqueta, Vivienne se había ido.

Estelle regresó caminando a su departamento, aunque hubiera querido correr.

Cuando estuvo dentro del edificio, subió los escalones de dos en dos.

—¿Mucha prisa, Mademoiselle Allard?

Estelle se detuvo súbitamente al toparse con Frau Hoffmann en el rellano. La mujer llevaba otro vestido estampado con flores, este del color de su labial rojo.

—Salió temprano esta mañana —dijo la mujer apoyando las manos en la cintura.

Estelle se encogió de hombros y rodeó a la mujer. No pensaba responderle.

—¿Otro hombre?

Estelle se detuvo, asustada.

—¿Disculpe?

—La vi el otro día por mi ventana. Estaba yéndose con un hombre. Pensé en levantar un reporte. Puede que aún lo haga.

—¿Un reporte acerca de mí, o del hombre con quien estaba? —Intentó hablar con voz desdeñosa para disimular su miedo—. Porque no sé si en verdad quiera hacerlo.

Estelle fue recompensada con una mueca efímera de incertidumbre.

—Pero…

—Yo no la interrogo acerca de lo que ocurre en su dormitorio, Frau Hoffmann. Tenga la gentileza de no hacerlo conmigo.

—Podría ser un espía —farfulló Hoffmann sonrojándose.

—¿Vio al hombre con detenimiento?

Estelle tomó la ofensiva y dio un paso hacia la mujer.

—No, pero eso no es…

—La discreción es una virtud muy valorada no solo por mí sino por los oficiales de la Wehrmacht. No me gustaría que la reputación de los socios comerciales de su esposo se viera… mancillada porque su esposa hizo ciertas suposiciones sobre personas importantes, o puso a ciertos individuos en situaciones comprometedoras.

Estelle iba inventando sobre la marcha, pero obtuvo los resultados esperados. El rubor de las mejillas de la mujer desapareció, dejando en su lugar un rayón rojo sobre un rostro pálido.

—Creo que ambas podemos dejar este asunto por la paz, ¿no le parece? —preguntó Estelle.

Frau Hoffman se quedó mirándola con furia.

—Me alegra que podamos entendernos.

Estelle metió la llave en la cerradura y abrió la puerta de su departamento.

—¡Tal vez los engañe a ellos, pero a mí no! —gritó la mujer mientras la puerta se cerraba—. ¡Sé quién es usted!

Estelle se recargó en la puerta. El corazón le palpitaba con fuerza en los oídos. Frau Hoffmann no solo era una mujer hostil sino también una amenaza verdadera. En efecto, su

esposo se movía en las altas esferas del Reich, y una queja de él, aun presentada solo para aplacar a su esposa, podría tener graves consecuencias. La soga estaba cerrándose en torno a ese departamento y a todos sus ocupantes.

Estelle se enderezó empujándose de la puerta, se dirigió al comedor y puso el libro en la mesa. Con su portada deslavada y su mancha de humedad en la esquina inferior derecha, el ejemplar se veía totalmente fuera de lugar sobre la superficie reluciente de palo de rosa. Estelle lo abrió con cuidado exagerado. A primera vista, el libro era como cualquier otro. Ella pasó las páginas de bordes amarillentos, pero no había nada entre ellas: ni notas ni papeles ni instrucciones ni capítulos ingeniosamente ahuecados. En cierto momento se preguntó si estaría volviéndose loca, si habría imaginado todo.

Estelle llegó al final del libro. La parte interna de la contraportada también tenía una mancha de humedad y estaba rasgada a lo largo del borde inferior. Alguien había intentado repararla…

Usando la uña del pulgar, Estelle levantó el borde manchado de humedad. Alguien había hecho más que repararlo. Había metido entre el forro y la contraportada un documento cuyos bordes apenas eran visibles. Estelle lo extrajo cuidadosamente de su escondite.

Era un certificado de nacimiento. Para una Marthe Marie Varennes, nacida en Marsella, Francia, el 4 de mayo de 1939, hija de Jules Varennes y Edith Marie Bouchet. Tenía todos los sellos oficiales requeridos, y todas las arrugas y dobleces que uno esperaría encontrar en un documento de viaje.

Estelle se apartó de la mesa y del documento que estaba sobre ella. El reloj de la repisa marcó las doce del día. A Estelle le quedaban tres horas antes de despedirse de Aviva Wyler.

El cementerio había sido una buena elección. Se extendía desenfrenada pero ordenadamente en todas direcciones, con avenidas que lo atravesaban con una ecléctica selección de ángulos, rectas y curvas. Con su variedad de monumentos sobresalientes, mausoleos achaparrados y elevadas esculturas, las líneas de visión eran prácticamente inexistentes. Era un lugar donde uno podía perder fácilmente la orientación, y donde alguien podría escabullirse entre un sinnúmero de rincones donde ocultarse. Lo cual, supuso Estelle, era la razón

por la que lo habían elegido.

Entraron por la rue Rachel. Estelle iba sujetando firmemente la mano de Aviva. La asombrosa ironía del nombre de la calle no pasó desapercibida. Era como si todo conspirara para hacerle dudar de lo que estaba haciendo, para recordarle la promesa de mantener a la niña a salvo que le había hecho a la tía de esta.

Y, sin embargo, en el trayecto hacia el cementerio, la niña había rehuido de los demás transeúntes, de los vehículos ocasionales e incluso de una paloma que había aleteado sobre sus cabezas para aterrizar en la banqueta a unos metros adelante de ellas. Estelle había cosido dentro del forro del saco de Aviva la única fotografía que tenía de la familia de esta, la que había recogido del departamento de los Wyler aquella noche fatídica. Al dorso solo había escrito la fecha. Ni nombres ni lugares; nada que pudiera revelar la identidad verdadera de Aviva si la foto caía en las manos equivocadas. Pero la idea de que Aviva se marchara sin llevarse al menos un pedacito de la familia que la había amado, era más de lo que Estelle podía tolerar.

La tumba donde debían encontrarse con quienes llevarían a Aviva a un lugar seguro estaba a unos pocos pasos. Estelle se detuvo, y bajo la luz apagada de un cielo encapotado, se acuclilló frente a la niña y revisó una vez más los botones de su saco, como queriendo posponer lo inevitable. Como si con ese acto pudiera frenar el temblor de sus dedos y apaciguar la sensación de pérdida que ya empezaba a elevarse para asfixiarla. Otra persona que se le escapaba de manera tan silenciosa e ineludible como humo entre los dedos.

—¿Estás lista para embarcarte en tu aventura? —preguntó Estelle sabiendo que estaba sonriendo con demasiado entusiasmo. Estaba decidida a no llorar.

Aviva asintió, sus ojos oscuros colmados de esa tristeza que los inundaba desde hacía demasiado tiempo.

—Te van a llevar fuera de París —continuó Estelle—. A un lugar donde puedas jugar al aire libre con amigos de tu edad. A un lugar done tal vez puedas tener un perro.

Aviva se enderezó cuando escuchó a Estelle mencionar un perro. Entonces le tendió la mano.

—Aviva, no puedo ir contigo. Ya hablamos de esto.

La niña arrugó la frente y sacudió frenéticamente la cabeza.

—Pero te prometo que iré a buscarte —continuó Estelle—.

Tan pronto como pueda. Iré a buscar a tu mamá y a tu tía y las tres iremos a buscarte. —Estelle se negaba a reconocer que lo que estaba diciendo era prácticamente imposible—. ¿Recuerdas lo que te dije? ¿Que no puedes decirle a nadie tu nombre verdadero, ni dónde vivías? Habrá personas que te cuidarán hasta que yo pueda ir por ti, ¿de acuerdo? ¿Podrás hacerlo?

Aviva asintió sin convicción.

—Eres la persona más valiente que conozco —dijo Estelle y abrazó el frágil cuerpo.

Entonces, sintiendo un dolor casi físico, se obligó a enderezarse y le dio a Aviva un empujoncito hacia adelante.

Tres personas esperaban frente al monumento a Offenback, donde un busto del compositor colocado sobre su última morada miraba a la distancia con ojos vacíos. Un hombre de rostro redondo y un saco mal ajustado estaba junto a una mujer de cabello oscuro que sostenía un paraguas cerrado, anticipándose a la lluvia. A su lado, vestida con abrigo gris y el cabello rubio cubierto con una mascada, estaba Sophie Beaufort. El pequeño grupo observaba relajadamente el monumento, y quienquiera que los viera pensaría que estaban turisteando. Vivienne no se veía por ninguna parte.

Sophie volteó cuando Estelle se acercó a ella con la mano extendida.

—Buenas tardes —dijo Sophie con naturalidad—. Y buenas tardes a usted, Mademoiselle Varennes —añadió dirigiéndose a Aviva.

Aviva la eludió y se pegó a Estelle.

Estelle extrajo su mano y se puso en cuclillas delante de Aviva.

—Ellos son mis amigos —dijo—. Van a llevarte a un lugar seguro. Necesito que vayas con ellos.

Aviva la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Recuerdas todo lo que te dije? —preguntó Estelle—. ¿Lo que necesito que hagas? ¿Lo de tu mamá y tu tía?

Aviva asintió.

—Bien.

—Yo soy Edith. —La mujer de cabello oscuro estaba sonriéndole amablemente a Aviva, pero sus ojos reflejaban preocupación y nerviosismo—. Tenemos que irnos rápido.

Entonces le tendió la mano a la niña.

Aviva volteó a ver a Estelle.

Ella asintió e hizo una mueca que deseó que al menos

pareciera una sonrisa tranquilizadora.

—Está bien. Ve con ella. Pon atención a lo que te diga.

—¿No habla?

El hombre se había colocado junto a Estelle.

—Hace un año que no lo hace —logró decir ella mientras veía a la mujer llevándose a Aviva.

—Probablemente sea lo mejor —dijo el hombre. Luego siguió a la mujer y a la niña.

En menos de diez segundos, los tres se habían marchado.

—Camina.

La princesa de hielo dio la orden con frialdad. Enlazó su brazo con el de Estelle y la obligó a darse la vuelta. Luego empezó a caminar, ora jalando, ora empujando a Estelle. Luego se detuvo brevemente para recoger una maletita que alguien había dejado cerca del monumento, medio oculta tras una mata de hierbas altas.

—¿Quién era ese hombre, el que se la llevó?

—Se llama Georges —respondió Sophie—, y es todo lo que puedo decirte porque es todo lo que sé.

—¿Pero a dónde…?

—A un lugar seguro.

—Pero…

—Ya no pienses en eso —dijo Sophie volviendo a jalar a Estelle hacia adelante—. Hiciste lo correcto.

—No puedo *no* pensar en eso. —Estelle apenas podía pronunciar las palabras. Las lágrimas le nublaban la visión. Sentía náuseas—. ¿Y si cometí un error?

—Acabas de salvarle la vida. —Sophie estaba propulsándola hacia la entrada de la rue Rachel—. Y un día, cuando sea una doctora y una bailarina muy exitosa, te lo agradecerá.

Estelle cerró los ojos con fuerza y avanzó a trompicones con Sophie, recargándose en ella como si tuviera cien años.

—No creí que fuera tan difícil.

Un comentario absurdo, por supuesto, pues sabía que sería espantoso. Pero no se había permitido mortificarse con ello mientras todavía estaba con Aviva. No se había mortificado con la posibilidad muy real de que no volvería a verla.

Estelle se paró en seco, se soltó de Sophie y fue a vomitar en una maceta con flores marchitas. Cuando terminó, apoyó las manos en las rodillas e intentó recuperar el aliento.

—Ten.

Un pañuelo apareció frente a ella.

Estelle se secó las lágrimas que habían brotado de sus ojos y luego se limpió la boca.

—Estoy bien.

—Se nota. Solo procura estar un poco más «bien» antes de que salgamos. No conviene atraer más atención de la necesaria.

Sophie volvió a enlazar su brazo con el de Estelle. Esta intentó devolverle el pañuelo.

—Consérvalo —dijo Sophie.

—¿A dónde vamos? —preguntó Estelle con voz ronca.

—A tu departamento.

—Claro. —Estelle intentó ordenar sus pensamientos, pero le costaba trabajo concentrarse—. Necesitas que te ayude a…

—Ahora no necesito que me ayudes con nada que no sea llegar a tu departamento. Ahí podrás llorarle a Aviva como se debe.

—No necesito llorarle. No está muerta.

—No, ni lo estará. Pero la ausencia duele tanto como la muerte. Lo sé por experiencia.

Estelle sorbió por la nariz sintiéndose ligeramente avergonzada. Aquella mujer conocía mejor que la mayoría lo que era la pena. Y no obstante, estaba consolándola a ella.

—Y cuando estés lista, discutiremos lo que haremos a continuación. Lo que haremos para contribuir a que todo esto acabe.

Cuando Estelle despertó, estaba sola en su recámara. Cuando regresaron al departamento no había planeado dormir, solo descansar un rato para serenarse y ordenar sus pensamientos. Pero empezó a llorar por Aviva, por Jerome, y sin darse cuenta se quedó dormida. La luz que se filtraba entre las cortinas le decía que ya había pasado una noche y que había llegado el amanecer. Estelle había dormido durante todo ese tiempo.

Salió de la cama, se puso un suéter para protegerse del frío y se abstuvo de mirar el ropero. Salió de la recamara y se detuvo a medio comedor.

La princesa de hielo estaba sentada a la mesa del comedor. Llevaba el vestido verde con que Estelle la había visto la primera vez. Desplegado frente a ella estaba el viejo rifle que había estado guardado en el baúl del cuarto oculto. Sophie había colocado una sábana sobre la mesa para

protegerla, y estaba pasando un trapo sobre el cañón del arma. Un aroma penetrante y aceitoso flotaba en el aire.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la agente sin apartar los ojos de su tarea.

Estelle ignoró la pregunta. Sobre todo, porque no sabía cómo se sentía, pero también porque no quería hacer el esfuerzo de responder.

—¿Estás planeando usar eso en el Ritz? —le preguntó a Sophie.

Sophie negó con la cabeza.

—No. No necesito un rifle para hacer lo que debo hacer.

—Entonces, ¿por qué lo tienes afuera?

Aparentemente, Estelle también estuvo dormida mientras Sophie entraba a su recámara y accedía al cuarto a través del ropero. La idea le pareció un poco inquietante.

—Lo estoy limpiando.

—No hace falta. No es mío. No me gustan las armas.

—Entonces ¿por qué lo tienes?

—Un… inquilino lo dejó aquí.

—Tenía curiosidad. Es francés. —Con movimientos que denotaban práctica, Sophie jaló hacia atrás la manija del cerrojo—. Para uso militar, creo.

—¿A ti sí te gustan? ¿Las armas?

La agente encogió los hombros.

—Son otra clase de lenguaje que se puede estudiar y dominar. Una combinación de mecánica e intangibles.

—Otra de las cosas que les enseñan en la escuela para espías, supongo.

—No. Bueno, sí te enseñan sobre armas, pero yo ya estaba familiarizada. —La espía levantó el arma, se asomó por la mirilla y volvió a dejarla en la mesa—. Mi primer arma me la regalaron cuando cumplí once años. También era de cerrojo. Una veintidós.

—¿Te dieron un arma de cumpleaños?

—De hecho, se la regalaron a mi hermano. Yo recibí un juego de acuarelas. Las intercambiamos porque Will no quería el rifle y yo no quería las pinturas. Fueron regalos de un viejo amigo de la familia, en cuya estrecha concepción del mundo los niños disparaban armas y disfrutaban las peleas a puñetazos, y las niñas pintaban paisajes y hacían arreglos florales.

—¿Qué?

—Mi hermano y yo pasábamos los veranos en la costa, y

solíamos pasar incontables días en los campos y los bosques que dominaban el mar. Él pintaba y yo estudiaba o practicaba tiro. No había nada más satisfactorio que jalar el gatillo y ver cómo una lata saltaba de un tocón distante en medio de la brisa.

Estelle contempló a la mujer rubia sentada a su mesa y se preguntó por qué estaría contándole todo aquello. O si algo de lo que decía sería verdad.

—Después de un tiempo le enseñé a disparar, aunque creo que aprendió más por complacerme que por interés propio —continuó Sophie, aparentemente ajena a la confusión de Estelle—. Tal como aprendió a pilotar para complacer a mi madre. Unas habilidades requeridas muy útiles, decía ella. Después de todo, era una mujer muy práctica.

El piloto que Sophie había mencionado antes. El que llevaba tres años desaparecido.

—Después de cada lección de vuelo, mi hermano pasaba una cantidad exorbitante de tiempo pintando paisajes donde destacaba el cielo —continuó Sophie—. Debo confesar que, al final, se convirtió en mejor piloto que pintor, aunque yo me sacaría los ojos con un tenedor antes de decírselo a la cara.

Sophie continuó frotando con un trapo el cañón del rifle.

Estelle se sentó en la silla que estaba frente a Sophie.

—¿En verdad crees que esté vivo? ¿Tu hermano?

El trapo se detuvo a medio cañón.

—Oh.

—Soy buena para escuchar.

—Ya veo.

Lentamente, Sophie dejó a un lado el trapo y sacó un sobre de debajo de la sábana donde estaba el arma. Luego extrajo un paquete que constaba de tarjetas de racionamiento para alimentos, ropa y tabaco; un certificado de nacimiento; una credencial de identidad y una tarjeta ferroviaria. Cosas que Estelle esperaría encontrar entre las pertenencias de una agente. Sin embargo, junto con esos documentos estaba una colección de fotografías de Sophie, todas con acabado brillante y aspecto profesional. En ellas, su cabello estaba peinado con maestría, y su maquillaje, aplicado exquisitamente.

Sophie hizo los papeles y las fotos hacia un lado. Luego sacó del sobre otras dos fotos pequeñas y cuadradas, ambas con los bordes irregulares, ambas arrugadas y desgastadas.

La primera era una imagen tomada bajo un sol brillante: la princesa de hielo montando a pelo un caballo, con las

rodillas y los codos enlodados, sonriendo a la cámara. La segunda era de una casa de aspecto señorial, situada entre un diorama de árboles y arbustos.

—Una de las primeras cosas que te enseñan en la escuela para espías, además del manejo de armas, es a no hablar de ti mismo a menos que estés a solas con un colega que reconozca que estás hablando bajo ciertas condiciones. Incluso había un nombre en clave para esas ciertas condiciones.

—¿Y qué constituían esas ciertas condiciones?

Sophie sonrió, aunque el gesto no se extendió hasta sus ojos.

—Es curioso que lo preguntes porque yo nunca obtuve una respuesta clara a esa pregunta. Mi interpretación es que se trata de un lapso en que dos compañeros o colegas se dan parte de manera oficial.

Estelle sacudió la cabeza.

—¿Eso es lo que estamos haciendo aquí? ¿Dar parte? Porque estoy bastante segura de que superamos ese punto hace mucho tiempo. De que los últimos cinco días han sido un destripamiento de mi vida entera y de todos mis secretos. Por otra parte, lo único que sé de ti es que creciste en algún lugar cerca del mar, que te gusta la práctica de tiro al blanco, que tienes un hermano que se hizo piloto y que tus padres y tu esposo murieron. Todo lo cual bien podría ser inventado.

—Mmm.

Estelle no supo si esa respuesta confirmaba que Sophie había hablado con la verdad, o confirmaba que no.

—Toma. —Sophie puso las dos fotos enfrente de Estelle—. Este es mi reconocimiento de que estamos hablando bajo esas ciertas condiciones. Porque creo que tienes razón. Hemos superado por mucho el punto de los secretos. —Hizo una pausa —. Mi esposo solía decir que la confianza lo es todo.

—¿Qué?

—Tú confiaste en mí. Tal vez al principio no fue a propósito, pero al final me confiaste tus secretos más caros. Ahora yo te estoy confiando dos de los míos. —Se apartó el cabello de la frente con el dorso de la mano—. La confianza no puede ser unilateral, sobre todo si es posible que algún día debas pedirle al otro lo imposible. Si vamos a ser compañeras de aquí en adelante, creo que esto es algo que debo hacer.

Estelle miró las fotografías.

—¿En verdad son fotografías personales?

—Sí.

Estelle levantó la vista hacia Sophie con actitud acusatoria. «No deberías tener esto aquí» estaba en la punta de su lengua, pero entonces recordó la foto que había cosido en el saco de Aviva, y el reclamo murió en el silencio. Por otra parte, las maltratadas fotografías realmente no revelaban nada. Podrían haber sido tomadas en cualquier lugar entre París y Berlín.

Sophie dio un golpecito con el dedo en la foto de la casa.

—¿Quieres saber cómo sé que mi hermano sigue vivo? Por esto.

Estelle arrugó la frente.

—No entiendo.

—La casa se llama Millbrook. Cada mañana de domingo, desde que tengo memoria, Millbrook presta sus terrenos para un mercado. La gente de los pueblos cercanos va a comprar y vender productos. Mi hermano, desde que tenía ocho o nueve años, hasta que se alistó, ponía un puesto para vender sus pinturas. —Sophie meneó la cabeza—. Y nunca vendió ninguna. Ni una sola. Las que compró mi madre no cuentan.

Estelle esperó, intrigada.

—Pero no le importaba. Ponía su puesto cada fin de semana, lloviera o tronara, sonreía y reía, y se la pasaba lo mejor que podía. Consideraba la falta de ventas como un desafío, no como fracaso. Yo creo que después de un año, hasta la persona más optimista habría aceptado sus limitaciones y se habría retirado discretamente. Pero Will se rehusó a aceptar la derrota, y dondequiera que esté ahora, estará haciendo lo mismo. Eso es algo que tengo que creer. —Miró a Estelle a los ojos—. Y tú también.

Estelle entendió finalmente. La princesa de hielo ya no estaba hablando de su hermano.

—Cuando esta guerra termine, buscaré a quienes perdí y tú buscaras a quienes perdiste. Yo te ayudaré. —Sophie alzó la vista desde el rifle hasta el rostro de Estelle, y la miró fijamente—. Mientras tanto, nos ayudaremos una a la otra.

Estelle asintió sintiendo un nudo en la garganta.

—¿De qué es esta? —preguntó mientras tomaba la segunda foto. Necesitaba esa distracción.

—Esa foto me la tomó mi esposo el primer día que me llevó a montar —dijo Sophie en voz baja—. En ese momento todavía no era mi esposo, pero fue el día en que me besó por primera vez.

Estelle cerró los ojos y deseó no haber planteado la

pregunta.

—Lo siento. No fue mi intención…

—No sé ni cuántas veces me caí de ese condenado caballo. —Sophie rio, pero fue una risa triste—. Resulta que los caballos no son una combinación de mecánica e intangibles. Son la definición misma de lo intangible.

—Esa es una buena descripción —confirmó Estelle con media sonrisa.

—Lo extraño —dijo Sophie con voz quebrada—. Lo extraño muchísimo.

Estelle dejó la foto y puso las manos sobre las de Sophie. No había nada que pudiera decir para aliviar la desolación que se reflejaba en su rostro. Y era un recordatorio de que Estelle no era la única que había sufrido pérdidas.

La agente soltó un suspiro trémulo.

—Está borrándose más rápido de lo que pensé. Su rostro. Y tengo miedo de olvidarlo —dijo—. Tengo miedo de olvidar su aspecto. Tengo miedo de olvidar su rostro, su risa, su voz.

—No lo harás.

—¿Y si lo hago?

Estelle soltó las manos de Sophie, se levantó y se dirigió al pequeño escritorio. Entonces regresó con una pluma fuente.

—Escríbelo.

—¿Qué?

—Escribe detrás de la foto lo que quieres decirle.

Lentamente, Sophie tomó la pluma de la mano de Estelle e hizo a un lado la sábana y el rifle. Agarró la foto y la colocó frente a ella.

—No sé qué decir.

—Eso sí es raro.

Sophie soltó otra risa sofocada. Le quitó la tapa a la pluma y oprimió la punta de la plumilla contra su dedo. Apareció una mancha de tinta. Entonces volteó la foto y la pluma quedó flotando sobre el cuadro blanco. Luego inclinó la cabeza y la plumilla empezó a rozar rápidamente la superficie. Finalmente se detuvo, tapó la pluma con movimientos deliberados y la dejó junto a la foto.

Estelle recogió las fotos y documentos que estaban desplegados sobre la superficie de palo de rosa y volvió a guardarlos en el sobre. Solo dejó afuera el certificado de nacimiento de la agente y su *carte d'identité*.

—Mete esa foto aquí, con las demás —dijo Estelle en voz baja mientras le acercaba el sobre abierto—. Las guardaremos

en el baúl donde están nuestros demás secretos. Cuando todo esto termine, podrás venir a recogerlas.

Sophie cerró los ojos y oprimió la foto contra su pecho. Al cabo de un instante, metió la fotografía en el sobre.

—No me preguntaste qué escribí.

—No necesito saberlo. Lo que escribiste es para tu esposo y solo para tu esposo.

Estelle puso el sobre en la mesa y deslizó la mano sobre la solapa. El reloj de la repisa hacía tictac en medio del silencio. Una puerta se azotó en alguno de los pisos inferiores.

—¿La muerte llega a ser menos dolorosa que la ausencia? —preguntó con voz ronca.

Sophie no respondió. Solo se recargó en el respaldo de la silla y miró las espirales de yeso que decoraban el techo.

Estelle se frotó el rostro. Odiaba parecer tan débil.

—Todas las personas que he querido en este mundo simplemente… desaparecieron. La amiga a la que quise como una hermana. El hombre a quien amé como a un padre. El hombre a quien desearía haber tenido la oportunidad de amar como se debe. Y ahora, Aviva. Y cada mañana, cuando abro los ojos, hay un momento en que puedo convencerme de que simplemente están en otro lugar y de que hallarán el camino de regreso a casa.

Pero luego, un segundo después, caigo de ese acantilado de esperanza y me estrello en la certidumbre de que nunca volverán. De que ya no están vivos.

—La ausencia siempre está ligada a la esperanza. Y la esperanza puede ser reconfortante o cruel en igual medida. —Sophie cerró los ojos—. Sé que quisieras una respuesta distinta, pero la muerte y la ausencia siguen rompiéndome el corazón día con día. Ninguna llega a ser menos dolorosa.

Sophie tenía razón. Estelle quería una respuesta distinta.

—Pero nosotras seguimos aquí —susurró la agente al tiempo que abría los ojos—. Y tenemos que hacer que todo eso valga. Es lo único que nos queda a todos.

Estelle carraspeó y se levantó abruptamente. Sophie tenía razón de nuevo. Si no volvía a ver a Rachel, a Serge, a Aviva o a Jerome, tenía que hacerlo valer para algo.

Recogió el sobre y estiró la mano hacia el rifle. Sin decir palabra, Sophie se lo entregó. Estelle se los llevó, los guardó bajo llave en el baúl, salió del ropero y cerró firmemente la puerta. Cuando regresó, encontró a Sophie frente a la pintura que colgaba sobre la chimenea.

—Pese a su belleza, odio esta pintura —dijo Estelle sin preámbulos.

—Yo odio toda esa historia —dijo Sophie—. Cómo Políxena termina sacrificada. Nunca le he encontrado sentido.

—Aquiles recibió su merecido, y es a ella a quien sacrifican.

—Creo que lo que más odio es que simplemente aceptó su destino. Solo mira su expresión en esa pintura. Ya aceptó que las acciones de los demás la pusieron en una situación insostenible. Me dan ganas de gritarle que luche, que reclame algo para ella, que equilibre la balanza de la justicia, que decida su propio destino.

—Que lo haga valer.

—Que lo haga valer —confirmó Sophie.

—Esa pintura fue la selección original de mi madre —dijo Estelle—, pero yo tuve ahí otra pintura hasta que empezó la guerra. De hecho, fue la primera obra de arte que compré. Creada por un noruego que sabe pintar emociones, no pinturas.

—¿Por qué lo quitaste?

—Porque era una pintura de una mujer que preferiría morir antes que aceptar su destino. Era una pintura de valentía desafiante y coraje indomable. —Hizo una pausa—. Además de que los nazis la calificarían como degenerada. No quería arriesgarme a perderla.

—Entonces, ¿aún la tienes?

—Sí.

—¿Me la mostrarías? Me gustaría saber cómo se ve en pintura la valentía desafiante y la audacia sin remordimientos.

—Tal vez.

Estelle dejó la chimenea, caminó hacia la ventana y se asomó a la calle. El sol de la mañana había sido devorado por un banco de pesadas nubes. Estelle se estremeció. Todavía era verano, pero el cielo le recordó que el otoño y el invierno llegarían muy pronto, y con ellos, más muertes, si no a manos de los nazis, ciertamente a manos del frío y la hambruna.

—Dime qué necesitas del Ritz.

Estelle se había girado y estaba mirando de frente a la agente británica.

Sophie deslizó los dedos por el borde de la repisa de mármol. Luego abrió la carátula de cristal del reloj que estaba en el centro.

—¿Hay muchos espías trabajando en el hotel?

Estelle sintió cómo sus cejas saltaban hacia su frente.

—El Ritz es un avispero de espías contratados. En las cocinas y detrás de las barras, en las habitaciones de las camareras y en las oficinas administrativas. El truco —dijo Estelle sin humor— es saber de qué lado están.

Sophie cerró la carátula de cristal, que hizo clic al acoplarse.

—¿Y tú lo sabes? ¿De qué lado están?

—Mejor que la mayoría —aceptó Estelle—. ¿Por qué?

—En algún lugar del hotel hay una máquina. Un aparato de comunicación cifrada que usan para mandar y recibir mensajes de los miembros más importantes del Reich. Mi misión es confirmar su existencia y copiar sus libros de códigos para que podamos entender los mensajes que interceptamos.

Estelle abrió la boca y luego la cerró. Una sensación peculiar recorrió su cuerpo.

—La información de inteligencia acerca de esa máquina es antigua, pero salió a la luz hasta hace poco. Es probable que el aparato ya no esté ahí. Ni siquiera pudimos verificar qué red envió el mensaje radial original, ni la fuente que proveyó la información originalmente, pero probablemente fue alguien que trabajó o trabaja en el Ritz. —Sophie hizo una mueca—. Migajas. Así las llamaba mi superior. Migajas de posibilidades que dejaron un rastro de pan lo suficientemente convincente para justificar mi misión. Creo que debías saber esto antes de comprometerte a seguir adelante. Lo cierto es que encontrar esa máquina es de vital importancia.

Una mezcla de incredulidad y euforia recorrieron la piel de Estelle, haciendo que los vellos de sus brazos se erizaran.

—¿Migajas?

«Uno nunca sabe qué migaja puede cambiar el curso de las cosas». Es lo que había dicho Jerome.

—¿Has oído algo al respecto? —preguntó Sophie—. Tal vez algo que haya mencionado una camarera u otro empleado del hotel, alguien de la servidumbre. Es posible que alguien como…

—Yo.

—¿Cómo dices?

—Yo envié esa información. Bueno, estrictamente fue alguien de la red de Vivienne a quien le conté todo, y supongo que la incluyeron en una transmisión radial. Pero tienes razón, eso fue hace mucho tiempo.

Sophie se había quedado callada.

—¿Qué?

—He estado en esa habitación. Con los radios o máquinas o como sea que se llamen.

Sophie se había girado por completo hacia Estelle.

—¿Y sigue ahí?

—Hasta donde yo sé. —Estelle se alejó de las ventanas—. Creo que la instalaron para uso personal de Göring. El acceso es a través de la suite imperial, donde él se aloja cuando está en París. Está en el sótano, supongo que para protegerla en caso de bombardeo. Pero Göring no está en París ahora. Oí a un coronel decir que estaba en algún lugar del frente oriental. ¿Polonia, tal vez?

—Sí, yo oí lo mismo antes de que partiéramos. —Sophie tamborileó en la orilla del mantel—. ¿Cuántas veces has estado en la habitación donde está la máquina?

—Solo una.

—¿Viste algo que pareciera un libro de códigos?

Estelle negó con la cabeza.

—No, pero hay unos gabinetes cerrados con llave.

—¿Gabinetes? ¿No es una caja fuerte?

—Gabinetes —confirmó Estelle—. Se abren con una llave pequeña.

—Y ¿qué clase de cerradura tiene la puerta de la habitación?

—No tiene.

—¿No tiene?

Las cejas de Sophie saltaron hacia su frente.

—El acceso es a través de un clóset con pared falsa.

—¿No está vigilado?

—No. He estado tres veces en la suite y nunca he visto a nadie cerca de esa puerta. Después de todo, se supone que es un clóset. Creo que ni siquiera se usa cuando Göring no está. Solo veo hombres que entran y salen con mensajes cuando él está presente.

—Arrogantes e idiotas —dijo Sophie con asombro.

—El piso donde está la suite imperial tiene acceso restringido —le advirtió Estelle—. No cualquiera puede andar por ahí. Algunos empleados del hotel van y vienen para limpiar y darle mantenimiento a la suite, por supuesto, pero son rostros conocidos. Ni tú ni yo podríamos entrar en la suite así como así, sin una buena razón y sin permiso.

Sophie asimiló la información.

—¿Qué tipo de armas llevan los oficiales dentro del

hotel?

—Ninguna.

Sophie giró bruscamente la cabeza.

—¿Cómo que ninguna?

—Los oficiales deben dejar sus armas en la entrada. No puede haber esas vulgaridades dentro del hotel —dijo burlonamente.

—¿Por qué estabas en esa suite? —preguntó Sophie. La pregunta no reflejaba crítica, solo curiosidad.

—Una que otra vez le he regalado joyas o alguna pintura. Gracias a eso soy bienvenida entre los oficiales de alto rango del Ritz y, no menos importante, en las cocinas del Ritz.

—Ah.

—¿Qué necesitas de ese cuarto de radiotransmisión?

Sophie estaba tamborileando sobre el mantel.

—Lo que busco son los libros de códigos, pero no puedo robarlos. Ni siquiera para copiarlos. No puedo arriesgarme a que descubran su ausencia, además de que regresarlos a su lugar representaría un riesgo adicional. Los alemanes no deben pensar por ningún motivo que sus códigos o su máquina codificadora fueron violados.

—Comprendo.

—Considero que lo mejor sería tomar fotos del aparato y de los libros de códigos, porque copiarlos a mano requeriría horas. Tengo una cámara, una Riga. Es pequeña y fácil de ocultar. —Sophie titubeó—. Practiqué con ella antes de venir a Francia.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Estelle. Su mente ya estaba trabajando a toda velocidad.

—Suponiendo que pueda abrir las cerraduras sin mayor problema, veinte minutos. Tal vez menos. Entrar y salir sin dejar huella.

—¿Y una vez que lo hayas hecho?

—Llevaré la información a Londres.

Estelle soltó una carcajada.

—Lo dices como si simplemente fueras a tomar el próximo ferry a Southampton.

—La próxima luna llena debo regresar al lugar donde salté. Donde conocí a Vivienne y a su red.

—Faltan semanas para eso —protestó Estelle.

—Sí. Deberé desaparecer hasta entonces. Evitar que me capturen.

—No me digas —musitó Estelle.

—Cuando llegue el momento mandarán una Lizzie a recogerme. Si eso no ocurre, tendré que idear otro plan.

—¿Quién es Lizzie?

—No es quién sino qué. Es un avioncito que usan para recuperar agentes. —Sophie hizo una mueca—. Aunque me advirtieron que son muy inestables. Resulta que es más difícil de lo que parece aterrizar un avión en un campo oscuro en medio de un país atestado de nazis.

Estelle volvió a asomarse por la ventana.

—Pero esa parte es secundaria en este momento. Lo importante ahora es saber cómo entraré en el Ritz sin ser vista, cómo ingresaré en la suite imperial sin ser vista, cómo permaneceré ahí durante veinte minutos sin ser vista, y cómo volveré a salir. Sin ser vista. Necesitamos un plan.

Afuera, en la banqueta que estaba bajo la ventana, había aparecido una mujer. Llevaba un saco raído que en otro tiempo había sido color azul brillante. La mujer caminaba con pasos lentos e inseguros, con los hombros encorvados y la cabeza cubierta con una mascada oscura. Cuando llegó a la esquina de la calle, simplemente cayó de rodillas y manos. Era imposible saber si por cansancio, hambre o enfermedad. Caminando en dirección contraria venían dos soldados de la Wehrmacht, vestidos con uniformes perfectamente planchados, guantes de piel y botas bien boleadas. Uno de los hombres llevaba en la mano un volante o un mapa, y ambos conversaban animadamente. Entonces se detuvieron a unos pasos de la mujer, y el más alto de los dos señaló la calle que iba hacia el oeste. Los alemanes parecieron llegar a un acuerdo y siguieron avanzando en esa dirección. Ni siquiera voltearon a ver a la mujer. Fue como si no hubiera existido.

Estelle se alejó de la ventana.

—No entrarás sin ser vista —dijo.

—¿Disculpa?

—¿Has estado alguna vez en el Ritz? —le preguntó a Sophie mientras se acercaba a la chimenea y a ella.

—Una vez. Hace muchos años —respondió lentamente la agente—. Pero solo en el comedor y en las tiendas. Sin embargo, recientemente pude estudiar los planos. ¿Por qué?

—A la vista de todos.

—¿Qué?

—Haremos esto a la vista de todos.

—¿Qué es exactamente lo que vamos a hacer, y cómo lo haremos?

Estelle alzó la vista hacia la pintura. La doncella fatalista extendía los brazos por encima de una túnica todavía azul brillante, lista para recibir el puñal que pondría fin a su vida.

—Si Políxena está decidida a sacrificarse, tengo una mejor causa para su sacrificio.

20

Sophie

París, Francia
26 de agosto de 1943

El camión se detuvo frente a las puertas que daban a la Place Vendôme. Su hábil chofer vestía el uniforme oscuro de los empleados del Ritz y estaba acicalado y enguantado según los altísimos estándares del hotel. Su asistente, un joven ataviado de manera similar, bajó del asiento del pasajero y caminó apresuradamente a la parte trasera del vehículo. El chofer lo alcanzó poco después, y entre los dos empezaron a bajar del camión un objeto largo y plano. El objeto era tan alto como una persona y la mitad de ancho, y estaba envuelto con lona asegurada cuidadosamente con cuerda.

El auto en que Estelle y Sophie viajaban se detuvo detrás del camión y a un lado de las filas de vehículos negros, muchos de los cuales lucían versiones en miniatura de los estandartes con la esvástica que cubrían la fachada del hotel. Sophie pasó saliva con dificultad y recordó que no estaba ahí para combatir a esos nazis. Al menos no esa noche. Esa noche había ido ahí para hacerse su amiga, y así ayudar a otros que un día los destruirían a todos.

Sophie se asomó por la ventana abierta y siguió las líneas de la Columna Vendôme hasta el cielo turbulento. Todavía no era de noche, pero parecía más tarde. Las pesadas nubes que Sophie había visto a la distancia se habían instalado sobre la ciudad y amenazaban con hacer llover entre retumbos siniestros.

Un soldado se acercó a toda prisa. Era dolorosamente joven, y sus mejillas sonrojadas probablemente no habían visto nunca una navaja.

—¡Alto! —dijo al tiempo que el chofer apagaba el auto—. No pueden estar aquí.

Sophie no sabía si le estaba hablando al chofer o a ellas, que permanecían en silencio en el asiento trasero.

El chofer miró al joven soldado como si este no fuera más que una mosca zumbando alrededor del vehículo. Luego salió del auto y le abrió la puerta a Estelle. Ella bajó con elegancia del vehículo. Llevaba el impresionante vestido amarillo de crepé que solía guardar en el ropero. La prenda se ajustaba con gran estilo a su cuerpo, y con su cabello ondulado y brillante recogido en la nuca, y su maquillaje aplicado con una destreza que sorprendió a Sophie, Estelle Allard había pasado de ser una mujer desconsolada a una *femme fatale*. Vera Atkins habría estado orgullosa.

—Mademoiselle Allard —dijo el soldado dando un paso atrás. Una sombra de confusión atravesó su rostro mientras Estelle caminaba hacia él—. Me da gusto verla de nuevo, pero no puede estar aquí. Es mi deber recordarle que esta es una entrada reservada para oficiales.

Estelle resopló vulgarmente y dejó que el tirante del vestido se deslizara por su hombro.

—Hauptgefreiter Müller, me da gusto verlo también. Dígame, ¿cómo se encuentra la encantadora Madeleine?

El joven soldado se sonrojó.

—Se encuentra bien, gracias. —El soldado carraspeó—. Pero no puede estar aquí. Esta es la entrada para oficiales.

—Lo sé —dijo ella sonriendo coquetamente—. También sé que, si hablas con el coronel Meyer, comprobarás que está esperándome. Después de todo, fue él quien envió un auto a recogerme. Y un camión. —Estelle señaló el vehículo más grande—. Traigo un obsequio para el Reichsmarschall.

El joven soldado se quedó parpadeando bajo aquel torrente de nombres y encanto natural. Sophie no estaba segura de cuál de las dos cosas había tenido más impacto.

—¿Qué clase de obsequio? —preguntó Müller.

—¿Acaso eres el curador del Reichsmarschall? —preguntó Estelle mientras los dos hombres del camión llevaban el paquete hacia la entrada.

—¿Qué? No.

Los ojos del soldado saltaron hacia los dos hombres que se acercaban a la entrada, obviamente indeciso entre detener a los hombres o seguir hablando con Estelle.

—Entonces, ve por favor con el coronel y dile que

Mademoiselle Allard ha llegado con el regalo para el Reichsmarschall.

El chofer había rodeado el auto y le había abierto la puerta de Sophie. Esta trató de salir con la misma gracia con que lo había hecho Estelle. No supo si lo había logrado.

La atención de Müller saltó hacia Sophie, y sus ojos muy abiertos sugerían que los esfuerzos de Sophie para verse glamurosa tampoco habían sido en vano. Ella también llevaba un vestido digno de una estrella de cine, cortesía de una costurera francesa de Tempsford. Era color azul pálido y la parte superior estaba bordada con cuentas. Las largas mangas que había solicitado se ceñían a sus muñecas con listón de seda. Su cabello caía con suaves ondas sobre sus hombros, y cuando finalmente había salido de la recámara de Estelle, esta la había llamado «princesa de hielo».

—¿Quién es usted? —preguntó el soldado cautelosamente.

Sophie solo respondió con una sonrisa, ya que en la puerta se había suscitado una previsible gresca cuando los hombres que llevaban el paquete fueron detenidos.

—¿Tengo que hacer todo yo misma?

Estelle resopló y caminó con paso decidido hacia la puerta. Sus tacones golpeaban la banqueta produciendo un *staccato* penetrante.

Müller fue tras ella sin dejar de protestar. Sophie simplemente los siguió a una distancia prudente.

Otro soldado, alertado por el escándalo, se adelantó y les impidió el paso. Los hombres del camión pusieron el paquete en la banqueta.

—Si alguien pudiera avisarle al coronel Meyer que Mademoiselle Allard llegó con el obsequio para el Reichsmarschall, no tendríamos que estar parados aquí afuera —dijo Estelle antes de que el segundo soldado pudiera abrir la boca.

—El coronel no está aquí. Está cenando —le dijo el soldado—. Tenemos instrucciones de no molestarlo.

Sophie ya lo sabía. Estelle le había dicho que Meyer rara vez rompía su rutina de dos horas de vino tinto, cordero cocido, papas con mantequilla y verduras asadas, todo lo cual disfrutaba en el Maxim's. Y de postre, una linda pelirroja llamada Collette, de quien disfrutaba en un lugar completamente distinto.

Estelle puso las manos en la cintura y frunció el ceño.

—Bueno, entonces, después de que termine su cena, tal vez seas tú quien deba decirle que el Le Brun que le prometí al Reichsmarschall fue destruido por la lluvia, afuera del hotel, porque no nos permitiste entrar.

Los dos jóvenes soldados se miraron con indecisión.

Los empleados del Ritz simplemente esperaban mirando hacia otra parte. Sophie se preguntó de qué lado estarían. Considerando el músculo que saltaba en la mandíbula de uno de los choferes cada vez que los soldados hablaban, Sophie estaba bastante segura de que, como mínimo, no era leal al Reich.

En ese instante se oyó el rugido grave de un trueno, y un ventarrón atravesó la plaza y envolvió las piernas descubiertas de Sophie. La coordinación fue perfecta.

—Por lo menos permítanme que lleven la pintura adentro —dijo Estelle en tono imperioso—. Antes de que deban asumir el costo y las consecuencias de su inacción. Porque puedo asegurarles que no podrán pagarlo.

—De acuerdo —dijo finalmente Müller—. Métanla.

Estelle hizo una seña con la mano. Los dos hombres levantaron la voluminosa pintura envuelta en lona y la pasaron cuidadosamente por la puerta.

—¿Dónde la ponemos? —preguntó el más bajo de los dos.

—La llevaremos directamente a la suite imperial. Tiene que estar colgada antes de que el Reichsmarschall regrese.

—N-no podemos permitirlo —dijo tartamudeando el joven soldado.

—Claro que pueden. ¿Sabes cuántas obras le he traído al Reichsmarschall? —preguntó Estelle.

—Pero…

—Escucha —dijo Estelle con voz más suave—. Sé que solo están haciendo su trabajo. Pero esta es una pintura muy valiosa, y mientras más tiempo esté desprotegida, mayor será el riesgo de que se dañe. El sitio más seguro para ella es la suite.

—Entonces ordenaremos que la suban.

—No sin nosotras —dijo Estelle con delicadeza—. No descansaré hasta comprobar que haya llegado con bien a su destino.

—¿Nosotras?

Estelle señaló a Sophie.

—Ella es Madame Beaufort, originaria de Marsella. Vino a París a solicitud mía para entregar esta pintura. Le prometí al

Reichsmarschall un Le Brun y lo va a recibir. Siempre cumplo mis promesas.

Sophie se mantuvo impasible mientras los soldados la escudriñaban.

—¿Es verdad? —preguntó el otro soldado.

—Así es —respondió Sophie en alemán—. Es un honor ofrecer una obra como esta a la gloria del Reich.

Los soldados se irguieron. El chofer de mayor edad, que estaba más cerca de ella, la miró inquisitivamente.

—Usted es alemana.

El tono del soldado se había vuelto mucho más cálido.

—Mitad alemana —dijo Sophie usando la misma historia que le había contado a la Gestapo afuera del Sagrado Corazón —. Mi madre era de Berlín

—La mía también —dijo Müller con entusiasmo.

—Entonces, casi somos vecinos —dijo Sophie sonriéndole y tratando de concentrarse en el hecho de que el chico que tenía adelante era justo eso, un chico. Con eso, fue más sencillo sonreírle.

El soldado se sonrojó hasta las raíces de su cabello rubio y le sonrió también.

Sophie desvió la mirada.

—Fue el coronel quien me pidió que buscara un lugar adecuado para la obra en la suite del Reichsmarschall —dijo Estelle con tono de fastidio.

Y con esa mentira, el reloj había empezado a correr.

—En atención a la eficiencia que tanto valora —continuó Estelle—, y a mi propia tranquilidad, este cuadro podría estar colgado mucho antes de que termine su velada. Y si así lo desea, podrá inspeccionarla entonces. O bien, si ustedes consideran que lo mejor es interrumpir su cena para confirmar las instrucciones que nos dio a Madame Beaufort y a mí, entonces, por favor, adelante. Nosotras esperaremos mientras…

—¿Esperar? —Sophie interrumpió a Estelle en voz baja pero suficientemente sonora para que los soldados la escucharan—. ¿Qué está pasando aquí, Mademoiselle Allard? Usted me aseguró que esta pintura sería muy apreciada por el Reichsmarschall, pero tal parece que exageró ese interés. Reichsführer Himmler también ha manifestado interés en este cuadro, y probablemente sería mejor ofrecérselo a él…

—No.

Fue el joven soldado quien la interrumpió.

Y Sophie supo que habían ganado esa primera parte.

—Eso no será necesario —continuó rápidamente, imaginando sin duda una conversación en que le pedirían cuentas acerca de por qué una pintura que el Reichsmarschall deseaba fervientemente había ido a parar a otra parte—. Haga lo que quiera, Mademoiselle Allard. —Luego señaló con un gesto el interior del hotel—. La acompañaré.

—Gracias —dijo Estelle cortésmente y entró en el hotel, seguida de cerca por Sophie y por la imagen embalada de Políxena con un puñal por encima del corazón.

La procesión atravesó el hotel dirigiéndose hacia la escalera que subía a la suite imperial.

—Dime, ¿quién es Madeleine? —le preguntó Sophie al joven soldado que la seguía muy de cerca, como un cachorrito. Habló intencionalmente en alemán.

—Mi novia —respondió él con seriedad, sonrojándose de nuevo—. Vive cerca de Notre Dame. Es muy especial. Nunca creí que sería tan afortunado.

—¿Cuánto tiempo llevan en París?

—Tres meses —respondió—. A decir verdad, no creí que llegaría a ver combate en esta guerra, pero aquí estoy. Claro que lo que hago aquí no es tan importante como lo que hacen mis compatriotas en el frente —dijo—. Mi madre lloró cuando le dije que me iría.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete —respondió.

—Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti —le dijo Sophie. Las palabras salieron con más facilidad de la que ella había anticipado—. Orgullosos de tu servicio.

Las mejillas del soldado estaban rojas como manzanas.

—Gracias.

—Deberías sentirte agradecido por…

Sophie se detuvo de repente. Luego dio dos pasos rápidos hacia adelante para que la pintura quedara entre ella y el salón junto al que estaban pasando. Sin girar la cabeza, miró hacia la parte superior de un elevado espejo montado en la pared que tenía mas cerca y que reflejaba a los ocupantes de ese salón.

El sargento Schwarz estaba reclinado en una silla con tapiz brocado, con un cigarrillo entre los dedos y el ceño muy fruncido. Estaba cerca de un grupo de oficiales de la Luftwaffe, pero no participaba en la conversación. Sus ojos siguieron a los empleados que iban cargando la pintura y a la mujer de vestido amarillo que los guiaba.

Sophie bajó la mirada e inclinó la cabeza, maldiciendo para sí. ¿La habría visto? Y en caso de que sí, ¿la habría reconocido? Su aspecto era muy distinto al de aquel día en el Sagrado Corazón, pero eso no significaba demasiado.

—¿Madame Beaufort? —La pregunta la hizo el joven soldado—. ¿Ocurre algo?

—No —respondió Sophie—. Me apena decirlo, pero me tropecé.

—Ah —dijo él con alivio.

Estaban a punto de dejar atrás el salón. Sophie no sabía si Estelle había visto al sargento o no.

Cuando el grupo llegó a las escaleras y nadie les había gritado que se detuvieran, Sophie se relajó mínimamente. Maniobró para mantenerse con la pintura a un lado, la pared en el otro y el joven oficial atrás. Si el sargento seguía mirándolos, el oficial estaría tapándola un poco.

El grupo subió las escaleras y llegó a la suite imperial. En el trayecto se cruzaron con más hombres uniformados, muchos de los cuales saludaron a Estelle por su nombre y preguntaron por su salud. Dos de ellos incluso preguntaron si la pintura embalada que los empleados del Ritz llevaban cargando era otro tesoro para Göring. Sea lo que fuere que hacía Estelle para integrarse con los ocupantes del Ritz, lo estaba haciendo bien. Sophie permaneció donde estaba, oculta la mayor parte del tiempo por el aparatoso lienzo.

Un hombre con uniforme gris de campaña los recibió en la puerta de la suite. No tenía ninguna decoración ni indicación de rango. Sophie asumió que se trataba de algún tipo de asistente. Tenía un rostro estrecho y enjuto que, no obstante, transmitía una expresión de arrogancia. Una urraca. Así es como Piotr solía llamar a hombres como él. Aves ruidosas y mezquinas que gustaban de llamar la atención y que controlaban despóticamente los restos dejados por otros, pero que huían a la primera señal de problemas.

—Mademoiselle Allard. Qué sorpresa tan inesperada. Supongo que sabe que el Reichsmarschall no está en la ciudad.

El saludo estuvo cargado de desdén.

—No vine a ver al Reichsmarschall, Hesse. Vine a supervisar la colocación de una pintura en su suite como preparación para su regreso.

—No me dijo nada sobre esto cuando se fue.

—No puedo hacer nada respecto de esa omisión —dijo Estelle con tono impaciente—. Por favor, permítanos pasar.

—Creo que no lo haré —dijo Hesse al tiempo que cruzaba los brazos y se recargaba contra la pared.

—El coronel Meyer quiere que...

—No me interesa lo que quiera el coronel, puesto que no está aquí. Por lo tanto, puedo hacer lo que quiera. Y ciertamente no cederé a los caprichos de una prostituta.

La última frase la pronunció en alemán.

Müller dio un grito ahogado que resultó audible para todos.

Estelle mantuvo el rostro impasible y miró alternadamente al asistente y a Müller.

—Resulta perturbadora —dijo Sophie adelantándose y dirigiéndose al asistente en alemán—, la manera tan irrespetuosa con que le habla a una leal servidora del Reich.

—¿Quién es usted? —preguntó Hesse.

Sophie ignoró la pregunta.

—Usted tomó el *Führerreid,* ¿no es así? ¿Juró lealtad personal al Führer?

—Por supuesto que sí —balbuceó Hesse.

—Entonces eso también es perturbador. Dígame, Herr Hesse, ¿es egocentrismo o solo indiferencia hacia el Reichsmarschall, y en consecuencia hacia el Führer, el origen de esa falta de respeto?

El asistente se enderezó empujándose de la pared.

—¿Cómo se atreve...?

—«La posteridad no recordará a quienes solo persiguieron sus intereses individuales, y ensalzará a los héroes que renunciaron a su propia felicidad». Debería mantener eso en mente.

El asistente rio burlonamente.

—Solo una mujer podría decir algo tan patéticamente vano.

—Oh, esas palabras no son mías, Herr Hesse. Son las palabras del Führer.

El rostro de Hesse perdió el color.

—Puede que Mademoiselle Allard no le agrade —dijo Sophie acercándose más al asistente, con lo que la altura superior de ella se hizo más evidente—, pero ella ha sabido demostrar su dedicación y lealtad al Reich. Desearía que usted demostrara su lealtad ahora dejando de lado su egoísmo y sus emociones.

La arrogancia del asistente se había borrado de su rostro, y parecía incapaz de formular una respuesta.

—Usted abrirá esta puerta y nosotras supervisaremos la colocación de este cuadro en un sitio de honor, digno tanto del artista como de Reichsmarschall Göring —dijo Sophie con frialdad—. Al terminar, bajaremos al bar, ordenaré un Bee's Knees y olvidaré todo acerca de su desafortunado desempeño. ¿Estamos de acuerdo?

Müller estaba mirándola con una expresión cercana al sobrecogimiento en su rostro redondo. En cuanto a los dos empleados del Ritz, daba la impresión de que intentaban seguir, sin mucho éxito, el rápido diálogo en alemán.

La mandíbula del asistente se tensó.

—Yo…

—El coronel Meyer pidió el apoyo de los dos empleados del Ritz que ve aquí. —Sophie no le dio oportunidad de hablar —. Hauptgefreiter Müller se ofreció a supervisar la operación. Una vez que nos haya abierto la suite, podrá retirarse.

Hesse clavó los ojos en ella y luego pareció recuperarse. Levantó los brazos y sonrió burlonamente.

—Entonces, la responsabilidad es tuya, Müller —dijo.

Luego sacó unas llaves del bolsillo de su uniforme y abrió la cerradura de la suite.

—Gracias —balbuceó Estelle—. Me alegro mucho de que haya cambiado de opinión. Estoy segura de que el Reichsmarschall se sentirá muy complacido.

El asistente abrió la puerta y se alejó dando zancadas, rehusándose a mirar a Sophie y hablando entre dientes.

Müller entró primero a la suite. Estelle les indicó a los empleados que llevaban la pintura que lo siguieran. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído, Estelle volteó hacia Sophie con los ojos muy abiertos.

—Eso fue… convincente —susurró.

—Puedes agradecérselo a mi maestra de alemán —dijo Sophie—. Me hizo leer *Mein Kampf*.

Sophie entró en la suite, y aunque Estelle se la había descrito a detalle, el lujo resultaba apabullante incluso con la poca luz. Tuvo que usar toda su concentración para no parecer una turista deslumbrada. Para disimular, atravesó con paso firme el opulento recinto, como si ese entorno fuera lo común para ella y no una excepción.

Se detuvo en el centro del gran salón y giró despacio, ostensiblemente buscando el mejor lugar para la pintura.

—Enciende las luces, por favor —le dijo a Müller.

El soldado obedeció inmediatamente. Sophie se permitió

suspirar con alivio. No había estado segura de poder manipular al arrogante asistente que les había prohibido la entrada a la suite, pero el joven soldado resultó ser mucho más maleable.

—Pueden quitarle las ataduras a la pintura, pero déjenla cubierta por ahora —les dijo a los dos hombres que habían dejado su cargamento a poca distancia, a la izquierda de Sophie. Ellos también obedecieron sin chistar.

Sophie puso las manos en las caderas y miró detenidamente las puertas que llevaban al comedor. Junto a ellas, cerca de la esquina, estaban las líneas discretas de la puerta oculta, exactamente donde Estelle había dicho que estarían. Si Sophie no hubiera sabido de su existencia, probablemente no las habría notado.

—¿Qué opina, Madame Beaufort?

Estelle se acercó a Sophie en el centro del enorme salón.

—Creo que la pintura debería colgarse aquí afuera. Establecería la pauta, por así decirlo, del impecable gusto artístico del Reichsmarschall, y para impresionar a los visitantes. —Hizo una pausa—. ¿Y tú qué opinas, Hauptgefreiter Müller?

El joven soldado todavía estaba cerca de la pared, mirando boquiabierto el entorno bajo la luz brillante de los focos. Pegó un salto al oír su nombre.

—¿Disculpe?

—Te pedí tu opinión sobre el mejor lugar para esta pintura.

Le dedicó una luminosa sonrisa.

—Ah… —El soldado se introdujo lentamente en la habitación—. No lo sé.

—Bueno, échale un vistazo a la pintura y dime en qué parte de esta habitación se vería más impresionante, más espectacular, en qué lugar el Reichsmarschall sonreiría satisfecho cada vez que la viera.

—Ah… —El soldado se acercó a los hombres que seguían sosteniendo la pintura y levantó una esquina de la cubierta. Entonces frunció el ceño—. Está muy… eh… colorida.

Dejó que la lona cayera a su lugar y se retorció los dedos, como si de esa decisión dependiera su futuro en la Luftwaffe.

—¿Qué te parece cerca de la entrada al comedor? —sugirió Estelle—. Visible desde aquí, sin duda será tema de conversación para todos los invitados a la cena. Y ahí está el espacio perfecto, arriba de ese sofá.

—Sí. —Müller asintió—. Buena idea.

Parecía aliviado de que tomaran la decisión por él.

—Estoy de acuerdo. —Sophie volteó hacia los dos empleados del Ritz—. Pueden recargar la pintura contra esa pared —dijo señalando al otro lado del espacio—. ¿Podría uno de ustedes mover el sofá y las mesas? —Luego inclinó la cabeza, como inmersa en sus pensamientos—. Necesitaremos una escalera y herramientas. Hauptgefreiter Müller, ¿podría acompañar a uno de estos hombres a conseguir esas cosas? —Lo planteó como una pregunta—. Le estaría muy agradecida.

—Por supuesto.

El soldado asintió enérgicamente mientras los hombres recargaban la pintura en la pared.

—Yo me encargaré de los muebles. —El mayor de los dos hombres le habló a su compañero en voz alta. —Joseph, ya oíste lo que la Madame solicitó. Una escalera, un juego de herramientas y soportes adecuados. La escalera la encontrarás en los sótanos del lado norte; las herramientas, en el taller que está cerca de la terraza con jardín, en el lado de Cambon. Los soportes también los encontrarás ahí. Y por favor, cuando regreses, hazlo con la mayor discreción. No queremos que los residentes o los huéspedes presenten alguna queja.

El hombre llamado Joseph aparentaba confusión absoluta.

—Ya escuchaste mis instrucciones. Por favor, cúmplelas al pie de la letra.

El rostro de Joseph se despejó.

—Por supuesto.

—Gracias —dijo Sophie con naturalidad sin voltear a ver al hombre—. Nosotras esperaremos aquí con la pintura.

Müller y el empleado más joven se marcharon, dejando en el centro del salón a Sophie, Estelle y al hombre mayor.

—No sé qué es lo que está haciendo, Mademoiselle Allard, pero debe hacerlo rápido —dijo el hombre—. Envié a Joseph y al alemán a una búsqueda del tesoro, pero regresarán pronto. Tal vez en unos quince minutos.

—Eso es todo lo que necesito. Y sería mejor que usted se marchara ya —le dijo Estelle—. Por su propia seguridad.

—Pero…

—Por favor. Si alguien pregunta, puede decirles que le ordené que nos trajera unas bebidas del bar. Pensándolo bien, ¿por qué no hace justo eso?

—¿Quiere que le traiga una bebida aquí?

—¿Por qué no? Toda esta espera está resultando

agotadora.

—¿Está segura?

—Sí. Y por favor, tómese su tiempo. Por su propio bien.

—De acuerdo —dijo. Luego retrocedió y se marchó.

Estelle corrió de inmediato al clóset oculto y le hizo señas a Sophie para que la siguiera. Con movimientos rápidos y seguros, abrió la puerta.

—Rápido.

Sophie entró detrás de ella en el estrecho espacio.

—¿Viste a Schwarz?

—Sí. Y no estoy tan segura de que tengamos quince minutos. —Estelle estaba palpando los bordes de la pared posterior, y el clic que hizo la puerta oculta al abrirse sonó demasiado fuerte—. Solo ve por lo que viniste y sal. Hay una luz igual a esta al pie de la escalera. Yo esperaré aquí y me encargaré de Schwarz o de quienquiera que venga.

Sophie sacó de su bolso decorado con cuentas la camarita Riga Minox, más pequeña que la palma de su mano, y bajó hacia la oscuridad. El aire estaba estancado, y un olor metálico saturaba el aire. Bajó lo más rápido que le permitió la oscuridad, y encontró la luz donde Estelle había dicho.

La máquina Tunny estaba sobre una mesa larga, justo enfrente de ella. Tenía forma cuadrada y achaparrada, y era un poco más grande que una caja de madera para leche. En realidad, Sophie asumió que era la máquina Tunny, pues nunca había visto una. No obstante, había visto muchos teletipos en Bletchley, y todos se parecían al que estaba conectado a ella. A un lado había rollos de cinta de papel apilados, y unos tramos usados, enroscados y perforados se desparramaban de un bote metálico que estaba en el piso.

Sophie fue directamente hacia la máquina y descubrió que la caja en sí era simplemente eso, una cubierta metálica colocada sobre la máquina, presumiblemente para protegerla del polvo y los residuos. La levantó cuidadosamente y fue recompensada con un laberinto de piezas y componentes electrónicos, todos montados sobre una hilera de doce rotores que parecían los piñones de una bicicleta. Sophie dio un paso atrás y levantó la camarita. Se sorprendió al darse cuenta de que las manos le temblaban. Después de todo lo que había pasado, después de todo lo que la había llevado hasta ahí, y tan cerca de cumplir su misión, ¿sus nervios habían elegido ese momento para manifestarse?

Una burbuja de risa histérica subió hacia su garganta,

pero ella se la tragó por temor a hacer ruido. Aquello era absurdo, pensó, pero se dijo que era una reacción natural. E inmediatamente después de ese pensamiento, sintió la inminencia de otro borboteo de risa maniática, porque si en algún momento Sophie podría aceptar la acusación de anormal que le habían hecho desde que tenía ocho años, el momento era ese. Tres veces aspiró por la nariz y espiró por la boca, concentrada en la montaña de piñones, cables y calibradores responsables de los mensajes que estaban sembrando el caos por todo el continente, y empezó a tomar fotos.

El cliqueo constante que producía al abrir y cerrar la cámara para adelantar la película era el único sonido en aquel espacio parecido a una tumba. Tomó fotos lo más rápido que pudo desde todos los ángulos posibles, evitando el riesgo de que salieran borrosas. Cuando consideró que había capturado lo suficiente, volvió a colocar la tapa de la máquina y dirigió su atención a los gabinetes, que estaban justo donde Estelle había descrito.

Dejó la cámara a un lado y sacó un juego de ganzúas. Le tomó menos de un minuto abrir el sencillo cerrojo. Abrió el cajón superior de los dos que había y sintió que el estómago se le iba al suelo. Estaba vacío. Luego se acuclilló frente al de abajo y lo abrió. Ese no estaba vacío: guardaba una pila perfectamente ordenada con media docena de delgados manuales.

Estelle sacó el primero. La conocida águila y la esvástica estaban estampadas en relieve sobre la portada roja. En la parte superior se leía «Sondermaschinen Schlüssel». «Clave para máquinas especiales», tradujo Sophie, y era casi idéntico a la imagen que la señorita Atkins le había mostrado en una oficina de Baker Street. Eso era lo que había ido a buscar.

Dispuso el manual con las páginas abiertas y empezó a tomar fotos. En cuatro ocasiones cambió las diminutas latas de película, guardando las que había usado en una cajetilla vacía de Gauloises que llevaba en el bolso. Cuando terminó con el último libro, volvió a apilarlos y a colocar donde estaban. Metió el cajón, cerró con seguro el gabinete y apagó la luz. Calculó que todo el proceso le había llevado menos de quince minutos. Aun así, Sophie subió las escaleras lo más rápido y silenciosamente que pudo. Llegó al clóset y empujó la puerta oculta, asegurándose de que cerrara bien.

Se alisó el cabello, respiró profundo y se acercó a la puerta de la suite escuchando con atención. Levantó la mano

para empujar la puerta, pero cuando su palma hizo contacto, se detuvo en seco.

Ya no estaban solas.

21

Estelle

París, Francia
26 de agosto de 1943

—Mademoiselle Allard. ¿Qué hace aquí arriba tan sola? No esperaba verla de nuevo tan pronto. Qué sorpresa tan… agradable.

Estelle se quedó helada en el sitio donde estaba caminando y trató desesperadamente de sofocar el horror que se propagaba por su pecho. Levantó la barbilla y vio a Scharführer Schwarz. El hombre estaba en la entrada de la suite imperial, con el asistente con cara de comadreja, Hesse, acechando detrás.

—Sargento —lo saludó con voz sonora. Hizo un esfuerzo para no mirar en dirección al comedor—. Sí que es una sorpresa agradable. ¿Qué está haciendo aquí?

—Lo mismo que la última vez que nos vimos —respondió —. Buscar traidores.

—¿Qué? —Estelle quiso hablar con voz fuerte, y no le costó trabajo—. ¿De qué habla?

—Madame Beaufort. ¿Dónde se encuentra?

—¿Qué?

Estelle trató de ganar tiempo, fingiendo perplejidad.

—La mujer con la que entró al hotel. ¿Dónde está?

—¿Cree que Madame Beaufort es una traidora?

Estelle hizo un esfuerzo sobrehumano para parecer simplemente sorprendida y no aterrorizada.

—¿Dónde está? —preguntó de nuevo Schwarz, ignorando su pregunta.

—No sé dónde se encuentre Madame Beaufort en este momento —dijo Estelle—. Se fue. Hemos estado esperando a

que Hauptgefreiter Müller traiga una escalera y todo lo necesario para colgar una pintura en la pared, pero ya tardó siglos. Ella se cansó de esperar. Probablemente fue por una bebida. ¿La buscaron en los bares?

—No está en los bares —susurró en alemán el asistente—. Le dije que algo no andaba bien. Y le dije que esta prostituta no es de fiar.

—Mmm. —El sargento le habló a Estelle en francés—. Le preguntaré de nuevo, Mademoiselle, y quiero que considere cuidadosamente su respuesta. ¿Dónde está Madame Beaufort?

—¿Cree que estoy escondiéndola? —exclamó Estelle—. Mire alrededor. Como puede ver, no está aquí. —Estelle dio media vuelta y caminó contoneándose hacia una de las habitaciones. Lejos del comedor. Lejos de la agente—. Y ciertamente no está acá —anunció—. Compruébenlo ustedes mismos.

El sargento y el asistente la siguieron a la habitación. Estelle casi llora de alivio. Sophie podría aprovechar ese par de minutos para escapar de ese maldito clóset y de la suite, y nadie la vería salir. Al menos desde esa habitación.

—Dígame, ¿cómo conoció a Madame Beaufort? —preguntó Schwarz.

—La conocí un día que salí de compras —respondió sin dilación Estelle—. Su familia es dueña de una compañía de cosméticos. Un auténtico golpe de suerte, porque encontrar un buen lápiz labial en estos días es casi imposible. Una molestia.

El asistente volvió a sonreír burlonamente, pero Estelle continuó, deseando con todas sus fuerzas que Sophie hubiera encontrado todo lo que necesitaba y que ya se hubiera marchado de aquella suite y de aquel maldito hotel.

—Como sea, ella tenía una pintura que quería obsequiarle al Reichsmarschall aprovechando su estancia en París, y yo le ofrecí mi ayuda. Su padre es de Berlín, ¿sabe? O tal vez su madre, no recuerdo. Tiene un aspecto muy alemán, y pensé que le agradaría el hotel. Ya sabe, estar aquí, entre su gente.

—¿Su gente? —El sargento hizo un gesto de desagrado—. Estoy seguro de que no somos su gente.

—¿Qué significa eso?

—Creo, Mademoiselle, que no está contándome todo. —Schwarz entornó los ojos—. Creo que sabe más de lo que dice acerca de esa mujer.

El asistente empezó a reír.

—No puede estar hablando en serio —le dijo al sargento

—. Esta… mujer tiene la inteligencia de un poste. La conozco desde hace años. Le trae chucherías al Reichsmarschall como un perrito faldero, esperando una palmadita en la cabeza. Aunque sospecho que también obtiene eso de él.

—Los perritos falderos también muerden —dijo Schwarz —. Tal vez debería arrestarla para estar seguros.

Estelle sintió que el suelo se inclinaba, y los límites de su visión se hicieron borrosos.

—¡Mademoiselle Allard! —La voz femenina provino del salón—. ¿Dónde está? Encontré una caja de herramientas.

Estelle trató de echar a andar de nuevo sus pulmones para eliminar las manchas que nublaban los límites de su visión.

«Corre», quiso gritar. «Corre lo más rápido que puedas».

Schwarz volteó súbitamente. El asistente cerró la boca.

—¿Mademoiselle? —La voz de Sophie llegó flotando desde la distancia—. ¿Aún está aquí?

Los dos hombres salieron a un tiempo de la habitación, dejando atrás a Estelle. Ella se forzó a mover los pies y los siguió.

Sophie estaba en cuclillas cerca de la pintura, sosteniendo en una mano la polvosa caja de herramientas que estaba en una esquina del clóset. Puso la caja de herramientas pegada a la pared, junto a la pintura, y se levantó cuando los hombres se aproximaron. Los recibió con una sonrisa deslumbrante.

—¡Ay, es usted de nuevo! —exclamó alegremente—. Qué coincidencia.

El sargento se detuvo y Hesse casi choca con él. Estelle se acercó lentamente a la puerta de entrada.

—Dígame qué hace aquí, Madame Beaufort —dijo Schwarz con frialdad—. ¿Qué la mandaron a hacer?

—En este instante, estamos tratando de colgar una pintura —respondió al punto—. ¿Por casualidad no se encontró con el Hauptgefreiter Müller? Fue por una escalera. Tal vez usted pudiera ayudarlo cuando regrese.

—¿Cómo está su amigo? —preguntó Schwarz ignorando su pregunta y avanzando hacia la agente.

—¿Mi amigo?

—El tarado que vi en la basílica.

La sonrisa de Sophie se desvaneció.

—No es un tarado…

—No, es lo que pensé. Finalmente obtengo de usted una verdad. ¿Dónde está él ahora, Madame Beaufort? ¿Y cuál es su

misión aquí?

—... y se encuentra mucho mejor, gracias —continuó Sophie ignorando la interrupción—. Lo llevé al Jardín de las Tullerías. Disfrutó de la tranquilidad.

Usando el pie, Sophie empujó un poco más la caja de herramientas hacia atrás de la pintura. Luego avanzó pausadamente hacia la puerta, donde estaba Estelle.

Estelle buscó su mirada, tratando de entender qué estaba pasando. De entender qué creía la agente que estaba haciendo. Pero Sophie la ignoró.

—Deténgase —ordenó Schwarz.

Sophie lo ignoró también y siguió caminando.

—Se le ordenó que se detuviera —ladró Hesse.

—No sé para quién trabaja, pero no llegará lejos, Madame Beaufort —gritó el sargento—. Mis hombres ya vienen en camino.

—La detendré —dijo el asistente. Entonces pasó a un lado del sargento y se abalanzó hacia Sophie.

Inexplicablemente, la agente se detuvo y le permitió al asistente rodearle el cuello con las manos. El hombre gruñó, emocionado con su triunfo. Sus rasgos enjutos expresaban un júbilo salvaje.

Estelle nunca vio de dónde había salido el cuchillo que perforó el cuello del asistente, pero supuso que las mangas largas y sueltas del vestido de Madame Beaufort no estaban ahí por accidente. El hombre cayó al piso como una marioneta. Su boca se abría y cerraba como la de un pez. Sus ojos se pusieron en blanco.

Con otro movimiento rápido que Estelle apenas tuvo tiempo de procesar, Sophie volteó contra ella, pasando un brazo alrededor de su cuello y jalándola con fuerza hacia atrás. Con la altura y la fuerza sorprendente de Sophie, Estelle se vio inmovilizada, con las uñas clavadas en el antebrazo de Sophie. Un picotazo de acero tibio en su cuello puso fin al forcejeo.

—¡No! —gritó Estelle. Su voz aterrorizada no fue fingida, pues finalmente había comprendido lo que Sophie planeaba hacer—. No lo hagas.

—Debo hacerlo —dijo Sophie. Luego empezó a jalar a Estelle hacia la puerta de la suite.

Schwarz empujó con la bota la pierna inerte del asistente.

—Idiota —dijo en voz baja—. Pero útil al final, supongo, pues me mostró quién es usted exactamente, Madame.

La mirada de Estelle saltaba frenéticamente de un lado a

otro de la habitación, más allá del oficial de la Gestapo que estaba circundándolas con salvaje intensidad.

—¡No! —exclamó Estelle jadeando—. No, no, no.

—No se acerque más —le dijo la agente a Schwarz—. Si lo hace, mataré a esta también.

—Mátela —dijo él—. Me da igual.

—Pero al Reichsmarschall no le da igual. Usted y yo lo sabemos, por más tonta que sea esta mujer.

El sargento titubeó.

—Hay que reconocer que el muerto tenía razón —dijo Sophie con desdén—. Esta tiene la inteligencia de un poste.

Del exterior de la suite llegó el sonido de botas subiendo las escaleras.

Sophie volvió a jalar a Estelle y volteó hacia la entrada de la suite alejándose de Schwarz, como queriendo escuchar mejor los sonidos que se acercaban.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —susurró al oído de Estelle.

Estelle cerró los ojos con fuerza. Unas lágrimas brotaron por el rabillo de sus ojos. Luego asintió imperceptiblemente.

—Ahora, grita —dijo Sophie entre dientes.

Estelle tomó aire e hizo lo que la agente británica le indicó. Fue un sonido histérico y frenético que no paraba. Sophie la empujó hacia el sargento y salió corriendo por la puerta. Estelle cayó de rodillas y manos. Los dientes le castañeteaban. Respiraba entrecortadamente.

Schwarz gritó y persiguió a la agente, sumándose a la cacería.

Cuando se quedó sola, Estelle atravesó el salón vacío, ora gateando, ora trastabillando, y se acercó a la pintura. Sacó frenéticamente la caja de herramientas desde detrás del cuadro. El bonito bolso con cuentas de Sophie estaba justo donde Estelle sabía que estaría. Lo sacó de detrás de la pintura y se lo puso bajo el brazo.

En ese momento, la lona que cubría la pintura cayó al piso. Estelle se levantó con movimientos inseguros y con la mirada fija en Políxena, aún con su túnica azul y suelta, su madre aún tratando desesperadamente de alcanzarla detrás de los soldados que la sujetaban firmemente. Solo que ahora, algo había cambiado. Tal vez era un truco de la luz o tal vez algo completamente distinto, pero Políxena ya no parecía resignada. Ahora parecía resuelta.

Estelle le dio la espalda a la pintura y caminó de nuevo

hacia la puerta de la suite. Luego salió y cerró firmemente la puerta. No había nadie afuera. Sophie había atraído a todos sus perseguidores y no quedaba ninguno. Estelle se limpió el rostro, enderezó los hombros y, sosteniendo firmemente en la mano el bolso de Sophie, empezó a bajar las escaleras.

—Mademoiselle Allard. —Un Müller de rostro horrorizado la recibió al pie de la escalera—. La gente dice que pasó algo. ¿Se encuentra bien?

—Intentó matarme —susurró Estelle derramando más lágrimas.

—¿Qué? —El rostro de Müller palideció—. ¿Quién?

—Madame Beaufort —gimoteó Estelle—. El sargento está persiguiéndola. Creo… creo que quería matar al Reichsmarschall. Creo… creo que me utilizó. Me dijo tonta.

Estelle se tambaleó y Müller se apresuró a sostenerla.

—¿Se encuentra bien?

—No lo sé —dijo ella. Luego sorbió por la nariz—. Todo fue muy rápido. No me siento bien. Quiero… quiero ir a casa —añadió mirando con ojos llorosos al joven.

—Sí, sí, por supuesto —dijo—. Me encargaré de que la lleven.

—Gracias —dijo ella—. No sé qué haría sin ti.

Dejó que Müller la acompañara por el hotel hasta la salida de Cambon. Pasaron frente a los bares, comedores y salones, mientras los clientes se concentraban en sus platillos, bebidas y cigarrillos, todos ajenos a lo que había ocurrido por encima de sus cabezas.

El joven oficial la subió a un auto y le dio instrucciones al chofer.

Estelle subió por última vez las escaleras de su departamento.

Abrió la puerta y atravesó con paso firme el departamento vacío. El espacio vacío sobre la chimenea era un recordatorio flagrante de que nunca regresaría. Entró en la recámara y puso el pequeño bolso sobre la colcha. Luego sacó de debajo de la cama una maletita de viaje que ya estaba empacada. Entonces pasó el contenido del bolso de Sophie al forro interior de la maleta, debajo de las muestras de tubos de labios y polveras. Se quitó el vestido amarillo limón, lo aventó al pie de la cama, y se puso ropa más adecuada para una vendedora itinerante.

Tomó la maleta, salió de la recámara y la puso sobre la

mesa del comedor. Abrió el gabinete alto, sacó un bonito vaso de cristal y se lo llevó a la cocina. Ahí sirvió una buena cantidad de brandy de una botella que tenía oculta debajo del fregadero. Levantó el vaso, brindó en silencio por la mujer que había arriesgado todo, y le prometió, también en silencio, que su riesgo no sería en vano. Vació el brandy en su garganta y aceptó de buena gana la quemazón.

Estelle dejó el vaso de cristal junto al fregadero. Luego recogió la maleta de la mesa y se dirigió a la puerta. Puso la mano en la manija y miró hacia atrás una última vez. Sus ojos se cruzaron con los de la mujer desnuda, que la miraba intensa y silenciosamente.

Al final, luego de que retiraran y envolvieran el lienzo de Le Brun, Estelle había sacado esa pintura de detrás del vestidor para mostrársela a Sophie. La agente no había dicho nada mientras Estelle la recargaba sobre el escritorio. Solo la había contemplado con expresión impenetrable.

—¿Qué opinas? —le había preguntado Estelle.

Sophie transfirió su mirada pálida a Estelle, y esta volvió a tener la inquietante sensación de que aquella mujer podía ver su alma.

—La pintura te representa a ti —había dicho Sophie.

—No se parece en nada a mí.

—Valentía desafiante y coraje indomable. Es lo que tú eres. —Sophie había puesto una mano sobre el brazo de Estelle —. Y es un honor luchar a tu lado.

Sintiendo un nudo en la garganta, Estelle había puesto la mano sobre la de la agente.

—Lo mismo digo.

Estelle tenía que haber devuelto la pintura al lugar que le correspondía, encima de la chimenea, pero no había tenido tiempo. Ahora era demasiado tarde. La mujer desnuda, con su cabello color medianoche y manos extendidas, permanecería donde estaba y recibiría con su determinación inquebrantable a la siguiente persona que entrara en el departamento. Sería la guardiana, durante el tiempo que fuera necesario, de las historias y secretos ocultos entre esas paredes.

Y sería un recordatorio para Estelle de la fe y la confianza que Sophie había depositado en ella.

Estelle le dio la espalda a la pintura, salió rápidamente y cerró la puerta. Escuchó el llanto amortiguado de un bebé, seguido de unos gritos y un estrépito, todo proveniente del otro extremo del rellano. Unos pasos se aproximaron desde

adentro, pero para cuando Frau Hoffmann abrió la puerta de su departamento, Estelle ya estaba bajando las escaleras.

Tenía que tomar un avión, en algún lugar cerca de Gasny.

22

Sophie

París, Francia
8 de septiembre de 1943

Sophie despertó en medio de la oscuridad.

Creyó que tenía los ojos abiertos, pero no podía ver nada. Tal vez la habían cegado, pensó vagamente. Intentó levantar las manos para tocarse la cara, pero el dolor le recorrió el cuerpo y la hizo dar un grito ahogado. Tenía los brazos fracturados, de eso estaba segura. También ambas piernas. Su mente examinó el dolor en esa área, como si palpara su propio cuerpo desde la distancia, y decidió que mientras no se moviera, las punzadas que sentía en las pantorrillas serían simplemente el conteo de sus latidos.

Un pensamiento peculiar.

Se lamió los labios partidos y secos, pensando en lo agradable que sería beber un sorbo de agua. No, se corrigió, un vaso de limonada como la que Piotr solía preparar. Con poca azúcar y demasiado limón, pero igualmente deliciosa por su intensa acidez. Sonrió con el recuerdo, pero eso le hizo sentir en los labios rotos unas punzadas como piquetes de abejas.

El día anterior había visto a Piotr. O tal vez el día anterior a ese. Era difícil llevar la cuenta de los días. Estuvo parado cerca de sus pies, con su uniforme, y se veía muy consternado por todo lo que la Gestapo estaba haciéndole a ella. Sophie se había concentrado en él para distraerse del dolor, que se había convertido en una compañía constante. Ella trató de mantenerlo enfocado el tiempo suficiente para ver su rostro, pero Piotr se había desvanecido y Sophie cerró los ojos. Cuando volvió a despertar, la Gestapo se había ido y Piotr también.

Sophie esperaba que él estuviera diciéndoles a sus instructores que podían sentirse orgullosos de ella, pensó confusamente. Ellos seguramente volverían a llamarla «anormal», pero en esta ocasión sería con aprobación. No les había dicho a las cucarachas nazis nada más de lo que ellos creían ya saber. Tubos de labios, polveras y la oportunidad de matar a Göring cuando este regresara. La señorita Atkins sin duda daría su aprobación.

Sophie suspiró. Se pondría triste. La señorita Atkins se pondría triste al saber que ella no había regresado. También Will, pero él leería la carta y comprendería. Y Estelle completaría lo que ella no pudo terminar. Porque, al igual que Will, Estelle era una sobreviviente.

Un golpe ensordecedor resonó y una luz agonizante inundó el recinto. Sophie gruñó y apretó los ojos, pero eso no alivió el nuevo dolor que estalló en lo profundo de su cabeza.

—Sophie.

Su nombre, pero pareció que la llamaban desde el otro lado de una ventana.

—Sophie.

Otra vez su nombre, pero esta vez estuvo acompañado de un golpe en la cabeza. Los oídos empezaron a zumbarle levemente.

Sophie abrió los ojos. Habían regresado, las cucarachas de gris y negro, y la miraban desde lo alto. Habían vuelto con sus instrumentos, martillos, herramientas y aparatos eléctricos que zumbaban, decididos a extraer los secretos encerrados en su cabeza.

Nunca los obtendrían. A esas alturas ya deberían saberlo. Eso la alegraba.

—Sophie.

Una nueva voz, proveniente de la esquina del cuarto, llamó su atención. Una voz conocida.

—Piotr —murmuró ella mientras una sensación de alivio la recorría como una ducha tibia. Ya no estaba sola en ese lugar. En esta ocasión no llevaba su uniforme. Vestía el pesado suéter que había usado aquella última mañana. Sophie pudo ver nítidamente su rostro, y en esta ocasión, no parecía afligido. Se veía como cuando la había ayudado a levantarse el día en que chocó con la bicicleta.

—¿Hiciste que valiera la pena? —le preguntó Piotr.

—Sí —susurró Sophie.

—¿Qué dijo? —ladró alguien en alemán. Ella los ignoró.

—Sabía que lo harías. —Su esposo le sonrió—. No tengas miedo. Ya casi estás en casa.

Sophie trató de asentir, pero el zumbido de su cabeza se había convertido en un sonido similar al de una corriente de agua bailando sobre una cama de rocas. Y al igual que la corriente, todo el dolor que pudiera estar sintiendo estaba menguando con la misma rapidez.

—Vuelvan a encadenarla.

Otra orden estridente, gutural.

Sophie no apartó los ojos de Piotr. Él miró hacia un lado y sonrió, y Sophie vio que no estaba solo. A su lado se encontraba un potro del color de una moneda nueva de cobre. El potrillo sacudió la cabeza e hizo cabriolas. Luego se alejó corriendo y finalmente volvió a pararse junto a Piotr.

La escena llenó de alegría el corazón de Sophie. Su esposo puso una mano sobre la espalda del caballo y miró a Sophie.

—Vamos a casa, Sophie —dijo, y tendió la mano.

Sophie la tomó y la estrechó con fuerza.

23

Estelle

Norfolk, Inglaterra
14 de septiembre de 1946

Los ingleses, al igual que los franceses, a menudo nombran sus pueblos de la manera más literal posible, reflexionó Estelle mientras miraba en dirección al norte. Wells-next-the-Sea era exactamente lo que proclamaba el nombre, encaramado obstinadamente en la orilla de una llanura de marea que estaba cediendo (incluso en ese mismo instante) al embate regular e insidioso del Mar del Norte. Estelle sintió en la piel la calidez del sol de media mañana y una brisa ligerísima. El aire salado se percibía húmedo y pesado, con tonos leves de vegetación terrestre. Sobre su cabeza, un ave chilló y se alejó haciendo círculos en dirección al mar.

Tal vez fue la vista del horizonte interminable, donde los tonos azul oscuro del mar se encontraban con la mancha luminosa y pálida del cielo, lo que la hizo comprender por qué había ido ahí. Mil generaciones antes que ella y mil generaciones después se habían parado y se pararían en ese mismo lugar y contemplarían el mismo horizonte. La línea que hilvanaba el agua y el aire estaría en el mismo lugar. Nunca se movería. Nunca se iría ni desaparecería. A diferencia de las personas que en algún momento le habían dado anclaje a su vida. Todas y cada una habían desaparecido sin dejar rastro, como humo en un vendaval.

Incluso Sophie Beaufort.

Pero el lugar que Sophie había amado no había desaparecido. Había sobrevivido a la crueldad del tiempo y del hombre, y había llamado a Estelle por razones que ella no supo explicar hasta que se detuvo a contemplar el horizonte donde

el cielo se encontraba con el mar. Ella podía buscar Millbrook. Podía visitar el lugar donde Sophie había pasado horas explorando las colinas con su hermano, disparándoles a las latas. Incluso si Sophie se había marchado para siempre, el hogar que ella había adorado permanecía ahí.

Estelle agarró su maleta y se dirigió al oeste, dándole la espalda al mar. Millbrook estaba a unos tres kilómetros del pueblo, según le había dicho un amable caballero en la estación del tren. Todo lo que debía hacer era seguir el viejo camino al molino, y ese la llevaría directamente a la propiedad. Solo siga a la gente, le había dicho el hombre inclinando el ala del sombrero. Porque era día de mercado en Millbrook.

Estelle hizo lo que el amable extraño había sugerido y se sumó a los grupos de personas que avanzaban por el camino sinuoso y lleno de baches. Había canastas colgadas de los brazos o aseguradas a la parte trasera de las bicicletas, y niños que corrían de un lado a otro, aventurándose inevitablemente hacia las hierbas altas que bordeaban el camino. Un joven emprendedor había colocado una mesita aproximadamente a la mitad del camino entre el pueblo y la mansión, y vendía cerveza por taza.

Si uno no se preguntaba por qué no había gasolina para los vehículos ni por qué parecía haber un número desproporcionado de mujeres y ancianos en la caravana de parroquianos, sería fácil convencerse de que la guerra nunca había ocurrido. Ahí, los agujeros abiertos en la trama de la vida cotidiana eran menos visibles que en las ciudades cicatrizadas y desfiguradas como Londres, y, sin embargo, en ambos lugares el tiempo continuaba su marcha inexorable.

Estelle vio la casa antes que el mercado. Millbrook se erguía en la cima de una suave pendiente, como vigilando sus dominios, y ella la reconoció al instante a partir de la foto que una vez había examinado sobre una superficie reluciente de palo de rosa. Los prominentes arbustos que flanqueaban la casa eran los mismos, aunque los prados ondulantes que antes se extendían alrededor de la mansión se habían transformado en huertos. Los postes y uno que otro espantapájaros salpicaban un terreno que en otro tiempo había sido una cuidada alfombra de pasto.

La fotografía en blanco y negro había sido incapaz de capturar el color que emanaba de la propia casa. Las ventanas reflejaban el sol con un despliegue de destellos, y la fachada de

piedra emitía un intenso marrón oscuro. La arquitectura de la construcción era impresionante, una orgullosa embajadora de tiempos pasados. Pero si alguien le hubiera pedido a Estelle que la describiera, no habría dicho ninguna de esas cosas. Habría dicho que la impresión que daba era la de ser un hogar.

Tal vez lo que le daba esa apariencia era la multitud que se arremolinaba al pie del largo camino de entrada. Era ahí donde se establecía el mercado, bajo la sombra de los árboles, y era un acontecimiento alegre, animado, como desafiando deliberadamente los años de carestía. Una amplia variedad de mesas y puestos estaban montados en dos hileras, y alguien, en algún lugar, estaba tocando el violín. En la parte alta de los puestos había listones de colores brillantes que aportaban otro elemento festivo.

Estelle imaginó que, en el pasado distante, las mesas y los puestos crujían bajo el peso de las mercancías. Ahora, la oferta era escasa, pero, aun así, había arcoíris de verduras que sobresalían triunfalmente de las cajas, hileras de toneles con manzanas y peras, y cuerdas con conejos desollados para el guiso. Estelle deambuló cerca de la primera hilera, eludiendo a quienes regateaban y discutían el mejor precio. Hacia la mitad del mercado, alguien vendía miel en una colección variopinta de tarros y botellas, y más adelante, una joven vendía jabones perfumados y calcetines tejidos.

Y aún más adelante, había una colección de pinturas.

Estelle caminó hacia el último puesto y se detuvo frente a la pequeña estructura de madera. Ahí no había aglomeraciones, aunque de vez en cuando algún niño se detenía para inspeccionar un lienzo en particular, para luego irse saltando. Estelle se acercó un poco más para examinar la colección.

No podía negarse que era un esfuerzo entusiasta. Los colores de cada composición eran vívidos, si bien un poco unidimensionales. Había representaciones del mar, de dunas salpicadas con matas de hierba y de arboledas bajo cielos cargados y plomizos. Otras estaban dedicadas a veleros y barcos pesqueros que surcaban las aguas, y unos cuantos retrataban ovejas blancas y esponjosas paciendo en pastizales verde botella. Todas tenían en la parte inferior la firma «William Seymour» en orgullosos trazos con florituras.

Esos eran seguramente los cuadros de William, el artista a quien le gustaban los autos, la pintura y el tocino renegrido en las orillas. William, quien había intercambiado un rifle por un

juego de acuarelas el día que cumplió once años. William, quien aprendió a disparar para complacer a su hermana y a pilotar para complacer a su madre. William, quien no había vendido ni una pintura en toda su vida.

Estelle sintió que los ojos le ardían. ¿Cómo era posible que aún le quedaran lágrimas? Tal vez, después de todo, aquella no había sido una buena idea.

—Buenos días.

Una voz alegre se abrió paso entre los pensamientos de Estelle.

Ella parpadeó rápidamente e irguió el cuerpo.

—Buenos días.

Una mujer rolliza de ojos amables, mejillas sonrosadas, y cabello oscuro que empezaba a encanecer, estaba mirándola. Llevaba zapatos prácticos, un vestido sencillo del color del trigo en otoño y un delantal amarrado a la cintura.

—¿Puedo ayudarte en algo, muchacha? —preguntó la mujer.

—Espero que pueda hacerlo —dijo Estelle.

—¿Estás buscando pinturas?

—Ah… no.

La mujer la miró inquisitivamente.

—Entonces ¿estás buscando a William? Tengo que decirte que este puede no ser un buen momento.

Estelle estiró una mano para apoyarse en el puesto.

—¿William regresó? ¿Está aquí?

—Sí —respondió lentamente la mujer sin apartar la vista de ella.

La alegría y la pena la invadieron simultáneamente, y algo en el fondo de su pecho se constriñó dolorosamente. William Seymour había sobrevivido. Había superado obstáculos imposibles. Su hermana tuvo razón todo el tiempo.

La mujer se limpió las manos en el delantal y salió de la parte trasera del puesto.

—¿Puedo preguntar quién eres?

—Una amiga —dijo Estelle—. De su hermana —añadió. Entonces se dio cuenta de que no sabía cuál pudo ser el nombre real de Sophie—. Fui amiga de su hermana.

—Ah. —El rostro de la mujer se frunció al instante—. Lo lamento —dijo mientras se secaba los ojos que se habían llenado de lágrimas—. Uno cree que ya la ha superado, pero te sorprende en momentos inesperados. La tristeza.

—Entiendo.

—Soy Imogen —dijo la mujer—. El ama de llaves de Millbrook. Conocí a Will y a Sophie desde que nacieron.

Estelle enredó la correa de su maleta alrededor de sus dedos, haciendo que se le hundiera en la piel. Sophie Seymour, repitió mentalmente para asimilar el nombre. Sophie había sido su nombre verdadero.

—Eres francesa, ¿verdad, muchacha?

—Sí.

—Seguramente conociste a nuestra Sophie cuando fue a estudiar a París, ¿no?

—Sí —dijo Estelle débilmente—. París.

—La extrañamos muchísimo. Sobre todo Will.

Imogen volteó levemente y señaló con un movimiento de cabeza hacia la base de un roble torcido.

Una figura encorvada descansaba en una silla de ruedas, con la parte baja del cuero cubierta con una manta pese a lo templado del clima, y la cabeza inclinada en lo que parecía una postura de derrota. Desde aquella distancia resultaba imposible distinguir sus rasgos, pero el cabello que caía sobre su frente y daba sombra a su rostro era de un conocido tono rubio claro.

—Aún no se ha recuperado —dijo Imogen—. Cuando regresó a casa estaba irreconocible. —Parecía que la mujer iba a llorar otra vez—. Lo tuvieron en un… campo. A nadie le ha dicho lo que le hicieron. Pero perdió la pierna.

—Lo siento —susurró Estelle.

—Yo también. —Imogen se limpió los ojos de nuevo con la orilla del delantal—. Tal vez fue lo mejor que Sophie muriera antes de que la guerra se convirtiera en lo que se convirtió.

—¿Qué? —preguntó Estelle, confundida.

—Ay, muchacha. Lamento ser yo quien te lo diga. Sophie estaba trabajando en Varsovia cuando bombardearon la ciudad la primera vez. —Imogen sorbió por la nariz y le dio a Estelle unas palmaditas en el brazo—. Murió en ese bombardeo. Y es lo único que nos consuela un poco, en especial a Will: que no tuvo que ver ni sufrir lo que él; que no tuvo que llorar la muerte de sus padres. —Imogen se limpió los ojos otra vez y dejó caer el delantal—. Consuelos insignificantes, lo sé, pero son todo lo que nos queda.

Estelle se quedó muda. No acababa de comprender lo que había pasado. Lo que sí entendía era que la agente británica Celine tenía muchos secretos, y que Estelle no era la única que

los desconocía.

—Lamento estar de llorona en este día tan hermoso. —El ama de llaves agitó la cabeza como si con ello pudiera sacudirse la tristeza, del modo en que un perro se agita para sacudirse el agua—. Pensé que sacar a William aquí, a la luz del sol, donde pudiera ver el mercado y sus pinturas, lo haría recordar tiempos mejores. —Volteó hacia la figura encorvada debajo del árbol—. ¿Podrías hablar con él, con Will?

Estelle se retrajo.

—No lo conozco.

—Pero conociste a su Sophie. Tal vez podrías contarle algo acerca de ella. ¿Un recuerdo agradable, quizá?

—No quisiera alterarlo.

—No creo que haya nada que puedas decir que lo haga sentir peor.

Estelle se mordió el labio con tal fuerza que percibió el sabor de la sangre. Imogen estaba equivocada. Había muchas cosas que podría decirle a ese desconsolado hombre en silla de ruedas y que podrían empeorar todo. Estelle podría decirle que ella no había sido capaz de salvar a su Sophie. Que su amada hermana y mejor amiga seguramente había sufrido una muerte lenta y espantosa a manos de los mismos monstruos que mantuvieron a William Seymour cautivo durante años. Que Sophie había visto más odio y más maldad incluso que un piloto de la Real Fuerza Aérea derribado con los primeros disparos de la guerra.

—Por favor —dijo Imogen—. Solo habla con él. El doctor le da medicina, pero no veo que le haga ningún bien. Solo lo hace sentir confuso y con náuseas. No es más que la sombra de lo que era, y lo único que puedo hacer es ver cómo se consume día con día. No puedes imaginar cómo es.

—Sí puedo —susurró Estelle. Ella conocía perfectamente ese temor y el sentimiento de impotencia que lo acompañaba.

—Entonces, ¿hablarás con él?

La esperanza embebida en esa pregunta era casi palpable.

—Por supuesto.

No habría podido dar otra respuesta.

—Dios te bendiga, muchacha.

Imogen ya estaba llorando otra vez.

Estelle se alejó lentamente del puesto y caminó hacia el hombre de la silla. El sol había encontrado huecos en la copa del árbol y salpicaba motas doradas y azul grisáceas sobre la hierba crecida. Ahí, solo las prímulas en el suelo y los

gorriones en las ramas podrían escuchar sus palabras.

Estelle se detuvo frente a William, pero el hombre no pareció notar su presencia.

—¿Señor Seymour? —preguntó tentativamente.

No hubo respuesta.

Estelle dejó su maleta en el pasto y se puso en cuclillas frente al hermano de Sophie. Al alzar la vista dio un grito ahogado. Estaba terriblemente delgado; tenía el rostro demacrado y sombras oscuras bajo los ojos, las cuales no lograban ocultar la magnífica estructura ósea que había hecho de su hermana una princesa nórdica y que, en una época distinta, habría hecho de él un príncipe nórdico. Tenía los mismos ojos llamativos y pálidos de Sophie, pero, a diferencia de su hermana, los de Will estaban vacíos y planos, y sus pupilas eran puntos diminutos.

Morfina, no cabía duda. Estelle la había visto millones de veces en el campo de batalla, así como la confusión y desorientación que provocaba. Para ser sinceros, no importaba lo que le dijera a William Seymour en ese momento, pues probablemente no recordaría nada.

Sus manos yacían inertes sobre el regazo. Sus rodillas huesudas sobresalían bajo la manta que le cubría las piernas. Del lado derecho, un pie calzado con una bota se apoyaba en el suelo. Del izquierdo no había más que un espacio vacío.

—Hola, William —dijo Estelle en voz baja. Alzó los brazos y tomó las manos de él entre las suyas. Tenía la piel fría y pegajosa, y si a él no le agradó el gesto, no lo demostró. Estelle estaba bastante convencida de que ni siquiera estaba al tanto de su presencia.

—Fui amiga de tu hermana —dijo—. Ella hablaba mucho de ti, y era obvio lo mucho que te amaba. —Estelle oprimió los dedos de William, como queriendo hacer notar su presencia por medio del tacto—. No conviví mucho tiempo con ella, pero quiero decirte que era muy valiente; muy inteligente, abnegada y brillante. Yo la admiraba, William. Muchísimo. No tuve oportunidad de decírselo y por eso te lo digo a ti.

Estelle calló al sentir un nudo en la garganta. William no se movió.

—Ella salvó mi vida —susurró Estelle—. Salvó muchas vidas. Casi nadie sabrá todo lo que hizo, lo que logró.

Porque había sido Estelle quien vio al Lizzie prometido descender del cielo a un ángulo alarmante y aterrizar en un campo iluminado por la luna. El avión había seguido la guía de

los miembros de la red de Vivienne, y cuando tocó tierra, el piloto no apagó el motor. Luego de que la llamaran con señas al avión, Estelle lo abordó junto con un hombre que se identificó únicamente como Henri.

Menos de dos minutos después de que el Lizzie había aterrizado, volvió a remontar el vuelo y giró con un ángulo cerrado hacia las costas de Inglaterra. Estelle se agazapó adentro, preparada para una descarga de disparos que no se presentó. Lloró en silencio cuando la tierra dio paso a la extensión plateada del Canal. Lloró también cuando le entregó una cajita con rollos de película a una mujer llamada señorita Atkins, en una oficina llena de humo de cigarrillo en Baker Street, y le explicó por qué la agente llamada Celine no tuvo oportunidad de hacerlo. Lo que esa agente había sacrificado.

Delante de ella, la mirada de William Seymour seguía vacía; su respiración, superficial pero regular; sus manos, inertes entre las de ella.

—Por eso no puedes rendirte ahora —dijo Estelle—. Porque Sophie nunca dejó de creer en ti. ¿Escuchaste? —Se inclinó más hacia William—. La gente le decía que incluso aunque hubieras sobrevivido al derribo de tu avión, no habrías sobrevivido al arresto. Y que aunque hubieras sobrevivido al arresto, no sobrevivirías a los días, semanas y meses siguientes en cualquiera que haya sido la pesadilla donde te arrojaron. Le decían que estabas muerto, y ella se rehusó a creerles. ¿Entiendes lo que te digo?

Los dedos de William se crisparon fugazmente bajo los de ella. Su expresión ausente permaneció sin cambio.

—No puedes rendirte —repitió Estelle. Entonces apartó las manos de las de él y se levantó. Se sacudió el pasto y la tierra que se habían adherido al dobladillo de su falda color crema y recogió la maleta del suelo. Una ira apenas perceptible se había apoderado de ella, y era mejor que el omnipresente dolor—. Le fallé a tu hermana y nunca me perdonaré por ello. Así que no hagas lo que yo hice. No le falles, sobre todo ahora que recibiste esta segunda oportunidad en la vida. Una oportunidad que ella no tuvo. Busca la manera de vivir otra vez, William Seymour.

Estelle dio media vuelta y se alejó de él, porque temía que si seguía hablando podría proferir una andanada imparable e injustificada de palabras duras, nacidas de su propia culpa, debilidad y remordimientos. Volvió a detenerse frente al puesto y se quedó mirando la colección de paisajes y marinas.

El ama de llaves salió de la parte trasera del puesto, torciéndose los dedos y claramente ansiosa.

—¿Te dijo algo que...?

—Quiero comprar una pintura —dijo Estelle.

Imogen se quedó boquiabierta.

—¿Cómo dices?

—Una de las pinturas del señor Seymour. Quiero comprar una.

El ama de lleves se quedó mirándola como si Estelle hubiera perdido la razón.

—No te sientas comprometida a...

—Esta.

Estelle se acercó al puesto y tomó un lienzo pequeño y rectangular, montado en un marco sencillo. Era una imagen de Millbrook, con un cielo claro sobre la inconfundible casa. Los arbustos pintados con toquecitos del pincel alrededor de la mansión daban paso a los prados ondulantes pintados con pinceladas amplias.

Estelle volteó de nuevo hacia William Seymour. El hombre había alzado la cabeza y tenía los ojos clavados en algo que solo él podía ver.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Imogen a Estelle cuando esta le entregó el dinero—. Es demasiado.

—Estoy haciendo una inversión —respondió Estelle—. Un día, cuando él sea un artista famoso, esta pintura valdrá cien veces lo que pagué hoy. Puede decirle que no me conformaré con menos.

El ama de llaves se quedó mirándola conforme se alejaba. Estelle volvió sobre sus pasos por el viejo camino al molino y hasta el centro del pueblo. Se detuvo en la orilla del mar, donde se había parado después de desembarcar. El horizonte seguía en el mismo lugar. El cielo y el mar se encontraban, creando una vista impresionante. Puso su maleta en el suelo, la abrió, y guardó la pequeña pintura junto al papel que la señorita Atkins le había entregado el día anterior a que Estelle partiera hacia Norfolk.

Y es que Estelle no había regresado a Francia. Permaneció en Inglaterra, trabajando para la Oficina de Investigación Inter-Servicios, donde les enseñaba a otros agentes, agentes como Sophie, cómo actuar, cómo hablar, cómo comer, cómo fumar, qué ordenar en un café. Pequeños detalles que algún día podrían salvarles la vida. Cuando por fin la gente se puso a bailar en las calles de Londres, la señorita Atkins le dijo que su

aportación había sido invaluable.

Estelle no bailó ese día, pero sí le pidió un favor a la mujer.

El favor estaba ahora junto a la entusiasta pintura de Millbrook. Estelle sacó la extensa hoja de papel y la leyó, aunque para ese momento ya se la sabía de memoria. Había tres columnas con nombres, prisioneros que habían sido encarcelados por los nazis en la prisión Amiens antes de que esta fuera bombardeada. La primera columna era una lista de todos los prisioneros. La segunda, una lista de los prisioneros que escaparon cuando los muros de la prisión se derrumbaron luego del bombardeo de 1944. La tercera era una lista de los prisioneros que fueron recapturados.

El nombre Jerome de Colbert figuraba solo en las dos primeras.

Era momento de regresar a Francia.

Estelle no regresaría al departamento de París, donde sus fracasos la atormentarían por siempre. Pero la pintura y la lista de prisioneros eran recordatorios de que las segundas oportunidades sí podían existir.

De que algo perdido podía volver a encontrarse.

24

Gabriel

Londres, Inglaterra
20 de octubre de 2017

10 de julio de 1943

Muy querido Will:

Si estás leyendo esta carta es porque hiciste lo que yo no pude y encontraste tu camino a casa. Mientras escribo esto no sé dónde estás ni qué es lo que podrías estar soportando, pero sé en el fondo de mi corazón que sobrevivirás sin importar a qué te enfrentes. Siempre has vivido sin miedo al fracaso.

Yo no pude hacerlo, no con la frecuencia suficiente y no lo suficientemente pronto. Pareciera como si fuera audaz e intrépida pero no lo fui, no en realidad, no como tú. Me mantuve aislada gracias a mis fortalezas, oculta detrás de mis libros y mis clases porque era fácil. Hizo falta que me enamorara para comprender que las cosas que más importan en la vida son difíciles. Me casé, Will, con un hombre que nunca conocerás pero a quien habrías amado porque Piotr era listo y gracioso y amable y vivía con el mismo valor con que tú lo hiciste.

He tratado de seguir viviendo así. Por ti. Y por él. No renunciar, mantenerme en la lucha, hacer cosas difíciles y rechazar el temor al fracaso. Espero que, para cuando leas esto, los haya hecho sentirse orgullosos.

Adiós, Will. Haz que cada día valga la pena.

Tu hermana que te quiere,
SOPHIE

Gabriel dobló la copia de la carta y la deslizó de vuelta dentro de la bolsa de su gabán. Había sacado la carta más por costumbre que por otra cosa. De tantas veces que la había leído, ya la había memorizado. Fue un sentimiento extraño, saber que la carta había sido escrita para su abuelo y, no obstante, sentir que cada palabra iba dirigida a él.

Su abuelo, rodeado por el resto de su familia, había sollozado a la vista de todos cuando Gabriel se la leyó. Luego de eso hizo preguntas, la mayoría de las cuales Gabriel pudo responder, pues si bien Sophie Seymour había desaparecido de la historia, Sophie Kowalski, alias Celine, no lo había hecho.

Su trabajo en Bletchley había sido documentado minuciosamente; sus superiores habían dejado constancia en elogios y notas de sus extraordinarios talentos lingüísticos. Su capacitación y servicios para la Oficina de Investigación Inter-Servicios había sido documentada de igual manera, así como su misión vinculada a la Operación Overlord. La revelación de que la hermana de William no había muerto en Varsovia, sino que se había convertido en una agente admirada por su astucia y valentía, había resultado agridulce.

Había llevado tiempo, pero con ayuda, Gabriel se las había arreglado para elucidar el objetivo de la misión que Sophie había llevado a cabo en Francia. Su destino había sido dictado en una sola hoja de papel mecanografiado, con una firma ilegible al final de la página. Arrestada, París, 27 de agosto de 1943. Gabriel no pudo encontrar registros ulteriores.

También había sido incapaz de encontrar cualquier referencia a Estelle Allard. Al final del archivo había encontrado un informe de nítida tipografía que mencionaba a una francesa, parte de la Resistencia que operaba fuera de París, a la que se refería solamente como La Chanteuse. De acuerdo con este informe, la francesa había proporcionado un apoyo invaluable a la Dirección de Operaciones Especiales y había salido clandestinamente de Francia tres semanas después del arresto de Sophie. El informe indicaba que La Chanteuse había entregado un paquete de inteligencia de parte de la agente británica Celine a una señorita V. Atkins en Londres, mediante el coronel James Reed en Tempsford. No se indicaba qué contenía el paquete, y lo que ocurrió después con la francesa se perdió en el tiempo.

Gabriel había decidido que era posible, incluso probable, que la mujer a quien se aludía con apelativo La Chanteuse hubiera sido abuela de Lia. Parecía obvio que la francesa había

sido de gran ayuda para que la agente inglesa llamada Celine completara su misión en 1943. Y para Gabriel, parecía igualmente posible que La Chanteuse hubiera sido el ángel que había susurrado palabras de esperanza a los oídos de un piloto atribulado en una soleada mañana de Norfolk.

Gabriel puso a un lado la carta y se reclinó en su silla, observando a las tres bailarinas de Degas capturadas para siempre en movimiento. Eran lo último de la colección en lo que había trabajado; la mayoría de las pinturas habían necesitado muy poca restauración. Las metería en una caja y las embalaría apropiadamente después del almuerzo para agregarlas al embarque que estaba previsto que regresara a París. Se había seleccionado la galería que albergaría la colección de Aurelia Leclaire y establecido la fecha de exhibición dentro de tres semanas. El anuncio de la exposición había despertado gran interés.

Imágenes de cada pintura habían aparecido en publicaciones de arte por todo el mundo. Los columnistas de los principales diarios habían reseñado la colección en sus secciones de arte y entretenimiento; asimismo, los profesores de historia del arte de escuelas prestigiosas habían incorporado la colección en su material para conferencias. Cada cuadro había sido actualizado en diversas bases de datos de obras de arte perdidas con la esperanza de que el propietario legítimo pudiera ser identificado.

Hasta entonces, la oficina de Gabriel había recibido consultas de museos y galerías, así como de coleccionistas privados, todos ansiosos de adquirir varias piezas. Con los museos y galerías se habían iniciado conversaciones para el préstamo y la exhibición de piezas de la colección, y los coleccionistas privados habían sido rechazados. Pero nadie se había presentado para indicar que alguna de las obras alguna vez había pertenecido a ellos o a su familia.

Todo esto, desde la información que había descubierto sobre el pasado de Sophie, el vínculo con una combatiente de la Resistencia francesa llamada La Chanteuse, el progreso de Gabriel en cada pieza, y la advertencia de que probablemente no podrían determinar quiénes fueron los propietarios de la colección de Lia, había sido comunicado a Lia en llamadas y correos electrónicos corteses y profesionales. Ella había sido amable y agradable, y no obstante, cada vez que Gabriel habló con ella, el sentimiento vacuo, horrible, que había comenzado esa tarde en el ático de Millbrook se había tornado un poco

más vacuo y un poco más horrible.

«Solo una vez encuentras el amor de tu vida», le había dicho una vez a Lia su abuela. «Y si eres tan tonta para no reconocer esa clase de amor y atesorarlo por lo que se convertirá, entonces nunca lo mereciste».

Gabriel temía que su mayor descubrimiento se le hubiera escapado entre los dedos.

La noche en que se inauguró la exposición en una galería de París, en el distrito de Marais, todo estaba dispuesto exactamente como Gabriel Seymour lo había estipulado. Muros pálidos con pisos relucientes que confería una atmósfera minimalista, profesional. Luz atenuada excepto donde colgaban las obras maestras. Las fichas técnicas colocadas a un lado de cada pintura daban detalles del artista y de la obra en sí, según lo habían establecido Gabriel y su comité de expertos. Y todo atendido por un pequeño ejército de personas que proporcionaban información adicional o seguridad, o ambas.

Un zumbido electrificado de conversaciones se arremolinó alrededor de cada marco conforme académicos, artistas, coleccionistas y periodistas se agrupaban y deambulaban por el espacio. La totalidad de la colección que había estado en el departamento de Estelle Allard estaba aquí. El Munch tenía un lugar de honor, al igual que las tres bailarinas de Degas. El resto de las pinturas, incluidas las que habían estado colgadas en la sala y el comedor del departamento en París, se habían dispuesto con buen gusto.

Pero Gabriel no estaba en la exposición para ver las obras de arte. Había ido para ver a Lia.

Se adentró más en la galería, sin hacer caso al maravilloso despliegue de arte en las paredes. Luego se detuvo bruscamente cuando la vio, de pie frente a un turbulento paisaje marino de Turner. Ella portaba un vestido de un rosa carmesí al anochecer, su cabello era una cortina de intenso castaño salpicado de oro. Su piel había sido besada por el sol, sus extraordinarios ojos eran casi un musgo verde bajo la luz tenue. Tenía un pequeño bolso con cuentas debajo de un brazo y una copa de champán vacía en la mano; sus dedos jugaban distraídamente con el dije omnipresente en su garganta, como si estuviera inmersa en sus pensamientos.

Gabriel tragó saliva, sintiendo la boca seca de repente, y se acercó a ella frente al paisaje marino.

—Lo siento —dijo sin preámbulos.

Lia volteó lentamente y lo miró con una expresión absolutamente inescrutable.

—Buenas noches. También me alegra verte, Gabriel. Debo decirte que esta exposición es increíble. El personal de la galería ha sido sumamente servicial y francamente extraordinario.

—Creo que no me escuchaste.

—Te escuché. Es solo que no estoy segura de qué es lo que sientes, en vista de que todo esto —señaló la exposición con un movimiento amplio de la mano— ha excedido mis expectativas más desaforadas. Y si piensas que te culpo de algún modo por no ser capaz de desentrañar la historia detrás de la colección o la conexión de mi abuela con ella, no es así. El trabajo que has hecho en mi nombre ha valido cada centavo…

—Quiero disculparme por haberte mentido.

Sus dedos soltaron el dije.

—¿Me mentiste? ¿Sobre qué?

—Sobre besarte. He cometido muchos errores en mi vida, y besarte no fue uno de ellos. El error que cometí fue mentirte al respecto.

—Mmm.

Él aún no podía adivinar qué estaba pensando ella.

—Tenías razón aquel día —continuó—. Estaba, o estoy, huyendo de la posibilidad de fracasar.

Metió la mano en el bolsillo y extrajo un papel doblado y con los bordes desgastados.

—Quiero leerte algo.

—¿Qué es eso?

—Es una carta que Sophie le escribió a mi abuelo. Estaba en el sobre que hallaste en el ático en Millbrook.

Los labios de ella se separaron y él la escuchó aspirar.

—No tienes que hacerlo. Es un asunto privado de la familia.

—No. Mereces oírlo.

Gabriel aspiró profundamente y comenzó a leer.

Cuando terminó, volvió a doblar la carta.

—Mi abuelo recuperó a su hermana, aunque fuera por un instante. —Le tendió la carta a Lia—. Y quedó demostrado que él siempre tuvo la razón. Ella nunca dejó de luchar.

Sin decir palabra, Lia tomó la carta.

—Sophie escribió esa carta para William, pero sus

palabras le hablaron a mi corazón. Yo también me he aislado para sentirme seguro y porque era fácil No he tenido el valor para vivir como ella lo hizo. En realidad, no he logrado que cada día valga la pena.

—Gabriel…

—Escúchame. Voy a tratar de cambiarlo. Me pondré en una situación en que corra el riesgo de fracasar. Y tal vez las pinturas que compraste sean las únicas que venda en mi vida, pero no lo sabré con certeza a menos que lo intente, ¿cierto? No sabré si…

Lia se puso de puntillas y lo besó. Sus labios, con sabor a champán, rozaron los de él con suavidad, como una mariposa.

—Que quede claro que eso tampoco fue un error —dijo Lia.

—No —susurró él.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

—¿Cómo dices?

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Bien. Ven conmigo.

Ella puso su copa vacía de champán en la bandeja de un mesero que pasaba y tomó la mano de Gabriel con la suya, entrelazando los dedos con los de él como si fuera la cosa más natural en el mundo.

Lo guio más allá de los paisajes y los impresionistas hasta un salón parcialmente separado del resto de la exposición por una pared de vidrio esmerilado. También había gente ahí, en grupos pequeños, hablando con voz queda, o solos, simplemente de pie frente a las imágenes. El muro blanco y cuadrado que miraban estaba decorado con lienzos que resplandecían con colores saturados debajo de las luces.

Gabriel se detuvo, sintiéndose enfebrecido y aterido al mismo tiempo. Una sensación que no pudo identificar le recorría la piel, y cada respiración le implicaba un esfuerzo extraordinario. Retiró sus dedos de los de ella.

—¿Qué has hecho? —dijo con voz ronca.

Lia no volteó y mantuvo la mirada en el lienzo, donde dos figuras bailaban tango bajo una farola, solas con la oscuridad como telón de fondo. Junto a ellos, una bailarina de ballet alzaba la cabeza hacia su público, con el amor por su oficio atrapado en los ojos.

—Estas… —Gabriel se detuvo y volvió a intentarlo—. Estas pinturas son…

—Parte de esta historia. Merecen un espacio en estas paredes tanto como cualquiera de las demás.

—No. Estas pinturas no forman parte de esta colección.

—Por supuesto que sí. Irónicamente, pueden ser la única parte de esta colección que realmente me pertenece. Estas pinturas son mías. Puedo colgarlas donde me plazca. Compartirlas con quien me plazca.

Gabriel no respondió, pero dio un paso adelante y se inclinó para examinar la pequeña tarjeta que se había montado en el soporte junto al primer lienzo.

«*Après*», rezaba la tarjeta en negritas. «2017. Artista desconocido. De la colección privada de Aurelia Leclaire».

—¿Artista desconocido?

Gabriel se enderezó y volteó para mirar directamente a Lia.

—Nunca te obligaría a hacer algo que no quieres. Todavía eres un artista desconocido, como dice la tarjeta. La decisión de reclamar tu trabajo como propio debe ser tuya, no mía.

Lia abrió su bolso y sacó una tarjetita blanca. Luego se la entregó. Era idéntica a la que estaba en la pared, salvo que decía: «*Après*. 2017. Gabriel Seymour. De la colección privada de Aurelia Leclaire».

—Sustituye esa tarjeta con esta. O no. No te habrá costado nada. No habrás arriesgado nada. *Après* estará aquí hasta el final del mes, cuando termine la exposición. Después, me llevaré mi pintura a casa y tú podrás seguir ocultando tu obra en el ático de Millbrook.

—No entiendes. Una cosa es exhibir mi obra y otra es tenerla colgada aquí, como un impostor en una galería llena de malditos genios del arte.

—¿Y quién ha de decidir quién es un maldito genio del arte? —preguntó Lia afablemente—. Te haces un flaco favor.

—Ya tuvimos esta conversación —dijo él con los dientes apretados.

—Y también en ese momento estabas equivocado.

—No, no lo estaba.

—Sí que lo estabas.

Esta vez no fue Lia quien habló sino una voz familiar que vino de detrás de él.

Gabriel giró con sorpresa. La mujer que tenía delante era delgada y elegante, y tenía un rostro redondo enmarcado por cabello castaño rojizo recogido en una corona en la parte superior de la cabeza. Un vestido sencillo color marfil flotaba

alrededor de su cuerpo.

—Olivia —dijo y se inclinó para envolver a la mujer en un cálido abrazo—. Qué gusto verte. Ha pasado mucho tiempo. —Gabriel se echó hacia atrás, confundido—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Y se detuvo de golpe cuando comprendió por qué estaba ahí—. ¡Por Dios!

—No. Dios no fue quien me invitó —dijo Olivia, dándole unas palmadas en el brazo. Pasó junto a Gabriel y Lia y se detuvo frente al segundo lienzo cuando un grupo de personas desocupó el espacio—. Lia fue quien me insistió que viniera. Y me alegra que lo hiciera. Titulaste esto correctamente, por cierto. El baile siempre fue mi primer amor.

Gabriel se pellizcó el puente de la nariz con los dedos.

—¿Cómo te encontró?

—Resulta que no hay muchas parejas casadas que bailen para el Royal Ballet —dijo Lia, que se acercó a Olivia mientras esta miraba su representación en la pared—. No fue difícil.

—En todos los años que tengo de conocerte, Gabriel Seymour, nunca supe que pudieras hacer esto —dijo Olivia—. Y nunca supe que tuvieras tan extraordinario talento.

—No es…

—Cierra la boca —lo interrumpió Olivia—. Antes de que digas algo por lo que no podré perdonarte.

Lia volteó la cabeza, pero no antes de que él la viera sonreír.

—Mi esposo lloró cuando vio esto, ¿sabes? — continuó Olivia—. Y no es de los que suelen hacerlo. En realidad, ambos lloramos. Entonces, cuando Lia te dice que eres un maldito genio del arte, lo más inteligente que puedes hacer es asentir con la cabeza y dar las gracias.

Gabriel cerró sus ojos brevemente.

—Mmm.

—Inténtalo de nuevo.

—Gracias.

—Mucho mejor. Ten. —Olivia giró hacia Gabriel y extrajo otra pequeña tarjeta blanca de su bolso—. Necesitas poner esto. Vino con mi invitación.

Gabriel la tomó. «Primer amor. Gabriel Seymour. 2016. De la colección privada de Olivia Allen».

Sus ojos saltaron hacia Lia.

—Se lo regalé —dijo Lia—. A la persona a quien pertenece legítimamente.

—Oh.

Gabriel miró la tarjeta que ella tenía en su mano, pero no intentó tomarla.

—Es aterrador, ¿no? —musitó Olivia.

—¿Disculpa?

—Ver una parte de ti expuesta para que el mundo la juzgue. —La voz de la bailarina se suavizó—. Lo entiendo. Porque no es diferente de lo que hago cada noche cuando salgo a ese escenario y actúo para un auditorio. No es diferente a un autor que cuenta una historia, un compositor que compone un concierto, un actor que interpreta un personaje. Todos sin saber cómo serán recibidos.

Lia permaneció en silencio, pero Gabriel se dio cuenta de que ella lo estaba observando.

—Esto que has hecho merece reconocimiento.

Olivia se puso de puntillas y lo besó en ambas mejillas.

—Sé valiente, Gabriel Seymour —dijo antes de desaparecer en la multitud.

Gabriel vio cómo se iba. Luego volteó hacia Lia.

—Eso fue absolutamente diabólico.

Fue difícil poner énfasis en palabras que ya había dicho en un departamento de París.

—Me han acusado de cosas peores. —Lia sonrió al decirlo —. ¿Funcionó?

—Quizá.

—Bien.

—¿Cómo convenciste a la galería de exhibir mi trabajo?

Lia le lanzó una larga mirada.

—Toda una colección de obras artísticas de genios me dio algo de influencia, Gabriel. Tú podrás haberte ocupado de los arreglos, pero yo soy la dueña *de facto*. El director de la galería no estaba dispuesto a discutir sobre dos pinturas adicionales que yo deseaba exhibir como parte de la exposición.

—Nunca me lo mencionaron.

—Porque les pedí que no lo hicieran. —Lia hizo una pausa—. Creo que debes saber que la galería me ha preguntado sobre la posibilidad de más.

—¿Más qué?

—Más de tu obra.

—¿Qué?

—Ha habido un interés significativo en estas pinturas, incluso antes de la exposición. La galería confía bastante en que podría vender otras obras de este artista en particular.

—¿Qué les dijiste?

—Que hablaría con el artista y lo dejaría decidir si estaría dispuesto y cuántas obras pondría en exhibición y venta. —Lia tomó su mano entre las de ella, separando suavemente sus dedos de las dos tarjetas que todavía sostenía—. La elección es tuya —dijo—. Ser visto, o no. No voy a pensar mejor ni peor de ti, no importa lo que decidas.

Gabriel miró hacia abajo, donde sus manos se unían. «Haz que cada día valga la pena», murmuró. Sin dudarlo, se acercó a los dos lienzos y reemplazó las tarjetas de cada uno.

Dio un paso atrás y volvió a tomar la mano de Lia.

—¿Cómo se siente? —preguntó ella.

—Como si acabara de saltar de un avión.

Lia rio y levantó las manos de ambos.

—¿Y vas a llevarme contigo?

—Si estás dispuesta a saltar.

—Basta con que me lo propongas —dijo.

Gabriel contuvo el aliento mientras la miraba. Él se preguntó cuán escandaloso sería si la acercara a ella y la besara hasta hacerle perder el sentido.

—Perdóneme. ¿Es usted Aurelia Leclaire?

25

Lia

París, Francia
10 de noviembre de 2017

Al voltear, Lia se encontró con un hombre de aspecto distinguido con ojos marrones hundidos y cabello plateado en las sienes.

Iba vestido con un austero traje color carbón, aunque la camisa estaba desabotonada a la altura del cuello. Llevaba en las manos un folleto de la exposición.

—Soy yo —respondió ella.

—Permítame presentarme. Soy Luca Adler. Hemos viajado hasta aquí desde Ginebra.

—Bienvenido —replicó Lia estrechando su mano—. ¿En qué puedo ayudarle?

—No estoy seguro.

El hombre bajó los ojos y arrugó la frente.

—Su dije. ¿Puedo preguntar dónde lo obtuvo?

Lia se llevó la mano a la garganta. El pequeño dije esmaltado que descansaba sobre su piel estaba tibio.

Gabriel deslizó el brazo sobre el hombro de ella.

—¿Puedo preguntar cuál es su interés en la joyería de la señorita Leclaire? —Su voz era suficientemente amable, pero había un inconfundible tono acerado por debajo.

—Lo he visto antes —dijo Adler—. Ese dije.

—Fue un regalo de mi abuela —le dijo Lia, desconcertada.

—¿Y su abuela es la Estelle Allard que se menciona aquí? Hizo un gesto hacia el folleto.

—Sí.

—Comprendo.

El hombre todavía parecía distraído.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle?

—Creo que tal vez nosotros podamos ayudarle. —Levantó el folleto—. Mi madre vio el anuncio de esta exposición en las noticias. Leyó la historia detrás de esto y vio las fotos de las pinturas que se iban a exponer. Reconoció tres de ellas.

Lia miró a Gabriel y su corazón dio un vuelco.

Gabriel extendió su mano.

—Gabriel Seymour —dijo—. La señorita Leclaire me contrató para organizar y restaurar esta colección.

Adler le estrechó la mano.

—Un placer.

—¿Puedo preguntar qué tres pinturas cree haber reconocido su madre?

—Las pinturas de Degas. A riesgo de parecer loco, creo que, en algún momento, pertenecieron a mi madre.

—Extraordinario —dijo Gabriel cortésmente—. ¿Tiene alguna prueba para respaldar tal afirmación?

—Creo que sí. Pero también creo —dijo, mirando de nuevo hacia la garganta de Lia, donde descansaba el dije— que debería ser mi madre quien se la muestre. Ella está aquí esta noche —agregó—. Y yo le agradecería mucho que hablara con ella.

—Por supuesto —respondió ella.

A Lia le dolieron los dedos y se dio cuenta de que se estaba aferrando al brazo de Gabriel con demasiada fuerza. Entonces hizo un esfuerzo para relajar la mano.

Siguieron a Adler hasta el otro extremo de la exposición, donde las bailarinas todavía practicaban y se deslizaban por un escenario pintado. Allí había un montón de gente, estirando el cuello para obtener una mejor vista de los lienzos. En el centro de la multitud, notoria aunque fuera solo por su silueta solitaria, una anciana estaba de pie, mirando a las bailarinas. Iba vestida sombríamente con un vestido largo color vino oscuro, su cabello blanco estaba recogido detrás de su cabeza en un estilo similar al de las bailarinas que miraba.

Una mano descansaba sobre un reluciente bastón negro, la otra sostenía contra su pecho un pequeño paquete de lo que parecía papel.

—Mamá —dijo Adler en voz baja—, te presento a Aurelia Leclaire y Gabriel Seymour. Señorita Leclaire, señor Seymour, mi madre, la doctora Alina Adler.

La mujer volteó hacia Lia. Sus ojos oscuros e inteligentes se encontraron directamente con los de ella, para luego caer

sobre el dije en su garganta, de la misma manera que lo habían hecho los de su hijo.

La anciana dio un grito ahogado y se tambaleó levemente, pero su hijo la sostuvo con el brazo. Dejó caer su mano, la que tenía el papel, y Lia también se tambaleó. Anidada en el cuello del vestido de la mujer había una réplica exacta del dije que Lia portaba.

Lia se dio cuenta de que Gabriel le había pasado un brazo por la cintura, y estaba extraordinariamente agradecida por eso.

—Su dije —logró decir Lia—. ¿Dónde lo obtuvo?

—Fue un regalo de mi niñez —respondió Alina—. Fue una de las pocas cosas que me llevé cuando huí de Francia durante la guerra.

—¿Qué edad tenía cuando huyó? —preguntó Gabriel.

—Seis años, tal vez siete. Mis recuerdos de ese viaje solo son fragmentos, piezas en las que, lo confieso, procuré no pensar durante la mayor parte de mi vida.

—¿Huyó con su familia?

Lia estaba tratando de comprender lo que estaba pasando.

—No. Mi familia había… desaparecido. Solo yo quedé. Huí de Francia con un grupo de niños. Recuerdo la oscuridad y el frío, el hambre y el miedo. Un niño nunca olvida un miedo como ese.

Pasó los dedos por la empuñadura de su bastón.

—Ella fue uno de los muchos niños que encontraron refugio en Suiza —dijo Luca—. Fue adoptada por mis abuelos. Mi tía también fue adoptada.

—Yo era judía —dijo Alina—. Y fui una de las afortunadas.

—Hábleme de las pinturas —le instó Gabriel gentilmente.

Alina le tendió el papel que todavía tenía en la mano. Solamente ahora, Lia pudo ver que era un sobre.

—¿Qué es esto?

—Es una fotografía. Eche un vistazo.

Lia abrió el sobre y extrajo una gastada foto en blanco y negro. Era la imagen de una niña de cabello oscuro y ojos oscuros, sentada en el regazo de una mujer bonita con los mismos rasgos oscuros. Ambas reían, y los brazos de la mujer rodeaban firmemente a la niña.

Y al fondo, sobre sus cabezas, las bailarinas de Degas danzaban a lo largo de la pared.

—Esa soy yo. Y esa era mi tía Rachel —dijo Alina—. Las pinturas, como pueden ver, están en esa imagen. Pero ahí no es donde las recuerdo. Las recuerdo colgando en otro lugar.

Lia se quedó sin aliento.

—¿Dónde? —susurró.

—En una pequeña habitación. Una en la que tenía que estar en silencio todo el tiempo. En retrospectiva, ahora sé que estaba escondida. Esa habitación salvó mi vida. —La anciana miró a Lia—. Su abuela, Estelle Allard, me salvó la vida.

—Usted es Aviva —dijo Gabriel en un susurro.

—Sí —asintió la mujer.

—¿Qué más recuerda? —preguntó Lia.

—Recuerdo que el departamento donde estaba escondida tenía candelabros de cristal que proyectaban pequeños arcoíris en el suelo y las paredes cuando el sol entraba por las ventanas. Recuerdo que su abuela me leía, y a menudo me cantaba. Cantaba todo el tiempo.

Lia volvió a mirar la fotografía y la niña risueña. «La Chanteuse», dijo para sí.

—¿Nunca regresó después de la guerra? ¿A París? —preguntó Gabriel.

La doctora negó con la cabeza.

—Mis padres me dijeron que no pronuncié palabra durante catorce meses después de que me colocaron con ellos —continuó la mujer—. Que cuando llegué a su casa, no reía, no lloraba. Ni siquiera pude decirles mi nombre. Así que eligieron uno para mí. Alina.

—Pero ese no era su nombre.

—Se convirtió en mi nombre. Y me convertí en su hija. Me convertí en hermana. Me convertí en bailarina, en doctora, en esposa y en madre. Mi corazón estaba lleno y traté de dejar el pasado donde yacía porque pensé que era mejor mirar solo hacia adelante. —Sonrió tristemente—. Después del nacimiento de mi hijo, traté de encontrar a su abuela porque, por primera vez, entendí lo duro que debe haber sido para ella dejarme ir. Pero no sabía su apellido ni el domicilio donde habíamos vivido una vez. Pero sé que ella me amaba. Y sé que ella me dio esto.

La anciana puso una mano sobre el dije.

—Ella también la buscó —dijo Lia con un nudo en la garganta. Los constantes viajes a Suiza por fin tenían sentido —. Ella la buscó durante mucho tiempo.

—Debe saber que su abuela salvó a mucha gente. —Alina

sonrió—. Compartí esa pequeña habitación más de una vez.

—Creemos que ayudó a sacar de Francia a muchos hombres aliados —comentó Lia.

—Y mujeres —agregó Alina.

—¿Mujeres?

—Bueno, una. Recuerdo que parecía una princesa. Recuerdo que sabía hablar hebreo. Y francés. E inglés. Sabía abrir el baúl que su abuela siempre dejaba cerrado. Lo que no sabía era dibujar.

Lia rio y se secó las lágrimas que habían comenzado a correr por sus mejillas. Los misteriosos hilos de historia contenidos en un departamento de París volvían a entretejerse, y Lia quería saber más.

—Mi abuela nunca habló de los años de la guerra —le dijo a Alina—. Qué hizo. A quién amó.

Lia sonrió y miró a Gabriel.

—¿Podría contarme más? ¿Cualquier cosa que pueda recordar?

—Por supuesto —respondió la mujer sonriendo.

Las luces del techo de la galería se habían atenuado; solo los focos que iluminaban cada cuadro brillaban todavía.

Lia se reclinó en el banco que estaba en el centro del recinto y miró a la mujer pintada en un remolino de escarlatas y naranjas iracundos; sus brazos todavía descansaban por encima de su cabeza, sus manos aún estaban abiertas. Solo que ahora su mirada no parecía tan enojada y acusadora, sino simplemente desafiante. Una superviviente en lugar de una víctima.

—Alina no quiere llevarse a casa a las bailarinas de Degas.

Gabriel se sentó a su lado. Su voz resonó extrañamente en la habitación vacía. La multitud hacía tiempo que se había retirado, y casi todo el personal se había marchado poco después.

—Dijo que sería una pena tenerlos guardados de nuevo en una habitación. Le gustaría que sigan siendo parte de la exposición. Al final me preguntó sobre préstamos a los museos.

—¿Qué hay con el resto de la colección?

—No puede decir con certeza que pertenecía a su familia. Aunque ahora tengo un apellido, lo que podría ayudar a determinar qué piezas son legítimamente suyas.

Lia suspiró.
—¿Qué voy a hacer con las pinturas mientras tanto?
—Lo que ya has hecho. —Le puso un brazo sobre el hombro—. Compartirlas con el mundo. Y compartir la historia de tu abuela al mismo tiempo. Porque ambas son extraordinarias.
—Sí.
Lia se recargó en su cuerpo cálido.
—¿Cuándo vuelves a Sevilla? —preguntó Gabriel.
—No lo haré.
—Pero ¿que hay del…?
—No acepté ese empleo. Pensé en quedarme aquí.
Lia apoyó la cabeza en su hombro.
—¿Por la exposición? —preguntó él.
—No.
Gabriel estaba muy tieso.
—Entiendo.
—Esperaba que lo hicieras —susurró ella.
Permanecieron así durante un largo minuto, sin moverse, simplemente… juntos.
—Te traje algo —dijo Gabriel finalmente, sacando algo detrás de él.
Lia se enderezó y volteó mientras Gabriel colocaba un estuche de violín en el regazo de ella. Lia lo contempló por unos instantes antes de abrirlo. El Collin-Mézin brillaba bajo la única luz sobre su cabeza.
—Lo mandé encordar y restaurar adecuadamente —le dijo.
—¿Por qué?
—Porque restaurar cosas es a lo que me dedico.
—No, quiero decir, ¿por qué me das esto?
—Porque estoy cansado de esconder cosas en el ático de Millbrook.
—Ah. Sí, ese parece ser el tema de esta noche.
—¿Fue eso un agradecimiento, entonces?
—Gracias. Es hermoso. ¿Puedo tocarlo?
—Sí, pero no ahora. —Gabriel bajó la tapa del estuche y cerró el broche. Dejó el instrumento en la banca y se levantó—. En este momento, tengo algo más en mente.
—¿Qué estás haciendo?
Gabriel recorrió con la mirada la galería desierta. La única luz era la que brillaba sobre su cabeza, tornando su cabello negro azabache y acentuando sus rasgos.

—Me encuentro en un momento en el que nadie más en el mundo existe excepto una mujer que me ha hecho comprender lo que significa hacer que cada día, cada momento, valga la pena. —Le tendió la mano—. ¿Bailarías conmigo?

Lia puso la mano en la de él.

—Sí.

Nota de la autora

Un departamento en París es una obra de ficción. Si bien es producto de mi imaginación, las premisas y los personajes que he elegido están inspirados en personas y sucesos reales. Los personajes de Sophie Seymour y Estelle Allard se configuraron con las experiencias y el valor de Virginia Hall, Pearl Witherington Cornioley, Christine Granville, Josephine Baker, Nancy Wake y Andrée de Jongh. Sus recuerdos, entrevistas e historias nos dan una idea de cuán verdaderamente extraordinaria fue cada una de estas mujeres.

El trabajo de Sophie en Bletchley Park se basó en mujeres y hombres reales que laboraron de manera incansable a contrarreloj y con posibilidades casi nulas para decodificar los dispositivos nazis de encriptación. La mayoría de nosotros hemos escuchado del código Enigma y el notable trabajo de Alan Turing y su equipo para descifrarlo. Menos citada parece ser la historia de Tommy Flowers y Bill Tutte, quienes, junto con sus equipos, crearon Colossus, la máquina que fue capaz de descifrar el código Lorenz, conocido como Tunny en Bletchley.

El código Lorenz recibió el beneplácito de Hitler y fue usado por el Alto Mando, y por una buena razón. Era mucho más poderoso que el Enigma y capaz de encriptaciones excesivamente complejas. Además, a diferencia del Enigma, no dependía del código morse. Conectado al teletipo, automáticamente encriptaba los mensajes que se enviaban y descifraba los que entraban, permitiendo que mensajes más extensos se trasmitieran con mayor facilidad. A cada uno de los vínculos entre los mensajes del comando nazi se le asignó un nombre en Bletchley: el vínculo París-Berlín recibió el nombre de Jellyfish.

No hay pruebas de que hubiera alguna vez una máquina Lorenz instalada en el Hotel Ritz en París, esa es pura imaginación de mi parte. No obstante, sí hay pruebas de que

los nazis alojaron máquinas de encriptar en otros hoteles y edificios usados como cuarteles. Un objetivo del desastroso asalto de Dieppe de 1942 pudiera haber sido capturar tecnología de codificación en el Hotel Moderne, de acuerdo con el autor David O'Keefe. Sabiendo que el Hotel Ritz de París funcionó como cuartel general de la Luftwaffe y era la residencia de Hermann Göring (señalado como sucesor de Hitler), la necesidad de una línea directa, segura, de comunicación con el Führer parecía plausible para esta obra de ficción.

No hay tampoco pruebas de que Bletchley Park alguna vez recibiera información de operaciones de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE), como fotos, libros de códigos o incluso dibujos de la máquina Lorenz. Documentos desclasificados de la Comisión de Inteligencia de Objetivos (TICOM), que era una operación conjunta entre el Reino Unido y Estados Unidos con el propósito de capturar organizaciones alemanas de inteligencia, proporcionó la primera descripción que los Aliados hicieron de un tren de comunicaciones Tunny capturado intacto, pero no fue sino hasta 1945, mucho después del Día D. El «Fish Train» capturado del mariscal de campo nazi Albert Kesselring incluía seis camiones alemanes que albergaban máquinas Tunny, trasmisores de radio, receptores y dispositivos de encriptación. Cada camión contenía dos literas para el conductor y el asistente, quienes operaban el equipo. Tutte y su equipo no tuvieron el beneficio de esta información en Bletchley. Todo el trabajo de desciframiento fue producto de una asombrosa proeza de ingeniería inversa.

La primera máquina Colossus, fabricada por Flowers, estuvo en condiciones de funcionar en diciembre de 1943, lo que permitió que los Aliados interceptaran y decodificaran información crítica previamente y después del Día D. Para esta historia, sin embargo, decidí imaginar que a Bletchley y sus brillantes cerebros pudieron haberles echado una mano.

En el Hotel Ritz de París, con sus figuras sociales y de la industria, colaboradores y espías (y sí, alacenas y escaleras ocultas), permanecieron los glamurosos cuarteles de la Luftwaffe a lo largo de la guerra. La pintura de Charles Le Brun *El sacrificio de Políxena* (en la actualidad expuesta en el Museo Metropolitano de Arte, en Nueva York) que he utilizado en este libro estuvo, de hecho, oculto a plena vista en la lujosa suite de Coco Chanel antes de la reciente renovación del hotel. De dónde provino este cuadro antes de su descubrimiento en el

hotel sigue sin saberse. La teoría actual es que cuando César Ritz adquirió el *hotel particulier* del número 15 de Place Vendôme, hogar alguna vez de príncipes y duques, el lienzo de Le Brun ya estaba colgado dentro. Yo elegí una historia diferente para esta pintura.

Otros sucesos que sirvieron como trasfondo para esta historia que sonarán familiares son el bombardeo de Wielu, Polonia, en septiembre de 1939, donde imaginé que Piotr fue asesinado, y la redada de Vél' d'Hiv' en julio de 1942, cuando Rachel y los miembros de su familia son capturados. Los objetivos del bombardeo de la Luftwaffe del pequeño y desarmado pueblo de Wielu, que puede considerarse el primer acto importante de la Segunda Guerra Mundial, no están del todo claros. Algunos historiadores han sugerido que los alemanes tenían informes de la presencia de la caballería polaca, de la que forma parte el personaje de Piotr, en las cercanías del pueblo, pero otros discrepan.

Más allá del motivo, comenzando desde la madrugada del 1 de septiembre, la Luftwaffe dejó caer 46 000 kilogramos de bombas sobre objetivos civiles, incluyendo un hospital claramente identificado. Hay también numerosos relatos de la Luftwaffe masacrando a los ciudadanos que huían. El momento del bombardeo inicial es objeto de debate; si bien las fuentes polacas sitúan la primera racha a las 4:30-4:40 a. m., los registros alemanes la ubican a las 5:40 a. m. Para los propósitos de esta novela, recurrí a los registros militares alemanes.

No hay debate, sin embargo, acerca del momento de la Redada de Vél' d'Hiv', de 1942, que comenzó a las 4:00 a. m. del 16 de julio. Más de 13 000 judíos fueron arrestados por la policía francesa, de los cuales más de 4 000 eran niños. La mayoría fueron retenidos en el velódromo de d'Hiver o en otros campos de internamiento antes de ser deportados en vagones de ganado a Auschwitz, aunque hay numerosas historias de individuos escondidos por amigos o vecinos, y de otros que se las arreglaron para escapar al arresto.

Una de estas valerosas personas que ayudaron a los niños judíos a escapar de la Francia ocupada fue el francés Georges Loinger, cuyos ingeniosos métodos para llevar a los niños fuera de Francia hasta Suiza incluyeron vestirlos de dolientes y guiarlos a través de un cementerio ubicado a lo largo de la frontera suiza. La travesía de Aviva hacia Francia en esta novela está basada libremente en los esfuerzos de Loinger.

Finalmente, la red de mujeres y hombres de la que formaron parte Estelle y Jerome está basada en la muy real Comet Line. La organización de resistencia operó en la Francia y Bélgica ocupadas y auxiliaron a soldados y aviadores para que evitaran la captura y regresaran a Inglaterra. Se ha calculado que 3 000 civiles apoyaron a la Comet Line ocultando o escoltando a aviadores aliados, y más de setenta por ciento de ellos fueron mujeres.

Agradecimientos

A menudo escucho que escribir es una labor solitaria y, a veces, puede serlo. No obstante, cada libro que he escrito es el resultado de un esfuerzo en equipo. Y este no es la excepción, gracias a las muchas personas que contribuyeron a que se realizara. Mi sincero agradecimiento a L. Storsley, doctor y violinista extraordinario, por responder todas mis preguntas sobre la adicción a la morfina y los violines; a David Kenyon, del Bletchley Park Trust e historiador, que aclaró mis dudas sobre el Lorenz y me proporcionó los domicilios de los archivos del TICOM y del Oberbefehshaberwest en Saint-Germain-en-Laye; a la Monuments Men Foundation por orientarme sobre la recuperación y restitución de obras robadas; a mi agente, Stefanie Lieberman, quien ha estado a mi lado desde el principio; a mi editor, Alex Logan, quien con su brillante talento hace mejores cada uno de mis libros, y a todo el equipo de Forever. Por último, un sentido agradecimiento a mi familia por todo su amor y apoyo a lo largo de esta maravillosa travesía.

Acerca del autor

KELLY BOWEN. La galardonada autora Kelly Bowen creció en Manitoba, Canadá, y asistió a la Universidad de Manitoba, obteniendo una licenciatura y una maestría en estudios veterinarios. Trabajó como investigadora científica antes de realizar su sueño de escribir ficción histórica.

Actualmente, Kelly vive con su familia en Winnipeg, Canadá.

Título original: *The Paris Apartment*

© 2021, Kelly Bowen

Esta edición es publicada por acuerdo con Grand Central Publishing, New York, New York, USA.

Derechos reservados.

Guía de grupo de lectura © 2021, Kelly Bowen y Hachette Book Group, Inc.

Traducción: Gerardo Hernández Clarck

Diseño de portada: Estudio la fe ciega / Domingo Martínez
Fotografías de portada: © iStock
Fotografía del autor: © Jody Sie

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: mayo de 2022
ISBN: 978-607-07-8727-0

Primera edición en formato epub: mayo de 2022
ISBN: 978-607-07-8717-1

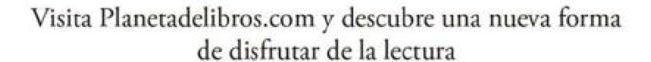
Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK



Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com










EXPLORA DESCUBRE COMPARTE


SANDRA FRID
Los demonios de mi cuerpo
LA NOVELA DE
Pita Amor
Planeta

Los demonios de mi cuerpo

Frid, Sandra
9786070787195
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

A comienzos de 1920, Guadalupe, la hija menor de los Amor, una de las familias más prominentes del porfiriato, ve cómo las llamas de la Revolución no terminan de apagarse y consumen su herencia, obligándola a dejar lejos los lujos y la vida de refinamiento para la que la habían preparado. Desde entonces supo reconquistar a su modo lo que el destino le arrebató a su familia. Pita Amor, mujer de personalidad y pluma deslumbrante, estuvo marcada por el claroscuro de una existencia dividida entre la privación y la opulencia, enfrentó y rebasó los diques que pretendieron dominar su carne y su obra como poeta. Amiga e inspiración de grandes artistas, cautivó la imaginación de todos aquellos que la conocieron, forjando la leyenda de su nombre. Los demonios de mi cuerpo nos acerca al fuego de su figura y nos ofrece un retrato íntimo y por momentos perturbador de una mujer inigualable, indómita, mística y pecadora, al mismo tiempo que rescata una época que se desvaneció junto con el sueño de la incipiente burguesía mexicana de principios del siglo XX.

Cómpralo y empieza a leer


MARIE BENEDICT
LA ÚNICA
MUJER
Es brillante.
Es hermosa.
¿Podrá el mundo
soportarla?
Planeta

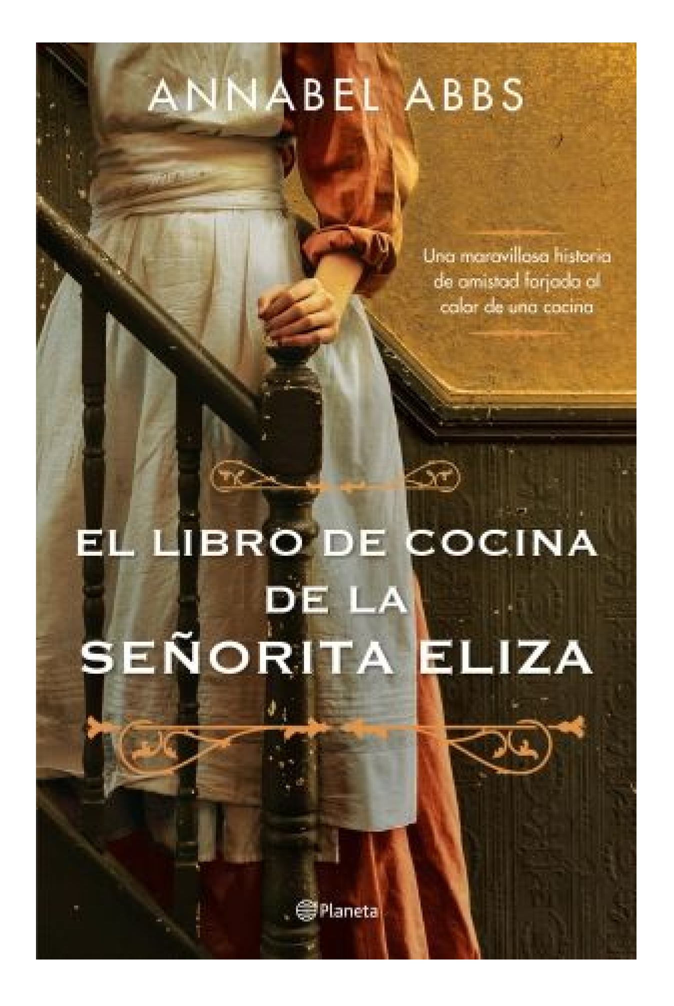
La única mujer

Benedict, Marie
9786070758751
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Viena, 1933. Para Hedy Kiesler, joven actriz judía, su belleza ha sido salvación y tormento: la protegió de los nazis pero la condujo a un opresivo matrimonio con el traficante de armas de Hitler y Mussolini. Subestimada por todos a su alrededor, escuchó los planes secretos del Tercer Reich cuando acompañaba a su esposo a fiestas y cenas de negocios. Dividida entre el glamour y la culpa por ser una privilegiada, decide escapar hacia Hollywood, con un nuevo nombre: Hedy Lamarr. Pronto se convirtió en un ícono del cine estadounidense. Nadie en torno a su nueva vida sospechaba que poseía información confidencial sobre los nazis ni que ella misma guardaba un secreto aún mayor: que era una científica capaz de desarrollar la tecnología necesaria para acabar pronto con la guerra. Siempre y cuando la escucharan. Una cautivadora novela basada en la historia real de una mujer extraordinaria, estrella de cine e inventora, que revolucionó la comunicación moderna hace más de medio siglo, sentando las bases para el wifi y el Bluetooth.

Cómpralo y empieza a leer


ANNABEL ABBS
Una maravillosa historia
de amistad forjada al
calor de una cocina
EL LIBRO DE COCINA
DE LA
SEÑORITA ELIZA
Planeta

El libro de cocina de la señorita Eliza

Abbs, Annabel
9786070787607
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Inglaterra, 1837. El Londres victoriano está repleto de cambios y a las cocinas de todos sus hogares empiezan a llegar especias, alimentos y frutas exóticas, pero las damas inglesas se han alejado de ellas y las han puesto en manos de cocineras y chefs extranjeros. Allí vive la señorita Elizabeth Acton, poetisa camino de convertirse en solterona, cuya mayor ilusión es publicar su segundo poemario en una prestigiosa editorial. En lugar de un nuevo contrato, recibe de su editor la extravagante sugerencia de escribir un libro de recetas, algo que ella se niega siquiera a considerar. Sin embargo, cuando su familia se ve desprestigiada y sin un céntimo, Eliza reconsiderará su decisión. Junto a Ann Kirby, una joven de una familia empobrecida, se pondrán manos a la obra y, a pesar de la diferencia de clases, juntas darán forma a un libro de cocina que formará parte de la historia.

Cómpralo y empieza a leer


planetadelibros
volumen 3
Planeta
PAIDÓS
TUSQUETS
DIANA
Seix Barral
DESTINO
ESPASA
temas'de hoy.
booket
mr
CRÍTICA
ONIRO
Ariel
minotauro
LUNWERG
Grupo Planeta

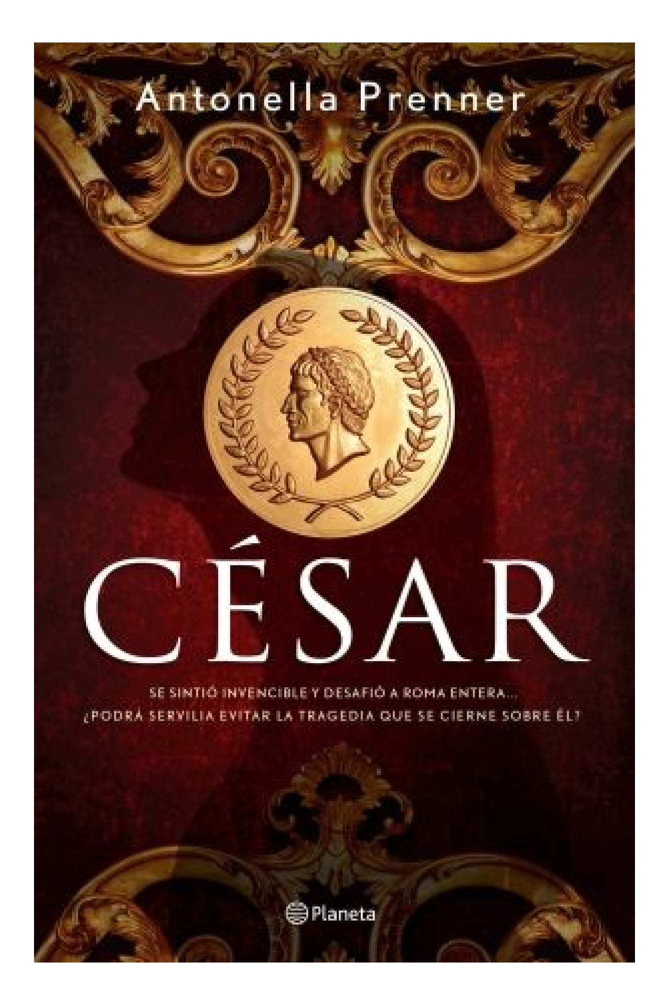
Planeta de libros. Volumen 3

Berruga Filloy, Enrique
9786070747182
319 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Conoce los autores mexicanos que estarán presentes en FIL Guadalajara 2017, la feria más importante del mundo en español. No puedes perdértelo, haz clik en el botón de cómpralo y DESCÁRGALO GRATIS

Cómpralo y empieza a leer


Antonella Prenner
CÉSAR
SE SINTIÓ INVENCIBLE Y DESAFIÓ A ROMA ENTERA...
¿PODRÁ SERVILIA EVITAR LA TRAGEDIA QUE SE CIERNE SOBRE ÉL?
Planeta

César

Prenner, Antonella
9786070786969
376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Roma, 49 a. C. A la luz de la luna, una mujer con el rostro surcado por el tiempo, pero aún intacto en su belleza innata, sostiene una carta entre sus manos. La caligrafía no da lugar a dudas: sabe que se trata del amante a quien ha acompañado siempre, en sus momentos de gloria, pero también en los más vulnerables: Cayo Julio César. La República se tambalea, y la misiva tampoco es un buen augurio. César le explica a su querida Servilia que ha decidido cruzar las fronteras sagradas y franquear el río Rubicón. Límite natural entre la Galia y la península Itálica, esta acción solo puede significar una cosa: la guerra. Adorado por las masas, Julio César se ha convertido ahora en el principal enemigo. Su inconmensurable ego y su inagotable deseo de gestas podría representar la ruina de la Ciudad Eterna. Nadie le ha sido más fiel que Servilia, pero… ¿estará dispuesta a seguirlo en esta última empresa que cambiará el curso de la historia? Aristócrata inteligente y poderosa, esposa de un cónsul y hermana de Catón, Servilia fue quizás la más fiel amante de Julio César, a pesar de ser madre de uno de los cesaricidas. La vida del general y, a la larga, dictador es narrada desde la perspectiva de la mujer que conoció todos sus secretos.

Cómpralo y empieza a leer